

Trabajadoras sexuales y clientes del mundo escort en la Ciudad de México, 2000-2022

Cuerpo, placeres insaciables y procesos de des-subjetivación

Presenta:

Marco Antonio Montiel Flores

Tesis para optar por el grado de Maestro en Psicología Social de Grupos e Instituciones

Asesor:

Dr. Fernando Juan García Masip

Sinodales:

Dr. Carlos Alfonso Laverde Rodríguez

Dra. Erica Marisol Sandoval Rebollo

Dra. Valeria Fernanda Falleti Braccacini

Ciudad de México, 7 de mayo de 2025

Agradecimientos

Al Dr. Fernando García Masip, por su orientación y observaciones. Su escucha atenta y su mirada aguda fueron fundamentales para el desarrollo y culminación de este trabajo.

Agradezco también al Dr. Carlos Alfonso Laverde Rodríguez, a quien admiro intelectualmente, por su lectura crítica y comentarios que me permitieron ampliar perspectivas, afinar argumentos y sostener con mayor claridad los ejes centrales del análisis.

Con especial cariño, a la Dra. Erica Sandoval Rebollo, quien, a lo largo de todo este tiempo me ha acompañado con pacientes y reiteradas lecturas, pertinentes recomendaciones (libros, artículos, ponencias...), y una presencia constante y solidaria que ha trascendido lo académico. Su amistad y apoyo son invaluableles.

A la Dra. Valeria Falleti, por sus comentarios, sugerencias y devoluciones durante los cursos de la maestría, los cuales ayudaron a profundizar en temas que luego encontrarían un importante lugar en la investigación.

Extiendo mi más sincero agradecimiento a los profesores e integrantes de la Maestría en Psicología Social de Grupos e Instituciones con quienes compartimos aulas, lecturas, debates y silencios. De cada uno de esos espacios me llevo aprendizajes que enriquecieron no sólo este trabajo, sino mi manera de mirar y estar en el mundo.

Finalmente, agradezco a mi familia y amigos por su cariño y apoyo incondicional: a mi eternamente amada Alicia, al pequeño Matías que llena los días de sonrisas y alegría, a mi Alecita que tanto nos cuida, a Antonio por su guía, a Angie por su fortaleza, a Mauri por su bondad, a Brenda por sus recetas, a Pamelita y Karlita por su sincera amistad, a A. Mendoza por confiar en mí, a Poncho por las bromas, a Paty por sostenerme en lo más difícil, a Dani y Jimenita por su calidez humana, a Salma, Yumi y Daniela por tantas risas, a Cádiz por las conversaciones. Los amo.

Índice

Introducción.....	6
<i>Problema de investigación</i>	<i>6</i>
<i>Preguntas de investigación</i>	<i>7</i>
<i>Objetivos de la investigación</i>	<i>7</i>
Objetivo general	7
Objetivos particulares.....	7
<i>Delimitación y perspectiva metodológica</i>	<i>8</i>
<i>Estructura del trabajo</i>	<i>11</i>
Capítulo 1. El mundo escort como objeto de estudio.....	15
<i>Ellas y ellos</i>	<i>15</i>
<i>Características de lo escort, trabajo sexual, voluntariedad</i>	<i>21</i>
Categorías analíticas para el abordaje de experiencias de trabajadoras sexuales y clientes del mundo escort	38
<i>Subjetividad y procesos de des-subjetivación</i>	<i>39</i>
<i>El cuerpo escort como lugar de placer, rendimiento económico y desgaste subjetivo</i>	<i>40</i>
<i>Los placeres insaciables.....</i>	<i>41</i>
<i>Trabajo sexual, prostitución y explotación sexual</i>	<i>42</i>
<i>Voluntariedad, libertad de elección y principales corrientes teórico-políticas en torno al trabajo sexual.....</i>	<i>50</i>
Capítulo 2. Los viejos lugares de la prostitución en la Ciudad de México, 1900-1980	56
<i>Anomalías de la modernidad: las mujeres de la vida fácil, su estigma y condena moral</i>	<i>56</i>
<i>La prostitución en calle, su brutalidad y carácter transhistórico.....</i>	<i>63</i>
<i>Las casas de citas: los dorados tiempos de la prostitución en México.....</i>	<i>76</i>
<i>Canjeando amores de una noche: los bares de ficheras</i>	<i>86</i>
Capítulo 3. Los lugares contemporáneos del trabajo sexual en la ciudad de México, 1990-2022	91
<i>Reconfiguración del placer por pago y nuevas denominaciones de la prostitución</i>	<i>91</i>
<i>Entre los table dance y las plataformas digitales: los lugares de la cultura pornográfica</i>	<i>92</i>
<i>El placer al alcance de un clic: los lugares virtuales del mundo escort.....</i>	<i>103</i>
<i>Descripción del campo digital de intervención etnográfica</i>	<i>105</i>
i) <i>Entrar al foro</i>	<i>112</i>
ii) <i>Amores pragmáticos ¡al 48% de descuento!</i>	<i>130</i>
Capítulo 4. Breve historia del fenómeno escort	134

<i>Delinear la historia del mundo escort: una propuesta de abordaje</i>	134
<i>Aparición mediática de Zona Divas en el espacio público mexicano</i>	135
<i>“Desmantelamiento” de Zona Divas, surgimiento y proliferación de nuevos portales digitales</i>	139
<i>Narcotráfico, violencia y trata de personas asociadas al fenómeno escort en México y América Latina</i>	144
<i>El sueño mexicano, pasarelas de muerte</i>	150
<i>Mile Virginia Martín, Yesenia Quiroz y el multihomicidio de la Narvarte</i>	153
<i>Stephanie Magón, caída del sueño</i>	155
<i>Wendy Vaneska y Génesis</i>	156
<i>Katya, el retorno al mundo escort</i>	157
<i>Karen Ailen y Kenni Finol, “La Muñequita de Vitrina”</i>	157
<i>Fatimih Dávila, la Miss Uruguay</i>	159
<i>Laura Cristina</i>	159
Capítulo 5. Lo escort como acto performativo	160
<i>Ejecutar performances, resguardar la subjetividad</i>	160
1) <i>Cruzar los límites: la toma de decisión, las razones para trabajar como escort</i>	167
2) <i>Iniciación en el mundo escort, adaptación y normalización del desagrado</i>	173
3) <i>La creación del personaje: “La mujer de las mil caras” o, simplemente, la más-cara</i>	178
4) <i>El disfrute y sus trampas</i>	187
5) <i>Crisis corporal y costo subjetivo</i>	191
6) <i>Decadencia, retiro y... retorno</i>	196
Capítulo 6. La racionalidad pasional de los clientes del mundo escort: ¿Por qué se contratan servicios sexuales?	203
<i>El necesario abordaje de la perspectiva de los clientes</i>	203
<i>Clasificación general de los clientes</i>	205
<i>¿Quiénes son los clientes y por qué contratan escorts?</i>	210
<i>El “deporte extremo” de los placeres insaciables y la angustia erótica</i>	216
<i>El “bombardeo” de la cultura pornográfica y su relación con lo escort</i>	224
Conclusiones	229
<i>Principales hallazgos de la investigación</i>	229
<i>Aportes teóricos-metodológicos</i>	230
<i>Tensiones y contradicciones</i>	231
<i>Futuras líneas de investigación</i>	232
Referencias	234

Hemerografia.....	240
Videodocumentales	244

Introducción

Problema de investigación

...la prostitución no es un fenómeno unívoco, mucho menos uniforme [...] su heterogeneidad se complejiza con las diversas formas que la prostitución asume no sólo en distintos contextos y mercados, sino también en términos históricos y culturales.

Daich, 2012: 78

Esta investigación versa sobre el mundo escort como una modalidad de trabajo sexual de altos ingresos, centrándose en las complejas relaciones entre mujeres que ejercen esta actividad y los clientes varones que las contratan. El análisis se enfoca en las dinámicas subjetivas, performativas y sociales que configuran tanto a escorts como a los clientes. Es decir, explora lo acontecido en los cuerpos, el placer y los vínculos establecidos mediante el dinero. Las dinámicas aludidas hacen referencia a los procesos interpersonales, simbólicos, estructurales e institucionales que inciden en las formas de pensar, sentir y actuar de los sujetos.

En ese sentido, resulta de vital importancia entrever las formas en que los sujetos se adaptan y actúan frente a los constreñimientos impuestos por las estructuras económicas y culturales que, en buena medida, determinan sus acciones, sin que esto signifique quedar reducidos a “víctimas” o entidades meramente pasivas. Estas configuraciones subjetivas emergen en contextos signados por la racionalidad capitalista y la digitalización del deseo y el consumo del cuerpo a escala globalizada. A partir de lo anterior, se explican los fenómenos de des-subjetivación en los cuales los sujetos son fragmentados, atomizados, individualizados, haciéndolos enteramente responsables de sus circunstancias, imprimiendo en sus cuerpos la imperiosa necesidad de saldar impagables cuotas de placer sexual.

Resulta pertinente estudiar el conjunto de estos fenómenos en el marco de las ciencias sociales en general, y desde la Psicología Social en particular, por varias razones. Entre estas, destacan los desafíos resultantes al intentar acceder a ámbitos y actores sociales que históricamente han sido estigmatizados (prostitutas, trabajadoras sexuales) o reducidas a desempeñar papeles victimizantes. En relación al abordaje de los clientes, puede decirse que

han sido invisibilizados como figuras de análisis, generando con ello vacíos teóricos en torno a sus discursos y motivaciones. Por tanto, esta investigación pretende ahondar en la tensión permanente entre ambos personajes, situándolos en un contexto histórico determinado.

Este estudio puede contribuir a las discusiones sobre subjetividad, relaciones de poder, género y performatividad; de igual manera, arrojar luz en lo concerniente a las nuevas modalidades de trabajo sexual, en las cuales las plataformas digitales desempeñan un papel central, así como el estudio del consumo de pornografía, el anonimato y la individualización exacerbada. En síntesis, se buscan comprender las formas en que se reconfiguran las identidades, las relaciones interpersonales y los cuerpos de trabajadoras sexuales y clientes del mundo escort.

Preguntas de investigación

1. ¿Cómo se configura la subjetividad de escorts en la Ciudad de México?
2. ¿Cuáles son las motivaciones y racionalidades que movilizan a los clientes para contratar servicios sexuales en el mundo escort?
3. ¿Qué papel desempeñan los medios digitales en la forma en que se construyen y difunden representaciones sobre el cuerpo, el placer y el trabajo sexual escort?

Objetivos de la investigación

Objetivo general

- Analizar las configuraciones subjetivas y performativas que se manifiestan en las experiencias de trabajadoras sexuales escorts y clientes en la Ciudad de México durante el periodo 2000-2022.

Objetivos particulares

- a) Explorar trayectorias de mujeres que ejercen el trabajo sexual de altos ingresos, haciendo énfasis en cómo construyen y transforman sus identidades y cuerpos, en relación con su experiencia en el mundo escort y el dinero.
- b) Comprender las motivaciones y discursos de los clientes, además de los valores y significados que atribuyen al consumo sexual.

- c) Analizar cómo las trabajadoras sexuales y clientes experimentan y significan el cuerpo, el deseo y el dinero en sus encuentros.
- d) Examinar el papel que desempeñan las plataformas digitales y espacios virtuales en la configuración de las experiencias, vínculos y formas de interacción entre trabajadoras sexuales y clientes.

Delimitación y perspectiva metodológica

El referente espacial es la Ciudad de México durante el periodo 2000-2022, aunque en varios capítulos y pasajes ha sido necesario remitirse tiempo atrás, buscando dilucidar los cambios del ejercicio de la prostitución y el trabajo sexual durante el último siglo. Esta espacialidad se tornó difusa al traer a discusión lo acontecido en los *lugares virtuales* del anonimato que actualmente posibilita el Internet y los fenómenos asociados a la Globalización. De igual manera, la complejidad del fenómeno ha impuesto extender el foco de análisis a otras latitudes, principalmente latinoamericanas. En esa tesitura, la ciudad resulta un escenario “móvil” que se mantiene interconectado permanentemente a otras ciudades igualmente globalizadas.

La metodología implementada para el abordaje del fenómeno *escort* se inserta en las llamadas perspectivas cualitativas. A partir de una serie de entrevistas a profundidad, se retoma la historia de vida de una mujer con más de 15 años en el mundo *escort*; y otras entrevistas con dos *escorts* más (aunque una de ellas debería considerarse más como una charla informal telefónica que como una entrevista propiamente dicha). En sentido similar, se entrevistaron dos clientes varones vía virtual.

Asimismo, se ha desplegado un registro etnográfico digital en un foro de internet en el cual los usuarios-clientes (sobre todo) y algunas mujeres *escorts*, comparten sus reseñas, recomendaciones, plantean problemas, debates y prolíficas reflexiones relacionadas al cuerpo, el amor, la adicción al sexo y demás tópicos de interés para este estudio. Si se consideran los relatos recabados directamente mediante entrevistas y los obtenidos a partir de la inmersión etnográfica virtual, y los recopilados en las fuentes periodísticas, el universo social de estudio estaría compuesto por alrededor de 31 *escorts* y prostitutas y 20 clientes varones.

En este escenario, es menester enfatizar el papel central de las plataformas digitales en la actualidad (Zoom, Facebook, X –antes Twitter–, Instagram, Foros digitales...), tanto para usuarios como también en el caso de los investigadores sociales, quienes han entendido que estos espacios virtuales pueden ser dispositivos centrales en el diseño e implementación metodológica. El análisis metodológico de estos nuevos espacios bien valdría como estudios en sí mismos, tal como han venido planteando diversos autores (Hine, 2004; Ruíz y Aguirre, 2015; Del Fresno, 2011; Bárcenas y Preza, 2019; entre otros). Dicho análisis rebasa la empresa de este estudio, sin embargo, habría que colocar en el tintero de futuras vetas de investigación la reconfiguración de los encuentros *cara a cara*, la observación participante con sus periodos de tiempo prolongados, lo *experiencial*, aspectos todos ellos ensalzados por los manuales teórico-metodológicos de la etnografía clásica y las metodologías cualitativas, en virtud de que ¿están siendo “sustituídos” por los encuentros mediados por las nuevas tecnologías?

Por ejemplo, en una entrevista cara a cara los *silencios* de la conversación son materiales de interpretación; no obstante, en una entrevista a través de Zoom, los silencios suelen tratarse a menudo de fallas técnicas (como quizá la gran mayoría de los usuarios de esta plataforma han podido experimentar), o ser simplemente la constante en la conversación, pues los micrófonos a menudo permanecen “silenciados” por los hospedadores de la sesión o por los mismos participantes quienes, al hacerlo, “respetan” así los códigos no escritos de la comunicación por Zoom, evitando el barullo de los ruidos propios de cada espacio. Ante ello, se intensifican los cuestionamientos sobre la intervención misma: ¿se debe intervenir?, ¿cómo hacerlo?, ¿con las mismas herramientas metodológicas?

En síntesis, las fuentes primarias de esta investigación están conformadas por: 1) entrevistas a profundidad y conversaciones con escorts y clientes; 2) registro etnográfico en un foro digital; 3) análisis de las implicaciones como investigador. En el caso del punto 1, la consigna fue entrevistar escorts que ejercieran su trabajo de manera voluntaria. Para la selección de los clientes, se pensó en hombres que contrataran servicios escorts de manera recurrente. En ambos casos, el reducido número de casos obedece más a la dificultad por acceder a los testimonios de manera directa que a una decisión propia del investigador.

Por su parte, las fuentes secundarias incluyeron amplios relatos periodísticos, expresiones culturales y artísticas que permitieron robustecer el análisis del fenómeno social, desde una perspectiva más amplia. Se pretendió con ello implementar un enfoque “multirreferencial” (Fernández, 1999) que diera cuenta de una realidad social compleja, diversa, con distintas aristas, contradictoria, problemática y rica en sí misma.

De tal manera que este trabajo abreva de distintas fuentes y disciplinas: desde la antropología social, la etnografía, la psicología social, crónicas periodísticas y testimoniales, datos estadísticos (en menor medida); hasta literatura (novela, cuento y poesía), apela a nociones teatrales (*performance*, escenarios, actores, personajes, máscaras...), música, fotografía, referencias cinematográficas y expresiones de la cultura popular.

La razón de este *collage* tiene que ver con concebir a la realidad social desde la riqueza y multiplicidad de “colores” (si se permite esta expresión); con la búsqueda de intentar capturar *algo* de su rica y diversa experiencia, lo cual transgrede, desde este punto de vista, los estrictos márgenes disciplinares. Y es que en todas estas expresiones uno puede acceder, en cierta medida, a los significados sobre la prostitución, lo *escort*, los lugares donde se ha ejercido históricamente el trabajo sexual, a las perspectivas de clientes y prostitutas, a las atmósferas, fantasías e imagerías de tal o cual tiempo. Resulta por demás interesante entrever las similitudes y recurrencias más allá de las diferencias y particulares.

Mención especial merece la perspectiva de Psicología Social desde la que se parte en la investigación. Esta tiene que ver con la búsqueda por dar respuesta a los viejos problemas en las ciencias sociales: el valor otorgado al todo y a la parte, a lo social y a lo individual, así como la *reflexividad* en todo el proceso de investigación y el eterno dilema objetividad–subjetividad; sin dejar de lado el análisis de las instituciones y el análisis de las implicaciones.

Estos y otros desafíos (como por ejemplo la investigación-acción y el papel del investigador y su militancia) han estructurado buena parte de la Psicología Social desde la fundación de la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco. Esta mirada hace hincapié en tratar de no sucumbir ante las perspectivas exclusivamente *sociologicistas* que conciben a los sujetos como meros entes determinados por las estructuras macro, o por las apuestas *psicologicistas* de corte individualista que resultan *ad-hoc* a la individualidad exacerbada de estos tiempos.

Lo anterior no significa que los problemas referidos hayan quedado resueltos ni mucho menos. Se trata de un complejo proceso de reconfiguración epistemológico que continúa hasta nuestros días. Por ejemplo, si en la década de 1970 el análisis de las instituciones y los grupos operativos resultaban una fuerte e interesante apuesta, hoy en día tienen escaso eco entre la comunidad académica. Desde mi punto de vista, esto tiene que ver con la caída y fracasos del socialismo a nivel mundial desde los años de 1990.

No obstante, las aportaciones más interesantes las podríamos ubicar quizás en las arenas movedizas del estudio de las *subjetividades*, en el hacer de la (inter)subjetividad no un elemento a descartar, sino más bien en considerarla pieza clave de cualquier proceso de investigación. Esta fortaleza es a su vez uno de sus puntos críticos, pues a menudo ocurre que al *ser todo subjetividad*, el concepto se torna un tanto “vacío”, convirtiéndose más bien en una bandera identitaria por defender que en un concepto claro y explicativo. Algo similar ocurre con el llamado *análisis de las implicaciones*, donde la noción de *implicación* se termina asociando a una especie de *confesión sacerdotal*, un *mea culpa* donde los investigadores exorcizan sus demonios, piden perdón por su intromisión al universo social de estudio, siendo al final redimidos y avalados tras “devolver algo a las comunidades” donde se realizó una “investigación militante, decolonial y no extractiva”, dejando a salvo las propias conciencias.

A pesar de estos claroscuros, no deja de ser por demás interesante la apuesta por el estudio de la subjetividad y la reflexividad del investigador, en asumir la propia subjetividad como parte inherente de las investigaciones y en no buscar eliminarla en aras de una pretendida científicidad y objetividad. En síntesis, este trabajo está signado por buena parte de estos cuestionamientos que, como se ha indicado, no están del todo resueltos ni agotados. Por tanto, la contradicción, los matices y la complejidad de la realidad son asumidos y no desdeñados.

Estructura del trabajo

En términos generales, la investigación se estructura en seis capítulos. En el Capítulo 1 se amplía la justificación de estudiar el mundo *escort* como objeto de estudio. Se expone una caracterización de lo *escort* y algunas consideraciones del trabajo sexual voluntario, su relación con la prostitución, la explotación sexual y otras categorías relacionadas. Cobran un

lugar central las nociones de *cuerpo*, *voluntariedad* versus *voluntarismo*, *libertad de elección* y los efectos del dinero en la subjetividad. Se muestran las principales corrientes teórico-políticas en torno al trabajo sexual y la prostitución.

Los Capítulos 2 y 3 tienen como eje rector reflexionar acerca de los *lugares* en que históricamente se ha ejercido la prostitución y el trabajo sexual en la Ciudad de México; en cómo estos lugares y actores se han reconfigurado, pasando de la predominancia de la prostitución callejera y las llamadas casas de citas (con sus madrotas y mujeres pobres llegadas de provincia a la capital en busca de un mejor porvenir), a la aparición de burdeles en los que las *ficheras* derrochaban sensualidad y engatusaban a los clientes, quienes, comúnmente, se enamoraban de ellas, les cantaban boleros de Agustín Lara solicitándoles matrimonio, convirtiéndose en una especie de *clientes-salvadores*. Estos viejos lugares tuvieron su esplendor en México desde las últimas décadas del siglo XIX, hasta finales de los años ochenta del siglo XX.

Por su parte, los nuevos lugares estarán marcados por la modernidad tardía y la lógica del mercado, el pragmatismo propio de estos tiempos donde lo que impera es la búsqueda insaciable del placer y la ganancia económica. El desarrollo de estos lugares estará acompañado por el auge del Internet. Su proliferación y expansión abarca desde 1990 a la fecha. Los lugares contemporáneos buscarán atrapar al *cliente-consumidor* en sus espacios cargados de luces neón, mujeres jóvenes de figuras envidiables que se deslizan por pasarelas en diminutos atuendos de fantasía, contorsionándose en tubos fijados al piso para deleite de los clientes. Se trata de una oferta que pareciera infinita: *table dance*, spa's o salas de masajes, clubes *swingers*, cabinas de encuentros sexuales efímeros y anónimos, cines XXX... hasta sitios web con *livecams*, chats eróticos, venta de *nudes* y *packs* (fotografías y videos de cuerpos desnudos), páginas virtuales de “catálogos” donde se promocionan los servicios *escorts*, etcétera. Todo esto enmarcado por la cultura de la pornografía. En los viejos y nuevos lugares se desarrollarán nociones y significados distintos de la prostitución y el trabajo sexual, de los cuerpos y la sexualidad, las fantasías y deseos, del conjunto de relaciones interpersonales que allí acontecen.

En el Capítulo 4 se esboza una propuesta para construir una breve historia del fenómeno *escort* en la Ciudad de México durante las últimas dos décadas. Explora, sobre

todo, algunos estragos de la trata de personas con fines de explotación sexual y su relación con las plataformas digitales y grupos criminales del narcotráfico. Este referente contextual permite entender las estructuras y dinámicas del fenómeno, además de los imaginarios que están en juego y que movilizan a los sujetos: anhelo de fama, dinero, progreso, placer y belleza... Las fuentes principales de este capítulo las constituyen diversas notas y crónicas periodísticas, desde donde se retoman experiencias de algunas mujeres *escorts* sobrevivientes del esclavismo sexual, y el material recabado a través de la inmersión etnográfica digital en un foro relacionado al mundo escort en la Ciudad de México.

En el Capítulo 5 se estudia lo escort como acto *performativo*, a partir de la historia de vida de una mujer *escort* y otros testimonios; se considera la carrera *escort* como un proceso de des-subjetivación en el cual las mujeres deben crear un personaje que les permita transitar por diversas situaciones en las que experimentan miedo, asco y vergüenza iniciales, para dar paso a la habituación y resiliencia, el placer y sensaciones asociadas al éxito y el bienestar material; hasta momentos en los que sus cuerpos y almas tocan fondo. Estas últimas etapas del viaje se traducen en la experimentación de un severo agotamiento físico y subjetivo, desvalorización del yo y rechazo indiscriminado hacia los hombres; llegando al punto crítico del retiro tras el envejecimiento natural de los cuerpos y la pérdida de clientes y dinero. En este proceso, el personaje *escort* a menudo “devora” a la persona que alguna vez habitó ese cuerpo.

El cierre de este trabajo de investigación lo constituyen el Capítulo 6 y las conclusiones. El capítulo está dedicado a reflexionar acerca de los clientes del mundo *escort*. Se hace hincapié en el necesario abordaje de la perspectiva de los clientes; se desarrolla una clasificación general, y se intenta responder a las interrogantes *¿Quiénes son los clientes y por qué contratan escorts?*; se ahonda en su sistema de valores y en cómo estos son configurados, en gran medida, por el “bombardeo” mediático de la cultura pornográfica. De tal suerte que esa búsqueda incesante por el placer sexual, la disociación de alma-cuerpo que permite cierta justificación para ejercer lo que consideran un “deporte extremo”, es decir, contratar los servicios sexuales de la mayor cantidad posible de trabajadoras sexuales. Lo anterior vendría acompañado, en varios casos, de angustias e insatisfacciones al no lograr, precisamente, saciar todo aquel torbellino sexual impuesto.

Desde luego este texto no pretende pintar un cuadro definitivo sobre la prostitución, el trabajo sexual y/o el mundo *escort* en la Ciudad de México. Entiéndase por *cuadro definitivo* la Verdad Absoluta, el modelo o paradigma a seguir ni la clausura del debate. Nada más alejado de ello. Se trata de un texto abierto con más interrogantes que respuestas. Si algo similar ocurre en los lectores, el esfuerzo habrá valido la pena.

Capítulo 1. El mundo *escort* como objeto de estudio

Ellas y ellos

[...] *las respuestas son las propias preguntas, las propias búsquedas de respuestas [...] poner en duda sus certezas, obligarlo a mirar la realidad de un modo distinto, obligarlo a sentir cosas que le incomoda sentir y a formularse molestas preguntas sin respuestas [...]*

Javier Cercas en *La ciudad y los perros*, pp. 496-497.

Ellas, las llamadas *escorts* o *damas de compañía* buscan dinero, aunque quizás, sin saberlo, también algo más; ellos ansían placer sexual. Ellos disfrutan de sus cuerpos, mientras ellas despliegan actos performativos para hacerles creer que el disfrute es compartido. Sus actuaciones reproducen movimientos maquinales, automáticos, fríos, aunque parezcan lo contrario: se han convertido en La Máquina. Esto no es, como pudiera pensarse, mera tragedia; se trata de una transformación *necesaria* para no sucumbir, para sobrellevar los gajes de lo que muchos consideran “un trabajo fácil”; para resguardar la propia subjetividad y que su intimidad y cuerpo, al final de la noche les sigan perteneciendo a ellas y no a ellos, quienes acceden a un mero usufructo carnal momentáneo, pasajero, fugaz e impostado.

Ellos también buscan ser máquinas sexuales, equipararse a esa especie de héroes y superhombres que miran en las películas pornográficas, como si se tratase de una inmensa cuota por cubrir; las contratan a ellas para paliar sus angustias sexuales, para prolongar el estado orgásmico: “momento en el cual literalmente abandonas el control de tu cuerpo y de tus pensamientos, unos instantes en los que tu físico siente y actúa por sí solo, provocándote no solo un enorme placer, sino la sensación (fugaz pero intensa) de perder el mundo de vista” (De León, 2012: 97).

Ellas construyen y modifican sus cuerpos *incorporando* aditamentos que las hagan lucir exuberantes y voluptuosas, más bellas (la ciencia y la técnica al servicio del mercado

corporal);¹ ellos desean devorar esos cuerpos, saciar aquellos imaginarios según los cuales las colombianas-argentinas-brasileñas... son auténticas diosas del amor, insaciables y poseedoras de un erotismo “como un abismo magnético” (Serna, 2022: 9), capaz de hacer llegar al éxtasis a cualquiera que se atreva a probarlas: “Hola mi vida, ¡qué esperas para pasar una hora súper deliciosa conmigo! ¡Atrévete a tener el mejor sexo de tu vida! Mis servicios incluyen...”, refiere un anuncio de una *escort* colombiana en la red social X (antes Twitter). El juego es así, alimentar hasta el delirio la seducción y promesa del estado orgásmico.

Mucho se puede decir acerca de las dificultades y dolores de ellas, sin embargo, no se debe soslayar que ellos también se encuentran sufriendo, aunque sus sufrimientos y angustias sean negados o tengan otras maneras de expresarse. En ambos casos, el origen es el mismo: son producto de la subjetividad contemporánea, apuntalada por la imperiosa necesidad de poseer y disfrutar de mercancías en abundancia –el dinero como configurador subjetivo–, así como por la búsqueda permanente de sensaciones placenteras.

Si las sociedades victorianas en Occidente carecían de libertad sexual, siendo la represión aquella fuente de angustia causante de neurosis, las sociedades actuales se encuentran en un aparente estado de libertad cuasi absoluta, en el que acceder al inmenso mercado sexual resulta una cuestión fácil en extremo. A pesar del bombardeo mediático y la oferta ilimitada de estimulantes, la angustia sexual prevalece, intensificando las viejas neurosis y desplegando nuevas formas patológicas tales como la adicción a la pornografía, el voyerismo exacerbado y parafilias de todo tipo; sociedad voyerista que exhibe en los medios masivos de comunicación todo aquello que antes era confinado al espacio privado: “En la era

¹ Ellas ofrecen los preciados atributos de *belleza*, *juventud* y *sexo*, traducidos en su *cuerpo* mediante la mercancía *dinero*. El conjunto de estos atributos puede ser adquirido de forma “natural” o a través de un proceso de modificación corporal: diversas cirugías estéticas e intervenciones médicas (implantes de silicona, bótox, aclaramiento de la piel...), dietas para conservar una determinada figura corporal, masajes reductivos y anticelulíticos, tintes y productos cosmetológicos para parecer caucásica (valor cultural altamente ponderado), rutinas de ejercicios, pupilentes de colores, etc.; sin dejar de lado aquellos aditamentos artificiales de suma importancia en la apariencia final (ropa, accesorios, zapatos, atuendos y disfraces...). Estas modificaciones corporales y estéticas obedecen a imperativos culturales. Satisfacer todas o la gran mayoría de dichas exigencias, se traduce al final de cuentas en mayores clientes y, por ende, en más dinero o retribuciones materiales. Aunque la ecuación no debe reducirse a esto. Es importante considerar asimismo las gratificaciones psicológicas. Las *escorts* encuentran deleite al ser jóvenes y bellas, y saberse mujeres deseadas eróticamente – “Necesitaba sentirme deseada. Necesitaba sentirme poderosa, quiero decir corporalmente poderosa como mujer” (De León, 2012: 92)–, al no “estar tan podrida”, como refería una *escort* entrevistada.

del *Big brother* y los *talk-shows*, la exigencia social de vivir expuesto en una vitrina vuelve a restringir la libertad del individuo y, por lo tanto, está surgiendo un concepto del honor adecuado a las circunstancias de una sociedad exhibicionista” (Serna, 2022: 45). De tal suerte que ellas y ellos se encuentran inmersos en este entramado subjetivo donde la ganancia erótico-económica resulta un imperativo al que están sometidos, sujetos.

Desde luego, sus encuentros no son para nada *neutrales*, porque están atravesados por complejos vínculos donde el cuerpo se anuda al poder (Ávalos, 2022). Ellos gozan de los cuerpos femeninos, mientras ellas se convierten en “La mujer actriz. La mujer máscara” (De León, 2012: 95); se protegen aprendiendo a no sentir, o a sentir lo menos posible, pues al final de cuentas la subjetividad también es afectada por lo acontecido en el cuerpo. Su recompensa, también momentánea, es alcanzada al recibir cuantiosos bienes materiales por los servicios ofrecidos. Aunque paradójicamente, así como reciben dinero a raudales rápidamente lo gastan, porque están atrapadas en el régimen de consumo y renovación necesaria de las mercancías:

[...] se gastan miles de euros en cremas, en masajes, en infiltraciones subcutáneas que disuelven grasas, en vendas frías, en flotariums, en solariums, en gimnasios, en máquinas de correr en casa, en cinturones adelgazantes. [...] se pasan días ayunando, a base de savia de arce, o de zumo de no sé qué, o con la última moda en dietas milagro. Putas que se vuelven casi vegetarianas, pero más que nada por la obsesión por lo integral o por las ensaladas, porque “adelgazan”. Putas que ni comen casi, que mordisquean microgalletitas de no sé qué, caros productos de parafarmacia, con el fin de no engordar o de adelgazar. O se hinchan a batidos adelgazantes, o a laxantes, o a diuréticos, hasta que se les acaba lo que pueden sacar del cuerpo, se toman un descanso y vuelta a empezar. Y finalmente, putas que directamente se hartan de tanto lío de productos y dietas y se operan, gastándose fortunas en tetas nuevas, en quitarse cartucheras [rollos de grasa abdominal], en perfilarse los labios con tinte permanente, en hincharse pómulos, subirse las nalgas [...] (De León, 2012: 26).

Al respecto, algunos datos duros relativamente recientes refieren el acelerado incremento de las cirugías plásticas alrededor del mundo. Esto tendría conexión con lo que se ha venido a llamar la *era global*:

En los últimos años, Asia, África, Europa, América y Oceanía han registrado un incremento sin precedentes en las consultas al cirujano con propósitos meramente estéticos. En 2007, por ejemplo, la Sociedad Americana de Cirujanos Plásticos informaba que en ese año se habían realizado en Estados Unidos más de once millones de cirugías cosméticas, cuando en 1998 el número no había pasado de dos millones de operaciones. En Japón, los procedimientos con Botox reportan ganancias por más de cien millones de dólares al año; mientras que, en Corea del Sur, al menos un adulto entre diez se ha hecho, recientemente, algún tipo de mejora a su imagen corporal. En China, las cirugías de aumento de estatura siguen estando en vigor. En ese país, ser bajo se ha constituido en una barrera para conseguir empleo; de tal modo que un cirujano lleva a cabo aproximadamente 150 operaciones de este tipo cada año (Pérez-Henao, 2011: 53).

Como es sabido, afortunadamente la realidad siempre es más rica que las teorías y los supuestos académicos y militantes, y a veces ocurre que ellas terminan por enamorarse de ellos, y viceversa (para muestra basta escuchar los boleros de Agustín Lara y las Sonoras de mediados del siglo XX). O sucede que, en tanto interacciones humanas, eventualmente se forjan lazos de amistad o camaradería, vínculos afectivos que complejizan la relación. Esto ocurre incluso en la prostitución callejera:

Mónica, de 22 años, y verdaderamente atractiva, se había hecho de un cliente así: un hombre joven que le pagaba por adelantado y que, más que acostarse, prefería conversar con ella. Cómo le había ido. Cuál era la razón por la que estaba triste. Por qué en los ojos tenía algunas veces las huellas de haber llorado. 500 pesos por 20 minutos de charla, y luego, la calle semidesierta, el trozo de banqueta que a Mónica le correspondía frente al puente (De Mauleón, 2013: s/p).

Por supuesto, esto molesta sobremanera a aquellas personas que conciben la existencia exclusivamente en tonalidades absolutas, para quienes todo se trata de *opresión* o *libertad*, y que a menudo descartan los matices que la realidad coloca frente a los ojos. Entretanto, ellas y ellos continúan pactando encuentros donde tienen lugar experiencias de todo tipo, muy frecuentemente desagradables, dolorosas y condenables, hay que decirlo y reiterarlo; y algunas otras festivas, sensuales y placenteras, donde a veces, si las cosas marchan bien, los cuerpos-máquinas se atrofian por breves instantes, permitiendo

acercamientos más humanos y sinceros, dejando de lado esa tensión impresa en los cuerpos que los obliga a parecer superhombres y supermujeres.

Ellas suelen ser condenadas socialmente por ejercer un “trabajo fácil”. O se les coloca en el eterno papel de víctimas pasivas (tiene que ser así, de lo contrario se perdería un alma a quien “salvar”). También se niega, afortunadamente, la posibilidad de que queden reducidas a meras mercancías. Como si la sexualidad debiera ser aquel último reducto que el Sistema no debería cooptar. Resulta que sus *trabajos* son condenados y relegados a zonas liminales. No son considerados como tales, ya sea porque quienes se oponen esbozan razones que santifican la institución *trabajo*, o porque a los representantes del sistema poco o nada les importa discutir si merecerían o no derechos laborales, porque, al fin y al cabo, ellas representan aquellos cuerpos prescindibles, desechables, reemplazables, tales como los cuerpos de los migrantes, las esclavas sexuales, el tráfico de órganos, los feminicidios.

En este escenario, es preciso reconocer que lo *escort* también es engañoso, una máscara de belleza que con frecuencia esconde lo siniestro. Se presenta como algo glamuroso y sofisticado, perfumado como aquellas jóvenes que caminan con altivez luciendo sus espléndidas formas, alejado de aquellas viejas e incómodas denominaciones que hacen pensar en pobreza, marginación y esclavismo sexual, en simples prostitutas. Sin embargo, aunque es verdad que en demasiados aspectos se trata de un fenómeno diferente, también lo es el hecho de que comparten ciertas características generales.

La denominación *escort* busca blanquear aquellos viejos discursos.² Por ejemplo: al preguntarle a un joven que suele contratar servicios *escorts* sobre las diferencias entre estas mujeres y las prostitutas de la calle, hacía mención de que estas últimas le producían dilemas

² Los eufemismos se utilizan para ocultar, o acaso esconder la incomodidad que producen ciertos fenómenos sociales tales como la prostitución: “También las feministas han contribuido a enturbiar el habla con sus eufemismos piadosos. Los compositores de boleros de los años cuarenta ennoblecieron el vasto repertorio de sinónimos con que la gente decente nombraba a las prostitutas (perdida, aventurera, virgen de medianoche), pero quienes hoy enarbolan su defensa han acuñado la palabra *sexoservidora*, que les resta categoría sin eximir las del repudio social. Las prostitutas pueden ser víctimas de una sociedad injusta, pero jamás han tenido la humildad de las trabajadoras domésticas. Las grandes putas de la historia –la Bella Otero, Mesalina, la Bandida– más que servir a sus clientes los han explotado. [Agustín] Lara nunca hubiera podido cantarle a una *sexoservidora*, porque un vocablo tan horrendo sólo puede figurar en partes policíacas donde el lenguaje raspa como una lija. *Sexoservidora* es un eufemismo que refleja la culpa social de quienes lo inventaron, quizá las mismas damas políticamente correctas que se refieren a la sirvienta como ‘la señora que nos hace favor de trabajar en la casa’. ¿Cuál favor? ¿Acaso no le pagan un sueldo?” (Serna, 2022: 99-100).

morales, pues sabía que la gran mayoría de ellas “son obligadas a prostituirse”; en cambio, con las *escorts* esos dilemas desaparecían porque, según él, todas las *escorts* tienen sexo a cambio de dinero y de forma voluntaria (Entrevista con “Roberto”, 32 años). Desde aquí apuntamos que si bien existe un porcentaje (reducido si se quiere) de mujeres que ejercen el trabajo sexual de manera voluntaria (ámbito al que nos hemos ceñido casi exclusivamente en esta investigación), a menudo las fronteras entre la trata de personas y la elección sin coacción por terceros terminan por ser tenues y porosas.

Como se ha establecido en la apertura de este texto, en esta investigación se analizan las configuraciones subjetivas y performativas que se manifiestan en las experiencias de trabajadoras sexuales escorts y clientes en la Ciudad de México durante el periodo 2000 y 2022. Se indaga acerca de los significados otorgados al cuerpo y el trabajo sexual, además de las razones por las cuales se elige realizar este tipo de trabajo y aquellas referentes al contrato de servicios sexuales. Se ha intentado escapar, en la medida de lo posible, de los juicios morales, buscando mirar más allá de la fácil explicación de la *cosificación sexual*, pues, siguiendo a Laverde y Tirado (2020) lo que se vende o intercambia no es en sí mismo el cuerpo de las mujeres, sino un servicio (sexual). Esto no significa que exista neutralidad al respecto; porque el dinero nunca es “un objeto neutral de intercambio de mercado (de acuerdo con la versión clásica de la economía), sino [...] un portador de significados sociales que permite construir un mapa de la *carrera moral* en un trabajo desacreditado como es el trabajo sexual” (Laverde y Tirado, 2020: 49), que establece jerarquías y desigualdades, y al mismo tiempo aspiraciones de todo tipo.

Ahora bien, ¿por qué resulta pertinente realizar estudios sobre la prostitución, el trabajo sexual y el mundo *escort*? Porque el estudio de estos fenómenos puede, entre otras cosas, arrojar luz sobre las problemáticas referidas a la *sexualidad humana*, desde lo considerado “normal” hasta lo patológico (perversiones, fetiches, parafilias...), así como también acerca de las nociones de los *cuerpos* en tensión permanente durante una época o contexto histórico determinado, los *estereotipos de género*, la *construcción social de la belleza*; las *instituciones sociales de la familia y el matrimonio*; las nociones de *amor y fidelidad* en las sociedades contemporáneas; todos ellos aspectos imbricados en complejas *relaciones de poder*; sin dejar de mencionar los fenómenos asociados a la *precarización* y

explotación laborales, la migración de cientos de mujeres de los países periféricos a los centrales, las redes de trata de personas y el esclavismo sexual; o sobre las nuevas formas digitales de socialización en las que cada vez más sujetos contratan sexoservicio a través de Internet, donde los cuerpos adquieren “nuevos” y diferenciados usos al estar mediados por los dispositivos tecnológicos y la estimulante idea de ser otro, un avatar con nickname creado en medio del anonimato de las redes sociales.

Esta investigación intenta plantear líneas de reflexión e interrogantes acerca de cada uno de estos temas, algunos abordados a mayor detalle. El propósito no es realizar una apología de lo *escort*, ni mucho menos una condena. Se ha intentado plasmar lo que piensan, sienten y dicen dos de los actores principales, así como los matices, las contradicciones y puntos de tensión del fenómeno. En este punto, es preciso dejar en claro que lo que se condena es la explotación sexual en cualquiera de sus formas.

Características de lo escort, trabajo sexual, voluntariedad

Yo pertenecía al grupo de putas de nivel medio. No era ni de las de lujo, ni de las baratas. Porque no es como muchas personas creen, que solo existe la prostitución de alto nivel y luego la esclavitud, sino que hay mucho más. De hecho, una de las cosas que he comprobado a lo largo de los años es el increíble desconocimiento que la sociedad en general tiene de cuántas mujeres se dedican a la prostitución de manera oculta, aunque lo hagan esporádicamente. El puterio es como la sombra psíquica.

...Por ejemplo, yo lo hice durante mucho tiempo solo por las tardes y ni siquiera durante muchos meses seguidos. No aguantaba tanto, lo dejaba y regresaba cuando se me acababa el dinero ahorrado. Otras lo hacían solo a ratos; eran las “chicas de contactos”, una categoría diferente. Otras eran putas de fin de semana, otras de a diario durante ocho horas, como en cualquier curro de oficina. Muchas estaban casadas, o tenían familia con la cual convivían, y les contaban un cuento. Decían que cuidaban abuelos, niños, o que limpiaban, o que estaban en una agencia inmobiliaria...

María de León, *Las ocultas*, p. 7.

En este apartado se caracteriza el trabajo sexual *escort* en su modalidad de ejercicio voluntario. En primera instancia, el trabajo sexual en su modalidad *escort* se diferencia de otro tipo de fenómenos relacionados con los servicios sexuales. Así, por ejemplo, aunque comparte esta característica con la llamada *prostitución de calle*, contrasta en varios aspectos. En primer lugar, hay una marcada disparidad en los costos de los servicios; mientras que en la prostitución callejera estos suelen ser bajos, en el mundo *escort* son elevados (entre 1,200 o 5,000 pesos por hora, en promedio). Las *escorts*, además de encuentros sexuales, también funcionan como edecanes y modelos en eventos deportivos y comerciales, ofrecen acompañamiento a viajes, cenas, reuniones de trabajo, de ahí justamente la denominación *escort*, la cual se ha traducido como “acompañante” (“dama de compañía”). Paralelamente, su oferta está dirigida a clientes con determinado poder adquisitivo, de ingresos medios y altos: “Generalmente no te va a hablar un jodido. Porque, por ejemplo, yo cobro 1,200 [pesos] una hora; 1,500 una hora y media, o 2,000 dos horas. Por toda una noche cobro 6,000. No tan fácil te encuentras alguien que pueda pagar” (Entrevista a *escort* Lucía, 45 años).

Es importante resaltar que pueden tener lugar, o no, los fenómenos asociados a la trata de personas con fines de explotación sexual, aunque esto último es más frecuente en el caso de la prostitución callejera. Por tanto, el análisis de lo *escort* debería contemplar por lo menos tres modalidades: 1) trabajo sexual (voluntario); 2) trata de personas y; 3) una combinación de los dos aspectos anteriores (mujeres que transiten de una modalidad a otra); subcategorías en la modalidad voluntaria: a) *escorts* independientes; b) de agencia; c) esporádicas; d) de contactos específicos. En este espacio se ha centrado el foco de estudio sobre el *trabajo sexual voluntario*, aunque también hemos consignado varios pasajes capitulares a pensar en la problemática específica de la trata de personas con fines de explotación sexual (ver Capítulos 2 y 4).

Otro elemento característico del trabajo sexual, sería el uso intensivo e importancia que muchas *escorts* otorgan a la promoción de sus servicios en las llamadas plataformas digitales de Internet. Estos espacios virtuales desempeñan un papel relevante en esta modalidad; entre las plataformas más destacadas, se ubican las siguientes: X (antes Twitter), Facebook, Instagram, WhatsApp, Only Fans, páginas web y foros de sexoservicio.

Al estudiar estas relativamente “nuevas” expresiones, es imprescindible tener en cuenta el contexto en el que se producen, el cual se encuentra signado por los procesos de reconfiguración laboral a nivel global a partir de 1970, que hacen del individuo el único responsable de su progreso (o fracaso) material y ascenso social. Estas formas laborales contemporáneas, oscilan, por ejemplo, entre la pauperización del trabajo maquilador, la precariedad de los *call centers* (Montiel et al, 2021) y otros subempleos, y los altos niveles económicos asociados a aquellos trabajos realizados por y a través de las plataformas digitales (inversiones en criptomonedas y negocios paralegales similares).

Asimismo, el contexto de producción se caracteriza por el auge de procesos de (des)subjetivación, donde, en el terreno de la sexualidad, los individuos, ahora atomizados, interactúan en un marco de aparente *libertad (sexual)*. Estos procesos de (des)subjetivación hacen referencia a la pérdida y disolución identitarias, de lugares centrales de arraigo (Sennet, 2017), el estrechamiento de la capacidad de agencia individual frente a las aplastantes estructuras macrosociales y culturales. A los sujetos, entonces, les es arrebatada, o cuando menos mermada, su autonomía, convirtiéndolos en objetos individuales, propensos a la cosificación (sexual), patologización (*burnout*, angustia y ansiedad generalizadas), ideologización y férreo autodisciplinamiento (Sennet, 2017; Foucault, 2001; Chul-Han, 2010).

De esta manera, los deseos humanos se encuentran inmersos en los mercados económicos, ahora expandidos a lo virtual, en los que existiría un incesante flujo de fantasías eróticas ofertadas, haciendo del deseo sexual una búsqueda insaciable, produciendo paralelamente nuevas angustias y dolores velados traducidos en severos cuadros patológicos. Al ser capitalizada por la industria económica, ahora llamada *industria sexual*, la sexualidad ha transitado de la represión característica de los siglos XIX y el último tercio del XX (Foucault, 1998), a la hipersexualización que dio inicio en 1968 con los movimientos progresistas de “liberación sexual”, hasta nuestros días. Esta industria ha logrado diversificarse, aprovechando los vertiginosos avances en las tecnologías informáticas y de la comunicación. La oferta sexual de todo tipo (*live cams*, filmes XXX, servicios *escorts*, *sexting*, chats eróticos, juegos virtuales pornográficos, etcétera) se le presenta al cliente-espectador de forma inmediata, al alcance de un simple *clic*; cliente-espectador que a su vez

dispone de diversos dispositivos tecnológicos para acceder, 24 horas al día, siete días a la semana, a la inabarcable oferta: celulares, computadoras, *tablets*, televisiones inteligentes. Se ahondará en esto principalmente en el Capítulo 3, por ahora basta con enunciarlo.

En relación al fenómeno *escort*, y desde la perspectiva aquí propuesta, resulta de suma importancia no perder de vista que *expresa una realidad sumamente compleja, de severas contradicciones y matices*, la cual no queda definida en las escalas absolutas del *blanco* y el *negro*, si se permite la alegoría, en que algunas posturas esencialistas e idealistas pretenden encasillar a los colectivos e individuos. Ergo, hacer hincapié en lo siguiente: en las relaciones sociales del mundo *escort* coexisten la explotación, la violencia, el dolor indecible y, en resumidas cuentas, “el sufrimiento [que] cobra vida en tanto experiencia social y cultural que implica los aspectos más ominosos de los procesos de modernización y globalización” (Rivera-Garza, 2022 [2010]: 305); a la vez que el placer, las relaciones solidarias, la diversión, las adicciones al alcohol y las “drogas del amor”, a la adrenalina, la fiesta, y a las relaciones interpersonales de intensa carga pasional, sin dejar de mencionar la sensación de poder ante el enriquecimiento económico y su relación con los sentimientos de vacío y aislamiento:

[...] “nunca había entendido tan claramente que el placer y el dolor provienen del mismo sitio”, diría el periodista Kurt Tucholsky luego de ver a la bailarina y actriz de cabaret Valeska Gert interpretar “a una prostituta en el ejercicio de su profesión” (Sanyal, 2012: 116).

Es decir, habría que considerar todos estos aspectos como parte de aquella realidad compleja, y distanciarse de las posturas esencialistas que totalizan el problema pretendiendo “resolverlo” con las banderas apriorísticas del *victimismo* (incluidas las explicaciones “rápidas” de la *cosificación sexual*), o la *libertad absoluta*.

En el primer caso, el del victimismo, se socavaría la capacidad de actuar de los sujetos (en este caso, *escorts*), quienes simplemente estarían constreñidas por las estructuras económicas y “patriarcales” sin ningún tipo de resistencia o acción, olvidando que el *capital erótico* (Hakim, 2014) y la belleza femenina son poderosas armas que, a veces, coadyuvan a

equilibrar (no a eliminar) las relaciones intergeneracionales:³ “Yo también encuentro muchas ventajas en ser mujer, muchas. Una por ejemplo es que siempre consigo lo que quiero, siempre me termino saliendo con la mía y consigo lo que quiero... (Entrevista a *escort* Lucía, 45 años); incluso en aquellas situaciones en las que a primera vista no pareciera así, tal y como ilustra la siguiente narración de una escena en un club nocturno en Japón:

Las jóvenes se deslizan hasta el borde del escenario, se ponen en cuclillas, se echan hacia atrás tanto como pueden y abren lentamente las piernas, apenas a un par de centímetros de distancia de los rostros enrojecidos. El público, que se ha quedado repentinamente en silencio, se inclina hacia adelante para poder apreciar mejor este espectáculo hipnótico, esta mágica parte corporal que es revelada en todo su misterioso esplendor. Las mujeres [...] caminan como cangrejos de un espectador a otro y lo animan con suavidad a observar con mayor detenimiento. Para ayudar a los hombres en su descubrimiento, reparten lupas y pequeñas lámparas de bolsillo que pasan de mano en mano. Toda la atención se dirige a esta parte de la anatomía femenina. *Las mujeres no parecen en absoluto los objetos humillados del deseo masculino*, sino que dan la impresión de dominar completamente la situación, como diosas matriarcales (Buruma citado en Sanyal, 2012: 40-41. *Cursivas mías*).

En el segundo caso, de *libertad absoluta*, bajo el orden neoliberal se asumiría que los individuos son totalmente libres y dueños de sí mismos, *empresarios de sí* (Laval y Dardot, 2013; Sennett, 2017); sujetos que pueden controlar sus destinos a través de ejercer un supuesto e ilusorio *voluntarismo*, importando poco o nada el hecho de ser parte de violentas estructuras económicas y coyunturas históricas específicas. En ambos casos, nos enfrentamos

³ La categoría de *capital erótico* se retoma de la socióloga inglesa Catherine Hakim (2014). Esta autora parte de la propuesta de capital de Bordieu para proponer la noción de capital erótico que, en resumidas cuentas, se trataría de aquellos atributos socialmente deseables y aceptados con los que dispone un sujeto (sea hombre o mujer), y con los cuales lograría obtener mejores lugares y beneficios en la estructura social. Estos atributos pueden incluir la belleza, el atractivo sexual o cualidades tales como ser extrovertidos y encantadores. El usufructo de este capital erótico traería consigo mejores posibilidades profesionales, económicas, afectivas y de ascenso social en general. En el análisis aquí realizado, la pregunta es si, luego de aceptar que nuestro tiempo está caracterizado en buena medida por la búsqueda incesante de la belleza, la salud, el placer y el hedonismo, por la promesa de la felicidad eterna, donde además existe una saturación de imágenes y sensaciones placenteras, las mujeres que “cumplen” estos atributos, en este caso las *escorts*, despliegan dicho capital erótico para beneficiarse económicamente, desde luego, pero también como forma de equilibrar las relaciones intergeneracionales. Si es así, esto reubicaría a las mujeres del eterno lugar de víctimas a una posición más activa. En síntesis, son el *capital erótico* de la belleza y la seducción femeninas, algunos de los elementos con los cuales las trabajadoras sexuales *escorts* conseguirían “paliar” las asimetrías intergeneracionales.

nuevamente al problema epistemológico del *todo* y la *parte*, de la determinación de lo social sobre los sujetos, o de la capacidad de “agencia” de estos, independientemente de su alcance.

El desafío es no caer en las trampas de los absolutos, en las explicaciones totalizantes de las estructuras ni en las explicaciones individualistas tendientes a la psicologización, o peor aún, a las interpretaciones de carácter exclusivamente *voluntarista*. No se pretende resolver aquí el viejo dilema del *todo* y la *parte*, basta con señalar la permanente tensión entre las estructuras económicas-culturales-históricas y las respuestas que los sujetos ejecutan, sin importar que éstas no se ajusten a las añoradas respuestas de la *Liberación* o la *Revolución* (*roja, morada, de colores*).

Estas posturas, respetables por el hecho de luchar por un lugar en el cual el mundo quede libre de opresión, podrían no ser aplicables a todos los casos; por el contrario, “el discurso de salvar víctimas ha ampliado la estrategia policial del rescate [;] el abolicionismo intenta fijar un límite en que se debe considerar lo decente y moralmente aceptado en torno a la conducta sexual” (Lamas citada en Salazar y Curiel, 2019: 95). Desde las posiciones “liberadoras”, a las trabajadoras sexuales voluntarias no se les perdona su nulo interés en ser incorporadas a las filas de la Revolución Morada. Por el contrario, se mantienen al margen de esos ideales sociales, eligiendo en contraparte las zambullidas constantes al interior de la estructura socioeconómica para beneficiarse materialmente de ella, a manos llenas, una vez que les es vedado el reconocimiento social y moral.

Así pues, reiterar que las mujeres *escorts* no son víctimas pasivas ni fatalistas, o al menos no se asumen como tales en todos los casos, a pesar de sus complicadas e intensas vidas. Eso no quiere decir que se encuentren fuera de las tramas sociales de dominación. Sin embargo, es importante subrayar el carácter dinámico en la urdimbre significativa y en la producción de los actores sociales, “[...] marco de referencia significativo para vivir a través, hablar acerca de y actuar con base en órdenes sociales caracterizados por la dominación” (Roseberry citado en Rivera-Garza, 2022 [2010]: 37). Una vez que no se niega el dolor y la abyección en el fenómeno social estudiado, y, por el contrario, es reconocido como algo inherente del mismo, se prefiere hacer hincapié “[...] en las distintas maneras como los sufrientes identifican, soportan y desenmascaran las fuentes de su desgracia [... Porque] el sufrimiento destruye [,] pero también confiere dignidad [...]” (Rivera-Garza, 2022: 305-306).

Al distanciarse del papel asignado de víctimas fatalistas, podríamos en todo caso considerarlas como supervivientes que no pretenden ser ejemplo a seguir, ni mucho menos prototipo revolucionario emancipador de las mujeres en general. Son supervivientes, sencillamente porque no les queda otra opción. Desde que una mujer entra a ese duro mundo, aprenderá a luchar, lo cual implicará una necesaria transfiguración subjetiva (ver Capítulo 5). Su estado anímico estará siempre alerta; su cuerpo tenso, aunque sus modales, ropajes y andares hagan pensar lo contrario; toda ella estará pensando cómo resolver los posibles problemas que se susciten en lo inmediato, en el escenario de una habitación de hotel iluminada por luces color neón. Por supuesto, todo esto le resultará agotador, al verse implicadas sus más profundas fibras subjetivas. Lo paradójico es que, paralelamente al severo desgaste anímico, estos estados pueden terminar por ser altamente adictivos: “Terminé siendo incapaz de ocuparme de nada que no suscitara en mí un estado de alerta y la correspondiente adrenalina corriendo por mis venas. Me volví adicta al riesgo” (De León, 2012: 20-21).

Tampoco parece acertada la postura de “descargar la culpa” en los clientes, entre otras cosas porque en la relación social escort-cliente, “[...] hecha de capas múltiples y con todos los registros peculiares de las cosas íntimas no puede ser apreciada, y mucho menos comprendida, dentro del eje bifocal de la oposición” (Rivera Garza, 2022 [2010]: 39). Desde esta postura, la criminalización debería situarse en los tratantes de mujeres y no en los clientes. Por lo tanto, habría que diferenciar a los clientes de los tratantes. En esto coincide una escritora y exprostituta española (multicitada a lo largo de este texto), quien ejerciera el trabajo sexual durante diez años:

Pienso en lo que se está haciendo en Suecia, multar a los clientes de la prostitución y no me parece una buena idea. Si decimos: “La prostitución es un crimen”, entonces parece justo castigar al criminal, o sea, al que paga, y considerar a la puta como víctima. Ahora bien, la cosa no es tan simple, ya que la puta (salvo la que lo es por obligación, la esclava de mafias) lo hace porque en teoría quiere. De hecho, invierte deliberadamente mucho tiempo y dinero en conseguir clientes, y realiza una transacción voluntaria con ellos. Por lo tanto, ¿se la puede tratar legalmente como víctima? No [...]. No se puede castigar tampoco la culpa colectiva de ciertos hombres en general multando a individuos concretos que vete a saber, en cada caso, por qué

irán de putas. Puede que un día castigues a un sinvergüenza, y otro a un tipo desesperado para el cual la puta era su agarradero, su salvación [...]. Hay que ayudar a la puta en lugar de perseguir la prostitución, salvo que hablemos de esclavitud y trata de mujeres. Pero en ese caso los culpables son los traficantes y las mafias, no los clientes (De León, 2012: 56-57).

Esta misma autora, agrega que:

Multar a los clientes, como si ellos fueran criminales o agresores y las mujeres meras víctimas, infantiliza a las putas, pues se está diciendo de manera encubierta que no son libres, cuando en realidad, por lo menos en cierta parte de su ser, sí lo son. No se puede equiparar este acto a otro en el cual la mujer es un elemento pasivo al que meramente le suceden cosas que no desea. [...] castigando al cliente se está equiparando el puterío (todo el puterío en bloque) con un acto criminal. Y si la puta no solo lo consiente, sino que lo incita (con anuncios, publicidad, ropa llamativa, o incluso con palabras provocadoras y obscenas) entonces es cómplice de un delito y ella también debería ser castigada. Pero claro, quieren exculpar a la puta porque se reconoce su vulnerabilidad (algo que, por otro lado, es completamente real) y entonces la dejan fuera del crimen. Esto equivale a sugerir que no es responsable de sus actos, de lo cual se deduce que, o está loca, o es como una niña seducida y sin voluntad (De León, 2012: 56).

Al proceder de esta manera, se reducirían quizás los preceptos y juicios morales de la *buena* y el *malo* en la trama narrativa de aquellos “[...] inquisidores que husmean la intimidad del prójimo para otorgar diplomas de lubricidad. La modernidad no vencerá a la moral de las apariencias ni habrá una verdadera liberación sexual mientras tanta gente ‘liberada’ crea que los placeres de la carne quitan o dan honor” (Serna, 2022: 46).

Aunque igualmente es preciso decir que algunos clientes deberían hacer una profunda reflexión acerca de sus relaciones para con las mujeres en general, y con las trabajadoras sexuales en particular. Sería de vital importancia el cuestionamiento de las concepciones aprehendidas socialmente, en las cuales la cultura de la pornografía termina por despersonalizar a los sujetos femeninos y convertirlos en meros objetos de placer; implicaría asimismo cuestionar los contextos en que se producen las relaciones interpersonales. Pero con frecuencia los clientes prefieren no pensar demasiado en ello. Recuérdese el ejemplo,

líneas arriba referido, de aquel joven que pensaba que todas las *escorts* ejercen el trabajo sexual porque querían, quitándole de la mente la carga de conciencia correspondiente.

No estuve en la situación de esas mujeres esclavizadas. Nunca me prostituí en lugares públicos, ni nunca nadie me obligó a hacerlo, como les sucede a ellas, pero no nos engañemos: muchos clientes son los mismos. Recorres los ambientes de putas y te topas con las mismas personas. Prueban esto, o aquello... y lo de más allá. La mayoría de estos hombres no quieren pensar en la realidad de la puta (De León, 2012: 9).

Entendible es que lo *escort*, en su modalidad de *trabajo sexual voluntario*, resulte por demás polémico, generando incluso rechazo desde las posturas abolicionistas y otros grupos políticos, entre otras cosas porque se pulsan las fibras más sensibles, “La esencia subjetiva más íntima del ser humano” (Freud, 2012 [1900]: 82), expresada en el cuerpo y la sexualidad. Se pretende que aquellas características definitorias del ser, no sean perturbadas ni mucho menos puestas a disposición de un sistema económico que ha profanado los cuerpos humanos y su desnudez, en aras de la rentabilidad material (Agamben, 2011). Cabría preguntarse si acaso, ¿el sexo tendría algo de sagrado, representando “una escala de valores opuesta a la del dinero” (Serna, 2022: 152); o si en la actualidad ha quedado subsumido a un simple artilugio profano, una promesa de sensaciones placenteras e ilimitadas que, sin embargo, están alejadas de eso llamado *plenitud*? ¿O esta idea de plenitud erótico-sagrada es más bien una quimera romántica de la actividad sexual?, si es verdad que “El sexo verdadero maneja algo comparable al oro, mientras que el sexo profano y vulgar maneja hojalata, billetes falsos que después no valen para nada” (De León, 2012: 98).

Igualmente, al estudiar el mundo *escort* se podría pulsar las fibras más *sensibleras* de lo que otros investigadores asumen que se debe tratar en una investigación, sus temas y presupuestos, y las rutas de acción; por ejemplo, coadyuvar a la anhelada “liberación”, “dar voz a los oprimidos” (sin detenerse demasiado en la pedantería intelectual de tal afirmación), “estar con los de abajo”...; es decir, muchas veces pareciera que únicamente se puede hablar de la prostitución siempre y cuando se cumplan las máximas de contar con víctimas a quienes “salvar”. No obstante, si estos sujetos no se asumen como tales (a pesar de las difíciles circunstancias que viven y aceptan-enfrentan no de manera pasiva), y, es más, si tampoco encajan en la vieja categoría de clase y pauperización económica (como es el caso de las *escorts* y otras trabajadoras sexuales de altos ingresos económicos), entonces, según ellos,

habría que forzar la realidad con categorías esencialistas que las colocan nuevamente en esa posición de víctima predilecta.

A partir de lo expuesto hasta el momento, es importante precisar y enfatizar algunas ideas que estructuran esta investigación:

1. Los fenómenos de la prostitución y el trabajo sexual pueden estar asociados, o no, a los delitos de trata de personas. En otras palabras, es importante entender precisamente que *no toda la prostitución es igual a trata de personas*.
2. En el fenómeno social aquí estudiado, hay puntos de convergencia entre lo *escort* y las dinámicas de grupos delincuenciales (ver Capítulo 4), así como divergencias. Existirían casos en los que mujeres *escorts* están en manos de redes de trata de personas, y otros en los que no es así, donde se ejerce dicha actividad voluntariamente.
3. Cabe aclarar que, en las entrevistas realizadas directamente, las mujeres *escorts* afirmaron ejercer su trabajo de manera voluntaria y sin intermediación de un padrote, madrota u organización; aunque en uno de los principales testimonios que guían este texto, se refiere que, en varios momentos de su carrera como *escort*, ha trabajado con madrotas y padrotes, quienes, dicho sea de paso, escapan muchas veces de los imaginarios sociales, teniendo incluso cierta “camaradería” con un padrote que le apoyó en algunos tiempos difíciles.
4. El tema de la *voluntariedad* debe entenderse no como el ejercicio de una *libertad total*, sino más bien como una posibilidad dentro de los marcos y determinantes estructurales (económicos principalmente, pero también culturales e históricos). Habría que diferenciar entonces entre la cualidad humana de la *voluntad*, sin la cual el ser humano ya no es más que un simple autómatas o un esclavo, y el *voluntarismo*, terminajo actualmente de moda con el que muchos *coach de vida* y demás emprendedores y pseudointelectuales, pretenden hacer creer que todo depende exclusivamente del voluntarismo del individuo, sin importar los condicionantes estructurales.
5. Empero, habría que reconocer también que en los tiempos de flexibilidad laboral y de la concepción del individuo gestionado como empresa, la paradoja de la voluntad

será que el sujeto se *obligue voluntariamente* a producir cuanto él desee; de lo contrario, es *libre* de quedar al margen de las mercancías y beneficios que la sociedad oferta. El mundo *escort*, desde luego, no queda exento de esta lógica:

[...] muchísimas veces, te forzabas a ti misma a aguantarte “un poco”, porque a fin de cuentas estabas allí para ganar dinero, y si empezabas a decir que no a todo aquel que no te gustara, la mitad de los días te irías sin un duro. Con lo cual, empezabas transigiendo con este y aquel, y terminabas aceptando a todos, salvo raras excepciones. Lo cual significa, lisa y llanamente, que cada día de tu vida [...] *te obligabas a follar* con hombres que te suscitaban rechazo, repelús o hasta asco profundo (De León, 2012: 78. Cursivas mías).

6. El horizonte y agenda política de los grupos en pro de la abolición de la prostitución o el trabajo sexual, no necesariamente se corresponde con las necesidades inmediatas de las trabajadoras sexuales. En ese sentido, los horizontes de “emancipación” defendidos por las feministas radicales, por muy loables que sean, ética y moralmente deseables si se concede, a veces se encuentran disociados de lo que las trabajadoras sexuales requieren en estos momentos históricos, no en los deseos y requerimientos de una sociedad utópica y futura, sino a partir de los constreñimientos estructurales del presente.
7. Todos los trabajos requieren, en mayor medida, del uso del cuerpo. Una definición básica de *trabajo* tendría relación con aquellas actividades y servicios prestados a cambio de una remuneración material dentro de un mercado económico. Sin embargo, en el caso del uso del cuerpo con fines sexuales, a cambio de dinero u otros bienes materiales, suele haber bastante incomodidad y rechazo. Las razones son diversas: desde considerar ciertos aspectos de carácter *sagrado* inherentes al cuerpo humano, hasta el rechazo a subsumir el cuerpo (femenino, sobre todo) al terreno de las mercancías, porque el cuerpo está implicado en la intimidad y subjetividad de las personas, y porque quizás sea ese el límite al que el mercado económico no debiera acceder. Pero, ¿acaso en la relación prostituta-cliente aquella supuesta “mercancía” pertenece totalmente al cliente, tal como ocurriría con cualquier otra mercancía adquirida? ¿No será más bien que aquello a lo que se otorga un valor monetario no es al cuerpo en sí mismo sino más bien a un servicio?

Esto jamás lo van a ver bien, ni como algo normal, que es un servicio que prestas y tan-tan [*sic*]. Yo le decía a alguien: “Es como un taxi. Tú le pagas a un taxi para llegar a un lado, y bueno, yo presto un servicio para que estés feliz y contento; es un servicio y ya. Así como necesitas de un carpintero, de un plomero, de un taxista, de un electricista... necesitas de mí, aquí estoy” (Entrevista a *escort* Lucía, 45 años).

8. Otra de las razones argüidas por los grupos abolicionistas es que la prostitución nunca se ejerce de forma voluntaria (De Miguel, 2015), en función de los ya mencionados condicionantes estructurales, y, por esa razón, aquellas mujeres que así lo manifiestan se encontrarían bajo severos procesos de *alienación* de su propio cuerpo, o para decirlo en palabras llanas: *no saben que eso no es algo que quieren en realidad*. Sin embargo, esta misma lógica se contradice con el manifiesto feminista según el cual, por ejemplo, en el tema de la despenalización del aborto, *las decisiones sobre el cuerpo de las mujeres son exclusivamente de las mujeres*,⁴ puesto que, se argumenta y defiende, existiría una capacidad y conciencia reflexiva inherentes para afirmar: “mi cuerpo, mis decisiones”. Si es así, esta máxima del feminismo únicamente aplicaría en los casos en que sea provechoso para su agenda política y no para aquellas a quienes, peyorativamente, llaman “alienadas”.
9. En relación al punto anterior, las mujeres que deciden ejercer el trabajo sexual realizan una elección, a pesar de que esta no corresponda con los deseos de aquellos grupos. Las respuestas activas y las estrategias de cuidado, resistencia y resiliencia de estas mujeres se traducen en aspectos muy concretos y singulares, aunque también, en algunos casos excepcionales, en formas de organización de mediano o largo alcance. Por ejemplo, las *escorts* suelen crear redes de contactos de confianza entre compañeras y amistades para comunicarse y protegerse; o también llama la atención que en países como Colombia (Sindicato de Trabajadoras Sexuales de Colombia) y México (Alianza Mexicana de Trabajadoras Sexuales, AMETS; Brigada Callejera de Apoyo a la Mujer “Elisa Martínez”) cada vez están cobrando más fuerza grupos de

⁴ Sentencia que cuestionan fuertemente los grupos provida, argumentando que la vida humana inicia desde el momento de la concepción y que, ya desde entonces, existen dos seres humanos genéticamente diferenciados, poniendo en entredicho la noción de un solo cuerpo. En ese sentido, respecto al tema del aborto, el debate debería considerarse abierto.

trabajadoras sexuales que reclaman el reconocimiento e incorporación de sus actividades a la esfera regulada de lo laboral, entre otras demandas.

10. Bajo el sistema capitalista, todos los sujetos son mercancías, aunque *no solo mercancías*. Venden *libremente* su fuerza de trabajo al interior del mercado, de acuerdo a la concepción marxista, para adquirir otras mercancías y satisfactores materiales.
11. En relación al punto anterior, se plantea que una *escort* no se reduce a un mero objeto o mercancía en razón de que, en su calidad de *sujeto* (entendido como sujetado a los entramados sociales, al mismo tiempo que con capacidad de *actuar*), genera sus propias estrategias de defensa y protección de la propia subjetividad. Esta noción de subjetividad *incorporaría* precisamente al *cuerpo*, mismo que resguardaría para sí los elementos más íntimos y subjetivos; de tal forma que aquellos otros sujetos que usen dicho cuerpo, nunca lo poseen totalmente.
12. La relación escort-cliente no está definida únicamente por aspectos totalizantes y maniqueos según los cuales el sujeto “victimario” subsume a sus deseos, voluntad y poder, al sujeto “víctima”. En estas relaciones (también en la relación escort-madrota/padrote) a veces se trascienden las fronteras de lo exclusivamente sexual y monetario, dando paso a relaciones “amistosas” (o que expresarían cierta camaradería o familiaridad), e incluso amorosas. En esa tónica, es justo cuestionar aquellas visiones esencialistas que clausuran el debate con sus generalizaciones; ¿que son relaciones “tóxicas”, “enajenadas”, “indeseables”, “políticamente incorrectas”? es factible en varios casos, pero quitando a los empedernidos militantes “deconstruidos”, ¿quién puede asegurar que sus relaciones interpersonales escapen de forma contundente a los aspectos mencionados? ¿Por qué serían moral y éticamente superiores? En síntesis, habría que entenderlas a partir de la justa dimensión de las relaciones humanas.
13. A pesar de que los determinantes económicos tienen mayor importancia en el ejercicio del trabajo sexual *escort*, no se deben soslayar otros aspectos significativos, asociados o no a los primeros, tales como las motivaciones conscientes e inconscientes no sólo por obtener dinero, sino por alcanzar un estatus social elevado,

acceder al mundillo de la fama y el glamur del modelaje, la televisión y otros medios de comunicación, el goce por saberse mujeres altamente deseadas —“[...] me estaba volviendo adicta al deseo masculino, pues ya no estaba tranquila si un día nadie me admiraba por la calle [...]” (De León, 2012: 94)—, la adicción al sexo,⁵ sin dejar de mencionar los asuntos familiares y demás razones particulares en las trayectorias laborales y de vida de estas mujeres: “Una vez le dije: ‘¿Sabes qué mamá? Es que me prostituyo contigo. Porque te doy dinero a cambio de tantito cariño’” (Entrevista a *escort* Lucía, 45 años).

14. Como se ha mencionado, las razones que llevan a una mujer a elegir el trabajo sexual son diversas. La más obvia e importante, tiene que ver con una necesidad pragmática: obtener recursos materiales y económicos para vivir por encima de la media. Esta razón se complejiza al considerar que dichos recursos no son exclusivamente para satisfacer las apremiantes necesidades económicas de la manutención familiar (comida, vivienda, salud, vestido...), sino además, y he aquí lo interesante, para obtener un mayor estatus en la estructura social, para vivir holgadamente y adquirir mercancías de lujo (automóviles, celulares de última generación, ropa de diseñador, viajes al exterior, comidas en fastuosos restaurantes, y una lista interminable de artículos).

No es que yo fuera pobre ni mucho menos, la verdad afortunadamente en mi familia nunca hemos tenido necesidades, y hasta puedo decir que siempre tuvimos algo de dinero, pero mi papá, aunque siempre nos compraba todo, sí era un poco estricto para ciertas cosas; o sea, sí nos daba buen dinero para el mes, pagaba las colegiaturas de mi hermano y mía, íbamos de vacaciones a la playa dos veces al año, y esas cosas, pero si querías, no sé, algo ya muy caro, no nos lo negaba pero sí nos pedía tener buenas calificaciones. Entonces creo que a mí ya se me había metido en la cabeza la

⁵ En los casos que he estudiado, sobre todo en las expresiones del Foro digital, hay testimonios que refieren la adicción al sexo en el caso de *escorts* y, por supuesto, en no pocos clientes varones. De igual forma, los investigadores Sergio Sánchez y Patricia Ravelo han documentado casos de *escorts* que afirman haberse dedicado a esta actividad a partir de dicha adicción al sexo. Lo anterior fue expuesto por estos investigadores en la ponencia *Condiciones de contratación de escorts y explotación sexual a través de plataformas digitales*, que tuvo lugar de manera *online* el 1 de octubre de 2021, en el marco del Seminario Latinoamericano de Género y Trabajo en las Ciencias Sociales del Instituto de Investigaciones Culturales, Universidad Autónoma de Baja California.

idea de tener un auto [de lujo] como el de mi amiga [*escort*]... (Entrevista a *escort* “Tania”, 23 años).

15. Las razones anteriores son conscientes y pragmáticas; paralelamente, existen otras de carácter inconsciente que guardan relación con las relaciones familiares y demás importantes relaciones primigenias. Como es bien sabido, el psicoanálisis ha revelado la alta significación que tienen las motivaciones inconscientes en la vida de los sujetos. A manera de ejemplo, es interesante la reflexión que realizó una de las mujeres entrevistadas al preguntarle por el tipo de hombres que a ella le atraían: “No me gustan los hombres buenos, me aburren. Pero no me pongas un cabrón armado porque me derribo. Desde que soy chica he sido así” (Entrevista a *escort* Lucía, 45 años).
16. El trabajo sexual implica, entre otras cosas, la implementación de un proceso de des-subjetivación. Esto tiene que ver con la creación de un personaje performativo que enmascare y proteja al sujeto, en este caso a las mujeres *escorts*. Este personaje desarrolla una serie de caracteres y habilidades: hacer creer al *otro* (cliente) que la relación sexual es placentera para ambas partes; ii) se usará otro nombre, despojándose así de aquel que le otorga identidad y reconocimiento social; iii) con el enmascaramiento se busca encubrir y proteger al sujeto; sin embargo, todo esto conlleva pagar un alto costo subjetivo; por ejemplo, en la autodefinición de una mujer *escort*, al preguntarle *¿quién eres?*, *¿cómo te defines?*, su respuesta ilustra claramente este costo subjetivo al que nos referimos: “¡Soy una máquina sexual! ¡No siento nada, estoy vacía!” (Entrevista a *escort* Lucía, 45 años). O como refiere otra trabajadora sexual:

Obligas a tu cuerpo a funcionar, aunque no quiera, y eso te pasa factura: rozaduras, dolores musculares, irritaciones... Y tensión. Siempre una tensión de fondo. Estrés. Mayor riesgo de enfermar. A nivel mental, el desdoblamiento y la “huida” de una parte de tu mente pueden producir alienación, depresiones más o menos encubiertas, adicciones a sustancias o a vicios varios para poder soportar todo eso, tan insoportable por lo demás [...] diríamos que las putas padecen constantes y diarias “pérdidas del alma” [...] (De León, 2012: 78-79).

17. En el caso de los clientes varones, buscarían saciar su deseo sexual, mismo que nunca puede ser satisfecho del todo, aumentando de esta manera la insatisfacción y perpetuando el ciclo de consumo sexual. En esta relación, *escort*-cliente, el *dinero* juega un papel crucial a nivel material, por supuesto, pero también como elemento simbólico que establece jerarquías diferenciadas y de poder entre ellas y ellos. Es el dinero uno de los elementos que estarán circulando y signando la relación. De igual forma, se valorará en forma excesiva la *belleza y juventud* femeninas, la nacionalidad de la mujer, sus habilidades eróticas, los servicios ofrecidos, etcétera, lo que determinará el valor económico del servicio sexual dentro del mercado.
18. El *anonimato* es un valor altamente apreciado en el mundo *escort*. Clientes y *escorts* usan *nicknames*, *alter egos* (alias y apodos) para ocultar su identidad pública y no ser identificados por familiares, amistades y conocidos. Este ocultamiento tiene que ver con el juzgamiento social hacia la prostitución en general, considerada como una actividad inmoral:

Lo bello de este deporte es la discrecionalidad.

Señores: Pues déjenme decirles que a mí me arruinó la semana el programita [Otro Rollo] porque mi mujer lo vio y luego luego [*sic*] a buscar si la dirección [de Zona Divas] la había puesto en la máquina [computadora] de la casa. Obvio, siempre borro los links, cookies, etc. Pero ella se metió al sitio para ver a las viejas y me dijo “voy a ver para saber qué viejas son esas...”, y se está coludiendo con sus amigas para fregar la paciencia.

Uno que contrataba de vez en vez a una chica para pasar un rato agradable y ese tipo de publicidad viene a romper la discreción. Ahora tendremos que contratar a chicas no conocidas de ese sitio, desafortunadamente (o afortunadamente porque así probaremos nuevas carnes).

Lo bello de este deporte es la discrecionalidad. Ustedes qué opinan.

(Escrito por *Victor el Andariego*, 10 de mayo del 2006).

19. Históricamente, las prostitutas han constituido el lado oscuro de la modernidad. Junto a ellas, se encuentran otros sujetos “indeseables” que incomodan y perturban el Orden Social: locos, indigentes, criminales... En su conjunto, dicha otredad radical

representa a aquellos “miembros potencialmente peligrosos de la sociedad” (Rivera Garza, 2022 [2010]: 49).

20. Cada sociedad, de acuerdo al contexto histórico, define las “reglas fundamentales de conducta femenina” (Rivera Garza, *op cit*:199). Violar estas reglas trae consigo severos problemas sociales, desde la reclusión psiquiátrica bajo los términos de la justificación médica, “locura moral”, por ejemplo, aunado al rechazo y condena. En ese sentido, las prostitutas están siempre *afuera* de ese conjunto de reglas establecidas, siendo además un peligro “real” para el todo social, al ser ellas, se piensa, causantes de las enfermedades sexuales, la disolución familiar, las perversiones, y un sinfín número de males indeseables. La prostitución además de estar en una arena liminal, es proscrita de la cultura en tanto que no lograría trascender “los apetitos bestiales del cuerpo” (Serna, 2022: 49), aquella parte natural que está subsumida a la necesidad, de tal suerte que los sujetos atrapados en “los placeres de la carne” (moral y socialmente prohibidos) no conseguirían sublimar dichas pasiones humanas, manteniéndose así fuera de lo cultural (Ávalos, 2022).

21. El debate acerca de la regulación o la no criminalización del trabajo sexual se encuentra abierto. Entretanto, no resulta nada favorable criminalizar a las trabajadoras sexuales (algo ya probado durante todo el siglo XIX y buena parte del XX), ni tampoco a los clientes; porque la prostituta

[...] “voluntaria” elige serlo y busca tener clientes. A mí me hubiera indignado, siendo puta, que los persiguieran [a los clientes]. Mal que bien, mientras estaba trabajando en aquello, ellos eran mi sustento. Entonces, ¡no toques mi comida! Si quieres ayudarme, dame otra manera de sobrevivir, pero no me lo pongas más difícil. Y tampoco me trates como a una delincuente, que era lo que me faltaba. Encima de llevar la vida que llevo y de no hacer daño a nadie, encima que me penalicen. Criminalizar el puterío no ayuda a las putas. Solo se conseguirá que “hecha la ley, hecha la trampa”. Habrá que ser más retorcida para quedar con los clientes, o esconderse más. Redoblará la ocultación, factor que aumentará lo patológico del asunto. Por si faltaban sombras (De León, 2012: 56-57).

22. Entre que no se regula el trabajo sexual voluntario, ya sea por la falta de interés del Estado o por presión de los grupos radicales, las trabajadoras sexuales que ejercen su

trabajo continúan en un estado de “desnudez social” (Rivera Garza, 2022 [2010]: 115.) Si bien la noción de *desnudez social* es planteada por Rivera-Garza para referirse a los internos de La Castañeda, resulta interesante utilizarla para el caso de las trabajadoras sexuales, haciendo alusión a que más allá de los desnudos corporales, lo que verdaderamente afecta es el *desnudo social*. Este estado de desnudez social implicaría la carencia de derechos laborales y de salud, principalmente, además de perpetuar la estigmatización social.

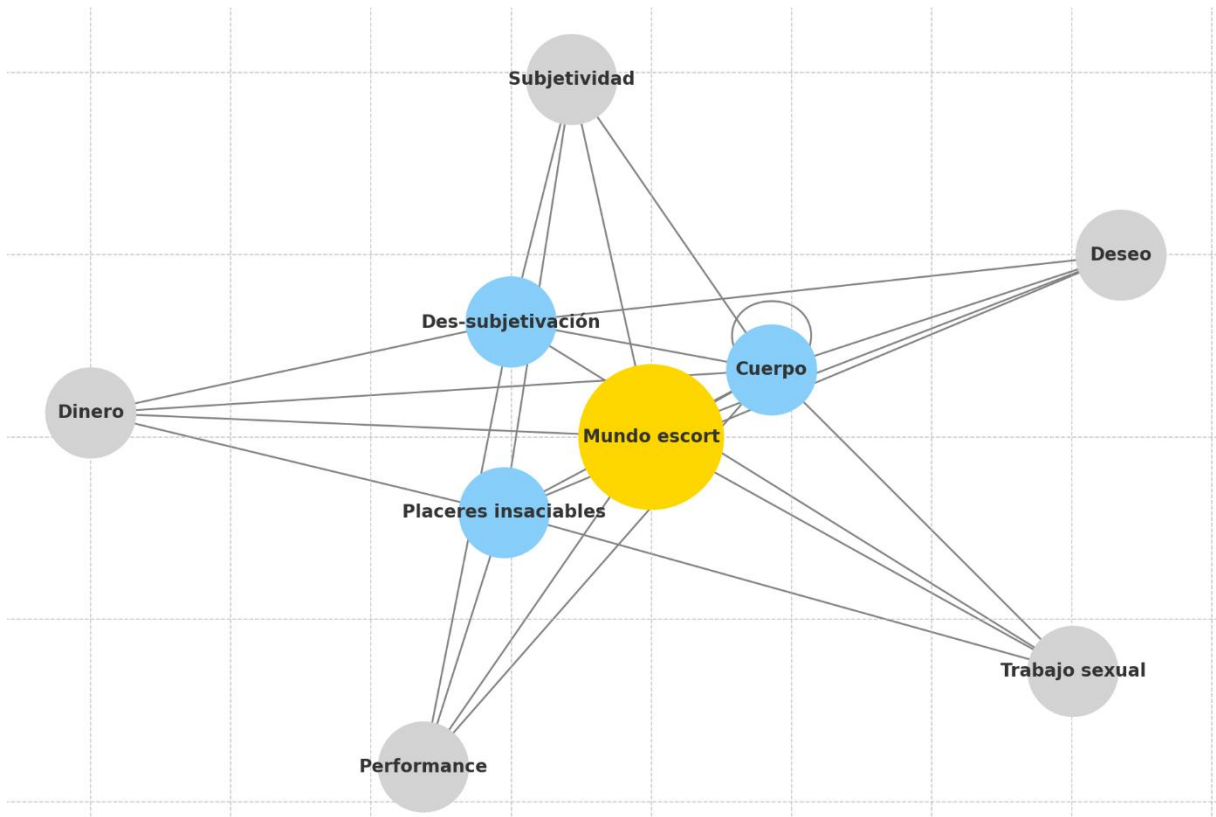
En los siguientes apartados se profundizará sobre varios de estos puntos y en algunas categorías analíticas de las cuales se nutre el conjunto de este texto, mismas que coadyuvan en la elucidación de los problemas aquí planteados.

Categorías analíticas para el abordaje de experiencias de trabajadoras sexuales y clientes del mundo escort

Este apartado tiene como propósito exponer el conjunto de categorías analíticas de las que se vale esta investigación en su abordaje del fenómeno escort. En primer lugar, es necesario aclarar que el conjunto de estas categorías emerge a partir del diálogo y tensión generados por la evidencia empírica y algunos ejes teórico-conceptuales. Son categorías relacionadas entre sí y no variables aisladas. Las tres dimensiones centrales son: cuerpo, placeres insaciables y procesos de des-subjetivación; las periféricas: subjetividad, trabajo sexual, dinero, deseo y performance (ver Figura 1). A partir de dicho entrecruzamiento es que se desentraña el sentido de las experiencias de escorts y clientes. En síntesis, se trata de una serie de guías interpretativas para alcanzar el objetivo central de la investigación: comprender cómo se configuran las subjetividades en el mundo escort.

A continuación, se enuncia brevemente a qué se hace referencia con cada una de ellas y cómo se relaciona con el campo de investigación. En los capítulos analíticos se ahondará y ejemplificará a mayor profundidad.

Figura 1. Categorías analíticas y dimensiones clave en el mundo *escort*



Fuente: elaboración propia.

Subjetividad y procesos de des-subjetivación

En este espacio, la subjetividad trasciende la noción común de entenderla como expresiones o aspectos de la individualidad, por ejemplo: sentimientos, emociones, afectos... Desde luego que contiene todo lo anterior; sin embargo, una acepción más amplia la entiende como aquel proceso de constitución de los sujetos a través de su permanencia y actuar en el mundo, y específicamente en coordenadas históricas determinadas. En este escenario, entran en juego los mandatos culturales (por ejemplo, de género, belleza), relaciones de poder (en términos foucaultianos), marcos discursivos y estructuras de mercado que irán moldeando a los sujetos. Por su parte, estos actúan frente a esas realidades, incidiendo en ellas en mayor o menor medida (capacidad de agencia).

Esta categoría se articula directamente con lo que aquí se denomina como *procesos de des-subjetivación*, entendidos como el vaciamiento progresivo de la experiencia de sí, donde se experimenta un intenso y pernicioso desgaste físico y psíquico, así como una

pérdida de sentido (Han, 2010; Sennett, 2017). Entretanto, el andar de los sujetos oscila entre eternas promesas de felicidad y narrativas de éxito, y un intenso sentimiento de vacío. No es casual, entonces, que en la actualidad exista tal normalización de las llamadas enfermedades mentales que ocupan un espacio central en la vida cotidiana.

En relación a las mujeres escorts, se observa cómo es que, en este proceso de repetición maquinal, el personaje en el que deben convertirse muchas veces termina por devorar a la persona, dando lugar a un sujeto escindido y agotado. Asimismo, los clientes a menudo señalan cómo es que, en sus vínculos con lo femenino, logran alcanzar una disociación emocional y afectiva, separando cuerpo y alma, en aras de la promesa del placer sin límites que la cultura pornográfica (Gubern, 2005; Ons, 2018), desvinculándose afectivamente de la subjetividad del otro. Y todo esto ocurre en un lugar que para nada puede limitarse a la carne biológica: el cuerpo.

El cuerpo escort como lugar de placer, rendimiento económico y desgaste subjetivo

Al estudiar el problema del mundo escort, se plantea que el cuerpo no puede ser considerado exclusivamente desde una perspectiva biológica y neutral. Los testimonios recabados en esta investigación dan cuenta de cómo es que el cuerpo es más bien un lugar simbólico y afectivo marcado por el sistema de valores imperante y la lógica del consumo y el máximo rendimiento económico, lo que resulta en un alto costo subjetivo a saldar. El cuerpo escort será entonces modelado, exhibido de manera voyerista y gestionado bajo la lógica del mercado sexual.

Este modelamiento se hace patente a partir de las altas expectativas estéticas. Los relatos recabados a partir del trabajo de campo realizado expresan cómo es que se constituye en un producto de deseo ajustado a los estándares de belleza predominantes y a la imperiosa necesidad de la juventud. Se espera por parte del cliente que dichos cuerpos muestren una disposición permanente por el placer ilimitado, o al menos hasta el tiempo pactado mediante la mercancía dinero. En este sentido, se vuelve imprescindible mirar el cuerpo desde lo que Merleau-Ponty denomina como *cuerpo vivido*, es decir, no sólo como apariencia, sino como experiencia encarnada y fuente de significación subjetiva (Merleau-Ponty, 2005).

Asimismo, en las plataformas digitales se proyecta una estética corporal determinada: poses sensuales, filtros que ocultan imperfecciones y discursos que hacen referencia a la exclusividad, a la promesa de disfrutar de un lugar exuberante y paradisiaco: el cuerpo escort. No obstante, el cuerpo escort devenido en personaje, experimentará fuera de aquella repetida escena intensos sufrimientos y tensiones que lo desgastan hasta el hartazgo. Experimentará entonces momentos críticos de resquebrajamiento subjetivo donde no podrá ser ya sostenido. En este punto es que se anuda con aquellos procesos de des-subjetivación referidos, pues la corporalidad se automatiza cual si fuera máquina-sexual, se fragmenta o se vacía de sentido, en la medida en que se vuelve dispositivo de una economía del placer regulada por lógicas de consumo (Han, 2010).

En suma, el cuerpo escort es una categoría en tensión permanente, que se reconfigura, se performa constantemente. Y, como es un cuerpo insertado de lleno en la lógica del máximo rendimiento, se convierte en herramienta de trabajo y se autoexplota hasta límites peligrosos e impensables (Han, 2010; Sennett, 2017).

Los placeres insaciables

En el mundo escort, el cliente participa activamente en una economía del deseo que le propone placer sin límites, al tiempo que se ve imposibilitado de saciar dicha demanda. La oferta digital ilimitada de servicios sexuales, definida en gran medida por la estética pornográfica, configura una experiencia sexual desvinculada, acumulativa y fugaz. En este circuito de placer insaciable, el deseo no se sacia con los encuentros; por el contrario, se intensifica. Como plantean autores como Lipovetsky (2006) y Han (2010), el sujeto de lo la hipermodernidad transita entre la promesa del goce desmedido y el vacío insoportable. Así, los cuerpos de los clientes experimentan repeticiones compulsivas, en muchos grados concebidas como adictivas y patológicas, vivenciando además una disociación afectiva.

Por tanto, la categoría *placeres insaciables* permite comprender las transformaciones de la subjetividad masculina en el marco del trabajo sexual de altos ingresos, revelando cómo el deseo, mediado por el dinero y la cultura digital, se ve imposibilitado de alcanzar la satisfacción auténtica.

Trabajo sexual, prostitución y explotación sexual⁶

Una de las categorías centrales con la que sería posible dar luz sobre el fenómeno del mundo *escort* es la de *trabajo sexual*, la cual haría referencia al ejercicio voluntario del intercambio de un servicio sexual a cambio de dinero. Es problemática porque podría mimetizarse con otras categorías: *prostitución* y *explotación sexual*, expresiones estas más asociadas a la pobreza, la esclavitud sexual y la trata de personas. Es preciso señalar que, cuando aquí se habla de *trabajo sexual*, se está refiriendo únicamente al ejercicio *voluntario*, consensuado, de servicios sexuales a cambio de una remuneración económica (Laverde, 2015; Laverde, 2017; Laverde y Tirado, 2020):

En este nuevo escenario, la visión que confunde trabajo sexual con trata de personas con fines de explotación sexual es muy poco pertinente como explicación, debido a que muchas personas, en especial mujeres, migran de manera voluntaria y autónoma. Colocar en el mismo nivel el trabajo sexual de la trata de personas, por el contrario, puede causar una persecución por parte de las autoridades extranjeras, sumado a un escenario de clandestinidad y lo que esto puede acarrear en términos de seguridad y protección de derechos (Laverde, 2015: 40).

Ahora, si bien esta diferenciación es más clara respecto a la explotación sexual, parece no serlo en relación a la prostitución; en parte porque la palabra prostitución se encuentra profundamente arraigada en el lenguaje y cultura occidental. Líneas más adelante revisaremos algunas propuestas que buscan establecer los límites de la prostitución y el trabajo sexual, además de sus razones para dejar de usar ese concepto. Y es que las palabras *prostituta* y *puta* representan lugares asignados socialmente, son denominaciones cargadas de aspectos negativos y estigmatizantes. Porque, además, durante los siglos XIX y XX, estos estigmas han recaído casi exclusivamente sobre las mujeres que se dedicaban a la prostitución; por el contrario, los demás actores sociales –entiéndase clientes, madrotas, tratantes...– poco o nada figuran en el enjuiciamiento público.

⁶ Una versión preliminar de algunas partes de este y los siguientes apartados, fue publicada en Montiel, Marco (2021, junio). “Experiencias en luz neón: narrativas de una mujer *escort*”, en *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, Núm. 55, Procesos de subjetivación y resistencia, México, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco. Disponible en: <https://tramas.xoc.uam.mx/index.php/tramas/article/view/931/918>

Empero, insistir en la dificultad de demarcar las fronteras de uno y otro concepto. Como se ha manifestado al inicio del capítulo, podría caerse en la trampa de los eufemismos que pretenden blanquear los discursos. Es factible que, al usar solamente la denominación de trabajo sexual, se cristalice la idea de que se eliminarían por sí mismos todos esos aspectos “indeseables” que forman parte de la prostitución y/o el trabajo sexual. En ese sentido, ¿hasta qué punto prostitución y trabajo sexual son dos conceptos del todo excluyentes? Una vez más, el debate se encuentra abierto.

Entendible y respetable es el hecho de que la noción de trabajadoras sexuales sea reivindicada con mayor frecuencia por colectivos y mujeres que los ejercen. Esta denominación confiere un lugar de dignidad. Al llamarse y ser nombradas como trabajadoras, es posible pensar en derechos laborales futuros, que incluyan el establecimiento de salario mínimo, usufructo irrestricto del sistema de salud, y reconocimiento público en tanto *trabajadoras*. En esta investigación nos hemos decantado por utilizar la designación de trabajo y trabajadoras sexuales no tanto por pensar que así se eliminan aquellos aspectos negativos, sino principalmente porque en el conjunto de los testimonios así lo manifestaban las mujeres. Esto no implica que, en varios momentos, también se autodenominen como “prostitutas” o incluso “putas”.

Otro concepto interesante para el abordaje del fenómeno social es el de *comercio sexual*, el cual representa un vasto abanico de modalidades. Entre estos matices, por ejemplo, se colocaría el llamado *turismo sexual*, fenómeno social que si bien tiene ciertas relaciones con “las movilidades a través de las fronteras y la trata de personas” (Piscitelli, 2014: 2), e intercambios económico-sexuales, contrasta con la industria del sexo y la explotación sexual porque en el “turismo sexual” los participantes comparten complejas *relaciones afectivas* más allá de los encuentros meramente sexuales. Para precisar, en el turismo sexual:

[...] las relaciones con turistas extranjeros envuelven otros tipos de intercambios sexuales y económicos, parcialmente mercantilizados, diferenciados de la prostitución, que evocan las ideas de sexo transaccional o táctico. Estas nociones aluden a canjes que involucran relaciones sexuales no maritales, a veces con varias parejas, basadas en la oferta de dinero o regalos. Sin embargo, en esta modalidad de intercambios los participantes se perciben más como novios/enamorados que como prostitutas y clientes, y el intercambio de sexo por regalos forma parte de un conjunto

más amplio de obligaciones. Se trata del uso del sexo para aliviar las penurias económicas, lo que lo convierte en una actividad flexible, contingente y temporaria, en la que *con frecuencia no se eliminan el placer, el compañerismo y la amistad* (Piscitelli, 2014: 5. Cursivas mías).

A partir de lo planteado por Adriana Piscitelli, es importante subrayar lo relativo a los afectos, el placer, el compañerismo y la amistad, porque además de representar una serie de matices en el fenómeno general de la prostitución, es posible afirmar entonces que no todos los intercambios sexuales mediados por el dinero se limitan a la cosificación sexual y al establecimiento de relaciones verticales, impersonales y efímeras. Por el contrario, lo observado en diversos casos del *turismo sexual*, refieren que es factible sostener relaciones sólidas (tales como compromisos maritales y emigración con estos u otros fines similares), con alto valor sentimental y compromiso afectivo, además de:

[...] nociones de amparo, cuidado y afecto, que se expresan en contribuciones para la sobrevivencia económica y el consumo. El valor monetario de los regalos varía de acuerdo con la clase social y los recursos materiales del hombre, así como de su generosidad y del grado de compromiso con la relación. Las modalidades de intercambios sexuales y económicos englobadas en esta categoría no son estigmatizadas como lo es la prostitución. Y el mayor grado de respetabilidad se alcanza cuando la *ayuda* conduce a una relación durable y estable. Al retribuir la ayuda, las mujeres ofrecen sexo, compañía y, a veces, cuidados domésticos, proporcionando ropa limpia, comidas, atención y cuidados en situaciones de enfermedad. Cuando la *ayuda* es perdurable, las personas se *apegan* y la relación se torna un lugar de producción de sentimientos. A veces se trata de «amor romántico», pero con más frecuencia son sentimientos asociados a la idea de respeto y de consideración [...] (Piscitelli, 2014: 5. Cursivas en el original).

Entonces no es, para nada, una problemática uniforme. Tampoco se trata de una realidad armónica y sin tensión; son experiencias donde acontecen conflictos brutales, *anudados* en lo corporal, lo psíquico y lo social. Es una realidad que frecuentemente sobrepasa los límites que establecen las categorías académicas y políticas. Como se ha establecido, no quiere decir que al abordar el *trabajo sexual* (consensuado y voluntario) queden totalmente fuera prácticas como la coerción, el engaño y la mentira, y desde luego el dolor. Esto es importante reiterarlo porque el trabajo sexual no es un lugar o práctica “color

rosa”, si se permite la expresión, donde no hubiese sufrimiento. No debe perderse de vista que es una realidad que desborda, llena de conflictos, tensiones, contradicciones.

Igualmente, debe quedar claro que:

La legalización no es la excusa para permitir que los menores de edad sigan siendo involucrados al comercio sexual, y sigan siendo el negocio más lucrativo de las redes, ya que después de las armas, y en competencia con el narcotráfico, la trata de personas con fines de explotación sexual genera grandes beneficios, donde los niños, niñas y adolescentes –ESCNNA– no se escapan a este flagelo (Tirado en Laverde, 2015: 19).

Se busca la afirmación de esta actividad como un trabajo ejercido voluntariamente, que sea reconocido jurídicamente y eventualmente goce de los derechos humanos y laborales (seguridad social, obligaciones contractuales de las mujeres, pero también de los clientes, dueños de hoteles y establecimientos, etc.). Además, esta noción subraya la capacidad de actuar de las mujeres que ofertan servicios sexuales, moviéndolas del supuesto lugar de “victimismo” a la posibilidad de organizarse para mejorar las condiciones en las que ofertan sus servicios (Laverde, 2015). Es de llamar la atención que, en diversos países como España, Colombia y México, se han creado organizaciones políticas fundadas por mujeres dedicadas al trabajo sexual, quienes exigen ser consideradas como trabajadoras.

De igual manera, es menester no perder de vista el marco contextual en el que tienen lugar estas formas de trabajo, en el que prevalece la ley de la oferta y la demanda en un mercado socioeconómico por demás desigual. La idea de “voluntariedad” debe entenderse como libre albedrío en ese repertorio de posibilidades dictado por el contexto macrosocial. Es decir, se es sujeto porque precisamente se está *sujetado a*, lo que no es igual a una pasividad inerte, porque, como insistió Foucault (2001), allí donde se ejerza el poder se desplegarán procesos individuales y colectivos, más o menos organizados, de resistencia.

Muchas de las explicaciones sobre el trabajo sexual, atribuyen sus motivaciones a causas como la pobreza, la falta de capacitación, la violencia y el abuso sexual, sumado a las asimetrías en las relaciones de género que entregan menos posibilidades de desarrollo a las mujeres. Sin embargo, ¿por qué dentro de las opciones laborales las mujeres se convierten en trabajadoras del sexo? Se puede afirmar que el trabajo

sexual se hace por necesidad económica y no por libre elección, pero es cierto que este análisis podría hacerse de igual forma para la gran diversidad de trabajos que responden también a una necesidad económica como el trabajo de una empleada u obrera o cualquier otra actividad, pero que finalmente se eligen. ¿Por qué se cuestiona la libertad de elección laboral de las mujeres trabajadoras sexuales? (Laverde, 2015: 36).

Una de las fuertes e interesantes críticas del feminismo abolicionista hace hincapié en que, si no existiera lo que ellas llaman el sistema económico-patriarcal imperante, ninguna mujer se vería en la necesidad de “vender” su cuerpo para el disfrute erótico. Se puede o no estar de acuerdo en esa posición basada en un supuesto ideológico. Sin embargo, como señala la feminista crítica Sanyal (2012), la figura social de la prostituta es rastreable desde las lejanas culturas matriarcales donde aún no anidaba la figura fantasmal del *patriarcado*. La diferencia estriba en que en las culturas matriarcales había una sexualidad femenina sin demasiadas ataduras y represiones, algo que cambió radicalmente luego del advenimiento de la cultura judeocristiana, momento histórico donde el cuerpo y placer sexual femeninos serán negados y “satanizados”.

Al situarse fuera del terreno idealista, y entretanto no existan otras circunstancias, los sujetos *luchan, se adaptan y/o sobreviven* en esta cruenta realidad (no en la realidad deseable o utópica). En el caso de las organizaciones políticas de las autonombradas trabajadoras sexuales, la exigencia es en el aquí y en el ahora, en ser reconocidas como sujetos de derecho, partiendo de lo que ellas llaman su derecho humano a trabajar en lo que decidan; decisiones voluntarias que se encuentran insertas de lleno en un marco contextual profundamente desigual. Desde la visión del trabajo sexual, no se considera que se vende el cuerpo, sino que se presta un servicio a cambio de una remuneración material.

Se plantea que el no reconocimiento de su actividad como trabajo, coadyuva a continuar reproduciendo los procesos de *estigmatización y criminalización*; “la figura de prostituta, de mala mujer, aparece en oposición necesaria a la figura de mujer virtuosa, la esposa fiel y abnegada” (Villa Camarma citada en Salazar y Curiel, 2019: 107). Lo anterior debido a que históricamente la sexualidad se ha configurado como propia del acontecer privado, y a que las mujeres “deben” ejercerla únicamente con fines reproductivos, no con propósitos de lucro y mucho menos fuera de la institución del matrimonio. En ese sentido,

las instituciones del matrimonio, el trabajo, y la sexualidad, parecen estar viviendo importantes procesos de reconfiguración.

Frente a las categorías de lo femenino privilegiadas por la institucionalidad tradicional propia de la familia, la escuela o el trabajo formal, en que las figuras femeninas valoradas giran en torno a lo doméstico y la visión de la mujer como dependiente, decente, fiel, virtuosa, casta, burguesa, madre, protectora, etc., surgen en ese mismo imaginario axiológico figuras opuestas contra las que se debe luchar hasta su eliminación. En las categorías indeseables, se encuentran la mujer hipersexual, la salvaje, la independiente, indecente, promiscua, inmadura, impura, obrera, descarada, etc. (Salazar y Curiel, 2019: 107).

Asociado a esto, en la actualidad el consumo de servicios sexuales no es exclusivamente *un asunto de los hombres*. La evidencia empírica ha mostrado que las mujeres también son consumidoras de sexo por pago, o que interactúan activamente en los portales virtuales teniendo encuentros eróticos esporádicos, anónimos y virtuales. Sobre la creciente demanda de servicios sexuales *escorts* por parte de mujeres, algunos datos duros retomados del libro *Male Sex Work and Society (II)*, revelan lo siguiente:

“Aunque más del 57% de los sitios web sólo atendían a clientes masculinos, el 11% era específicamente para clientes femeninas. Como era de esperar, encontramos que el doble de acompañantes masculinos sólo tenía clientes hombres (72,106) frente a los 32,948 acompañantes [varones] para mujeres o parejas”, afirma John Scott en referencia a los datos recogidos en el blog *About Male Escorts* [...]. En el ranking de oferta de escorts masculinos a nivel mundial, España se encuentra en el quinto puesto, con 2,357 hombres. El primer puesto es el de México (14,531), seguido de Brasil (6,892), Estados Unidos (3,481) y Reino Unido (2,926) (Palmero, 2017, 11 de diciembre: s/p).

Algo similar ocurre en el caso del consumo de pornografía. En su canal digital de YouTube, la filósofa argentina Roxana Kreimer presenta interesantes reflexiones sobre el consumo de pornografía y lo acontecido con los actores de esta industria. Desde finales de 1970, indica esta autora, ha tenido lugar un intenso debate entre el feminismo liberal (que propugnaba por la igualdad jurídica) y el feminismo radical (que busca la destrucción de lo que llaman la estructura y dominio patriarcal). La postura liberal no criminaliza la

pornografía, mientras que el ala radical abogaría, como en el caso de la prostitución, por abolir las producciones pornográficas al considerarlas perjudiciales para La Causa Femenina. En lo que coinciden ambas corrientes es en que el porno cosificaría a los sujetos, especialmente a las mujeres. Kreimer presenta datos retomados directamente de algunos sitios de internet de la industria pornográfica, de acuerdo a los cuales un buen porcentaje de mujeres consumen este tipo de material para ejercer su sexualidad. También realiza críticas al feminismo radical por su concepción de encasillar a las mujeres no revolucionarias, en el lugar de eternas víctimas “menores de edad”:

Hoy sabemos gracias a los sitios de porno de internet que, en promedio, en todo el mundo, de todo el consumo de porno, un 26% son mujeres [...] Filipinas es el país en el que más se consume [...] y Japón en el que menos [...]. De modo que el feminismo radical, al no considerar que puede haber mujeres que quieren trabajar como actrices porno [y como trabajadoras sexuales, agregaríamos], y que puede haber mujeres que quieren ver cine porno, las trata algo así como menores de edad que no saben lo que quieren –que es un poco la idea de *falsa conciencia* del marxismo, la idea de que una persona tiene una conciencia falsa porque no sabe lo que verdaderamente le conviene–; es decir, que pasamos de un modelo de mujer autónoma a un modelo de mujer heterónoma, que significa que no puede valerse por sí misma, que no sabe lo que es bueno, una mujer sin agencia, sin autonomía. Probablemente sea cierto que la mayor parte de los actores y actrices porno trabajan en la industria porque se paga muy bien, y que no lo harían si tuvieran acceso a otras condiciones de trabajo; pero lo cierto es que legítimamente muchos pueden elegir trabajar menos horas a cambio de un trabajo que les resulta más desagradable. Tampoco todos los actores consideran que este es un trabajo indeseable; algunos lo hacen porque les gusta, para obtener reconocimiento y por otras motivaciones [...] (Kreimer, 2021, 18 de julio).

De modo que, por un lado, las versiones radicales del feminismo han defendido la idea de *liberación sexual femenina*; por otra parte, en los casos de la industria pornográfica y del trabajo sexual voluntarios, por ejemplo, actúan con la mojigatería característica de los sectores más conservadores. Ahora bien, quizás la legalización tampoco resuelva todos los problemas asociados a la prostitución, entre otras cosas porque en el seno de la cultura continúa siendo un tema tabú, algo que no termina por aceptarse en la esfera pública; por el contrario, se le condena enérgicamente. Sin embargo, se vuelve necesaria cierta regulación

que garantice derechos mínimos para intentar disminuir, por ejemplo, los índices de asesinatos de trabajadoras sexuales (mujeres y transexuales, mayoritariamente), y diseñar programas de salud y mejoras sociales en general.

Al principio yo pensaba que estaría bien legalizar la prostitución, para que las que lo hicieran voluntariamente, como yo y tantas otras que conocí, pudieran cotizar y cobrar el paro cuando lo dejaran. Con diez años de puterío cotizado no estaría como estoy, pobre como las ratas, ni habría afrontado mi cambio de vida a riesgo de pasar hambre. Pero cuando planteaba la cuestión de la legalización en el ambiente de trabajo y discutíamos sobre ello, nos dábamos cuenta de que era muy poco realista. Muy pocas putas querrían admitir públicamente su condición. ¿Por qué? *Porque no hay aceptación social para la puta*. A ver quién te iba a dar otro trabajo si fuiste puta. ¿Qué vas a tener, un currículum de puta para optar a otro trabajo? No te lo van a dar. ¿Y entonces qué, te haces un currículum para seguir currando como puta? ¿Hasta cuándo? ¿Y te jubilarás con sesenta y cinco años? Por favor. [...] Respecto a lo de constar en los papeles legales como puta, o exputa, seguro que también habría muchas mujeres inseguras a tu lado, temiendo que les robes al marido, mirándote con una mezcla entre envidia, rabia y miedo. Mientras nuestra sociedad sea como es, no es seguro salir del armario como puta, lo siento. Se acepta antes a un exdrogadicto o un exalcohólico que a una exputa. Por eso no creo que la legalización prospere mucho. Las mismas putas no la quieren (o en su mayoría, no). He participado en muchas discusiones sobre este tema en diferentes casas de putas, con mujeres distintas y procedentes de ambientes diferentes, y siempre fueron casi unánimes. Salvo contadas excepciones, legalizarse no les interesaba, básicamente porque tenían decir que eran putas. Sé que eso es injusto para las que sí quieren la legalización, pero son una minoría, qué le vamos a hacer. Yo me lo planteé muy seriamente, pero me daba cuenta de que realmente no querría figurar como puta en ningún papel oficial. No quería atarme a ese mundo para siempre [...]. Me parece bien que se legalicen las que lo deseen, pero no se puede pretender que eso sea un remedio para todas. Para la mayoría, solo agravaría sus problemas familiares y sociales” (De León, 2012: 45-47).

En materia jurídica, en México cada estado de la Federación se encuentra facultado para legalizar, o no, la prostitución. En ese sentido, en la gran mayoría de las 32 entidades federativas la prostitución es ilegal; sólo en Veracruz, Coahuila y Baja California está despenalizada. En estos estados su ejercicio es legal siempre y cuando sea de forma

voluntaria, entre personas mayores de edad y sin ningún tipo de coacción por terceros. En todo el país se penalizan la prostitución infantil, el proxenetismo y la trata de personas con fines de explotación sexual, de acuerdo al Código Penal Federal. En la Ciudad de México, una entidad que desde 1997 ha sido gobernada por facciones de centro-izquierda, y que en materia de derechos se autoproclama progresista, desde el año 2013 está en vigor el programa de Regulación Sanitaria y Ejercicio de la Prostitución, que regula y supervisa los establecimientos donde es ejercida la prostitución. Sin embargo, poco más se ha avanzado en materia de extender y ampliar los derechos reclamados por diversos grupos de trabajadoras sexuales, aunque como veremos en el Capítulo 2, desde finales del siglo XIX han existido ciertas regulaciones enfocadas sobre todo a los aspectos de higiene y control de enfermedades sexuales.

Voluntariedad, libertad de elección y principales corrientes teórico-políticas en torno al trabajo sexual

En el centro del debate se encuentra la clásica discusión de la *libertad y voluntad* humana. En un extremo, están aquellas mujeres que dicen ejercer la prostitución de manera libre y voluntaria; en el otro, las posturas abolicionistas de la prostitución, las cuales aseguran que nunca puede hablarse de una decisión libre, ni mucho menos voluntaria; quienes afirman lo contrario no serían sino víctimas de un supuesto sistema patriarcal opresor, alienadas, quienes, en definitiva, no saben que no quieren eso que afirman querer. En ese sentido, ¿dónde quedaría la capacidad de elección, reflexividad y acción? Esta pregunta debe extenderse al conjunto social y no sólo al mundo de la prostitución. ¿Acaso no es cierto que los sujetos eligen dentro de un marco cultural, dentro de cierto número de posibilidades? ¿La incomodidad estribaría en que la prostitución represente una de esas opciones?

Otras vetas de reflexión a nivel teórico-empírico guardan relación con lo planteado desde y por diversos grupos feministas, militantes y académicas, principalmente. *Grosso modo*, la literatura pertinente expresa dos vertientes antagónicas respecto a la prostitución: por un lado, los movimientos *abolicionistas* consideran todo tipo de intercambio sexual mediado por el dinero (esto incluiría a las acompañantes *escorts*) como expresiones abiertas de la opresión masculina y patriarcal. La *liberación* y empoderamiento femenino –plantean estas corrientes– no se alcanzarían sin antes abolir completamente, y para siempre, cualquier

forma de intercambio económico-sexual; desde su óptica, es impensable concebir la *voluntariedad* consciente. En síntesis, sostienen que “no hay diferencia entre prostitución y trata [de personas], no existe la prostitución voluntaria y bajo ningún concepto puede pensarse a la prostitución como trabajo sexual” (MacKinnon citada en Daich, 2012: 72).

Por otro lado, se encuentran las visiones “regulacionistas”.⁷ A diferencia de las *abolicionistas*, las *regulacionistas* defienden la postura de considerar la prostitución como *trabajo* y, por ende, en la necesidad de establecer una regulación jurídico-normativa que goce del pleno ejercicio de los derechos humanos y laborales, aunado a la ruptura de los procesos de estigmatización que recaen sobre aquellas mujeres dedicadas al trabajo sexual (Laverde y Tirado, 2020). Al pasar del prohibicionismo a la regulación laboral, estas mujeres ocuparían un lugar real de empoderamiento; asimismo, eventualmente se dismantelarían, o al menos se debilitarían, las redes de trata de personas, puesto que esta actividad únicamente se ejercería por *voluntad* y no por coacción. En esa tesitura, resulta pertinente considerar la actividad de las acompañantes *escorts* como *trabajo sexual*, el cual se comprende “como un proceso que no se corresponde con la venta del cuerpo, sino como la prestación de un servicio sexual, que requiere de un proceso de creación simbólica y afectiva para recrear la producción de intimidad” (Laverde y Tirado, 2020: 53).

Además de estas dos corrientes antagónicas (abolicionistas y regulacionistas), en relación al cuerpo y la sexualidad en el trabajo sexual, otros autores amplían el abanico de la discusión al ubicar no sólo dos perspectivas, sino cuatro: “[...] Se identifican en concreto las de tipo *prohibicionista*, *abolicionista*, *reglamentarista* y *laboralista*. Cada una de ellas tiene como eje común el significado que otorga al discurso del cuerpo femenino, y en especial al del trabajo sexual” (Salazar y Curiel, 2019: 93-94. Cursivas mías). Estas perspectivas encarnarían una visión particular en la siempre tensa relación cuerpo-sexualidad-trabajo sexual.

Salazar y Curiel, Siguiendo a Villa-Camarma, exponen importantes reflexiones sobre las diferentes nociones del cuerpo en función de la perspectiva o postura política de que se

⁷ Un desarrollo más extenso de los planteamientos de las autoras representativas de cada corriente (*abolicionistas* y *regulacionistas*) puede encontrarse en Lamas (2014: 165); también se recomienda ampliamente el trabajo de Pachajoa y Figueroa (2008).

trate. Plantean que estas concepciones englobarían “el cuerpo como delito [posturas prohibicionistas y abolicionistas], el cuerpo como negocio [posturas reglamentaristas y laboristas], el cuerpo como mercancía [trata de personas] y el cuerpo como poder [feminismo de agencia y reflexividad]” (2019: 94).

De acuerdo a estos autores (Villa-Camarma, Salazar y Curiel), la óptica de concebir el *cuerpo como delito* es la que ha prevalecido en el imaginario colectivo y normativo en el terreno del trabajo sexual. Desde esa perspectiva, los valores y normas ético-morales estarían en peligro, al igual que los cuerpos femeninos, debido al ejercicio de la prostitución. La jurisprudencia será el arma con la cual el Estado protegerá el orden establecido. La mercantilización de los cuerpos femeninos quedará estrictamente prohibida. Aquellas mujeres que se atrevan a trasgredir dicho conjunto de valores morales, cargarán

con un *estigma* de amenaza que incrementa su indefensión social y vulnerabilidad. Aquí se ubican, en gran medida, perspectivas *abolicionistas* que han tenido una presencia importante en la regulación y control de esta actividad. En el caso específico de México, las medidas punitivas a partir de la llamada *Ley para prevenir, erradicar y sancionar los delitos en materia de trata de personas y para la protección y asistencia de las víctimas*, publicada el 14 de junio de 2012, asocian el mercado sexual a una condición de explotación de víctimas a partir de la categoría del *lenocinio* (Salazar y Curiel, 2019: 94-95. Cursivas en el original).

A su vez, concebir el *cuerpo como negocio* estaría asociado a las posturas laboristas y reglamentaristas. Esta variante propugnaría precisamente por reglamentar jurídicamente el trabajo sexual mediante la intervención del Estado. “A partir de mecanismos de control policial y sanitario, se genera la estrategia de legalizar el trabajo sexual, siempre y cuando este se desarrolle en espacios controlados y cooptados por el orden institucional” (Salazar y Curiel, 2019: 95); mientras que los laboristas defenderían la idea de considerar la prostitución como cualquier otro trabajo. En este caso: “Si bien esto parecería a su vez reconocer a quienes realizan esta práctica, no significa que bajo esta perspectiva no aparezcan condiciones de explotación y mercadeo del cuerpo por parte de terceros” (Salazar y Curiel, 2019: 95).

El *cuerpo como mercancía* haría referencia a aquellas modalidades de la prostitución relacionadas a la trata de personas y el esclavismo sexual (Yoshiaki, 2010). Las mujeres

reclutadas por las mafias y tratantes, provendrían de contextos de pobreza y marginación, con un cúmulo de desventajas, carencias de benefactores materiales y afectivos, historiales de abuso sexual y falta de oportunidades en general.

Finalmente, la noción del *cuerpo como poder* hace alusión a las posturas feministas que consideran la capacidad de agencia y reflexividad de las prostitutas, además de “la reivindicación de la libre elección de la mujer en la gestión de su cuerpo” (Salazar y Curiel, 2019: 96). Este grupo estaría en contraposición de las feministas abolicionistas.

El conjunto de estas categorías ayuda a comprender cómo el cuerpo será concebido de formas particulares de acuerdo a la postura que se adopte. Empero, considerar el *trabajo* en el marco del comercio sexual:

[...] no implica dejar de reconocer formas en las que se vulneran los derechos, como la trata de personas y la explotación sexual. Por lo tanto, me refiero a *trabajo sexual* como la prestación de servicios sexuales remunerados a cambio de una retribución económica y que se realiza de forma voluntaria y consensuada (Laverde, 2017: 53).

Un aspecto que interesa subrayar es que una crítica constante hacia las *abolicionistas* —no sólo por activistas e intelectuales— proviene justamente por y desde las propias trabajadoras sexuales, quienes son al final de cuentas las que conocen de manera directa las dificultades cotidianas de su trabajo. En ese sentido, algunas agrupaciones y colectivos destacados en la Ciudad de México, como Alianza Mexicana de Trabajadoras Sexuales (AMETS) y Brigada Callejera de Apoyo a la Mujer “Elisa Martínez”, han venido insistiendo en este punto. Brigada Callejera ha desarrollado un importante trabajo político-jurídico desde la década de 1990, intentando obtener reconocimiento legal para las trabajadoras sexuales en vía pública (Lamas, 2014:160). Sin lugar a dudas, estos señalamientos bien valdrían para, al menos, colocar en entredicho los posicionamientos más radicales de las perspectivas abolicionistas (Morcillo, 2016). Laverde y Tirado sostienen además que no se reconoce el trabajo sexual como tal porque, las mujeres que en él participan, escapan de los imaginarios y roles socialmente atribuidos, reproduciendo así un proceso permanente de estigmatización que

[...] existe por la fractura en la conducta sexual esperada de las mujeres. Las trabajadoras sexuales rompen con el imaginario de la mujer pura y recatada. Así, el

proceso de estigmatización hacia las trabajadoras sexuales reside en parte en la transgresión del rol asignado a las mujeres, asociado al mito de la mujer como madre. Sumado a lo anterior, monetizar las relaciones sexuales (que han sido restringidas al ámbito privado) es transgredir y borrar las fronteras de mundos separados. Las trabajadoras sexuales están bajo sospecha y su trabajo es estigmatizado (Laverde y Tirado, 2020: 53).

En cuanto a la categoría de *prostitución*, para Marta Lamas, por ejemplo, es necesario dejar de hablar de la prostitución misma, “pues es un término que únicamente alude de manera denigratoria a quien vende servicios sexuales”; esta autora propone entonces referirse al “comercio sexual”, denominación que “da cuenta del proceso de compra-venta, que incluye también al cliente” (Lamas, 2014: 164). En sentido similar, Salazar y Curiel señalan que:

Cobra relevancia la distinción entre los términos *prostitución* y *trabajo sexual*. El primero carga con una connotación histórica moralista y de una ideología sexista que estigmatiza a la mujer como un *objeto de deseo*. Hablar de *trabajo sexual*, en cambio, presupone la existencia de una *relación clientelar* en la que se asume un acuerdo entre dos o más personas. [... Por consiguiente,] se analiza la categoría *trabajo sexual* y no tanto *prostitución*, ya que este término carga con una connotación que estigmatiza a la mujer en un contexto dominante heteronormativo (Salazar y Curiel, 2019: 90-91).

En esta amplia concepción del *comercio sexual*, debería considerarse, además de las trabajadoras sexuales y los clientes, también el papel desempeñado por los proxenetas, las autoridades gubernamentales (funcionarios y policías, por ejemplo), y empresarios hoteleros, transportistas, entre otros actores.

Así pues, parece indispensable continuar realizando estudios contextualizados etnográficamente que ayuden a cuestionar las *esencializaciones* sobre la prostitución y el trabajo sexual, sin perder de vista la diversidad de aspectos y variantes (Coppa, 2019: 136; Daich, 2012). De este modo se resquebrajarían las tendencias a *crystalizar* la prostitución (igual a “víctimas”, “entes pasivos”, “pobreza”, “marginalidad”, “opresión masculina”, etcétera) ofreciendo respuestas totalizantes en dicha materia, mismas que, disfrazadas de radicalidad, terminan por aproximarse más a los posicionamientos reaccionarios,

moralizantes y religiosos (Morcillo, 2016; Coppa, 2019). Por todo ello, se insiste, es pertinente llevar a cabo estudios de casos particulares, sea desde el relevamiento de los relatos individuales, grupales o colectivos de mayor espectro (Stake, 1998; Castro, 2010; Neiman y Quaranta, 2006; Coffey y Atkinson, 2003). Porque es a partir de la experiencia manifestada a través de narrativas significativas (Moriña, 2017), donde se entretajan las razones y avatares de un trabajo como el *escort*.

Capítulo 2. Los viejos lugares de la prostitución en la Ciudad de México, 1900-1980

Anomalías de la modernidad: las mujeres de la vida fácil, su estigma y condena moral

El prostíbulo, el burdel, la casa de citas, el congal, el bul... Los nombres actúan a modo de evocaciones triunfalistas de la institución desaparecida, sacrificada en nombre del Progreso, la higiene, la moral alivianada, las nuevas concepciones del estatus, la Revolución Sexual y, ahora, el peligro mortal. Sobreviven, sin duda, lugares de encuentro de trabajadoras horizontales y clientes ganosos, pero no se dará el milagro: la resurrección del prostíbulo.

Carlos Monsiváis en Vargas, *La casa de citas*, p. VII.

La prostitución es una realidad viva, así que probablemente haya cambiado otra vez en algunos aspectos desde que yo la dejé. Este mundo va mutando, adaptándose a las nuevas modas y exigencias, y hoy todo va muy deprisa.

María de León, *Las ocultas*, pp. 64-65.

Al reflexionar acerca de la prostitución y el trabajo sexual en la ciudad de México, es menester hacer referencia a los lugares donde históricamente se ha ejercido. Narrar dicha historia merecería, por sí mismo, toda una aventura aparte; esa empresa rebasa por mucho los límites y propósitos centrales de este trabajo. No obstante, en este capítulo mencionaremos brevemente algunos puntos clave sobre la dinámica socioespacial de la prostitución en la capital del país remontándonos al siglo XX y lo transcurrido de este siglo XXI, haciendo especial énfasis en los lugares emblemáticos de la prostitución: las *calles*, las célebres *casas de citas* (1860-1950) donde los caballeros eran recibidos en lujosas residencias por elegantes *madrotas*, quienes les ofrecían alguna copa para dar paso al desfile de mujeres jóvenes, provenientes, en gran mayoría, de la provincia del país (mujeres mestizas o indígenas); o en los coloridos *cabarets* (décadas de 1960 a 1980) en los cuales las damas de

la noche *fichaban* a urgidos clientes de la pujante clase media urbana; hasta desembocar en el viraje que ha tenido la prostitución en las últimas tres décadas a partir de la instauración de nuevos sitios: *table dances*, *spa* 's, lo *escort* y el *sexoservicio virtual*.⁸

A manera de paréntesis, cabe resaltar que esta investigación únicamente se enfoca en la prostitución femenina y clientes masculinos. Desde luego coexisten otros tipos de prostitución, como la masculina (que ha venido cobrando mayor fuerza en los últimos tiempos), la exclusivamente homosexual y la ejercida por transexuales y travestis en la ciudad. Sobre estas últimas se ha escrito bastante desde el feminismo y los llamados estudios de género, poniendo de relieve las difíciles condiciones estructurales de marginación y estigmatización que suelen padecer estas comunidades (Domínguez, 2016; Villalva, 2011; López y Carmona, 2008; Uribe *et al*, 2007). Cada una de estas modalidades tiene su propia historia y desarrollo, sus personajes clave. A guisa de ejemplo, en lo que ahora es México, la prostitución masculina puede rastrearse desde la época colonial: “[...] la existencia de tabernas donde se ejercía la prostitución masculina en los barrios de mala nota deja entrever que la sociedad novohispana toleraba hasta cierto punto la homosexualidad” (Serna, 2022: 59-60). Dentro de esta comunidad se ubicaba el *Chichifo*; se llama así “a los prostitutas masculinos en la comunidad gay [...]. El chichifo nunca llega muy lejos en la escala social, porque es débil de carácter y se enamora de sus amantes” (Serna, 2022: 47).

En lo que podríamos llamar los *viejos lugares*, los cuerpos de clientes y prostitutas adquirirían una tensión particular y distinta a lo acontecido en los *lugares contemporáneos* (ver Capítulo 3); los encuentros estaban revestidos de cierta atmósfera de seducción y complicidad. Quitando a los aventureros que buscaban simplemente experimentar o iniciarse en los misterios sexuales (rompiendo con los mandatos de la institución de la sexualidad de la época, según los cuales las mujeres decentes no debían tener relaciones sexuales antes del matrimonio, y los hombres debían cuidar las apariencias en la esfera pública), aquellos hombres *de más de una vez*, entablaban relaciones interpersonales más “sólidas” y duraderas

⁸ Otro tipo de prostitución de bajos ingresos, que en la actualidad está cobrando mayor notoriedad, es la prostitución ejercida desde hace años, por mujeres y hombres, dentro de las instalaciones del Sistema de Transporte Colectivo Metro, lugar del anonimato y las masas populares por excelencia. Diversos reportajes periodísticos muestran que las estaciones del metro con mayor oferta de servicios sexuales, son: Hidalgo, Pino Suárez, Revolución, San Cosme, Ermita, Normal, entre otras (Álvarez, 2019; Uno TV, 2018; Letra Roja, 2018; Reyes, 2011).

con las mujeres que ahí trabajan, en contraste con la frialdad impuesta por los lugares de la modernidad tardía, donde los encuentros se tornan efímeros e inocuos, aunque no por ello, eventualmente, también se susciten relaciones interpersonales afectivas cargadas de significación e importancia.

En aquellos viejos lugares, había toda una romantización que envolvía los *dorados viejos tiempos de la prostitución*. Los boleros de Agustín Lara y otros trovadores de la época, retratan a la perfección este halo misterioso, y hasta cierto punto romántico, de la prostitución en México:

[...] Si eres / la callejera / qué me importa / Si eres / una cualquiera / yo bien lo sé / Si ensangrentó el dolor / tu vida rota, debes aún tener / el alma blanca / Si eres / la callejera / qué me importa / Si mi cariño tornó tu estigma / en felicidad / Si eres / la callejera / si eres / una cualquiera / nada me importa / Yo así te quiero / y qué más da [...] (Fernando Fernández, *Callejera*).

Vende caro tu amor / aventurera / da el precio del dolor / a tu pasado / Y aquel que de tu boca la miel quiera / que pague con brillantes tu pecado [...] Ya que la infamia de tu ruin destino / marchitó tu admirable primavera / haz menos escabroso tu camino / vende caro tu amor / aventurera (Agustín Lara, *Aventurera*).

[...] Mi vida no tiene remedio / perdida ya estoy / en este medio maldito / de amargura y dolor / Amor de cabaret / que no es sincero / Amor de cabaret / que se paga con dinero [...] (La Sonora Santanera, *Amor de cabaret*).

En esos temas musicales las *mujeres de la vida galante*, como popularmente se les denominaba, ocuparán un lugar central; sin dejar de mencionar a esa especie de clientes salvadores e incomprensidos que terminaban enamorándose de aquellas *falsas sirenas*:

Falsas sirenas son, amar no saben, sino sólo a tu bolsa; está vaciada, su amor infame se resuelve en nada [...] porque] el grande arte de la putería reprueba todo amor: sé conmisero, tendrás tu corazón y tu dinero por tuyo siempre, y el supremo gusto de andar catando caldos diferentes y probar cuantas mozas van al Prado sin peligro de verte empalagado [...] (Fernández de Moratín, (2002) [1769]: 47 y 48).

Fue en un cabaret / donde te encontré bailando / vendiendo tu amor / al mejor postor / soñando / Y con sentimiento noble / yo le brindé / como un hombre mi destino y

corazón / Y pasado ya algún tiempo / pagaste mi noble gesto / con calumnias y traición / Vuelve al cabaret / no me importa ya / tu suerte / Ya, ya no quiero más / volverte a encontrar / ni verte / Vuelve ahí cabaretera / vuelve a ser lo que antes eras / en aquel pobre rincón [...] (La Sonora Santanera, *Fue en un cabaret*).

Amor de la calle / que buscando das cariño / con tu carita pintada / con tu carita pintada / y tu corazón herido / Si tuvieras un cariño / un cariño verdadero / tú serías tal vez distinta / como igual a otras mujeres / pero te han mentido tanto [...] (Fernando Fernández, *Amor de la calle*).

Paralelamente, la prostitución ha estado signada por el estigma y la condena social. Sin embargo, los severos señalamientos recaerán casi exclusivamente sobre las prostitutas – y su prole: “En el barrio casi todos eran decentes. La mayoría trabajaba en los comercios del mercado del pueblo. Yo era la hija de una mujer que trabajaba de noche y eso bastaba para que no me dejaran juntar con sus hijas” (Mora, 1972: 49)–, aquellas que engatusaban a los maridos con su sensualidad y descarada desnudez, las que ponen en riesgo el equilibrio social encarnado en la institución sagrada del matrimonio. De este modo, durante el siglo XX se inaugura en México lo que Monsiváis llama la *industria [profana] de la excitación*, donde

[...] la desnudez cambiará de sentido [...] la desnudez es el atavío que trasciende el descaro (porque el descaro requiere de velos y trapos como instrumentos manipulatorios) [...] las hetairas, al despojarse de toda vida espiritual, al renunciar a convertirse en habitáculos de la divinidad, se vuelven criaturas más conspicuas del mundo meramente carnal [...] (Monsiváis en Vargas, 1991: XIII).

Se demarcará entonces la frontera de las mujeres limpias, decentes, puras... *versus* las mujeres públicas, indecentes, sucias e impuras: las *mujeres de la vida fácil*.

Caminamos hasta la Alameda. Nunca había sentido tanta vergüenza como esa mañana. Serían las ocho. La gente volteaba a verme y se reía. Mi traje era azul con muchos tules, mis zapatos estaban llenos de piedritas brillantes, y llevaba una gasa [prenda] que apenas tapaba [...]

Toda la gente se me esfuma y sólo les veo los ojos y sus bocas abiertas como si se burlaran de mí y de nadie más, sólo de mí [...]. Estas mujeres me intimidan. Tan limpias, tan dignas y decentes que se ven [...] siempre se me quedan mirando feo, feo

(sic). Quisiera mirarlas igual y no puedo, siempre tengo que bajar la vista como si cometiera un crimen. Ya no aguanto las ganas de vomitar (Mora, 1972: 77 y 112).

La prostitución será traducida como *desviación y aberración social*, una falla o anomalía en el sistema de la modernidad, y no como parte sustancial de dicho sistema. No serán casuales las denominaciones usadas para referirse a aquellas mujeres y a los lugares, *liminales*, “de la perdición”, los “bajos fondos”, “giros negros”,⁹ “zonas rojas”, “zonas de tolerancia”, etcétera, que en conjunto hacen referencia a ese *inframundo* de la prostitución. Se trata de ambientes y actores sociales marginales que con su sola presencia incomodan y ponen en aprietos el *statu quo*, lo sacuden sin trastocarlo por completo; es “el placer que se afirma en el poder de escandalizar o de resistir” (Monsiváis en Vargas, 1991: VIII), despojado de su carga sagrada. Las prostitutas, clientes y demás actores, son seres liminales, que se mueven en los intersticios de la estructura social: “[...] nunca me sentí un extraño entre las ficheras, los borrachines, los narcos en pequeño y los padrotes que frecuentaban esos lugares de perdición. A fin de cuentas, yo también deseaba renunciar a la decencia y a cualquier pretensión de estatus, aunque el castigo por esos delitos fuera la marginalidad o el fracaso” (Serna, 2022: 21-22).

La condena significará la proscripción social de las prostitutas, su menosprecio y negación pública; aunque en su disfrute privado por parte de los clientes “Seducido[s] por la turbia belleza de ese mundo réprobo” (Serna, 2022: 21), de los hombres decentes bajo las leyes civiles y, sobre todo, de Dios.¹⁰

La estrategia de inhibición del deseo es, de modo dual, instrumento de control religioso y social y norma definitoria de la respetabilidad. En la sociedad de fines del siglo XIX y principios del siglo XX [...], la vida privada deambula entre la culpa y las absoluciones periódicas de la culpa. Y en el ámbito dominante, la esfera de la

⁹ “A mediados de los años noventa, los reporteros de la fuente policial acuñaron el membrete ‘giros negros’ para designar los puestos de fayuca, los garitos clandestinos, los expendios de droga y los antros de putas con venta de bebidas adulteradas” (Serna, 2022: 9).

¹⁰ Y ante la evidente realidad, diversas son las justificaciones y naturalizaciones del consumo carnal: “[...] templados no son los hombres, ni templarse pueden [...]. Con modos feos y horrendos sacia el uno con vil mano el brutal apetito a sus deseos” (Fernández de Moratín, 2002 [1769]: 21).

Moral, las Buenas Costumbres,¹¹ el *deber ser* es implacable [...] (Monsiváis en Vargas, 1991: VIII).

Se dibujan así los márgenes de la mujer legítima *versus* la mujer prohibida e ilegítima:

En el centro (falso y verdadero) de casas de citas y barrios galantes están las prostitutas, tanto más indispensables cuanto más despreciadas, seres a la disposición del desahogo y el escándalo en abstracto (que es la persecución en concreto). Las meretrices, a semejanza de las mujeres paradigmáticas que Federico Gamboa recrea, idealiza y condena en su novela *Santa* (1903), llegan a la prostitución por hambre o por necesidad de mantener a la familia o por falta de otras habilidades específicas o por despidos del empleo o por violaciones y seducciones. Viven intensamente unas horas al día, son prisioneras de los ghettos prostibularios y, desde la ‘espontaneidad mecánica’, satisfacen como terapeutas los caprichos que la Mujer Legítima sólo admitiría para vigorizar su abatimiento moral. Son *pecadoras*, y así deben considerarse ellas mismas, sujetas al doble riesgo de la sífilis y las extravagancias de la crueldad erótica. Son las condenadas de la tierra y el camastro (‘¡No era mujer, no; era una puta!’), las elogiadas por los poetas Manuel Acuña y Antonio Plaza, la ‘carne joven’, la presencia radical del sexo (el genuino *principio del placer*) en la sociedad que elude mencionarlo a la hora de la comida para mejor obsesionarse con su sombra el día entero (Monsiváis en Vargas, 1991: XI. Cursivas en el original).

A las *mujeres públicas* se les podrá vejar, encerrar en prisión o en los manicomios. De las prostitutas se puede decir lo mismo que de las locas de las primeras décadas del siglo XX:

[...] estas mujeres no se presentaron a sí mismas como los heraldos rebeldes de los tiempos por venir, pues no eran del tipo heroico protofeminista, sino como recordatorios del costo humano de ese proceso [de la modernidad]. Ellas expresaron

¹¹ Respecto a las llamadas *buenas costumbres*, Monsiváis coloca el acento en cómo la sociedad porfiriana, con sus aires y aspiraciones de modernidad, guiaba su actuar en función de los dictados de la iglesia y los manuales de conducta, tales como el famoso Manual de Carreño “que se consulta crédulamente por cerca de setenta años (1860-1930 aproximadamente), [y que] es, entre otras cosas, el mayor canto en español a la insignificancia de la carne y a la omnipotencia de la actitud desensualizada”. Esta férrea contención y desensualización corporal de los sujetos se traducía en “[...] la solemne escenificación de temblores, noches en vela enumerando los pecados a confesar, vicios secundarios y arrepentimientos que duran hasta la siguiente inquietud corporal. Caídas y usos indebidos de la Fisiología Moral. Responsabilidad por el comportamiento del instinto. Temor y felicidad por el minuto de placer y las iluminaciones de muerte y vida del orgasmo” (Monsiváis en Vargas, 1991: VIII, IX-X).

la destrucción; ellas, de hecho, encarnaban la destrucción. [...], las palabras de estas mujeres presentaron el rostro inverso de la Revolución (Rivera-Garza, 2022: 227).

La historiadora Cristina Rivera Garza ha documentado la estadía de decenas de prostitutas en el Manicomio de Morelos y en el Manicomio General de La Castañeda en la Ciudad de México. Muchas de ellas estaban recluidas allí debido a la pobreza económico-material, al ser desarraigadas de sus núcleos familiares y afectivos, por castigo o también en razón de padecer alguna enfermedad física y mental, por los estragos de la sífilis en sus cuerpos y psiques femeninos. Estos espacios darán cuenta de aquel lado oscuro de la modernidad, son las contracaras negadas del sistema, lo que es vivido como indeseable, lo tolerado, pero nunca aceptado. El conjunto de estas actitudes, debieran entenderse como parte de un conjunto de valores propios de un país y sociedad que aspiraban, desde su idealización, a la tan anhelada modernidad.

Las diferencias con los *nuevos lugares* estriban, además de la denominación (donde se aprecia la tendencia a la “anglicización”), en las dinámicas que ahí tienen lugar, en las relaciones interpersonales, en la concepción y uso de los cuerpos, así como en los costos de los servicios y el tipo de mujeres (y clientes) que ejercen lo que en el *vox populi* es enunciado como “el oficio más antiguo de la humanidad”, *algo dado por naturaleza*, cristalizado.¹²

En los siguientes apartados se bosquejan algunas particularidades de los emblemáticos lugares donde se ha ejercido la prostitución y el trabajo sexual en la Ciudad de México, haciendo énfasis en sus dinámicas, en los usos y concepciones del cuerpo.

¹² En su *Arte de las putas*, poema-manual para los “putañeros” y aprendices, el escritor español Nicolás Fernández de Moratín escribía, en el siglo XVIII, a propósito de este carácter transhistórico y natural de la prostitución: “Como todo mundo sabe [...] siempre ha habido prostitución, y en los tiempos bíblicos y en otros, cuando la ley natural prevalecía, nunca fue considerado un crimen la más ilimitada libertad sexual, ni debe serlo, ya que la satisfacción del deseo sexual es a la vez natural y necesaria” (Fernández de Moratín, 2002 [1769]: 8).

La prostitución en calle, su brutalidad y carácter transhistórico

Hay una palabra que [...me] decían a cada momento. La pronunciaban para insultarme, pero a mí me gustó: hetaira, hetaira. Siento un cosquilleo agradable. Me gusta paladearla. Me suena a herida, a algo que se hundió. He-tai-ra

Antonia Mora, *Del oficio*, p. 141.

Las mujeres que se putean en la carretera o en la calle, víctimas de las mafias, son un caso aún más extremo donde se manifiestan muchas otras violencias y abusos peores. Pero su mal nace del resto de daños sociales. No se puede separar su situación de las demás personas “normales”...

María de León, *Las ocultas*, p. 8.

En la ciudad de México, históricamente han existido lugares con dinámicas socioespaciales particulares donde se ha ejercido la llamada *prostitución callejera*. Este tipo de prostitución se caracteriza, entre otras cosas, por: i) oferta sexual en vía pública; ii) servicios de bajos costos (entre 50 y 1000 pesos por relación sexual) en hoteles baratos y derruidas vecindades; iii) coacción y explotación sexual (por padrotes y/o mafias). En estos lugares cobran relevancia diversos actores que participan, en mayor o menor grado, en este negocio altamente rentable:

- i. Enganchadores: seducen a mujeres de provincia y zonas marginadas para atraerlas a la capital, obligándolas después a trabajar las calles.
- ii. Madrotas y padrotes: controlan, adiestran, administran y explotan a las prostitutas.¹³
- iii. Policías y otras autoridades gubernamentales: vigilan y extorsionan a las prostitutas.

¹³ Difícil es generalizar el papel de las madrotas y padrotes. En el imaginario colectivo prevalece la figura de los padrotes explotadores, “malvados” y “rufianes”. Sin embargo, coexisten otras experiencias que desdibujan aquella imagen fuertemente instalada (no sin bases), las cuales, en la prostitución callejera al menos, parecen ser excepciones y no la regla: “Las casas de prostitución que yo conocí se gastaban una fortuna en publicidad. También cuando trabajé por mi cuenta, durante un tiempo en el que quise probar a hacer las cosas a mi manera y sin depender de jefas, me gastaba mucho dinero en anuncios. De hecho, era tan cansado y caro organizar toda la logística para lograr unos pocos encuentros semanales en un lugar discreto y de calidad, que finalmente decidí que no me compensaba ir por libre y preferí depender de una jefa” (De León, 2012: 57).

- iv. Taxistas: fungen como transportistas y vigilantes.
- v. Hoteleros y empleados: prestan sus espacios y servicios; en el caso de los empleados, a veces son los intermediarios entre ellas y los clientes de hoteles.
- vi. Vecindades y pensiones: en estas suelen vivir los padrotes y prostitutas.
- vii. Clientes: hombres que consumen servicios sexuales.¹⁴
- viii. Prostitutas: venden servicios sexuales a cambio de dinero que entregan, casi en su totalidad, a sus tratantes. Ellas son las desoladas, eternas niñas, “con una sola salida: darse a la vida... [que] se quiebran en la compra venta de lo más incomprable” (Mendoza en Mora 1972: 11).

Dentro de las llamadas *zonas rojas*, de *tolerancia*, destacan la calle Sullivan ubicada en los alrededores del centro de la ciudad; calzada de Tlalpan, que conecta el sur con el centro; la avenida San Pablo-Circunvalación y La Merced en el centro de la capital. Estos lugares tienen tras de sí toda una larga historia que los vincula directamente con la prostitución en la ciudad de México:

En el rumbo de San Pablo, en el viejo centro histórico, una placa de la Dirección de Monumentos Históricos indica a los caminantes: “En esta calle se establecieron en el siglo XVI las primeras casas de tolerancia en la ciudad”. Por ahí corría la célebre calle de las Gayas, famosa por sus prostitutas recién desembarcadas. Cinco siglos después, de día y de noche, sin respiro, cientos de mujeres con vestidos brillantes y “exóticos” caminan en círculo, revueltas entre los puestos ambulantes, las fondas, las ostionerías, los restaurantes de caldos de gallina, las tiendas de colchas y los locales de venta de bicicletas. En lo general, en todas ellas hay una mezcla de indiferencia y fastidio (De Mauleón, 2013: s/p).

Por supuesto ha habido otras calles emblemáticas. El testimonio de Antonia Mora, quien ejerciera diferentes tipos de prostitución en la ciudad de México y otros estados del país durante el periodo 1950-1960, permite trazar un bosquejo de la diversidad de lugares y

¹⁴ En el caso de los clientes, no debe dejar de mencionarse el papel del dinero como mercancía de cambio que posibilita acceder a los mercados carnales. Algunos afirman que mientras haya algún cliente que pague por sexo, seguirá existiendo la prostitución. Esta idea es vieja: “Si hay algún medio de extinguir las putas es sólo no pagarlas: mil oficios y fábricas insignes se perdieron luego que su labor sin premio vieron. Pero, si ven que con abrir las piernas se abren las duras bolsas y hacen tiernas, ¿qué han de hacer sino alzar los guardapieses, para coger el oro que no caiga al suelo, y vergonzosas o cortesés procurarse tapar con la camisa la cara como algunos santos frailes?” (Fernández de Moratín, (2002) [1769]: 28).

calles, el argot característico de aquellos años y las subcategorías. Tan sólo en el centro histórico:

Estamos por categorías. Empieza así: por Rivero, la calle hueca, sigue Santo Domingo, Santa María hasta Aquiles Serdán, el Dos de Abril. Cruzas y están Donceles, Marconi, San Juan, Las Vizcaínas. Puras rules, todas diferentes. La única vez que nos vemos todas juntas es cuando el Carmen¹⁵ está de bote en bote¹⁶ por las razzias¹⁷ (Mora, 1972: 75).

A pesar de las similitudes y características compartidas, hoy en día existen ligeras diferencias entre una zona y otra. Estas se perciben en los hoteles, clientes, tarifas y fenotipo de las mujeres. En La Merced y San Pablo, la prostitución se orienta a clientes pertenecientes a las clases más bajas y populares, mientras que a Tlalpan y Sullivan acuden clientes de las clases medias y medias-altas:

En San Pablo [Matilde] se alquilaba 25 veces cada día (precio del servicio: 160 pesos). La clientela estaba compuesta por bodegueros, cargadores, choferes, dependientes de tiendas y adultos mayores que “se daban su vuelta” el día en que cobraban la pensión. La mayor parte de los hoteles son como patios de vecindad, sin baño, en los que sólo hay un rollo de papel sobre un buró que tiene quemaduras de cigarro. Su jornada terminaba a las 10 de la noche. Entonces, Matilde era trasladada a Sullivan, en donde la ocupaba, hasta las seis de la mañana, un público “de mejor nivel económico”. Profesionistas, maestros, burócratas, niños de clase media “y hasta empleados de la delegación”. Durante cuatro años Matilde cumplió 18 horas diarias de esclavitud sexual. Algunos días atendía hasta 40 clientes (Testimonio de exprostituta Matilde, citada en De Mauleón, 2013: s/p).

La célebre calle Sullivan en la colonia San Rafael en los alrededores del centro de la ciudad, llamada así por ser apellido de un empresario norteamericano a quien fue otorgada la concesión de construir el ferrocarril México-Nuevo Laredo durante el gobierno de Manuel González (1880-1884). Como apunta Héctor De Mauleón, esta zona de viajeros se fue poblando paulatinamente de hospederías “de pasaje”, a la postre convertidos en hoteles “de

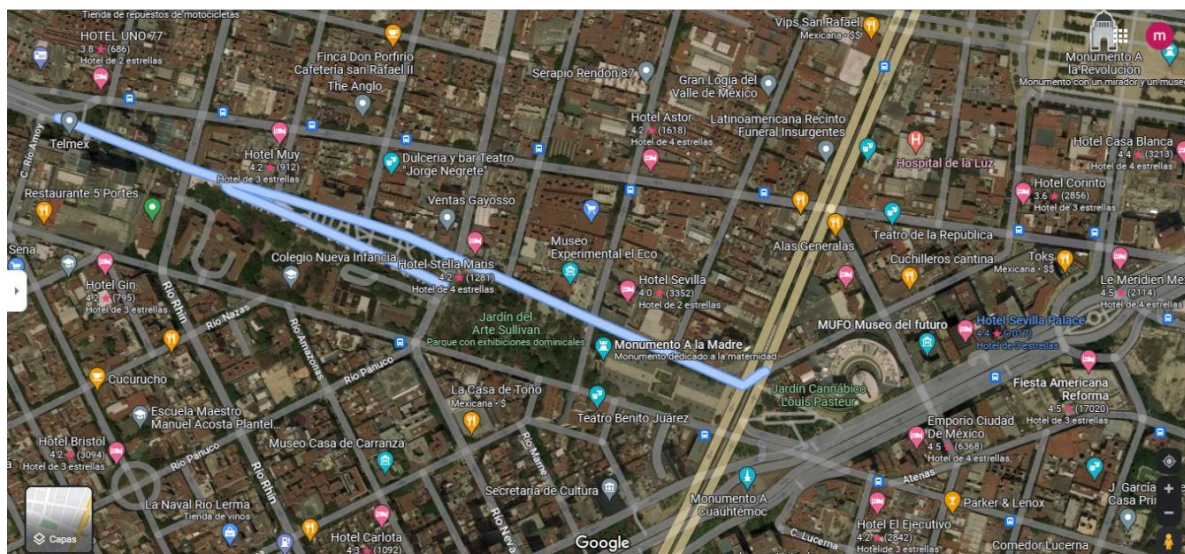
¹⁵ ¿Comisaría?

¹⁶ Lugar lleno, de extremo a extremo.

¹⁷ Redadas policiales.

paso”. Sin embargo, al ser demolida la estación ferroviaria Colonia en 1949, y ser construido allí el Monumento a la Madre, los propietarios de dichos inmuebles se vieron forzados a cambiar de giro, “de ese modo, los hoteles ‘de pasaje’ se volvieron ‘de paso’. Ejércitos fluctuantes de trabajadoras sexuales comenzaron a ‘pararse’ en las cercanías” (De Mauleón, 2013: s/p).

Imagen 1. Mapa de la calle Sullivan y alrededores¹⁸



Fuente: Google Maps, 2022.

Es así que Sullivan se transformó en un emblema de la prostitución callejera en la Ciudad de México, no sin la oposición vecinal que, acorde al sistema de valores dominante, ha rechazado la prostitución en tanto actividad asociada con la ilegalidad y, sobre todo, la inmoralidad. Bajo el argumento de que las *mujeres de la calle* perpetuaban *daños a la moral pública*, históricamente algunos representantes de la ley se han valido de este precepto para configurar toda una red de corrupción y extorsión que, en definitiva, sólo las castiga a ellas, las *mujeres públicas*, aquellas que se dejan la vida en “el caminar por barrios y callejones, banquetas y cabarets” en busca de algún cliente; donde con frecuencia terminaban “en la cárcel, de Tepito Dios mediante...” (Mendoza en Mora 1972: 10), hasta pagar las cuotas, establecidas unilateralmente, para seguir trabajando. La calle en tanto espacio público se

¹⁸ Como se observa en el mapa, resaltan, en color rosa, la diversidad de hoteles cercanos a la calle Sullivan señalada con color azul.

torna en un lugar de poder, de permanente tensión y conflicto entre los “verdaderos” ciudadanos, los representantes gubernamentales y los seres marginales:

[...] la gente decente pone quejas en el periódico, gran escándalo. El señor ese don Regente, por fregar y nomás para taparle el ojo al macho, manda las razzias. Ya ves: tres sábados me han sacado [de la calle] y cien pesos de multa. Un dineral. No sé a cuántas, pero imagínate: a cien pesos por cabeza, debe estar millonario, y todo de nuestras nalgas. Ya a mi viejo¹⁹ ni le alcanza lo que le doy, tiro por viaje estoy allá en el Carmen.²⁰ Donde que los garfiles²¹ son bien cabrones. Llegan con la Julia²² y ni ruido hacen los bueyes. En la calle chueca no había lío: le dábamos diez pesos al comandante y ahí moría [terminaba el conflicto] [...] (Mora, 1972: 75-76).

Y por si esto fuera poco, a veces ocurre que algún policía se adentra en el negocio de manera aún más *directa*, siendo al mismo tiempo representante de la ley, padrote y amante de alguna prostituta a quien enamora para después vivir de aquel oficio que tanto ofende. Se observa un cruce constante entre lo legal y lo ilegal, hasta los niveles más subjetivos:

La japonesa es una puerca. Ni te juntes con ella, van a pensar que eres igual. Trabaja con la pura lengua. Todas las noches su viejo, que además de ser padrote es agente de la jefatura, le da su beso; se pasan el chicle. Paso que ella trabaje en esa forma, muy su gusto y muy su lengua. Pero que su viejo sea un chivatón²³ me revienta (Mora, 1972: 75).

Volviendo a la calle Sullivan, ésta y otras avenidas como Tlalpan, San Pablo y La Merced, han sido un referente urbano en la materia:

En el último tercio del siglo XX las calles más próximas al Monumento a la Madre – en especial, Río Pánuco y Río Nazas– se habían convertido en referencia topográfica de la prostitución urbana. Las quejas continuas de los vecinos lograron arrojar la oferta sexual a una zona de oficinas que por la noche quedaba solitaria: la calle Sullivan: vendedores de café, autos con el radio a todo volumen, vestidos minúsculos y chillantes, puestos de tacos iluminados por un foco, torretas de patrullas rasgando

¹⁹ Padrote-pareja sentimental.

²⁰ Comisaría.

²¹ Acusadores. También llamados, coloquialmente, *soplones*.

²² Patrulla, policía.

²³ Infiltrado, delator, soplón.

la oscuridad y los ojos vigilantes de las madrotas que registran en libretas los ires y venires de sus pupilas (De Mauleón, 2013: s/p).

Como ilustra la narración anterior, en esta forma de prostitución madrotas y padrotes representan un papel decisivo. Ellos ejercen presión sobre los cuerpos y psiques femeninos; vigilan, introyectan su autoridad en las jóvenes que reclutan de las provincias del país o de las zonas marginadas de las ciudades, bajo engaños y seducción. Esclavizan sexualmente a decenas de mujeres a cambio del escaso dinero que les permite apenas sobrevivir en una ciudad en la cual se encuentran desarraigadas y estigmatizadas por el grueso social. Estos rasgos coercitivos son característicos de la prostitución callejera, de ahí el rechazo que provoca en muchos círculos académicos y activistas.

Detengámonos y subrayemos el papel decisivo que tiene la *seducción* al momento de enganchar y mantener a las prostitutas trabajando para ellos, madrotas y padrotes. Y es que, si bien casi siempre está presente la violencia física, será la seducción (acaso violencia psicológica) el elemento por el cual muchas de estas mujeres se mantienen “atadas” a estas redes de trata de personas con fines de explotación sexual. No serán pocas de ellas las que, enamoradas de sus padrotes –verdaderos “psicólogos empíricos”–, terminan por abandonar sus localidades de origen, familias y núcleos de apoyo.

— Yo no le hallo ningún chiste a tu cabrón Tiburón. Todo el día duermen y hasta en la noche te da de tragar. A ver, el viernes con lo que te hizo, y sigues con él. Me da rabia nomás de acordarme. Y tú todavía de pendeja gritándole:

— Viejo, ábreme.

— ¿Cuánto te hiciste?

— Ochenta pesos.

— ¡Voy! Avientámelos por debajo de la puerta y pírate a ponerle [prostituirse]. No te abro hasta que no sean trescientos.

— Con el frío que hacía y así saliste. Te brindé mi cuarto y no te quisiste quedar. Y esa tos que no se te quita. Después de esa porquería las golpizas que te da. Ya te desfiguró la nariz. Vámonos lejos si le tienes miedo.

— No puedo dejarlo. Se enoja porque dice que ninguno de su profesión [padrote] tiene nada más una sola vieja, ¿no?, así que tengo que talonearle (Mora, 1972: 78).

Ellos, los padrotes, literalmente las cazan cual si fuesen animales de presa; los lugares recónditos y las zonas marginadas del país representan una fuente inagotable de mujeres jóvenes que terminan por apostar entre una realidad llena de carencia y pobreza, y la promesa de algo. Desde luego, sólo transitan de un infierno a otro, quizás aún peor:

Los padrotes que operan en Sullivan no secuestran a punta de pistola a las mujeres que deciden explotar. Lo que hacen es seducirlas, enamorarlas, entregarles falsas promesas de matrimonio, y convencerlas de que huyan con ellos a otra ciudad. Realizan verdaderas cacerías humanas en zonas marginadas del país: recorren colonias apartadas y rondan los mercados, las tiendas, las escuelas, los paraderos de autobuses, a la caza de jóvenes y adolescentes en estado de vulnerabilidad o de pobreza extrema (De Mauleón, 2013: s/p).

Uno de los testimonios recabados por Héctor De Mauleón, ilustra claramente estas formas efectivas de seducción y enganche, ejercidas por estos cazadores de mujeres y “psicólogos empíricos”, de acuerdo a la expresión de Rosi Orozco, exdiputada federal y presidenta de la Comisión Unidos contra la Trata A.C. (citada por De Mauleón, 2013), quienes aprenden y desarrollan sus habilidades de enganchamiento durante años a través de las enseñanzas de sus madres, familiares y amigos, todos ellos inmiscuidos en la trata de personas, como ocurre, por ejemplo, con el tristemente célebre caso del municipio de Tenancingo, también conocido como la “capital de la trata de personas”, en la ciudad del estado de Tlaxcala, México:²⁴

Mónica conoció a su verdugo hace tres años en Acayucan, Veracruz. Mientras esperaba a su cuñada a las puertas de una tienda de abarrotes, un muchacho moreno, con un mechón rubio pintado en el cabello, le preguntó si sabía dónde iba a realizarse cierto baile. Se presentó como Jorge. Le dijo que tenía 26 años, que era originario de Puebla, que estudiaba “psicopedagogía educativa”. Platicaron un buen rato. Ella le

²⁴ El caso del pueblo de Tenancingo, Tlaxcala, es emblemático en ese sentido porque es un pueblo donde la trata de personas es toda una institución social. Tenancingo “[...] según la fiscalía central para la atención de delitos sexuales de la PGJDF es considerado por el FBI ‘la capital de la trata de personas’ y ‘la mayor fuente de trata sexual que existe en América Latina’. De 100 averiguaciones que la PGJDF ha abierto en los últimos años por este delito, más de una cuarta parte corresponde a sujetos que radican en Tenancingo, o en municipios cercanos” (De Mauleón, 2013: s/p).

contó que estaba por cumplir 20, que vivía con una tía, que cursaba la preparatoria bajo el sistema abierto y trabajaba con un ingeniero como empleada doméstica. Cambiaron teléfonos. Jorge le llamó ocho días después, “sólo para saludarte”. No hizo intento alguno de invitarla a salir. A lo largo de varias semanas sólo mantuvieron comunicación por teléfono y, cuando ella tenía saldo, a través de mensajes de texto.

“Me gustaste desde que te vi, eres bonita”, le escribió Jorge una noche.

—Todo fue rápido —recuerda Mónica—. Él era hábil para convencer.

En la primera cita le propuso que fuera su novia. “Yo creí en sus palabras y me dejé llevar”. Fue un noviazgo a distancia, porque Jorge alegaba constantes viajes de trabajo; sin embargo, siempre se mostraba al pendiente de ella, dispuesto a escucharla y ofrecerle consejos. Reapareció una tarde, y la invitó a tomar un refresco.

—Ya tengo casa, voy a tener carro, quiero casarme contigo —le dijo.

Mónica le había contado que tenía problemas con su tía y algunas presiones en el trabajo: su patrón la obligaba a salir cada vez más tarde, no le quedaba tiempo para hacer la tarea. De ese modo la enganchó:

—Olvidate de tu patrón. Vámonos juntos a México. Allá podemos trabajar, formar una familia.

“No supe cómo me enredó. Me pareció emocionante iniciar otra vida. Fuimos a que me comprara una muda de ropa y tomamos el autobús”.

Apareció, tras las ventanillas, la ciudad de México. Un taxi los condujo a la calle Mariano Arista, en la colonia Guerrero. En esa calle hay un hotel, un estacionamiento, [...] una casa de huéspedes pintada de verde, a cuyas puertas cuelga un letrero: “Amueblado, cómodo, barato, matrimonio o persona sola. Aquí informan”. Jorge la instaló en uno de los cuartos, y no volvió a aparecer hasta el día siguiente. “No me dijo a dónde iba. No me dijo nada. No me dejó dinero ni para comer”, recuerda Mónica.

[...] Creí que estaba jugando, que había tenido algún problema y que por eso se veía tan cambiado. Parecía furioso, de muy mal humor. No me dijo nada. Se volvió a salir y me dejó encerrada. Regresó en la noche con un vestido corto y unos zapatos, y me los tiró en la cama. “Esta misma noche empiezas a trabajar”. Yo le dije: “Estás

pendejo. Ni loca voy a hacer yo eso”. Me contestó: “Pues qué otra cosa vas a hacer, si ni papeles traes. ¿De dónde crees que vamos a sacar dinero? Tú sólo sirves para trabajar de criada y de eso no se vive. Así que mejor apúrate a vestirme, si no vas a valer madre ahorita mismo” (De Mauleón, 2013: s/p).

Fue así que Mónica se vio atrapada, de la noche a la mañana, en una red de trata de personas. Su experiencia se relaciona a la de otras mujeres que, como ella, fueron enganchadas con el mismo *modus operandi*. En sus testimonios, puede notarse cómo los estragos del hambre en el cuerpo serán pieza clave para maniatar sus fuerzas físicas, pero, sobre todo, su *voluntad*:

Mientras más despiadados son, más dóciles las vuelven. Más fácil les resulta explotarlas. Los experimentos de terror les hacen entender que ya no son dueñas de sí mismas, que su cuerpo y su integridad le pertenecen al otro. Muchas de ellas terminan por ir y volver al punto donde trabajan sin necesidad de vigilancia (Juana Bautista, Fiscal de Investigación de Delitos Sexuales citada en De Mauleón, 2013: s/p).

La noción de voluntad es esencial a la hora de definir al sujeto en tanto que, sin esta característica su actuar en el mundo se ve subsumido a un mero estado de pasividad; en esa tónica, podría decirse que se es sujeto en tanto se posee *voluntad*; de lo contrario, queda mermada la subjetividad y se es reducido a una cosa inerte, un ser autómatas o, en este caso, una esclava sexual (Yoshiaki, 2010). La experiencia de Mónica ejemplifica lo anterior en una sola línea: su tránsito por la prostitución la dejó “bastante muerta”. Los estragos del hambre, la violencia física y psicológica, el desarraigo, la falta de recursos económicos... son elementos que minan la voluntad y abonan a los procesos de des-subjetivación de estas mujeres:

[Al oponer resistencia a la prostitución] Me comenzó a pegar [...] muy fuerte. Yo nunca había estado en una situación así. Me pegó hasta que el miedo me hizo decirle que iba a hacer lo que él quisiera. Esa noche, ya vestida con esa ropa, Jorge me llevó en un taxi al Hotel Marín. En un cuarto me estaban esperando dos personas, una prostituta joven y una señora más grande, que era la madrota. La muchacha joven me enseñó cómo se ponía el condón. La madrota me dijo cómo pararme, qué le iba a decir a los clientes, cuánto les iba a cobrar: “Te paras derecha, coqueteándoles, y les

lices: 500 pesos mi amor, desnudo completo, una sola relación y posiciones” (Testimonio de Mónica citado en De Mauleón, 2013: s/p).

Cuando se estudia el fenómeno de la prostitución callejera, las ideas de *voluntad* y *libertad de elección* se tornan sumamente problemáticas, porque ciertamente aquellas mujeres se encuentran bajo un régimen de esclavitud sexual. Muchas de ellas, cuando son interrogadas por las autoridades, suelen referir que no son obligadas a ejercer la prostitución debido a: i) miedo y desconfianza en las autoridades (coludidas muchas veces con las mafias de trata); ii) miedo a sus padrotes y tratantes. Así lo indica la ex Fiscal de Investigación de Delitos Sexuales:

El terror las alecciona. Están entrenadas para decir que están ahí por gusto, que trabajan en libertad, que son libres de escoger el oficio que prefieran, que no tienen padrote, y que nadie las obliga a pagar cuotas. Una denuncia es la única forma de romper ese círculo, pero sin una denuncia estamos atados de manos, no podemos hacer nada frente a eso (Juana Bautista, ex Fiscal de Investigación de Delitos Sexuales citada en De Mauleón, 2013: s/p).

En resumidas cuentas, saber cuándo una mujer es obligada a prostituirse o no, se vuelve un galimatías extremadamente complejo. Muchas no consiguen liberarse y terminan en alguna fosa clandestina, adictas al alcohol y las drogas, enfermas, quizás en algún sanatorio o manicomio; o envejecidas en esas sucias y frías calles en las que venden, al mejor postor, los restos de sus amores por tan sólo 50 pesos. Algunas cuantas logran liberarse, no sin antes haber visto comprometida su vida, con secuelas que las atormentarán para siempre. La aventura de este grupo reducido de mujeres debe estar acompañada de un valor extremo, en complicidad de algún lazo humano solidario que en cierto punto tenga la voluntad de ayudarlas: un cliente enamorado, un empleado de hotel con quien se haya trabado cierta camaradería, amistad o amores, o la denuncia anónima de un buen samaritano que logre hacer eco en los oídos de alguna autoridad gubernamental no corrompida:

Una noche, en el ambiente sórdido de un cuarto cualquiera —en el [hotel] Marín hay una cómoda con espejo, un buró, una alfombra y una colcha rala—, el cliente aquel le dijo a Mónica:

—Yo no puedo meterme en esto, te va a tocar a ti hacerlo. Denuncia a tu padrote. Todavía estás a tiempo de salir de aquí.

Le entregó un número telefónico anotado en un papelito, que Mónica hizo bolita y dejó caer en el bolso de pedrería falsa en el que guardaba los condones. Cuando volvió a su esquina, pensó: “Si lo denuncio, voy a valer madres, pero hace mucho que yo ya valí madres”.

Esa noche visitó el Hotel Marín cuatro veces más. Como era viernes, casi todos los clientes iban “drogados, alcoholizados o simplemente oliendo feo”. Los fines de semana todo era peor. Eso fue lo que la decidió. “Tal vez me muera —se dijo—, pero no vuelvo a poner un pie en este infierno” (Testimonio de Mónica citado en De Mauleón, 2013: s/p).

Como se ha mencionado, otro aspecto importante, además de la seducción y la pobreza, es el papel que desempeñan las madrotas en este tipo de prostitución. Normalmente se trata de exprostitutas que conocen a la perfección los entresijos del oficio. Ellas fungen como “maestras” y vigilantes. Y es importante destacarlo entre otras cosas porque desde ciertos círculos y visiones esencialistas, se coloca el acento casi exclusivamente en el papel ejercido por los padrotes masculinos como únicas figuras esclavizantes. La explicación desemboca entonces, fácilmente, en el *patriarcado* y la *opresión masculina*. Sin pretender negar, ni mucho menos, la importante y decisiva función de estos hombres en la esclavitud sexual, se advierte que no se trata de una actividad exclusiva de hombres; por el contrario, en la explotación sexual coparticipan activamente demasiadas mujeres.

[...] Sentía mucha confusión. Cada cosa que pasaba era peor que la otra. Por ejemplo, yo estaba reglando y me metieron una esponja empapada en vinagre para detener la sangre. Sentí que acababan de hacerme una cosa denigrante, pero no les dije nada. [...]. La madrota era la que nos vigilaba: teníamos prohibido hablar entre nosotras. “Si te pones a pendejear o a perder el tiempo, ya sabes”, me dijo Jorge. “Ya sabes” eran patadas a la altura de las costillas. En la calle había otras muchachas. Algunas de ellas eran mis “carnalas”, o sea, trabajaban para el mismo padrote. La mayoría eran crueles, se habían vuelto malas. Se dedicaban a vigilarse, a acusarse, a inventarse chismes. Siempre andaban golpeadas, con el ojo cerrado o las costillas llenas de moretones. Me paré en la esquina y [...] Luego luego (*sic*) llegó el primer cliente: un hombre feo, de cuarenta y tantos años. Yo estaba llorando. Se me subió sin

preguntarme por qué lloraba. Lo ensucié de sangre y cuando terminó me miró con asco y se limpió con una toalla. [...] Esa noche estuve con 14 clientes. Terminé con la vagina inflamada, lastimada, con un dolor horrible en el vientre. Jorge estaba muy contento porque había ganado siete mil pesos. “Si sigues así, no va a haber problema entre nosotros” (Testimonio de Mónica citado en De Mauleón, 2013: s/p).

En estas dinámicas, el cuerpo femenino es concebido como *máquina sexual* y, en tanto máquina, debe obedecer y acatar el deseo de otro (ya sea padrote, madrota, policía, cliente, taxista...), quedando despersonalizada. Su sexualización es extrema. Sobre esta máquina se colocan atributos eróticos tales como fogosidad y lujuria, así como ser una fuente inagotable de placer sexual. En tanto máquina, el descanso es impensable, el cuerpo queda atado a la dinámica de la productividad económica interminable:

[En aquella experiencia de iniciación:] Eran ya las seis de la mañana. Yo iba llorando, le rogué [al novio-padrote] que me dejara ir. Me dio una cachetada y luego quiso tener relaciones conmigo. Como lo rechacé, me volvió a pegar. “Aquí se hace lo que quiere el rey”. No puedo decirte lo sucia que una se siente. Al otro día volvió a pasar lo mismo, y al otro también. De martes a sábado, de 10 de la noche a seis de la mañana; los otros días, como había menos clientes, “nomás” estaba de nueve a tres. Cuando me iba bien, atendía 20 clientes. Si me iba mal, sólo a cinco o seis (Testimonio de Mónica citado en De Mauleón, 2013: s/p).

Al colocar estos atributos sobre los cuerpos de las prostitutas, se les despersonaliza, se asume que ellas sienten y disfrutan igual o más que ellos, los clientes. Son las llamadas “cariñosas” (término con el que se suele referir a las prostitutas en muchos videos que actualmente circulan en internet) las que, se piensa, nunca se cansan, estando siempre dispuestas a saciar el placer del cliente, quien, al pagar con la mercancía dinero, asume que esos cuerpos le pertenecen:

Yo no quería saber nada de hombres, nada de sexo, nada. Sentía asco. Todas las noches llegaban drogados, alcoholizados, casi cayéndose de borrachos. Y luego, en el cuarto, se ponían pesados. Te insultan, te quieren obligar a beber, a drogarte, a hacer cosas que no quieres, a tener sexo sin protección. A veces te sacan navajas, pistolas. A Sullivan llegan gringos, canadienses, venezolanos, chilenos, chinos,

coreanos, italianos, haitianos, todos te tratan igual. Todos ellos son lo mismo (Testimonio de Mónica citado en De Mauleón, 2013: s/p).

La despersonalización está acompañada de la naturalización de la explotación sexual. Como refieren algunos testimonios, los clientes “que van a la calle a comprarnos no se imaginan lo que hay detrás. No se imaginan lo que es ese mundo” (Matilde, citada en De Mauleón, 2013: s/p). Y a los clientes de la prostitución callejera poco o nada les importa, por ejemplo, si aquellas mujeres están allí de manera forzada, si sufren o no, si acaso han comido algo durante ese día, o si han sido obligadas a trabajar de nueve de la noche a seis de la mañana; tampoco importa si son menores de edad. En caso de sospecha, las menores llevan consigo documentos falsos, proporcionados por sus padrotes, que “acreditan” su “mayoría de edad”. Así, el “problema” y los cargos de conciencia, se aplacan. La juventud de los cuerpos femeninos y la belleza son valores altamente apreciados en cualquier forma de prostitución o trabajo sexual, de ahí que las mujeres que cumplen con estas características sean bastante solicitadas por las decenas de clientes que a diario acuden a contratar sus servicios:

[Cuando Matilde fue rescatada], uno de los agentes le preguntó si sabía de otras muchachas que se hallaran en la misma situación. Matilde le dio el nombre de Nancy, la “sexoservidora” más joven de Sullivan. Había sido enganchada en San Luis Potosí, a la edad de 14 años.

—Era una de las más solicitadas. Allá en Sullivan, todas las noches, los coches se le amontonaban —dice.

Con los datos proporcionados por Matilde, la fiscalía central preparó un operativo. Agentes encubiertos comenzaron a buscar a una joven alta, delgada, de botas blancas y gorra negra.

“No les va a costar trabajo —les dijo Matilde—. Busquen una que todavía tiene cara de niña” (Testimonios de Matilde y Nancy en De Mauleón, 2013: s/p).

La calle es, en síntesis, un espacio de poder, lugar por excelencia de la prostitución, donde se reproducen los aspectos más ominosos y abyectos de la esclavitud sexual.

Las casas de citas: los dorados tiempos de la prostitución en México

*...en la casa de citas la intimidad estruendosa
se resarce de las usurpaciones y los silencios
del moralismo, [recordando que] Sólo lo
prohibido es apetecible.*

(Monsiváis en Vargas, 1991: VIII)

Otro de los lugares emblemáticos de la prostitución es *la casa de citas*, nombrada de múltiples maneras: burdel, lupanar, clubes, casas de vicio, casas públicas, casas de tolerancia, casas de putas. Eran consideradas *lugares de perdición* donde el corsé de la moralidad se relajaba para dar rienda suelta a las pasiones de la carne entre clientes y las señaladas como mujeres públicas, de la vida galante, de la vida fácil, y otros adjetivos menos decorosos otorgados a *ellas* y sus “cuerpos del escarnio y del deseo”, quienes eran, desde luego, “el jurado enemigo del ángel del hogar”, (Rivera-Garza, 2022: 71 y 196).

El esplendor de la casa de citas, del “comercio carnal domiciliado”, tiene lugar en la Ciudad de México y el resto del país especialmente entre los años de 1880 y 1960, momento histórico en el que se buscaba transitar de una sociedad premoderna, a una cosmopolita y moderna en todas sus letras. Este proceso fue lento y convulso, marcado por las desigualdades inherentes a la sociedad mexicana.

[...] En el porfiriato, muy especialmente, la casa de citas es uno de los santuarios profanos de la “buena sociedad” (del poder, el dinero, el prestigio) en sus horas de sinceridad alcohólica, de lujuria que ahoga o impide los estallidos de concupiscencia en la alcoba matrimonial, de teatralización de la hombría, de disolución de la serenidad, de rienda suelta a lo Indecible y lo Inconveniente (Monsiváis en Vargas, 1991: VII).

El grueso de las mujeres que se dedicaban a este oficio solía pertenecer a las clases más bajas del estrato social, y en algunos casos a los sectores medios. Muchas eran indígenas que habían llegado a la capital tras huir de la violencia que asolaba al país, o en busca de mejores oportunidades laborales durante las olas migratorias del campo a la ciudad, acaecidas fundamentalmente durante el periodo 1920-1970 (Arizpe, 1975). Al llegar a la capital se vieron enfrentadas a un mundo sumamente hostil y difícil en todos los sentidos. “La mayoría

[de las prostitutas previamente] habían sido costureras, lavanderas, empleadas domésticas o tortilleras” (Talavera, 2018, 1 de junio: s/p), que habían entrado a la prostitución siendo seducidas u obligadas por algún lenón, o simplemente orilladas por las desigualdades inherentes del sistema económico. Esta desigualdad irá acompañada del juicio y escarnio, el estigma social, la criminalización *per se* y la patologización médico-psiquiátrica, pues en México históricamente el papel de la prostituta ha sido el de “representante perfecta de la criminalidad femenina moderna” (Rivera-Garza, 2022 [2010]: 257).

El periodista y criminólogo mexicano Carlos Roumagnac, en su célebre ensayo *Los criminales en México* (1904), suele referir testimonios de algunas prostitutas que se encontraban pagando condenas en prisión. De entre ellas destaca la historia de María V., alias “La Chiquita”, quien entró a la cárcel tras cometer lo que por entonces era tipificado como “crímenes pasionales”, y asesinar a una de sus parejas sentimentales. “La Chiquita” encarna la idea moderna, porfiriana, de la prostitución: seres indeseables, desviaciones y males de una sociedad que se esforzaba por encarrilarse en las vías del progreso material, científico, artístico y social. En la descripción de la vida de esta mujer sobresalen las precarias condiciones de vida, las adicciones al alcohol y la morfina, la violencia y, desde luego, su transitar por distintas casas de citas en la ciudad de México:

La primera lección le fue dada por el hijo de sus patrones; contaba entonces trece años apenas, pero manifiesta que ya tenía reglas. Aquél, joven de veintidós años, la enamoró y la hizo abandonar el Asilo, llevándola a otra casa donde la tuvo como querida durante un año nueve meses [...]. En aquella época hacía sus correrías por Guadalajara, buscando mercancía joven, una de tantas traficantes en carne humana, y por dos amigas de la V., supo el paradero de ésta, la hizo caer en sus redes y cerró el infame contrato, trayendo a México a María, que tenía quince años cuando dio principio a su vida de lupanar [...]. Entre las compañeras de prostitución y aunque en casas distintas, María V. había contraído buena amistad con Esperanza G. (alias) “la Malagueña”. Una noche no faltó quien le dijera que [su novio] estaba con ésta en otro lupanar, y de ello se convenció por sus propios ojos, yendo allí y encontrándolos sentados en la sala, abrazados [...] (Roumagnac, 1904: 106 y 108).

Entonces, tras el fracaso de las prohibiciones gubernamentales y llamamientos para erradicar de raíz lo que a todas luces se consideraba un mal indeseable, se implementaron

una serie de políticas públicas encaminadas a regular y controlar la prostitución. Durante el siglo XIX y principios del XX, “Las prohibiciones son irreales, pero son muy tangibles el peso del confesionario y el culto a las apariencias. La solución: la institución pública y clandestina, la casa de citas, la cumbre del vasto universo de la prostitución [...]” (Monsiváis en Vargas, 1991: X). Algunas de estas políticas tienen sus antecedentes “Desde 1865, en un esfuerzo por contener las enfermedades venéreas y regular el comercio sexual en México, las autoridades sanitarias solicitaron los retratos de las prostitutas para ser incluidos en un libro de registros” (Rivera-Garza, 2022: 243). Este “Registro de Mujeres Públicas”, firmado por el mismísimo Maximiliano de Habsburgo en 1865 constaba de 598 fichas (Talavera, 2018, 1 de junio: s/p); las catalogadas como mujeres públicas que ahí figuraban “[...] posaban mostrando su coquetería con la mano en la cintura o en la cara, las más atrevidas alzaban su vestido para dejar ver su pie o crinolina” (Talavera, 2018, 1 de junio: s/p). Es de resaltar la clasificación que se hacía de aquellas mujeres (primera, segunda y tercera categoría), “dependiendo el lugar donde trabajaban” y su nacionalidad; así, en el Registro aparece “[...] una mujer alemana, de nombre Carlota, de 2ª clase y otra ciudadana francesa, de 1ª clase” (Talavera, 2018, 1 de junio: s/p). Algunas lucían vestidos y accesorios ostentosos; muchas otras, en cambio, aparecen “[...] posando únicamente con un reboso, falda y blusa. Pocas esbozaban una sonrisa. Dejaban ver en su rostro el peso de la vida que habían llevado. Una de las mujeres declaró vivir en los baños de La Lagunilla. Algunas vestían de negro y portaban un crucifijo” (Talavera, 2018, 1 de junio: s/p).

Imagen 2. Registro de Mujeres Públicas



Fuente: (Talavera, 2018, 1 de junio)

Los intentos por llevar registros oficiales y regular la prostitución en México no cesaron tras la caída del Segundo Imperio, continuaron durante la República Restaurada y el Porfiriato (en este periodo histórico se sumaron los registros de otras ciudades como Oaxaca, Puebla, Michoacán y Zacatecas, además de la capital), de tal suerte que “existen seis registros de prostitutas [que trabajaban en casas de citas] de finales del siglo XIX y principios del XX” (Talavera, 2018, 1 de junio: s/p). Las mujeres reguladas debían proporcionar a las autoridades una fotografía, sus datos personales y someterse a exámenes médicos periódicos, intentando con esto aminorar los perniciosos efectos de las enfermedades venéreas, principalmente la sífilis que, por aquella época, representaba un serio problema de salud pública.²⁵ Quienes

²⁵ Las también llamadas “muertes venéreas” eran un serio problema de salud no sólo en México, sino en todo el mundo desde tiempos remotos. Estas enfermedades solían achacarse, casi exclusivamente, a la impureza de las prostitutas que, se pensaba, contaminaban a los hombres, de ahí también su desprecio. A guisa de ejemplo, el escritor español Fernández de Moratín, en su tratado o *Arte de las putas* de mediados del siglo XVIII, daba consejos a los “putañeros” para no infectarse de enfermedades de transmisión sexual a la hora de estar carnalmente con las “mujeres públicas”. Así describía la invención del condón y su implementación en Europa: “[...] El condón de este modo fue inventado; después los sutilísimos ingleses, filósofos del siglo, le han pulido, y a membrana sutil le han reducido [...] y las putas de Londres son multadas, si no ofrecen bandejas de condones que les hacen venir desde la China, y en Montpellier se venden paquetes, y en las tiendas de Pérez y Geniani, si los pagares bien y con secreto, y por los secretarios de Embajada, que a la nuestra remiten las naciones ” (Fernández de Moratín, (2002) [1769]: 53).

resultaban contagiadas eran puestas bajo tratamiento médico, separadas de sus actividades en la casa de citas o, en los casos donde la sífilis ya había causado daños considerables en los cuerpos y mentes, quedaban recluidas a los centros psiquiátricos como La Castañeda y el Hospital Morelos (Rivera-Garza, 2022). Entre las ocupaciones de las internas de La Castañeda, “Aquellas enlistadas como desempleadas, por lo general eran prostitutas, ocupación que los minuciosos administradores no se atrevían a reconocer” (Rivera-Garza, 2022: 114).

Durante las primeras décadas del siglo XX aquellos cuerpos socialmente infravalorados, desechables y marcados por el “pecado” y la deshonra, servían a médicos, ginecólogos e higienistas para avanzar en materia de la llamada ciencia sexual, la cual requería para su desarrollo de la exploración médica de los cuerpos femeninos. En esa época era casi impensable que las *buenas mujeres* accedieran por voluntad propia, y de sus maridos y familiares, a dicha exploración en aras de la ciencia. Ante este panorama, serán los cuerpos de las prostitutas los que quedarán, sin más reparo, al servicio de la ciencia médica:

Los cuerpos de las prostitutas recluidos en el Hospital Morelos, una institución de beneficencia dedicada a atender a mujeres sifilíticas, demostró ser un terreno fértil para el desarrollo de la medicina de las mujeres en México. De hecho, las prostitutas se convirtieron en informantes, a pesar de resistirse en no pocas ocasiones a ello. Como pronto se hizo evidente, estas mujeres no recibían con agrado el hecho de que las investigaciones tuvieran lugar en sus cuerpos y, en su lugar, se rebelaron contra las reglas médicas y disciplinarias que gobernaban el hospital (Rivera-Garza, 2022: 194).

Volviendo a la reglamentación de las casas de citas, en 1912 “[...] se expidió una ley con el objeto de reglamentar la prostitución. Pero no dio los resultados que se esperaban. Después se puso en vigor otra, conteniendo algunas reformas a la anterior [...]” Entre otras cosas, durante las primeras dos décadas del siglo XX, se buscaba conformar

[...] el establecimiento de una amplia zona de tolerancia, fuera del centro de la ciudad, es decir en sus alrededores y en los barrios menos poblados. En dicha zona, cuyo establecimiento se anuncia para los últimos días del mes próximo, quedarán refundidos todos los centros de vicio que existen en la capital, algunos de los cuales, por audacia de sus propietarios, se encuentran en nuestras principales arterias. La

nueva zona de tolerancia quedará a la mayor distancia posible de los templos, escuelas, cuarteles y otros centros de reunión (*El Universal*, 2021, 19 de diciembre: s/p).

De esta manera, las autoridades mexicanas pretendían alejar y ocultar la prostitución de los ciudadanos decentes. La prostitución era concebida no como parte inherente de la modernidad sino como una anomalía que habría que extirpar o, cuando menos, regular e invisibilizar. Durante este periodo habrá varios registros oficiales de numerosas casas de citas en la capital:

...el ayuntamiento constitucionalista de la ciudad de México llevó el registro de unos 114 establecimientos entre *casas de asignación* (donde asisten las prostitutas sin vivir en ellas), *casas de tolerancia o burdeles* y *casas de citas* (lugares de encuentro) de 1918 a 1919 en las calles de Cuauhtemotzin... Estrella, Camelia, Moctezuma, Querétaro, Héroes, Nunó, San Miguel...Pajaritos... Libertad, Icazbalceta (Vargas, 1991: XVII. Cursivas mías).

En las casas de citas, sus administradores desplegaban una serie de artilugios para crear una atmósfera de intimidad y seducción, de distensión social. En estos lugares, además de los encuentros carnales, tenían cabida las conspiraciones políticas, las amistades y relaciones interpersonales de significancia, todo ello sin pretender romantizar lo que a todas luces era también un lugar de brutalidad, algarabía, desenfreno, exceso, ruido, placer...

Estos “clubes” [casas de citas] decorados con lujo o, más bien, con el modesto lujo que asombra a los habituados a la pobreza y sordidez de la mayoría de los burdeles, cumplen diversas funciones: son centros conspirativos [políticos] [...], sitio de las amistades más entrañables, confesionario laico, ámbito de la brutalidad y la bravata, lugar de afianzamiento de transas y negocios [...] (Monsiváis en Vargas, 1991: X).

Su decoración pretendía emular lo que se consideraba como *el elegante estilo francés*, sobre todo durante el Porfiriato (finales del siglo XIX y principios del XX).

Los potentados mexicanos tenían a Europa como su modelo en todas las actividades, desde la arquitectura hasta la moda, y París en particular era considerado como el centro de la sofisticación y de la vida elegante. Imitando estos patrones, las calles más importantes de la ciudad de México fueron remodeladas [...]. Al igual que

sombreros y vinos, libros y pinturas, muebles y música, Francia también envió a este país tan acogedor su ‘burdel’ tradicional, junto con las prostitutas necesarias para probarlo. Hay muchos ejemplos en la literatura mexicana que documentan este hecho, sobre todo en las novelas históricas que narran sucesos ocurridos a principio de siglo, en los albores de la Revolución, como las de Mariano Azuela y Martín Luis Guzmán. También en los testimonios autobiográficos se encuentran referencias a los burdeles franceses de la ciudad de México (Vargas, 1991: XVII).

De tal manera que a principios del siglo XX “...había muchos lugares donde pasarla bien, desde las cantinas hasta las casas de citas: éstas más hacia el rumbo de El Salto del Agua, donde había algunas atendidas por francesas que pasaban temporadas en nuestro país; después de juntar algún dinero se regresaban al suyo” (Gómez Arias en Vargas, 1991: XVII).

Este será el estereotipo de mujeres en las casas de citas a principios del siglo XX. Al respecto, en *La casa de citas en el barrio galante*, Ava Vargas comenta una serie de fotos que datan de esos años, y que fueron tomadas, posiblemente, en lujosas casas de citas durante *la bella época*. En estas fotos: “las mujeres usan tocados de inspiración árabe, así como prendas y brazaletes que denotan la intención de evocar un harén [...]. Todas las mujeres son jóvenes y de aspecto saludable, aunque, como era de esperarse, sus figuras varían bastante y algunas se ven más tímidas o hasta recatadas, mientras que otras lucen mucho más provocativas” (Vargas, 1991: XVIII). Parece ser que la fórmula es la misma, o muy similar, en todas las épocas: resaltar la belleza de las mujeres a través de atuendos y accesorios; crear una atmósfera seductora, idílica, que despierte en los receptores la fantasía, la posibilidad de mirarse a sí mismos *viviendo* aquello que parece ser un sueño. Lo que variará serán los dispositivos tecnológicos y sus formatos para capturar aquel *performance*, así como la velocidad de acceso al material erótico o pornográfico, según sea el caso.

El siguiente pasaje literario de Salvador Novo ilustra perfectamente cómo eran estas famosas casas de citas; el relato permite conocer sus objetos y elementos fundamentales (la *sala*, los *espejos* y *lavabos* como piezas clave), permitiendo entrar en la intimidad de los actores, en las prácticas y funciones desempeñadas por sus personajes principales. La narración también es importante porque ejemplifica ese carácter un tanto *romántico* sobre la institución de la prostitución, como se ha sugerido al inicio de este capítulo.

Aquellas casas eran, para empezar, grandes. Mayores, desde luego, que las de quienes por una soñada noche escapaban a la estrechez monótona de su domesticidad, para pasar lo que se llama un buen rato. Lujosas, atractivamente instaladas. Las señoritas putas o “pupilas”, administrada su conducta profesional por la señora madrota, con la delicada pericia con que un buen director de orquesta maneja las cuerdas y los alientos: a las especialistas en violines o a las virtuosas de clarinete, disponían de alcobas individuales completamente equipadas con un lecho cuya muelle amplitud afrontara cualquier gimnástica fantasía; espejos estratégicamente situados para multiplicar el goce plástico, y lavabos de peltre o de porcelana para las abluciones de la despedida, después de haber discretamente depositado en el buró de cubierta de mármol el importe convenido por el solaz. A tiempo convocado, un “serafín” doméstico y diligente renovaba la provisión de agua del lavabo o “aguamanil”, y recogía las toallas, anteriores a la bendición moderna del kleenex [toallas desechables]...

La “sala” era el centro de la casa; y “hacer sala”, la obligación social de aquellas sonrientes geishas locales, el escaparate de sus encantos, el sitio del muestreo; y la ocasión de entablar relaciones con la novia de una hora, antes de convertirla en esposa de quince minutos...

Para los clientes, a su vez, la sala era una deliciosa mina de expansiones espirituales: de comunicación no inhibida por las convenciones sociales ni familiares. La necesidad de llaneza en la compañía, que los hombres maduros precaria y unisexualmente solventan en sus clubes (banqueros, industriales), se satisfacía con felicidad en las tertulias de las salas de los burdeles (Salvador Novo citado por Monsiváis en Vargas, 1991: X).

Otro aspecto a destacar tiene que ver con las dinámicas de solidaridad que parecen haber existido en las casas de citas, principalmente entre las prostitutas, y entre éstas y las madrotas y clientes. El testimonio de una exprostituta española –a pesar de situarse en otro contexto– que ejerció este oficio por más de diez años, es claro ejemplo de cómo el espacio, la casa de citas, daba pie a la risa, la confesión de intimidades más allá del sexo, las amistades y lo que ella llama *la solidaridad de las supervivientes*, de aquellas que aceptan sondear las profundidades de un mundo sórdido, pero que incluso ahí pueden llegar a tener lugar expresiones humanas altamente valoradas; sin dejar de mencionar también los problemas que

a diario se suscitaban, pues las emociones en estos sitios se encuentran siempre a flor de piel. Aunado a ello, el *cuerpo* parece adquirir otras *tensiones* y comportamientos distintos a los desplegados en la calle (donde la alerta corporal está siempre presente), o incluso en los lugares donde la vigilancia de padrotes y tratantes es férrea:

[...en la casa de citas había también] Chicas, mujeres que comparten su vida, que se riñen y se elogian, que se miden unas a otras, pero también se acompañan. Mujeres capaces de pasearse delante del cliente convertidas en chicas de revista, pero que después, en la salita de espera, se despatarran en el sofá, tiran los zapatos al suelo, se masajean los pies, se cortan las uñas, sueltan la tripa y se ríen cuanto pueden sin pensar si darán un mal perfil por eso. Y he visto muestras de solidaridad entre las putas que nunca vi entre otras amistades “de fuera” de ese ambiente. Es la solidaridad de las supervivientes” (De León, 2012: 30).

En cambio, bajo las formas sociales *flexibles* de los tiempos que corren, se atomiza a los sujetos, se les separa espacial y afectivamente de sus lugares de trabajo. En la actualidad, como se analizará más adelante, cada una está por su cuenta, es esclava de sus propios rendimientos y ganancias; cada una es su propia empresa (Laval y Dardot, 2013), o, como diría una mujer *escort* entrevistada, “aquí no hay amistades, cada quien se rasca con sus propias uñas”. Si bien esto les otorga una mayor autonomía financiera, también intensifica los sentimientos de aislamiento y soledad propios de la subjetividad contemporánea. De ahí la importancia de aquellos *viejos lugares* como las casas de citas:

En aquel lugar convivíamos de manera muy estrecha muchas mujeres. Esperábamos a los clientes en una minisalita donde nos sentábamos muy apretadas en un sofá, culo con culo, unas ocho o diez chicas que, además, íbamos medio desnudas la mayor parte del tiempo. Como los servicios eran constantes, y te duchabas cada vez que entrabas o salías, lo más cómodo era ir con la toalla atada a la cintura [...]. En este contexto de desnudez es difícil no compartir. Las formas inciden en los contenidos. Lo que ves te afecta. Si entras en un ambiente donde, durante horas seguidas, un grupo de mujeres se muestran desnudas unas a otras como si fuera lo más normal del mundo, no puedes evitar sentir que estás en un lugar propicio para intimar. Aunque mientas en algunas cosas, es difícil sostener el fingimiento constante cuando tienes que pasar ocho horas sentada en un sofá junto a las demás, viendo el tiempo pasar, comiendo, comentando lo que sale en la televisión, o compartiendo anécdotas acerca

de los clientes. Al final tiendes a hacer confidencias. Es inevitable [...]. Esto no sucede en todas las casas, ya lo he dicho. Pero en algunas, sí. En aquella existía un ambiente muy cómplice, muy peculiar. Aunque también surgían peleas (algunas muy fuertes), al cabo de los meses yo me di cuenta de que aquello era como una pequeña familia. Existían vínculos muy intensos entre algunas de nosotras, las más estables en el trabajo, las “de siempre” (De León, 2012: 88-89).

En esa lógica, la prostitución en la casa de citas, a pesar de ser una “simulación”, un *performance* donde se ejecutan representaciones entre los diversos actores (madrotas, prostitutas, clientes, personal...), es también un lugar sin demasiados filtros, sin las convenciones y máscaras aceptadas socialmente; tanto así que la desnudez del cuerpo era vivida como algo natural, distante a los valores de *vergüenza* y *pudor* que son colocados simbólicamente sobre los cuerpos, en este caso de las mujeres:

Me acostumbré tanto a mostrarme desnuda delante de otras mujeres, que cuando venía a mi casa alguna amiga “de fuera” (es decir, ajena al trabajo), tenía que reprimirme para no andar en pelotas delante de ella. Ni física ni emocionalmente. Y no es que mis amigas fueran muy puritanas, simplemente es que necesitaban crear un clima especial y un montón de aproximaciones para llegar finalmente al meollo íntimo de un asunto, tanto para desnudarse como para contar algo muy profundo de sí mismas. Es decir, lo normal. Lo raro era lo que yo vivía en la casa de putas” (De León, 2012: 90).

A manera de cierre de este apartado, enfatizar en el papel transgresor que desempeñaron las casas de citas desde finales del siglo XIX hasta la década de 1960 (donde aparecerán y cobrarán fuerza otros lugares), que desde sus sombras mostraban aquello que la modernidad pretendía negar. Las representaciones de todos estos viejos lugares,

[...] nos hablan directamente de la vida de una ciudad, de los lugares clandestinos y prohibidos que existían dentro de ella. El burdel es una institución que no puede ser ignorada; formaba parte activa de la sociedad conservadora y religiosa, y como tal ofrecía la posibilidad de transgredir las “buenas costumbres” y dedicarse exclusivamente a lo suyo. Por ello a los burdeles se entraba con discreción, cuando la noche cubría las identidades y los rostros; pero, una vez adentro, se descubría que esos lugares de fama tan oscura estaban iluminados con risas y música, animados con bebidas, humo de cigarro y conversaciones interesantes. En alguna ocasión hubo

muchos burdeles [...] en la ciudad de México y en la provincia [...] (Vargas, 1991: XX).

Canjeando amores de una noche: los bares de ficheras

Los hombres llegaban al bar y en la barra se vendían distintas fichas de colores y precios. Estos compraban las fichas y “canjeaban” los servicios de una mujer con los objetos de colores. Cuando la noche ya había terminado, las ficheras cambiaban las fichas por el dinero que les correspondía. Los servicios que prestan las ficheras pueden ser sexuales, pero esta no es una regla general. Muchas se dedican a charlar con los clientes, otras bailan con ellos o los acompañan mientras beben.

Andrés Cortés, ¿Quiénes son “Las Ficheras”?

El esplendor de las llamadas *ficheras* en la ciudad de México se registra en las décadas de 1950 y 1970, hasta su decadencia en los años de 1990. Ataviadas siempre con vestidos coloridos y ajustados, accesorios, maquillaje y perfumes que realzaran su belleza, las ficheras rondaban por los bares, cantinas, cabarets y congales de la ciudad, en busca de aquellos noctámbulos amantes de la fiesta, la noche, el alcohol y el desenfreno sexual. Su imagen y representación social alcanzó considerable fama gracias a su inmortalización en la pantalla grande con el llamado *cine de ficheras* (mediados de 1970 y 1980). Y es que estos personajes seducían por igual a las clases bajas como a los sectores medios y altos, a los albañiles que se gastaban en ellas el jornal semanal, y a los bohemios trasnochados (artistas, intelectuales, aventureros).

[...] la mayor parte de los parroquianos era gente sin brillo social, bebedores solitarios de la estirpe de José Alfredo [...] o empleados que iban a meterles mano a las rollizas ficheras de minifalda escocesa. De tanto frecuentar el congal me hice amigo de las más risueñas y platicadoras. Casi todas eran madres solteras abandonadas por un amante traidor. Me mostraban con orgullo las fotos de su prole, que esgrimían como coartada para dedicarse a la vida fácil (años después, las teiboleras sin impedimenta

familiar acabaron con esta noble tradición melodramática). Cuando se ponían sentimentales hablaban con nostalgia de los queridos terruños a los que volverían cuando reunieran suficientes ahorros para rehacer su vida en el seno familiar. De manera que su caída en el pantano sólo era la primera escala de un largo y tortuoso camino para recobrar la decencia (Serna, 2022: 23-24).

Sus antecedentes se remontan tiempo atrás, a los años de aquellas fastuosas casas de citas, prostíbulos y burdeles revisados en el apartado anterior:

En los años treinta, cuando la clase media se debatía entre la represión y el pecado culposos, Agustín Lara enriqueció el erotismo de las masas con un arte de amar extraído de los prostíbulos. Gracias a Lara, el mundo de la liviandad y la transgresión se infiltró en los hogares castos y abrió una válvula de escape para disfrutar vicariamente una vida más libre. A despecho de la moral familiar, en esa época el anhelo secreto de toda mujer honesta era ser amada como una “perdida”. A finales de los setenta funcionaban aún cabaretuchos donde los clientes se enamoraban de las ficheras y les proponían matrimonio, como en las películas de Juan Orol, pero en los actuales supermercados de la libido, regidos por el principio de esquilmar al cliente a la mayor velocidad posible, no queda el menor campo de acción para un redentor de putas (Serna, 2022: 18-19).

Su relación con la prostitución estriba en que había ficheras que combinaban su oficio de fichar a los hombres de la vida nocturna con el sexoservicio. El testimonio de una ex prostituta de aquellos años en la ciudad de México, describe las clases de ficheras existentes: 1) ficheras (exclusivamente fichan), 2) *golfas* (fichan y se prostituyen); 3) las *talón*; 4) las artistas (sólo hacen espectáculos) (Mora, 1972: 76).

En aquellos recintos, la atmósfera quedaba cargada por los sudores de los cuerpos danzando en las pistas al compás de alguna Sonora, el humo de los cigarros y el olor a cerveza como esencias de aquellos antros de algarabía generalizada. En esos espacios, las ficheras debían ejecutar su seducción interminable para conseguir enganchar a los clientes y que estos consumieran más bebidas, lo cual se traduciría en mayores ganancias para el lugar y para ellas. Su belleza, coquetería y sensualidad, eran sus mejores armas: “Parecían gatitos; se acercaban al hombre, le pedían un cigarro, luego le hacían un cariño y unas con esfuerzo y otras sin él, pero lograban sentarse y esto era pedir y pedir copas” (Mora, 1972: 71). Para ese momento,

aquellos hombres ya estaban “perdidos”; la única forma de salir de esos congales era con las bolsas de los pantalones vacías. ¡Y todo de manera voluntaria! Eran “asaltados”, lo sabían, pero a eso iban, a *pasarla bien*, a liberarse de las tensiones familiares y laborales del día a día, a estar con una “novia de una noche”. No pocos de ellos terminaban “enamorados” de alguna jovenzuela a la cual después buscaban redimir, sacarla de aquellos bajos fondos para convertirlas en “mujeres decentes”, en sus novias de *deveras* o, por qué no, en esposas.

En estos escenarios, la astucia de las ficheras era importantísima para enganchar a la mayor cantidad de clientes posibles. Su sensualidad solía bastar para cumplir su misión. Sin embargo, los clientes también poseían habilidades para burlar a las ficheras, lo cual representaba la ruina de aquellas mujeres. Muchos años antes de que Antonia Mora se convirtiera en prostituta, su madre ejercía el oficio; la niña Antonia recuerda así una escena, en vísperas de Día de Reyes, en la que ella y su hermana menor esperaban a su madre; cuando finalmente ésta llegó a casa, se encontraba perdida por el alcohol y la tristeza: había sido estafada por unos clientes en el cabaret donde fichaba. En medio del llanto y el coraje, su madre le aconseja a Antonia nunca fiarse, no sólo de los clientes, sino de todos los hombres por igual:

— ¡Cabrones! ¡Me robaron! ¡Con razón se portaron tan bien! “Güerita, siéntate; acompáñanos a tomar unas copas. Pero eso sí; tienes que tomar derecho. Aquí al jefe no le gusta que lo fichen. Pórtate maciza, ¿sí? Toma cien pesos. Te conviene más, ¿no?” ¡Cerdos!, soportar todo: manoseos, besos, todo para que me embriagaran. Sabrá Dios qué porquería le echaron a mis copas. Hija, tú nunca le aceptes ni un refresco a ningún hombre; te pueden dar yombina y calentarte hasta que te pierdas (Mora, 1972: 57).

Imagen 3. Los lugares de ficheras



Fuente: Fotografía de Mayra Martell, en Cortés, 2017.

Estos viejos lugares son expresión de la sexualidad de su tiempo, de los deseos y ensoñaciones eróticas de una sociedad que se debate entre la férrea moralidad y el apetito por las nuevas y apabullantes experiencias que la modernidad ofrecía. Su fama alcanzó el pináculo durante la idealización y romantización de las ficheras en el cine, momento en el cual aquellas *mujeres fatales* cobraron mayor espacio en la vida pública del país. Su descenso llegará en los años de 1990, cuando la urgencia del máximo rendimiento en el menor tiempo posible, se torne incompatible con los viejos tiempos en los que, clientes y ficheras, aceptaban el juego de seducción que requería su tiempo para desplegar toda la teatralización de la “erotomanía”, “la pose como trampa” y “las urgencias sexuales” (Monsiváis en Vargas, 1991). Porque

En los antros de ficheras, la carne también era una mercancía, pero al menos las madrotas de la caja registradora procuraban venderla con elegancia y decoro. Cuanto más amistoso fuera el acercamiento entre el cliente y la muchacha, mayores posibilidades tenían de vender agua pintada como si fuera coñac. En los modernos desplumaderos, el preámbulo erótico ha sido reemplazado por una versión posmoderna del suplicio de Tántalo, pues, que yo sepa, el frotamiento de una mujer desnuda y un hombre vestido no deja contento a nadie, salvo a los dueños de las tintorerías (Serna, 2022: 18).

Es así que a finales de los años de 1980 y principios de 1990 quedará inaugurada otra etapa de la prostitución y el trabajo sexual en la Ciudad de México. Estas nuevas dinámicas estarán acompañadas por los cambios acaecidos tras la instauración del neoliberalismo en el país, donde, en el terreno de lo cultural y el llamado “entretenimiento para adultos”, la oferta estará dictada por la influencia de los filmes eróticos y pornográficos provenientes de Estados Unidos y el mundo occidental. La imagen de la prostituta de esquina, callejera, perderá preponderancia en los sectores medios y altos, los cuales buscarán distanciarse de todo aquello que huela a pobreza y marginación, aspirando a acceder al sofisticado mundo de la prostitución “elegante”. El cliente dejará de verse a sí mismo como un bohemio enamorado de prostitutas, para equipararse ahora a esos “superhombres” maquinales que admira en los filmes XXX. Surgirán entonces nuevos lugares y medios para acceder a un universo hedonista que los “bombardea” mediáticamente por televisión e Internet; el placer al alcance de la mano, de un simple clic en la computadora o celular. El conjunto de estos elementos, son el objeto de estudio del siguiente capítulo.

Capítulo 3. Los lugares contemporáneos del trabajo sexual en la ciudad de México, 1990-2022

Reconfiguración del placer por pago y nuevas denominaciones de la prostitución

Es verdad que andan cerca de nosotros y, sin embargo, observe usted dónde están sus rostros: en esta bruma de neón, de ginebra y de menta, que desciende de los luminosos rótulos rojos y verdes.

Albert Camus, *La caída*, p. 14.

El propósito de este capítulo es exponer cómo a partir de los últimos 30-35 años surgieron en México (y el mundo) nuevos lugares que, si bien no soterraron a los lugares tradicionales de la prostitución, sí han representado toda una reconfiguración en las formas en que clientes y trabajadoras sexuales interactúan, modificando las nociones de placer, cuerpo y sexualidad. Los lugares contemporáneos del sexoservicio se encuentran dirigidos mayoritariamente a las clases medias y altas, buscando establecer una marcada diferenciación con la prostitución callejera y otras modalidades consideradas inferiores e indeseables. De igual manera, están directamente relacionados con el avance de las tecnologías informáticas y el uso generalizado de Internet. En ese sentido, lo virtual ha venido cobrando mayor presencia en todos los órdenes de la vida, y desde luego en la oferta y demanda de los mercados sexuales, que han aprovechado las plataformas virtuales para maximizar y diversificar las cuantiosas ganancias generadas en la industria sexual.

El capítulo se divide en dos partes; en la primera se presenta una descripción general de estos lugares contemporáneos donde se ejerce el trabajo sexual, a partir de la reconfiguración iniciada en la década de 1990. La segunda parte, y el capítulo siguiente (Cap. 4), constituyen un análisis particular de lo *escort* a través de un dispositivo de intervención, entendido como aquellas fuerzas que se mantienen en tensión y posibilitando la generación de conocimiento (Bárceñas y Preza, 2019; Ramírez y Anzaldúa, 2014; Ruíz y Aguirre, 2015); el dispositivo consistió en el despliegue de una etnografía virtual en un foro de sexoservicio, donde usuarios del mundo *escort* comparten sus experiencias, recomendaciones, opiniones, quejas y denuncias, etcétera. Para acceder a los universos de significación de estos usuarios,

y de algunas mujeres que interactúan en dicho foro, se implementó una observación no-participante donde se analizan los discursos que tienen lugar en ese espacio virtual; esto representó realizar una descripción detallada del sitio, de las interacciones entre los usuarios y mujeres escorts, identificar a aquellos sujetos que comentan regularmente e intentar, a través de la narración de sus experiencias, comprender las razones, y pasiones que los movilizan a frecuentar este tipo de encuentros sexuales. Cabe señalar que el foro tiene “entradas” o publicaciones, aproximadamente desde el año 2005 a la fecha. Al analizar este periodo de tiempo se logró establecer una narrativa sincrónica y diacrónica del fenómeno estudiado.

En este capítulo se describen algunos elementos que permiten caracterizar el foro virtual en general y, asimismo, plantear ciertos aspectos clave para entender las diversas aristas del mundo *escort* y el papel que juegan las nuevas tecnologías en él. Posteriormente, en el capítulo siguiente, se describirá cómo es que se fue desarrollando la historia de lo *escort* en la ciudad de México y su relación con un aspecto que no se puede/debe eludir: la modalidad *escort* no voluntaria, y la violencia ejercida sobre no pocas mujeres que quedaron atrapadas en las redes de explotación sexual.

Entre los table dance y las plataformas digitales: los lugares de la cultura pornográfica

*Mas no es mi Musa tal que no respeta otras mil putas de
elevado timbre con altos y excelentes tratamientos, que
en altas casas, que en dorados techos, en canapés y en
turcas otomanas satisfacen el lánguido apetito...*

Fernández de Moratín, *Arte de las putas*, p. 72.

*[Buscaba vivir bajo el] [...] hechizo prolongado. Creía
ingenuamente que detrás de cada marquesina con luz
violeta me aguardaba una aventura intensa, un abismo
irresistible, como si el subsuelo de la ciudad fuera un
reino encantado lleno de tesoros y placeres por
descubrir.*

Enrique Serna, *Giros negros*, p. 22.

La llegada e instauración en México del llamado neoliberalismo durante los últimos 30-35 años, trastocó no sólo las formas de hacer política y economía, sino también la cultura,

las formas de pensar y actuar de los sujetos, sus relaciones afectivas. El llamado hombre empresa (Laval y Dardot, 2013) asumirá su destino como algo de lo que él es exclusivamente responsable, siendo aislado y atomizado de las fuerzas colectivas y sociales. Los lugares de la vida nocturna no quedarán exentos de estos cambios. Se pasará de tener sitios que, como se apuntó en el capítulo anterior, representaban en sus prácticas algo que frecuentemente iba más allá de lo sexual (prostíbulos, casas de citas, cabarets, congales...), al surgimiento de nuevos lugares marcados por el imperativo de la ganancia económica inmediata. Y al gestionarse la prostitución como una empresa flexible, las relaciones interpersonales se tornaron frías, vacías, se terminaron los poemas y los boleros que antaño recitaban no pocos cantautores a las mujeres de la vida galante; ahora, con la reconfiguración de los lugares, lo que interesa es *terminar lo antes posible*, para que los establecimientos funcionen sin *perder el tiempo*:

[...] encontré muchos jefes (masculinos) que llevaban el negocio como quien gestiona una empresa de cualquier cosa. Una mera inversión. Acumulaban pisos, casas, agencias... y no conocían ni a las chicas. Nunca los veías, pero te pedían el DNI para entrar a trabajar en su “empresa” [...]. Eso no me gustó. Cuando esta clase de cosas entran en escena... todo se vuelve mucho más frío. Te conviertes, todavía más, en números, dinero. Vales lo que vale tu coño, la cantidad de euros que la empresa ingresa gracias a ti (De León, 2012: 79-80).

En el terreno de la industria sexual, se concebirá la idea del placer sin límites, insaciable debido a la sobreoferta. Las viejas consignas revolucionarias de los años posteriores a 1968 en materia de *liberación sexual*, serán capitalizadas por la nueva industria en pro de la ganancia y el máximo rendimiento. Los despampanantes lugares de lo que ahora es llamado *entretenimiento para adultos*, serán diseñados para ofrecer a los clientes la liberación pulsional demandada, en contraposición de la *represión sexual*. Así, la *imagen y sexualidad pornográfica* (Gubern, 2005; Ons, 2018) quedarán consolidadas como ideales característicos de estos tiempos.

La pornografía es otro gran tema asociado a la prostitución (ambas cosas se retroalimentan mutuamente), y también mueve millones, así que no creo que interese ponerle coto. Además, últimamente parece que se esté “pornografiando” todo. Por todas partes se emiten códigos visuales y de conducta encaminados a excitar los

deseos sexuales. Todo es excitar, excitar, excitar... La gente acaba lógicamente excitada y luego reproducen en sus cuerpos y actitudes lo que han visto en la publicidad, en la tele, en internet, en las tiendas. El mensaje generalizado de hoy en día, omnipresente, es: “Ten sexo, no importa con quién, sólo es diversión. Eres más guay y más moderno cuanto más sexo tengas, o cuantos más hombres o mujeres te puedan desear”. Con estas consignas, ¿de qué extrañarse si después las jóvenes adoptan el puterío? ¡Si es lo “natural”, después de estar sumergidos en tanta propaganda! Les sale como un automatismo. “Yo de vocación puta, que es fantástico. Me pareceré a fulanita o menganita, esas pijas sexys que salen en los medios de comunicación cada día, enseñando tetas o mostrando tanga, aunque sea solo para cantar o incluso para no hacer nada más que ir de fiesta. Tendré dinero, compraré lo último y llámame idiota. Idiota tú, que no te enteras de qué va la cosa. O, mejor dicho, envidiosa”. Y allá van las jóvenes como mariposas, a estrellarse contra los faros deslumbrantes de esa modernidad, seducidas por tanto glamour, por tanta “actitud”, por tanto poderío personal conseguido a base de seducir, provocar y también follar, todo pregonado a los cuatro vientos (De León, 2012: 58-59).

La influencia anglosajona se hará sentir en todos los ámbitos de la industria sexual, desde sus decorados estrambóticos con luces neón, hasta las denominaciones otorgadas a los centros de entretenimiento, las mujeres y el trabajo sexual: *night clubs*, *striptease*, *table dance*, *escorts services*, *live cams*... Este proceso inicia “[...] a partir de los años noventa [del siglo XX], cuando las *strip girls* desplazaron a las ficheras y los bares de *table dance* a los cabarets de burlesque” (Serna, 2022: 17). Posteriormente, a inicios del segundo milenio, con la aparición y el auge de internet, mucha de la oferta y demanda de sexoservicio comenzará a ubicarse en las redes virtuales, atomizando aún más a clientes y trabajadoras sexuales, donde el contacto entre ambos estará determinado en gran medida por dicha virtualidad. En ese sentido, las pasiones humanas serán mediatizadas por los sitios web y el boom de las llamadas *redes sociales*.

Las antiguas casas de citas y cabarets perderán terreno ante los nuevos y coloridos espacios del *table dance*, donde “[...] la fórmula de vender simulacros de cópulas con chicas al desnudo ha resultado una mina de oro...” (Serna, 2022: 17). En ellos se ofrece al cliente la idea de experimentar aventuras sin límites. Es así que se asiste a lo que Enrique Serna denomina como “una reconversión industrial de los lupanares”:

[...] De entrada, el *table dance* dejó sin trabajo a una infinidad de ficheras que a los 30 años ya no podían competir en la pista con las bailarinas de 20. Pero sobre todo perjudicó a los buscadores de placer enardecidos por el coito virtual, que ahora gastan el triple cuando se van de juerga y vuelven a casa con el escroto adolorido por el deseo insatisfecho (Serna, 2022: 17-18).

Imagen 4. Lugares contemporáneos y tradicionales del placer



Fuentes: imágenes de *strip girls* recuperadas de internet; fotos de ficheras de Mayra Martell (2002).

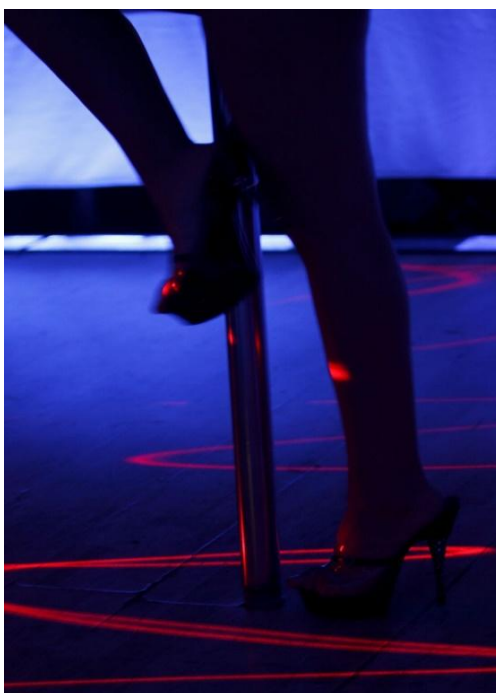
La nueva industria sexual también exigió, y puso de moda, la modificación corporal de las mujeres que allí trabajan, buscando equiparar su imagen a las de las *estrellas porno*, dando paso, por cierto, a nuevas patologías características de la contemporaneidad (Ons, 2018). Las bailarinas y mujeres *que atienden* en esos sitios deben, para ganar más dinero y no terminar siendo desechadas —o al menos alargar ese momento, pues la industria no tolera el envejecimiento natural e irremediable—, modificar hasta el exceso su imagen corporal. Así lo describe la multicitada exprostituta española que vivió de cerca el proceso de cambio entre las viejas casas de citas y los novedosos lugares:

En el alto nivel, además, está esa presión para operarse. Y la competencia entre chicas, terrorífica. Estuve algunos días en una de esas “agencias de contactos” y el ambiente me pareció deprimente. Desolador. Caras largas, miradas de reojo, mujeres

incapaces de sentarse relajadamente, tías con sus trajes, estirándose las arrugas de la ropa, repasándose el maquillaje todo el rato, con la tripa encogida y sacando pecho, mirándose al espejo, tensas, comparándose, estudiándose. Asfixiante (De León, 2012: 29).

Otra característica de los nuevos antros es su carácter deshumanizador, porque tanto clientes como trabajadoras sexuales quedan subsumidos a la lógica de la ganancia: son valiosos únicamente en tanto aporten rendimientos económicos a la industria; para los clientes “[...] el *table dance* no les ofrece un caldo de cultivo para las pasiones intensas: todo en ellos es fraudulento, impersonal y frío. La única aportación del antro deshumanizado a la cultura mexicana es un grotesco anglicismo: teiboleras, que pone la carne de gallina a cualquier defensor del idioma” (Serna, 2022: 19).

Imagen 5. El table dance



Fuente: *Plana Mayor* (2015, 30 de noviembre).

Y entre las mujeres que allí trabajan, se desplegará la feroz competencia, aminorando los lazos de solidaridad que podían llegar a acontecer en las viejas casas de citas. Se agudizarán las asimetrías de las clases sociales, entre otras cosas porque se agregará la competencia internacional ante el arribo de mujeres provenientes, principalmente, de Sudamérica, con toda la carga exótica que significa la posibilidad de estar, íntimamente, con

alguna “ardiente” colombiana, o una “fogosa diosa del Amazonas”, o aquella “insaciable” venezolana... Por un lado, quedarían las despampanantes *strippers*, *chicas VIP*, *damas de compañía* o *escorts*... y por el otro, las empobrecidas, morenas y simples “putas” de la calle que venden su cuerpo a clientes sucios y desagradables por unos cuantos pesos:

Me subí al carro de los clubes en los últimos años, justo antes del boom de los locales de striptease. Por eso pude hablar con muchas mujeres que habían salido adelante así durante casi toda su vida. Eran mujeres que se escandalizaban ante la idea de trabajar en una “casa”, acostándose a las primeras de cambio con cualquiera, sin mediar ni una conversación decente, y obligadas a hacer casi de todo. Eran... cómo lo diría... señoras, señoritas, putas finas, señoritas liberales... Claro que lo hacían por dinero. [...] Y no era lo mismo, según sus palabras, hacer de mujer de club que meterse directamente a follar en una casa como si fueras un trozo de carne o un animal [...]. Las mujeres de clubes, pues, son como las putas de una frontera invisible entre la luz y la sombra. Cruzan la línea, pero nunca sabes cómo, ni cuándo, ni si lo hacen. Ellas mismas no se consideraban igual que las otras putas. Sí, de acuerdo, se prostituían, pero no era lo mismo (De León, 2012: 62).

En los primeros años del 2000, la gama de oferta en materia sexual en la ciudad de México será por demás diversa. A los *table dance* se sumarán los famosos *spa's* o “centros de masajes”, las cabinas eróticas, los cines XXX, las “casitas”, etcétera; lugares donde se solían maquillar las actividades que allí tenían lugar, para evitar las redadas policiales una vez que los reclamos y el escándalo social no podían ser evitados por las autoridades gubernamentales que, dicho sea de paso, sabían bien lo que ocurría allí, dónde estaban ubicados y quiénes eran sus dueños. En el siguiente capítulo se desarrollará a mayor detalle la forma en que lo *escort*, tema central de este trabajo, se ha desenvuelto en México. Por ahora basta con enunciarlo, agregando que estas nuevas formas de trabajo sexual, están ligadas a la *flexibilidad* laboral propia del capitalismo tardomoderno: aquellos países que se encuentren en mejores condiciones económicas, atraerán ejércitos de personas desde los países periféricos en los que predominan las condiciones materiales precarias, como es el caso de buena parte de los países de América Latina:

Con la prostitución ha ido sucediendo tres cuartos de lo mismo. [A España] Llegaron mujeres de diferentes partes del mundo donde las condiciones de vida estaban mucho

peor que aquí, y empezaron a hacer lo mismo, o incluso más que las españolas, pero a mitad de precio. Con eso que ganaban, no sólo les salía a cuenta estar en España, sino que hasta ahorran para enviar dinero a su país, donde, al cambio, las antiguas pesetas de aquí eran un dineral. Si les ha compensado trabajar en España a limpiadoras, cuidadoras, cocineras, etcétera, imaginad la situación de una puta que gane mil euros a la semana, que las ha habido y las hay. ¿Qué será eso en su país de origen? Sólo con que envíe la mitad, da para mucho. Te puedes comprar una casa, arreglarle la vida a media familia y hasta organizarte un buen retiro (De León, 2012: 64).

Además del papel decisivo del neoliberalismo en estos procesos de reconfiguración, en esta ecuación no puede dejar de mencionarse, aunque sea someramente, la crisis o el fracaso del socialismo. En Europa han sido las ex repúblicas socialistas del Este las que proveen mujeres para la industria del sexo: pornografía y prostitución; y en América Latina ocurrirá algo similar con el llamado socialismo del siglo XXI y los países gobernados por la centro-izquierda (Venezuela, Argentina, Brasil y Colombia (aunque el caso de este país es diferente porque ha sido gobernado, hasta hace pocos meses, por la centro-derecha). En este contexto histórico, se sintetizan las desigualdades propias del capitalismo salvaje con las ruinas inevitables del socialismo. No es casual entonces que en México muchas de las mujeres que ofrecen sus servicios como *escorts*, o *damas de compañía*, provengan de estos países.

Sin dejar de mencionar el hecho de que en México gran parte de estas industrias y mercados sexuales están controlados y administrados directamente por el narcotráfico. Este actor será crucial en el reclutamiento o enganche de mujeres desde Sudamérica, seduciéndolas con la promesa del dinero y la fama (Ver Capítulo 4). Buen número de ellas llegan a México con la expectativa de trabajar como edecanes, modelos, presentadoras de televisión o actrices; no obstante, una vez en el país son obligadas a trabajar como sexoservidoras, se les priva de su libertad y documentos personales (carnet de identidad, pasaporte), enganchándolas también en el consumo y venta de drogas y armas, principales negocios del narcotráfico. En el siguiente capítulo se describirá cómo en el caso de la ciudad de México, es el cártel de La Unión Tepito quien controla el negocio de la industria *escort* en su modalidad de *trabajo sexual no voluntario*.

Parece ser que el telón de fondo, en el tema del trabajo sexual, se enmarca en la precariedad laboral propia de estos tiempos, porque: “La prostitución está muy relacionada con la dificultad para encontrar otros trabajos. Digamos que la precariedad laboral no es la causa de que exista el puterío, pero contribuye mucho a ello” (De León, 2012: 45). Y es que en América Latina “Para triunfar o fracasar es preciso haber tenido expectativas de prosperidad, y en las maltrechas economías del subdesarrollo, con salarios castigados a niveles de hambruna y una gran masa de profesionistas desempleados, sólo el narcotráfico, la política y la prostitución pueden ofrecerlas” (Serna, 2022: 94). Recuérdese lo apuntado al inicio de este capítulo: las nuevas plataformas e industrias sexo-virtuales, como *Only Fans*, están representando una “excelente” opción, en términos materiales, para jóvenes de cualquier clase social que busquen el ascenso económico y material.

Imagen 6. Plataforma Only Fans



Fuente: imagen recuperada de Internet.

Al respecto, es importante ahondar en la paradójica relación existente entre la precariedad laboral, la pobreza y la prostitución, por un lado, y la proliferación de nuevos dispositivos que, vinculados a la industria del sexo, producen ganancias estratosféricas. Realicemos una comparación puntual respecto a la prostitución de bajos ingresos y el hito histórico que representó la pandemia sanitaria por Covid-19 durante 2020-2022, paralelo al auge de los mercados sexuales digitales.

En ese contexto, existen indicadores que establecen una marcada precarización laboral en las trabajadoras sexuales que ofrecen sus servicios fuera de los “nuevos” y pujantes mercados de internet (Twitter –ahora X–, Only Fans, páginas de servicios escorts, Facebook...), aunado al hecho de que, en sí mismo, el trabajo sexual en general aumentó hasta

en 50% en la capital del país. En este proceso, se registró además la reincorporación al trabajo sexual de mujeres que ya habían abandonado esta forma de trabajo debido a los estragos económicos durante los años de pandemia:

Hay dos tipos de trabajadoras sexuales independientes. Las primeras son estas chicas que se meten al trabajo sexual por falta de trabajo o ‘N’ cantidad de situaciones, pero que sí saben utilizar un teléfono inteligente y acceso a internet y redes sociales [...] Y está la otra parte que es el 50%-60% de las trabajadoras sexuales independientes, que no cuentan a veces con un teléfono celular; en el caso de que lo tengan, son análogos, y no tienen redes sociales [...]. Regresaron [al trabajo sexual] personas grandes (*sic*) [...] si antes [de la pandemia] te cobraban 500 pesos, ahorita llega un cliente y dice: nada más tengo 50, porque estás vieja, aguada... y ellas tienen que ir por esos 50 [pesos], porque si no, no comen. La pandemia vino a precarizar más el trabajo sexual, a hundirlo muchísimo más (Activista entrevistada por *El Universal*, 2023, 23 de enero: s/p).

El conjunto de estos datos es revelador y alarmante si se considera que, de acuerdo a información oficial relativamente reciente, en la Ciudad de México ejercían algún tipo de prostitución alrededor de 70 mil personas en el año 2016, “de las cuales se calcula que 18 mil son menores [de edad] y 5 mil lo hacen en al menos 17 puntos bien identificados en las calles de la capital” (Domínguez, 2016, 11 de octubre: s/p).²⁶ Asimismo, la distribución por *tipo de prostitución* en la ciudad de México estaría configurada de la siguiente manera:

Según la organización Brigada Callejera –organización civil sin fines de lucro e integrada por trabajadoras sexuales, transgénero y sobrevivientes de trata de personas– 70 por ciento de [las] trabajadoras sexuales son mujeres, 25 por ciento travestis, transexuales y transgénero y el 5 por ciento restante hombres que visten como varones sin importar su orientación. De los 70 mil trabajadores sexuales, la asociación calcula que al menos 18 mil son menores de edad (Datos de Brigada Callejera en Domínguez, 2016, 11 de octubre: s/p).

²⁶ De acuerdo a esta misma fuente, en el año 2014 “el Gobierno de la Ciudad de México inició con la credencialización de [las y] los trabajadores sexuales en la vía pública para reconocerlos como no asalariados; sin embargo, apenas se han registrado 177 y únicamente están activas 140” (Domínguez, 2016, 11 de octubre: s/p).

Aquí se destaca sobre todo la precarización del trabajo sexual (fuera de las redes sociales) y el papel decisivo de la adaptación a las nuevas tecnologías informáticas, mismas que definen, en buena medida, la posibilidad de acceder a un mayor nivel económico e independencia respecto a los tipos de prostitución más bajos (prostitución callejera). Es en estos mercados de internet donde promocionan sus servicios las mujeres *escorts*, quienes pertenecen al bloque de trabajadoras sexuales de altos ingresos.

En la actualidad, probablemente las trabajadoras sexuales con los niveles de ingresos más elevados sean aquellas que venden sus servicios, fotos y videos, a través de la plataforma inglesa *OnlyFans*. Esta plataforma digital goza de gran popularidad a nivel mundial; en ella, miles de mujeres y hombres de todas partes del mundo “suben” su “contenido”, mismo que pagan los clientes (de ambos sexos) a través de una suscripción mensual para acceder al material audiovisual. Por consiguiente: “Durante 2020 el número de creadores de contenido pasó de 300 mil a poco más de 1.5 millones. Por su parte, se estimó que, a finales de ese mismo año, la plataforma superó los 100 millones de usuarios registrados” (AMECAP, 2022: s/p). Los rangos de ingresos oscilan entre 180 dólares americanos mensuales (no celebridades ni personas famosas) a 20 millones de dólares mensuales (en el caso de personas extremadamente famosas). Esta plataforma atrajo a muchas mujeres relacionadas con la industria del porno, el trabajo sexual y el modelaje; sin embargo, y esto resulta interesante, también atrae cada vez más, y con gran fuerza, a personas anteriormente no relacionadas a esa clase de trabajos e industrias, quienes ven en *OnlyFans* la oportunidad, ya no digamos de tener un trabajo, sino verdaderamente de enriquecerse materialmente. Sin lugar a dudas, lo acontecido en estas plataformas merecería por sí mismo una investigación aparte; aquí basta con dar razón de su existencia, tener un panorama general y entrever cómo en los tiempos que corren se están reconfigurando las nociones del cuerpo, la intimidad y sexualidad, en su relación intrínseca al campo problemático del dinero y la popularidad mediática.

Es importante reiterar el boom de internet durante los últimos 25 años y cómo ha venido a diversificar y crear nuevos mercados sexuales. El ejercicio del trabajo sexual en estos espacios digitales demanda además cierto grado de manejo de estas plataformas, la cobertura, acceso y las herramientas tecnológicas necesarias para *navegar* a través de ellas y *monetizar* (aspiración generalizada en estos tiempos). Asimismo, la participación de otros

actores igualmente involucrados en los negocios de internet y otras industrias indirectas: fotógrafos profesionales, creadores de páginas y sitios web, administradores de redes sociales, diseñadores gráficos, entrenadores personales y gimnasios, centros de belleza, modistas, etcétera. Todo esto a sabiendas de que el uso de internet para promocionar el sexoservicio posibilita un mayor alcance de clientes potenciales, infinitamente superior al de la prostitución de calle o de establecimiento, así como una marcada diferencia respecto al tipo de clientes a los que se busca captar (sectores medios y altos con mayor capacidad económica).

Paralelamente, en los espacios virtuales se acrecienta la figura del *personaje* y aquella *mirada pornográfica* que refiere Román Gubern (2005), misma que ha representado una reconfiguración de la sexualidad y el deseo ceñidos a las fantasías e imaginarios generados desde y por la industria pornográfica (Ons, 2018). En estas plataformas las mercancías-femeninas alcanzan un nivel de belleza superlativo gracias a los “retoques” del *Photoshop* digital, el tipo de vestimenta y escenificación en el que son exhibidas. Gracias a estos artilugios virtuales, se despoja el carácter “desagradable” y crudo de la prostitución callejera, haciendo pensar que *aquí* todo es miel sobre hojuelas, y que aquella mujer del otro lado del ordenador, espera gozosa, perfumada y en lencería, el mensaje de aquel ansioso cliente: “para satisfacer todos tus deseos y cumplir todas tus fantasías. Estoy deseosa de ti. Llámame, no te arrepentirás”, como señala el anuncio y estado de *WhatsApp* de una mujer *escort* a la que se contactó para una posible entrevista.

A manera de cierre de este apartado, es necesario hacer hincapié en la dificultad de establecer los límites y fronteras del *trabajo sexual voluntario* y la *esclavitud sexual*. Al adentrarnos en el fenómeno, se advierte que estas fronteras suelen ser tenues y porosas. Hay mujeres que únicamente conocen el trabajo sexual mediante su forma de esclavitud; otras sólo han incursionado en él de manera voluntaria, y otras más han transitado de una a otra forma; o que, siendo trabajadoras sexuales independientes, conocen indirectamente las formas no voluntarias por relacionarse con mujeres que ejercen el trabajo sexual por esas vías. En esa tónica, la experiencia de lo *escort* dependerá de las vivencias e historias que cada una posea. Será posible hacer algunas generalizaciones sobre el problema de estudio, sin dejar de lado los aspectos singulares de la experiencia personal y subjetiva.

El placer al alcance de un clic: los lugares virtuales del mundo escort

A inicios del segundo milenio, las sociedades contemporáneas se vieron trastocadas por los vertiginosos cambios tecnológicos asociados al uso generalizado del Internet. En la esfera de las pasiones humanas, las nuevas herramientas y plataformas se colocaron en un lugar central al disponer de mayor rango de oferta y cobertura, de un número incuantificable de clientes potenciales al otro lado del ordenador. Los nuevos consumidores “navegan” en los mares de la ilimitada oferta de sexoservicio bajo la mascarada del anonimato, protegiendo sus identidades “reales” a través de ingeniosos *nicknames* y personajes o avatares virtuales.

Aquellas escenas de hombres tímidos acercándose cautelosamente a alguna prostituta en la calle, o entrando rápidamente a las casas de citas para evitar ser identificado por algún familiar o conocido, fueron perdiendo fuerza con estas nuevas maneras y lugares virtuales. Se inauguró entonces lo que podría llamarse el *placer al alcance de un clic*. También surgieron, y se han venido intensificando, nuevas patologías, como las asociadas a la adicción a la pornografía y el sexo (Ons, 2018).²⁷ El abrumador despliegue de imágenes eróticas o pornográficas –según se considere– hacen pensar en la idealización fantasiosa del placer infinito, acaso la promesa de un lugar idílico donde las sensaciones revitalizantes del sexo nunca terminan; como si los sujetos pudiesen vivir en permanente estado orgásmico, donde la urgencia y la ansiedad se tornan generalizadas, pues la oferta de material sensitivo es abrumadora:

En efecto, en la medida en que la tecnología lo permite, se ramifican y diversifican los mercados de los cuerpos, incluyendo los que usan las imágenes en la industria de la pornografía y, cada vez más, por medio de plataformas digitales en las que se compran y venden imágenes de cuerpos bellos o inclusive mórbidamente desfigurados para un consumo erótico ilusorio y, por tanto, solipsista y masturbatorio.

²⁷ En un podcast transmitido por Facebook, un apuesto joven narra su experiencia con la adicción a la pornografía. Señalaba que para excitarse necesitaba ver pornografía durante horas, dejando de lado importantes actividades: trabajar, estudiar, relacionarse con amigos y familiares. Comenzó a preocuparse cuando se vio imposibilitado de tener relaciones sexuales, sin importar lo mucho que le gustara la mujer en turno. El joven afirmaba que esta condición de impotencia sexual le angustiaba sobremanera, motivo por el cual decidió acudir con especialistas para intentar remediar el problema. Esto coloca en el centro del debate los cambios y problemas psíquicos asociados a estas nuevas patologías propias de la sexualidad pornográfica.

Todo esto no es sorprendente ni inexplicable cuando se cae en la cuenta de la inmensa soledad que padece el ser humano moderno y que combate con múltiples prácticas perversas, prohibidas pero permitidas en la práctica porque generan ingentes ganancias (Ávalos, 2022: 32).

Como marco contextual, es menester apuntar cómo el universo del sexoservicio virtual se encuentra en disputa por los cárteles del narcotráfico, por padrotes y madrotas que entendieron que habría que transitar de los antiguos anuncios velados en los periódicos de papel a las páginas web, foros digitales y a las redes sociales tan populares hoy en día. En cuanto a las mujeres *escorts*, consideramos que, paradójicamente, estas plataformas (X – antes Twitter–, Instagram, Facebook, Telegram, Grupos de Whatsapp...) vinieron a otorgarles un mayor rango de independencia respecto a los padrotes con los que anteriormente trabajaban; en la modalidad de trabajo sexual voluntario de altos ingresos, esto se traduce en mayores ingresos económicos, independencia en cuanto a la gestión de horarios y jornadas de trabajo, a la posibilidad de elegir a los clientes; aunque desde luego, implica esfuerzos solitarios por salir adelante en un ámbito con tal cantidad de oferta y competencia.

El estudio de estos fenómenos contemporáneos constituye en sí mismo todo un desafío epistemológico y metodológico en las ciencias sociales y del comportamiento. ¿Cómo acceder a esos universos virtuales? ¿Cómo aprehenderlos? ¿Cómo tener encuentros cara a cara con actores sociales que buscan precisamente mantenerse en el anonimato? ¿Se trata de comunidades (virtuales) cuando no hay un territorio geográfico delimitado? ¿Son válidos en tanto objetos de estudio? ¿Se requieren nuevas técnicas de investigación? El conjunto de estas y otras interrogantes, se hacen patentes a la hora de plantear el acercamiento desde las ciencias sociales en estos ámbitos virtuales. Christine Hine (2004), quien fuese una de las autoras pioneras en este tipo de estudios, señalaba entre otras cosas que si las ciencias sociales se erigieron como tales en función de sus métodos y herramientas clásicos (observación participante, descripción etnográfica prolongada y minuciosa –o *densa* en términos de Geertz (1983) –, entrevistas abiertas...), no habría por qué sustituirlas ni inventar algo radicalmente diferente, sino más bien reajustarlas a estos universos virtuales.

Mientras no pocos académicos se enfrascan en discusiones estériles sobre si debe llamarse etnografía virtual o digital, si es posible hablar de comunidades o no, si su estudio

tiene o no validez, etcétera, millones de seres humanos, principalmente jóvenes, interactúan constantemente en varias plataformas simultáneamente con una facilidad y rapidez no apta para los nostálgicos del pasado.

En el siguiente apartado se presenta buena parte del trabajo de campo realizado para la investigación. Se trata de una descripción etnográfica de un foro de servicios *escorts*. A partir de este foro se pudo acceder —en alguna medida— a las visiones masculinas sobre lo *escort*, el trabajo sexual, la prostitución, las concepciones del cuerpo y la sexualidad, los placeres urgentes e insaciables propios de la subjetividad contemporánea (de acuerdo a la propuesta que atraviesa el conjunto de estos capítulos). No se pretende ofrecer una visión definitiva sobre el fenómeno social en cuestión; muy por el contrario, se busca producir nuevas interrogantes, problemas y propuestas.

Y aunque en el apartado sobresalgan las “miradas masculinas” de los clientes, también hay diversos pasajes donde interactúan mujeres *escorts* para colocar sobre el debate problemas e inquietudes diversas, como por ejemplo la adicción al sexo (lo cual matiza aquel argumento totalizante según el cual todas las mujeres que se prostituyen lo hacen exclusivamente por necesidad económica),²⁸ o la búsqueda de experiencias peligrosas cargadas de adrenalina, fijaciones y fantasías (armas, droga, sujetos peligrosos).

La inmersión etnográfica no sólo permitió caracterizar lo antedicho, sino también tejer una trama histórica del mundo *escort* en México y América Latina, lo cual se expone en el Capítulo 4.

Descripción del campo digital de intervención etnográfica

Se realizó una inmersión etnográfica en un foro digital en el que interactúan, mayoritariamente, usuarios y clientes varones que consumen sexoservicio (aunque también participan mujeres usuarias y *escorts*). El foro tiene una comunidad aproximada de 1,182

²⁸ A guisa de ejemplo, recientemente supe de la historia de una mujer (médico, 45 años, guapa y exitosa profesional y materialmente) quien hasta hace no mucho tiempo tenía la fantasía de trabajar, paralelamente a sus actividades de médico, como *escort*; sus razones nada tenían que ver con la obtención de dinero para solventar precariedades económicas, sino a la fantasía de experimentar relaciones y aventuras sexuales con desconocidos, de ser tratada como una prostituta. Incluso, siendo ella una mujer con abundante pecho, pronto se someterá a una modificación quirúrgica para aumentar aún más sus senos, ¿acaso para lucir como aquellas mujeres voluptuosas que se anuncian en las páginas *escorts*, o como las famosas *pornstars* del cine XXX?

usuarios registrados y 123 en estado *online* (esto al 24 de septiembre del 2021); el sitio despliega un total de 1,658 ventanas o “pestañas” que abarcan el periodo 2005-2021. La comunicación entre los participantes es discursiva en general, pero asimismo circulan fotografías, *gifs*, “memes” y algunos videos explícitos de *escorts* con los que se promocionan.

Estas comunidades constituirían grupos anónimos y virtuales más o menos anclados a la clandestinidad y el anonimato. En ellas importa casi exclusivamente el placer por el placer mismo, se pretende su maximización a partir de cumplir aquellas fantasías que, en el seno del hogar, escandalizarían a la pareja.

En relación al abordaje epistémico de los grupos y actores referidos (*escorts* y clientes), es necesario tener en cuenta el hecho de que los *grupos* no siempre se nos presentan como armónicos o con un proyecto definido –político, autonómico, revolucionario, etcétera–, sino que, con frecuencia, las tensiones y conflictos, así como la heterogeneidad, se vuelven patentes; lo que no elimina el hecho de la creación de sentido y pertenencia:

[...] las formaciones colectivas –grupos, comunidades, organizaciones e instituciones– no son únicamente espacios concretos que aparecen en la vida social con distintas funcionalidades, sino también son lo que creen ser, [...es decir, despliegan sobre sí mismos imaginarios], plano de las creencias, de los consensos, de los pactos implícitos, de ilusiones y desilusiones, es sustento clave en la creación de vínculos y del sentido de lo colectivo. Lo colectivo adquiere así el carácter de una dimensión de la subjetividad que reviste distintos perfiles, cualidades, densidades y formas, y que se despliega en el juego estratégico de lo que une y lo que separa, que, en su expresión máxima, opondría la fusión a la dispersión, pero no como elementos excluyentes sino como fuerzas que convergen en los espacios sociales (Baz, 2003: 146).

Metodológicamente, este trabajo se enmarca en lo que se ha venido a llamar etnografía virtual y/o digital, con las vicisitudes, ventajas y desventajas que esto conlleva. Al respecto, cabe apuntar lo siguiente.

Como se mencionó líneas arriba, a principios del segundo milenio Christine Hine (2004) llamaba la atención de las ciencias sociales al señalar la intensificación y proliferación de nuevas formas de interacción interpersonal, producto de los avances tecnológicos en la

comunicación. Aquella incipiente y pujante realidad requería, de acuerdo a esta autora, la incorporación de elementos novedosos de observación, registro y sistematización de los datos sociológicos. Propuso entonces lo que llamó *etnografía virtual*; virtualidad que años después cuestionaría porque, entre otras cosas, podría interpretarse como sinónimo de algo “falso”, motivo por el que algunos otros autores han preferido usar toda una serie de denominaciones que abarcan desde la *etnografía virtual*, *etnografía del ciberespacio*, *etnografía digital*, *ciberantropología*... (Ruíz y Aguirre, 2015). En resumidas cuentas:

La etnografía virtual tiene su origen cuando los investigadores comienzan a mostrar interés ante el fenómeno que representa la generación de espacios de socialidad, producto de la configuración de comunidades virtuales en Internet; una tecnología a través de la cual se favorece la emergencia de canales de comunicación que potencian la interactividad, tanto asincrónica como sincrónica a través de correos electrónicos, las wikis, las redes sociales, los foros, las redes de colaboración, e incluso plataformas educativas donde se usan otros recursos como aulas virtuales, videoconferencias o la mensajería instantánea (Ruíz y Aguirre, 2015: 67).

De manera que la implementación de la etnografía virtual o digital demande la incorporación, por parte de los etnógrafos, de todo un arsenal técnico cada vez más sofisticado en el uso de las plataformas digitales y redes sociales de internet. En el caso particular que aquí nos atañe, los principales desafíos han consistido en saber qué registrar y cómo hacerlo (Pink *et al*, 2016); máxime cuando resulta fácil extraviarse entre toda la maraña de información que una sola plataforma contiene, sin considerar las múltiples conexiones con otros espacios virtuales a nivel mundial. Estamos hablando de que el foro digital observado contiene más de 1,658 pestañas (cada una con un promedio de entre 30-40 mensajes o entradas).

Otro aspecto que me parece relevante es la (in)decisión de participar (o no) en el foro como un usuario más. ¿Qué implicaciones éticas se desprenden de esta participación? Recordemos que los etnógrafos clásicos (Malinowski, Radcliffe-Brown, Boas...) aspiraban a *observar* objetivamente y, al mismo tiempo, *participar* en las dinámicas culturales estudiadas. Como ha señalado Rosana Guber (2015), se aspiraba a que el investigador terminara por ser visto como *uno más* de la comunidad. En el caso del foro de sexoservicio, para llegar a ser *uno más* habría necesariamente que registrarse como *usuario*, crear un

nickname y publicar mensajes en el foro. Esto quizás sería interesante porque se podría interpelar al conjunto de usuarios con ciertas preguntas abiertas. Por otra parte, al no estar registrado, y con posibilidad de observar los mensajes, ¿se cumpliría acaso esa vieja aspiración metodológica de observar sin perturbar la dinámica interna de los grupos y sujetos estudiados? La decisión final: observar lo que ellos expresan en el foro sin participar directamente.

En un primer momento, se realizó una exploración de las “entradas” más recientes. Las *entradas* consisten básicamente en los mensajes publicados en el portal. Cada publicación contiene un título y un mensaje en extenso. Cuando uno observa la página principal se leen los títulos; al dar clic, se accede al resto del texto. Esto ayuda a guiar la labor etnográfica, pues es factible discriminar o acceder a aquellos mensajes que arrojen luz sobre los tópicos más relevantes de la investigación, por ejemplo, los referentes a los relatos-recomendaciones, el establecimiento de las tarifas de servicios, nociones sobre la construcción cultural del cuerpo, hasta interesantes reflexiones acerca de los *nicknames* (apodos, alias, seudónimos) y otros elementos que *definan* tanto a los clientes masculinos, como al mundo *escort* en general. En este sentido, y a manera de ilustración de los principales hallazgos, ha sido interesante conocer algunos principios o elementos centrales ponderados por los participantes:

1. *El foro aludido es una muestra de los grupos y comunidades anónimas del ciberespacio.*
2. *La discrecionalidad y el anonimato son entendidos como valores máximos.*
3. *El sexoservicio es asumido como un “deporte extremo” (es decir, riesgoso) que requiere “discreción”.*
4. *En el foro son mal vistos los “paleros”. Los paleros son aquellos hombres que escriben reseñas ficticias en el foro de alguna escort (presumiblemente contratados por ellas para enaltecer su imagen y adjudicarse más clientes); los demás foristas suelen acusarlos de estar “comprados” para “escribir bien” sobre tal o cual mujer. Por el contrario, se aprecian y valoran en exceso las reseñas detalladas que remitan a una especie de “experiencias verdaderas”.*

5. *Periódicamente se organizan reuniones y fiestas presenciales exclusivas con los “foreros” de mayor prestigio, los administradores del foro (llamados webmasters) y algunas escorts.* En las fiestas se hacen rifas de servicios sexuales.
6. *En el mundo escort eventualmente tienen lugar las relaciones de “amistad”, solidaridad, afecto y amor.* Esto debe entenderse en la lógica de la mercantilización de los afectos, y no en una idealización romántica de lo que se supone deben ser la esos valores. Por ejemplo, luego de que en 2006 las autoridades migratorias detuvieran a varias *escorts* tras aparecer en televisión nacional, muchos clientes-foristas escribieron sendos mensajes en apoyo a las detenidas; entre ellas destacaba la joven Ayelen, *escort* sudamericana altamente valorada por su belleza y personalidad en distintos foros de internet. El apoyo no se traducían simplemente en buenos deseos; varios foristas y clientes de diversas partes del país comenzaron a organizarse para recaudar dinero en una cuenta bancaria; ofrecían apoyo jurídico (piénsese que muchos de los clientes son a menudo abogados, agentes ministeriales, empresarios...) para liberar a la famosa y estimada Ayelen. Hubo quienes, además de lo anterior, hicieron un llamado al boicot de la empresa Televisa y a su popular programa Otro Rollo, culpándolos por la aparición de aquellas mujeres en televisión, afectándolas no sólo a ellas directamente, sino a todo el mundo *escort*, ellos incluidos. Igualmente, varios de los clientes-foristas terminan por conocerse en persona y entablar relaciones de amistad duraderas; incluso hay quien llega a casarse con alguna *escort* a la que normalmente retira del negocio para convertirla en esposa.
7. *Las escorts y los clientes son subversivos sin proponérselo.* Son subversivos porque en su práctica ponen en entredicho las instituciones sociales del matrimonio y la sexualidad monogámica, así como los ideales del amor casto y puro. Quizás por eso son vistos como un peligro social, rechazados y negados, enviados continuamente al mundo de la clandestinidad, a ese lugar que todos saben que existe, pero nadie admite públicamente. De ahí que aquella exposición mediática en 2006 desatara toda una “cacería de brujas”, como ellos mismos lo expresan.²⁹ Sin ironía, algunos clientes referían que en ese momento varios “hermanos de leche”, practicantes como ellos del mismo “deporte extremo” (periodistas, policías, autoridades gubernamentales...) se

²⁹ En el siguiente capítulo se narra a mayor detalle este crucial pasaje en el mundo *escort* en ciudad de México.

verían obligados a detener a las mujeres con las que solían estar sexualmente. Por su parte, varias *escorts* tenían miedo de ser detenidas, quedando expuestas ante familiares y amigos, quienes a menudo desconocen a qué se dedican.

8. *El cliente, también llamado “putaño”, busca acceder al placer de las bellezas incommensurables.* Muchos de los clientes-foristas expresan que, entre las razones por las que contratan *escorts*, predomina la posibilidad de estar con mujeres hermosas (en superlativo) quienes de otra forma (es decir, sin pagar), les estarían vedadas. Estas ideas llevan a pensar en la *función social de la prostitución*. Al respecto, en una conferencia virtual sobre la prostitución de lujo en México, una investigadora del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) planteaba la siguiente interrogante: ¿qué pasaría si no hubiera prostitutas? Básicamente su respuesta era que, en ese escenario, probablemente habría mayor violencia, pues los hombres que no lograsen insertarse satisfactoriamente en las dinámicas institucionales del matrimonio y el noviazgo, posiblemente terminarían por robar y violar mujeres para saciar sus deseos sexuales. Eso sin mencionar el hecho de que hay hombres y mujeres adictos al sexo, o que tienen gustos o parafilias sexuales poco convencionales, difícilmente aceptados por sus parejas sentimentales. De alguna manera, argumentaba esta investigadora, con la prostitución se liberaba buena parte de esta gran tensión social. Por supuesto es una hipótesis aventurada y que corre el riesgo de colocar a aquellos sujetos en un plano cuasi “bestial”; sin embargo, resulta interesante pensar en la idea de la función social de la prostitución.

Lo anterior hace recordar la novela *Pantaleón y las visitadoras*, aquella historia de Mario Vargas Llosa en la cual los altos mandos del ejército peruano contratan todo un regimiento de prostitutas para dar servicios sexuales a las tropas aprestadas en la selva Amazona, aplacando a los soldados quienes, ante la falta de sexo, incursionaban constantemente en los pueblos aledaños para raptar y violar mujeres, ocasionando cada vez más violencia. Con la llegada de las prostitutas la violencia cedía paso al orden y la calma. Desde luego que estas ideas serían rechazadas por las feministas radicales, al oponerse a lo que ellas llaman la concepción patriarcal de *las mujeres como botín de guerra*. Empero, sin llegar a ser extremistas (como en los casos de los raptos y violaciones), ¿no es verdad acaso que los hombres discapacitados o

aquejados por alguna enfermedad, recurren a los servicios sexuales para satisfacer lo que es una necesidad de los humanos?

9. *De manera general, y a partir de la exploración etnográfica, habría tres tipos de escorts: i) agencia; ii) libres (voluntarias); iii) obligadas (no voluntarias).* La literatura académica se ha centrado casi exclusivamente (con todo el mérito que ello implica) en las mujeres que son obligadas por terceros a ejercer la prostitución, fenómeno descrito como trata de personas con fines de explotación sexual, negando o dejando de lado lo que ocurre con las mujeres que no son obligadas y que *deciden voluntariamente* dedicarse al trabajo sexual, y también a aquellas que trabajan dentro de una agencia *escort* que puede, o no, tener tintes de coacción por terceros.

10. *El internet como potenciador del negocio de la prostitución y la hipersexualización.*

El uso generalizado de internet en un mundo cada día más globalizado e interconectado, así como el desarrollo de nuevas plataformas o redes sociales de comunicación, ha traído consigo toda una diversificación y abanico de posibilidades para el ejercicio de la sexualidad que oscilan entre la pornografía y el ofrecimiento del sexo directo: You Porn, webcams, hot lines, Only Fans, foros..., hasta plataformas más *soft* que, aunque no están dirigidas al intercambio sexual, se han adaptado a ello. Prueba de esto serían Tinder, ciertos grupos de Facebook, Twitter (ahora X), Instagram, Tik Tok, etcétera. Por ejemplo, una mujer *escort* entrevistada narra cómo había pasado de trabajar directamente con padrotes a hacerlo en *spa's*, “casitas”, agencias *escorts*, donde debía otorgar un porcentaje de sus ganancias a los administradores de estos lugares, para arribar finalmente a Twitter, plataforma digital donde ella misma, de forma independiente, subía fotos, videos, publicaba sus promociones y detalles de sus servicios, con el plus de poder llegar a una cantidad de clientes potenciales infinitamente superior. Ante este panorama, ¿estas plataformas digitales serían un agente *liberador* de las mujeres *escorts* que en él se anuncien? Otro ejemplo lo constituiría *Only Fans*. Y todo ello sin tener relaciones sexuales.

Asimismo, en las otras redes sociales uno fácilmente puede apreciar la exhibición de los cuerpos (femeninos y masculinos) incitando a los otros al terreno de la fantasía. En Tik Tok, por ejemplo, miles de mujeres bailan en diminutos atuendos, sin ser necesariamente prostitutas, monetizando sus videos de acuerdo al alcance que tengan.

Esto lleva a pensar en el placer sexual de tipo voyerista del mirar y ser (ad)mirado. En resumidas cuentas, el internet ha venido a complejizar no sólo las formas en que los sujetos se comunican, sino también en cómo manifiestan y viven su sexualidad, entendida en un sentido amplio.

Ahora bien, ¿qué se observa en el foro de sexoservicio? A manera de ilustración, se presentan algunos extractos del diario de campo, apuntalando elementos clave de las interacciones en el foro digital.

i) Entrar al foro

Viernes por la noche. Desde un punto de la mancha urbana, con sólo una computadora o dispositivo tecnológico con servicio de internet, se logra acceder a lugares remotos. Prendo la computadora y entro al buscador Google. Comienzo a escribir las *palabras*, pero inmediatamente después, las borro. Entonces decido navegar desde una *ventana de incógnito*: Ctrl + shift + N + Enter, quedando a “salvo” de dejar rastro (o eso quiero suponer). En la pantalla se lee: “Has iniciado una sesión de incógnito. Ahora puedes navegar de forma privada sin que los demás usuarios de este dispositivo vean tu actividad. Sin embargo, se guardarán las descargas, los marcadores y los elementos de la lista de lectura”. Otra ventaja de navegar en incógnito: tampoco se guardará la actividad en el historial.

Una vez “resguardado”, escribo en el buscador el nombre del foro (¿por qué el ocultamiento si es mi computadora y nadie más la usa? ¿Por qué no quiero dejar rastro de la actividad?). Un *clic* y se está “adentro”: se despliega ante mis ojos todo un catálogo (audio)visual de prostitutas de lujo. Es uno de tantos sitios en los que se ofertan servicios sexuales de este tipo. Otro sitio importante era Zona Divas, portal que recientemente fue “clausurado” y “desmantelado” por las autoridades policiacas de la ciudad de México, luego de que saliera a la luz pública que, sus creadores y administradores, mantenían operando en el país una compleja red de trata de personas con alcance internacional (*El Universal*, 2021, 7 de abril).

En el encabezado de la página hay un enlace al foro virtual (espacio digital sobre el que se realiza la intervención no-participante), “entrar aquí”, se lee en letras enmarcadas color

rojo. En este espacio, los usuarios o clientes reseñan sus experiencias eróticas, hacen recomendaciones o críticas de los servicios de las *escorts* contratadas a través de la página web. Abajo del anuncio del foro aparece el logotipo de la empresa de acompañamiento *escort*, con el lema *Elegancia y Distinción*. Esto último no deja de ser importante puesto que demarca y posiciona los servicios ofrecidos; establece una pronunciada diferencia con la prostitución callejera y el público al que desean atraer (“estás de acuerdo que en este trabajo no te va a hablar un jodido [pobre]”, me dijo en entrevista una *escort*). También se aprecia la fotografía de una hermosa mujer recostada con el torso desnudo. Del lado izquierdo de la página circulan, de abajo hacia arriba, fotografías de las *escorts* anunciadas en el sitio, como si de un carrusel erótico se tratase.

Son varias las opciones que tendrá el visitante de la página: “Home”, “Novedades”, “Calendario de viajes. Escorts en tu ciudad”, “Informes”, “Foro”, “Enlaces”. Estas opciones conectan a su vez con otras páginas y servicios similares, o como aparecen ahí, con “Webs Amigas”. También aparece un texto desplegado en letras diminutas que contrasta totalmente con el cartel interactivo de la joven voluptuosa. Para leer el texto es necesario acercar los ojos a la pantalla o realizar un “acercamiento” desde el teclado:

ESCORTS INDEPENDIENTES, Escorts CDMX , Escorts, acompañantes, Divas, Escorts en México, Escorts Cancún, Escorts Monterrey, Escorts Guadalajara, Escorts Puebla, Escorts Acapulco, Escorts D.F, servicio escort, escort service, damas de compañía, edecanes, sexoservicio en México, sexoservidoras, sexyserveridoras, mujeres de compañía, páginas escorts, contacto escort, acompañantes argentinas, escorts en internet, modelos, edecanes, grupos de acompañantes, modelos escorts, acompañantes brasileñas, damas de compañía, mujeres, chicas, belleza, chicas hermosas, chicas calientes, Escorts Directory for mexico city, world-wide directory of escorts and related services in Mexico, photos and contact information for independent: local female, escorts, erotic massage, and other erotic entertainment in cities throughout the U.S., U.K., Canada and Mexico city or Escorts in CDMX. The most distinguished directory of escorts in Mexico. For men and women. **Al acceder aquí aceptaste nuestros términos y condiciones que se encuentran en este AVISO LEGAL.**

Es de llamar la atención que el Aviso Legal aparezca una vez que ya entraste al sitio y no antes. Recuerdo que anteriormente este aviso (el cual básicamente dice que para acceder

debes ser mayor de edad, no se violan las leyes del país, que las personas que ofertan sus servicios en la página son mayores de edad y que lo hacen de forma voluntaria) aparecía desde el inicio, antes de entrar al portal. Uno tenía que dar *clic* en “aceptar los términos” y posteriormente visualizar el catálogo. Ahora el aviso legal queda velado o escondido.

Otro elemento interesante es un cuadro interactivo con la foto de un niño de cara triste que alterna el mensaje: “Ayúdanos a que recupere su sonrisa ¡NO a la explotación infantil!”. Hasta abajo vuelve a aparecer el nombre del portal y la fecha 2006 como registro de inicio. Vuelvo al catálogo digital de *escorts*. Me perco de un recuadro en amarillo ubicado en la parte central que anuncia “Hoteles abiertos en el área metropolitana, cercanos a la CDMX” y también “sobre avenidas principales en el Estado de México o Edomex donde puedes estar con Escorts de la ciudad de México”.

Todos los servicios y páginas alternas, al alcance de un simple *clic*, hacen pensar en la compleja red que conformaría el fenómeno de estudio, pues rebasa el ámbito nacional, escalando a nivel global. Esto lo compruebo al dar *clic* en el logo con tipografía estilo neón en colores morado, rosa y blanco. Al hacerlo se despliega otra pestaña con un nuevo sitio web. El alcance de estas plataformas es impresionante. Este sitio, creado en el año 2002, contiene *escorts* de prácticamente todo el orbe, además de que ofrece *Live Cams* y *Live Escorts*, salas virtuales en las cuales se puede interactuar sexualmente por medio de videoenlace.

Aleatoriamente, doy *clic* en Diana Williams, *escort* localizada aparentemente en Tel Aviv, Israel. Se abre una pestaña más, esta vez con fotografías y videos de la supuesta Diana Williams. En la portada luce recostada sobre un sillón de piel color café; está enfundada en un vestido negro con flores blancas; su tez también es blanca, su cabellera, que le cae apenas por debajo de los hombros, la lleva teñida de rubio; tiene ojos azules y labios pintados de color rosado; un tatuaje se vislumbra en el hombro izquierdo; por lo que se alcanza a apreciar, lleva los pies descalzos. La portada-fotografía es una especie de *Gif*o gráfico con movimiento en el cual sonríe e invita al visitante a acercarse, con coqueto ademán del índice de la mano izquierda. Al deslizarse hacia abajo de la página se enlistan su edad (35 años), color de ojos y cabello, estatura (1.71 mts.), peso (58 kg), ubicación (Bat Yam, Israel), nacionalidad (rusa-israelí), idiomas (ruso, inglés, hebreo). Es interesante que en el rubro de edad aparezca como

una mujer de 35 años, pues luce bastante mayor. Y es interesante porque las *escorts* ganan más dinero si son jóvenes, lo cual plantea la interrogante del establecimiento de las tarifas (en función de la edad, belleza, nacionalidad, medidas corporales, idiomas, servicios ofrecidos...), además de la “caducidad” de la belleza misma, como si se tratase de un producto o alimento enlatado, verdadera “obsolescencia consumista” (Gubern, 2005: 20) en la que terminan sus cuerpos, y, por ende, en la finitud de su trabajo. A propósito, el siguiente pasaje de una *hetaira* (prostituta de lujo en la Antigüedad helénica), hace referencia precisamente a la ruina en la que vive una mujer luego de dejar atrás los buenos y lejanos años de la juventud:

De Lais se decía que tenía los pechos más bellos de Grecia. Se convirtió en la reina de las hetairas de Corinto y tenía cientos de admiradores que la pretendían. [...] después de su gran fama y fortuna, la vejez de Lais fue trágica: “Detenía al primero que pasaba para beber con él. Una estera, una moneda de tres óbolos ya son una fortuna para ella: jóvenes, viejos, libres y esclavos, todos pueden obtener sus favores. Lais tiende la mano por un óbolo” (Misrahi, 2017: 17-18).

Las célebres *hetairas* del mundo helénico serían el equivalente de las prostitutas de lujo (*escorts*) en la actualidad, si bien es cierto que figuras semejantes han existido también en otras culturas desde tiempos inmemoriales (Sanyal, 2012). Por razones de cercanía cultural o civilizatoria, parece más pertinente remitir los antecedentes históricos de la prostitución de lujo a las hetairas helénicas. Así: “En Atenas, si las hetairas eran extranjeras debían ser avaladas por un próstates, un tutor que tenía que presentarlas ante los tribunales y hacerse fiador de cualquier transacción que llevaran a cabo. De ahí deriva la palabra prostitución, aunque las hetairas tenían mejor reputación que las prostitutas de esa época” (Misrahi, 2017: 12). En esa tesitura, se descartaría, o al menos se pondría en duda, el lugar común según el cual la prostitución de lujo es expresión del sistema capitalista. Volvamos por el momento a la narración de los lugares virtuales y el personaje de Diana Williams.

Luego del resumen y aspectos generales, aparecen fotografías de Diana Williams; en algunas luce con poca ropa, en otras imágenes muestra los pechos al espectador. En varias fotografías está frente a una puerta sobre la que cuelgan instrumentos o artefactos usados en las relaciones sdomasochistas (esposas metálicas, cuerdas, látigos y máscaras de cuero); también hay colgados en una pared de la habitación algunos cuadros con fotografías en blanco y negro de una mujer (posiblemente ella) enfundada en lencería y encajes o atuendos

tipo *Play Boy* (orejas incluidas). Es evidente el uso del *Photoshop*, herramienta crucial en esta industria, mediante el cual cambia radicalmente su aspecto.

Estas herramientas digitales serían características de la cultura hedonista contemporánea que establece patrones e ideales de belleza, pretendiendo eliminar aquellos “defectos” e “impurezas” de los sujetos, aplicando un “blanqueamiento” de los mismos para potenciar la belleza, la juventud y perfección estética. Y esto lo llevan a cabo tanto *escorts*, modelos, artistas, como también el público en general en las Redes Sociales (Facebook, Instagram, Tik Tok, por mencionar las más importantes). En estas redes, millones de mujeres (y hombres) (ab)usan estos filtros en aras de parecer más blancas y, supuestamente, más bellas, todo siempre en superlativo; cultura del *Más* donde nunca se llega al límite.

Se trata del imperio de la imagen que proyecta personas-máscaras siempre “felices”, “sonrientes” y “hermosas”, y que en la actualidad ha creado sus propios personajes, llamados *influencers*, *coaches de vida*, *gurús del fitness*, y demás “líderes” que leen libros de superación personal, transmutación espiritual y negocios fáciles con rendimientos superlativos, es decir, estafas a diestra y siniestra (*La importancia de una mente positiva en los negocios...*); todos estos jóvenes parecen estar hechos a la misma medida, idénticos en sus máscaras (públicas) como en sus patologías (no declaradas públicamente): personas atléticas adictas al gimnasio (vigorexia), hermosos de acuerdo a los patrones de belleza, con sonrisas fijadas al rostro que dejan traslucir dientes postizos extremadamente blancos, exitosos materialmente, quienes un día “suben” a sus redes una foto en Singapur acompañados de un auto Camaro color amarillo y tres súper modelos en bikini con *champagne* en las manos, y al otro día una postal similar pero ahora en Dubai o en algún lugar exótico o “místico” (al que acuden para hacer “retiros espirituales”), arriba de un helicóptero o volando en paracaídas. Estas fotos y videos tienen el propósito de recibir miles de *likes* al impactar a millones de jóvenes o *seguidores* (cual si fueran rebaño) al otro lado de la pantalla, quienes aspiran con todas sus fuerzas a ser como ellos. Subjetividad hedonista centrada en el *yo*, el dinero y la fama (dime cuántos seguidores tienes, cuánto monetizas, y te diré quién eres), imposibilitada en gran medida al encuentro intersubjetivo. Nunca antes la tecnología había permitido tal grado de comunicación como en la actualidad; sin embargo, paradójicamente, persisten el aislamiento y la angustia como generalidades.

Porque si en la *esfera virtual pública* estos jóvenes lucen alegres y exitosos, en la esfera privada se encuentran agobiados por la ansiedad y la depresión; muchos de ellos son jóvenes que a sus veintipocos años son expertos, tras su dependencia, en ansiolíticos y medicamentos psiquiátricos, sin los cuales no pueden funcionar: cuerpos-máquinas-flexibles que requieren de la aprobación virtual y veneración del *otro*, reconocido no ya como tal, sino como un mero *seguidor* aportador de *likes*, lo que se traduce en dinero o “monetización”. Todo esto constituye un sacrificio subjetivo donde el individuo (aislado, atomizado) experimenta una serie de procesos de des-subjetivación.

Estas mascaradas hacen recordar el *Un mundo feliz* de Aldous Huxley, y aquellas espantosas ideas de la tristeza y la vejez en los habitantes de aquella utopía futurista, donde, para todos esos indeseables males, siempre estaba disponible la hermosa *droga del amor*, el *Soma*. Interesante coincidencia es que en el mundo *escort*, en su modalidad de trabajo sexual forzado, a menudo muchas mujeres son enganchadas a las llamadas *drogas del amor* (metanfetaminas) para perpetuar el círculo de la violencia y la codependencia; aunque de esto se reflexionará en el próximo capítulo. Se trata de un mundo de impresiones, sensaciones y experiencias “agradables”, donde permanentemente se exagera *el placer del mirar y ser mirados*, condición *voyerista* potenciada por el imperio de la imagen a través de los predominantes medios audiovisuales y, sobre todo, el Internet.

Si la televisión y el cine habían potenciado estas condiciones voyeristas (Gubern, 2005), el auge de Internet durante los últimos 20-25 años las está llevando a un nivel superior, debido a la sobreexposición permanente en la que se encuentran los individuos ávidos de diversión, sensaciones agradables y placeres pornográficos que se presentan ante él como ilimitados. Cuerpos-máquinas-flexibles que físicamente nunca descansan, aunque internamente, subjetivamente, vivan cansados, “quemados” (síndrome del *burnout*), autoexplotados, de acuerdo a lo planteado por Byung Chul Han (2010).

En el amplio espectro de las pasiones eróticas, la condición es la misma: el placer sexual es insaciable. De ahí que muchos hombres y clientes del mundo *escort* refieran vivir en una especie de “adicción al sexo” que les impone la urgencia de estar, corporal pero no afectivamente, con todas las mujeres posibles. En los foros de internet aludidos, por ejemplo, son frecuentes las publicaciones en las que se presume el mayor número de encuentros con

escorts, dando paso a una competencia entre los clientes, donde los “clientes alfas”, o lo más respetados, son aquellos que han estado sexualmente con más mujeres. Sus opiniones y recomendaciones de lo considerado como un “deporte extremo”, son bastante solicitadas por los foreros neófitos, y los otros “hermanos de leche”.

Empecé a contratar escorts desde hace cuatro años y he estado con 37 chicas. Las recuerdo a todas perfectamente [*ríe*]. Sí [son bastantes], aunque no suficientes [*ríe*]... porque te digo, ¿cuándo chingados terminaría de probar a tantas mujeres hermosas? [*ríe*] (Entrevista a “Ernesto”, 35 años).

Y a la pregunta expresa de si cree que en algún momento cambiará, en caso de casarse y tener hijos, el mismo entrevistado responde negativamente, dejando entrever los significados del *ser hombre*:

No lo creo. Es que como te digo, si no son las *escorts* serán amantes, o aventuras fugaces o lo que sea. No tengo remedio, me gustan tanto las mujeres que jamás cambiaré. Los hombres somos así. Por ejemplo, donde trabajo hay un señor ya grande, como de 65 años, casado y todo; pero no inventes, el anciano siempre trae una chavita diferente. De verdad, anda con jovencitas de 18-20 años el muy caliente. Obviamente les compra todo, es su *sugar daddy*, como se dice ahora. Pero a lo que voy es que nunca cambiaremos. Quien diga lo contrario, miente. Siempre he pensado que ser un hombre decente significa saber aparentar muy bien para que tu esposa o la sociedad crea que eres un “buen esposo”, aunque cuando nadie se da cuenta, detrás de esas puertas de hotel, hagas cosas que nadie imaginaría, con mujeres a las que sólo puedes acceder por medio de dinero, mujeres a las que si les hablas en la calle ni te voltearían a ver (Entrevista a “Ernesto”, 35 años).

Después de varias fotografías en la página web de la señorita Williams, se lee una descripción de algunos cuantos párrafos (escritos en inglés) en los que ofrece sus servicios, destacando aspectos como la *exclusividad*, *aventura*, *selectividad*, *distinción* y *calidad*, que hacen pensar en el cuerpo gestionado como empresa:

Soy Diana Williams (nombre artístico), una erótica acompañante de lujo, escort privada y 100% independiente en Tel Aviv. Tengo muchos años de experiencia en este mundo secreto y embriagador, con muy buen nivel de inglés. Ya sea durante una

hora, durante la cena, toda la noche o un lujoso viaje juntos en Israel. Soy exclusivamente tuya mientras estamos juntos, [...] Tu novia de fantasía cobró vida...

Mi pasión es brindar a los clientes de élite una experiencia exótica, sensual y exclusiva que siempre te dejará con ganas de más... sin las molestias ni los compromisos que conlleva el cortejo tradicional.³⁰ Tengo una personalidad alegre, muy cariñosa, de espíritu libre con rasgos angelicales, y un toque sincero que te tranquilizará. Soy una verdadera mujer rusa, tu comodidad y disfrute es mi único propósito cuando estemos juntos. Toda mi dulce atención es tuya... junto con amabilidad y respeto. Ser selectiva en cuanto a quién veré, con un control riguroso [¿de calidad?], me permite brindarte lo mejor de mí en cada visita.

Siempre me presento deslumbrante y vestida con elegancia y discreción, y me encanta atender los deseos y fantasías de una clientela distinguida. Las mujeres y las parejas también son bienvenidas. Soy una mujer israelí-rusa muy femenina, discreta y atractiva. Mantengo un cuerpo en forma de 1,71 cm, 58 kg, 35 años, cabello rubio natural, ojos azules deslumbrantes, un par de tatuajes, todo complementado con un dulce bronceado israelí.

Proporciono salidas y visitas privadas en el área central de Israel, y todas las visitas SIEMPRE se brindan en ubicaciones de calidad. [...] Para comodidad y seguridad mutuas, todos los clientes potenciales deben cumplir con mi proceso de selección. Ten en cuenta que se recomienda encarecidamente solicitar [los servicios] con 24 a 48 horas de anticipación.

³⁰ ¿Por qué el “cortejo tradicional” conllevaría “molestias”? ¿Hay *algo* de la institución social del matrimonio que impediría vivir experiencias sexuales “exóticas, sensuales y exclusivas”? ¿Qué tipo de *malestar* expresaría aquella sentencia? En relación a esto, un entrevistado refiere que una de las ventajas de contratar *escorts* es que se evitan muchos problemas asociados al noviazgo, el matrimonio, la (in)fidelidad... instituciones altamente valoradas socialmente: “[Las mujeres] también son bien calientes... Yo he conocido muchísimas mujeres que aunque estén casadas y supuestamente vivan una historia de amor y tengan una familia perfecta, también están bien enfermitas. Digo, la verdad sé que no soy un rompecorazones pero sí tengo bastante suerte con las mujeres. El tema es que te puedes meter en muchos problemas. Luego te andan buscando los maridos para golpearte [*rie*], por eso luego es mejor contratar *escorts* y evitarte esos problemas. O, por ejemplo, una vez andaba con una mujer casada. Yo en ese tiempo tenía novia. La cosa es que esta mujer y yo [...] habíamos acordado que sólo se trataría de sexo, sin complicaciones. Todo iba bien hasta que un día le dio remordimiento de conciencia y ¡madres!, le soltó la sopa al marido. Y es que no hay nada peor que una puta con cargos de conciencia, ahí ya te jodiste. Pues el marido ya quería matarme y la chingada. Obviamente mi novia se enteró y también valió madres esa relación. En fin, muchos problemas. O sea, tener una amante tiene cosas muy rudas, por ejemplo, esa adrenalina que sientes al saber que estás rompiendo las reglas, que te pueden cagar, pero luego está otra parte que no está muy padre” (Entrevista a “Ernesto”, 35 años).

Quiénes escribirán estas interesantes reseñas (mezcla de publicidad, pragmatismo y evocaciones de sensualidad elitista), es un misterio. Hasta el momento tengo abiertas cuatro “pestañas” en la computadora bajo el “modo incógnito”. Paralelamente, de forma no incógnita, están abiertos el correo electrónico y una lectura en PDF. Alterno entre uno y otro espacio cada cierto tiempo, sobre todo cuando mi novia pasa cerca de donde estoy sentado. Me produce ansiedad la posibilidad de que vea mi pantalla con las fotos que aparecen en los catálogos; por eso cuando se acerca pongo en visualización el mail o la lectura, ocultando así las páginas *escorts*. ¿Por qué se siente como si se tratara de algo indebido? ¿Entenderá que se trata de un ejercicio como parte del trabajo de campo, o me dirá, como hace tiempo, “eres un cochino, eso no es investigación”?

Abandono el portal de la internacional Diana Williams con otro simple *clic*. Ahora estoy nuevamente en el monumental Directorio de Escorts. La cantidad de enlaces es abrumadora. Uno podría perderse fácilmente durante horas explorando en entramados virtuales sin ser nunca consciente de exactamente quiénes y cómo se controlan esos portales. Decido cerrarlo y volver al sitio web inicial. En diversos mosaicos se presentan de 35 a 50 mujeres que darían servicio en la Ciudad de México (aunque en algunos enlaces también se promocionan *escorts* de otras ciudades como Puebla, Monterrey, Querétaro, León, Guadalajara y Cancún). Asimismo, hay un segmento de *usuarios* registrados bajo *Nickname* y contraseña. Desconozco hasta el momento las diferencias de navegar como usuario o de forma anónima. Me parece que se trata de los administradores de la página o personajes selectos, como un tal “Chinasky” (que hace recordar al personaje y *alter ego* del célebre escritor Bukowski, quien, dicho sea de paso, incluyó en sus relatos sendas historias con prostitutas callejeras en Los Ángeles de los años 1970-1990), porque al dar *clic* en *Registrarse*, aparece la leyenda: “Estás intentando entrar en área restringida. Lo sentimos, pero esta sección de nuestro sitio es sólo para Administradores. Volver Atrás”. Hago esto último y estoy de regreso, visualizando de lleno las ventanas virtuales con las fotografías de mujeres sensuales en diminutos atuendos multicolores. En muchas de las fotografías se aprecian los cuerpos y rostros completos; en otras, únicamente los cuerpos en poses sexuales, ocultando los rostros de forma completa o parcial mediante *Photoshop* (edición digital).

Este ocultamiento del rostro, que denotaría una pretensión por el anonimato, me hizo recordar la historia de una chica que una amiga me había presentado en alguna fiesta. En

aquella ocasión “Laura” iba acompañada por “Gustavo”, su novio. Durante la reunión la pareja hacía alusión a los complicados y duros días de trabajo en el hospital donde laboraban. Ambos eran médicos respetables, a la vez que jóvenes (30-35 años) y exitosos socialmente... Pasó el tiempo. Cuando me reencontré con mi amiga le pregunté por los amistosos Laura y Gustavo. “No sé nada de ellos; ya no les hablo”, me dijo ella. Al preguntarle la razón del distanciamiento, dijo que habían “pasado cosas” que a ella no le gustaron. Entre estas desavenencias descubrió que Laura y Gustavo no eran médicos; ella era *escort* y él se dedicaba a algo que ahora he olvidado. De esto se enteró luego de que un amigo en común contratara servicios sexuales tras haber seleccionado en algún catálogo virtual a una mujer que le había gustado. Al abrir la puerta del hotel descubrió que la *escort* en cuestión, presentada a su encuentro con el nombre de “Kimberly”, “Eva”, “Venus”, o cualquier otro seudónimo por el estilo, era nada más y nada menos que “Laura”.

Aquella historia es similar a la de “Lucía”, mujer de 45 años de edad que trabaja como *escort* desde hace varios años y a quien entrevisté para esta investigación. Ella tiene dos hijas jóvenes que en la actualidad conocen a qué se dedica su madre. Pero esto no siempre fue así. Cuando ellas eran niñas, y hasta la adolescencia, Lucía les decía que trabajaba como promotora en eventos artísticos o deportivos (algo que sí llegaba a hacer como parte de sus servicios de *escort*). Para proteger su historia, debía aparecer con el rostro cubierto en los catálogos y portales donde ofertaba sus servicios. A veces usaba un antifaz o máscara carnavalesca; en otras ocasiones se colocaba de espaldas, y en otras más simplemente “desfiguraban” su rostro usando los artilugios de la edición digital. Todo esto evoca a la noción de *persona* (máscara), remitiendo a la creación del personaje que actúa en relación al contexto (o escenario, para seguir con la metáfora teatral) en el que se desenvuelva (Goffman, 2012). Lo mismo ocurriría con los seudónimos (de *escorts* y clientes o usuarios de estos foros virtuales) o “nombres artísticos”, y quizás también en la escenificación y representación de las fantasías que estas mujeres cumplen con no pocos de sus clientes, por ejemplo: vestirse (ellos o ellas) con las ropas de las esposas, usar trajes de látex, disfraces de conejitas *Play Boy*, “colegialas”, “policías”, y un repertorio infinito de fantasías puestas en escena. O como aquel cliente de Lucía que le pedía representar a una “niña mala” que hacía “travesuras” y “se portaba mal” para después “castigarla”, cumpliendo o sublimando así la fantasía de la violación y la pederastia. ¿Hasta qué punto son “reales” estas teatralizaciones? Lucía solía

decir algo así como: “al cruzar la puerta y ver a los tipos, yo ya sé lo que quieren, quiénes son, qué decirles y qué les gusta. Hago mi trabajo [cumplir el papel] rápido y me voy”. Y es que bien valdría la pena recordar que

[...] la vida cotidiana es, de hecho, una vida en la que cada uno juega varios roles sociales, de acuerdo a quién sea en soledad, en su trabajo, con sus amigos o desconocidos. Vemos así que cada ser tiene una multiplicidad de identidades, una multiplicidad de personalidades en sí mismo, un mundo de fantasmas y de sueños que acompañan su vida (Morin, 2001: 87).

Imagen 7. Páginas de servicios escorts en Internet



Fuente: elaboración propia a partir de la oferta de sexoservicio en Internet.

En la parte final del sitio web hay otros mosaicos en los que, borrosamente, se aprecia la silueta de una mujer tras las siglas de la página y la leyenda “ANUNCIATE AQUI”, mensaje dirigido a *escorts* potenciales que deben cumplir con ciertos estándares de belleza (calidad) fijados socialmente y ejecutados por personajes concretos. Una vista rápida al conjunto de las “ventanas” del sitio web permite percatarse de algunas nacionalidades,

predominantemente latinoamericanas: mexicanas, colombianas, venezolanas, argentinas, brasileñas...

En este punto de la narración, es menester detenerse un poco intentando plantear algunos puntos sobre el análisis de las implicaciones, entendido esto como el proceso de reflexión constante sobre el lugar que ocupa el investigador en la relación sujeto-objeto (Bedacarratx, 2002). Además de lo anterior, considerar que:

El conocimiento no es únicamente descripción más o menos controlada de un objeto de la realidad, no es únicamente la descripción de las relaciones de dicho objeto con otros similares, homogéneos o heterogéneos. El conocimiento aparece como producción o resultado de acciones reciprocas entre el sujeto y el objeto. El conocimiento contiene en sí mismo las formas singulares por las que se establece: supone, evidentemente, la elucidación del acto mismo de conocer. Al conocer el objeto, el conocimiento debe elucidar al mismo tiempo la acción misma de conocimiento (Manero, 1995: 248).

Resulta preciso entonces dilucidar las formas en que se produce el conocimiento, las tensiones suscitadas en el terreno, dar cuenta de la *experiencia de investigación*; experiencia no reducida al producto o resultado final, que conlleva el proceso de construcción, la escritura misma, la urdimbre “artesanal” de las notas que suelen quedar perdidas en los diarios de campo y en los borradores de trabajo. De tal suerte que tengan lugar las diversas aristas o “meta-puntos de vista” a través de los cuales se mira la realidad estudiada, y que “es posible sólo si el observador-conceptualizador se integra en la observación y en la concepción” (Morin, 2001:109); realidad que no se presenta de manera ordenada y clara, sino que, además de construirse en la tensión y conflicto de las relaciones sociales y perspectivas de los sujetos implicados, frecuentemente es contradictoria, compleja, expresando “en su seno confusión, incertidumbre, desorden [...]”. *La complejidad es una palabra problema y no una palabra solución*” (Morin, 2001: 21-22. Cursivas mías).

Esto suscita enormes dificultades porque, como el propio Morin lo expresa, las ciencias humanas han pretendido y buscado, desde el siglo XVIII hasta la actualidad, dar claridad y orden al mundo, intentando dominar los procesos naturales y controlar los sociales. Por ello resulta complicado, y hasta cierto punto incómodo, asumir ahora la idea de la contradicción, el desorden, así como las angustias y ansiedades del propio investigador

puesto en juego durante los procesos de investigación (Devereux, 1989). Este tipo de autores vendrían a ser también autores-problema y no autores-respuesta; autores que rompen con la omnisciencia enarbolada por las ciencias durante tanto tiempo, donde se pretendía que el investigador, además de quedar fuera del análisis, también podría observar el conjunto de relaciones e instituciones sociales, al tiempo que ordenar, clarificar, recortar y explicar la realidad. No obstante, y parafraseando al mismo Devereux, las ciencias del comportamiento producen tales angustias y ansiedades en tanto que nada afecta más a los humanos que las cuestiones humanas mismas; *ergo*, el investigador nunca se encuentra en un lugar de neutralidad respecto al referente empírico estudiado, está siempre implicado en el proceso de producción de conocimiento.

Por lo tanto, ¿qué decir del impacto al mirar aquellos eróticos cuerpos desplegados o representados de forma virtual? ¿Cómo se establece la relación sujeto-objeto, o sujeto-sujeto (para aquellos que se escandalizan por la palabra objeto), en esta forma ciberpanóptica siendo que yo, en tanto investigador masculino, observo las fotografías de estas mujeres, pero al mismo tiempo quedo “resguardado” tras la pantalla? ¿Por qué permanece la tensión (¿vergüenza?) al tener en la computadora las fotos de “Atena la Diosa” o “Luna Escort” luego de haber dado *clic* en su perfil? ¿Quién me “vigila” si se supone que estoy en “modo incógnito” y en soledad? ¿Es acaso la institución de la sexualidad la que, interiorizada, está diciendo “esto está mal”? Y en un sentido similar, ¿por qué la incomodidad (propia y de otros) durante las exposiciones del tema de investigación en diversos espacios? ¿Qué dice o expresa esto y cómo interpretarlo? Desde luego no se pretende resolver todas estas interrogantes; interesa únicamente dejarlo asentado como parte del campo problemático de interrogantes (Fernández, 2008) que permitan avanzar (o retroceder) en alguna dirección. Si este trabajo suscita en el lector estas u otras interrogantes no consideras aquí, el texto habría rebasado su propósito.

Veo en su *perfil virtual* las fotos de “Luna”. Las descripciones son escuetas, limitadas al número telefónico de contacto y medidas corporales, nada comparado a la extensa narración de la israelí Diana Williams en el portal internacional. El sitio web “nacional” parece ser más pragmático, sin demasiados rodeos retóricos. En total son siete imágenes en las que aparece mayoritariamente de espaldas y de perfil, con poca y diminuta ropa, o desnuda. En estas posiciones el rostro queda fuera de la vista del espectador. Recuerdo ahora

que una de estas mujeres, “Diane”, hace tiempo se mostraba igualmente con el rostro cubierto, pero ahora ya lo hace sin ambages.

Parece que además de resguardar el anonimato, mostrar o no el rostro también se traduce en la obtención de mayores o menores beneficios económicos, pues en el foro virtual los usuarios y clientes frecuentemente evalúan y califican la belleza de las mujeres contratadas. Refieren que tal o cual mujer es “hermosa” o “fea” de acuerdo a los ideales de belleza dominantes. Puede ocurrir que, al llegar una *escort* a la habitación sea rechazada y “devuelta”, como si de cualquier otra mercancía se tratase tras no cumplir con las apariencias prometidas en las ofertas publicitarias; o también que alguna mujer tenga en el foro malas reseñas por parte de algún cliente que denueste y ponga en duda su belleza. Por ende, al exhibir cuerpo y rostro, se corre el riesgo de salir de la zona anónima –probablemente con consecuencias en sus relaciones familiares y personales–, pero también es factible que se traduzca en mayores beneficios materiales.

Quien esto escribe plantea como línea de trabajo considerar la existencia del malestar sexual generalizado que pone en entredicho, sin proponérselo abiertamente, a las instituciones sociales de la sexualidad y el matrimonio; que paralelamente a la sobreexposición mediática de los cuerpos –liberados aparentemente de las ataduras sociales, de desnudez desacralizada (Agamben, 2011), que harían pensar en la panacea revolucionaria de la liberación sexual–, continuaría operando la represión sexual, desde luego no idéntica a la descrita por Freud y otros autores a comienzos del siglo XX, expresando así nuevas singularidades y patologías, como por ejemplo la adicción a la pornografía (Ons, 2018; Gubern, 2005), que si bien expresa la imaginería y fantasías sexuales de la época, dando cauce a lo reprimido, a los temas tabú (incesto; pedofilia) –o, como en el caso de los *snuff movie*, a la tortura y las pulsiones de muerte y destrucción–, también legitima el imperio de la genitalidad en detrimento del erotismo, siendo al mismo tiempo el “ejemplo más modélico de iconomanía [trastorno impulsivo por las imágenes], iconofilia [placer por mirar representaciones gráficas], idolomanía [compulsión por idolatrar] o iconolagnia [parafilia sexual en la que se encuentra placer en mirar personas desnudas]” (Gubern, 2005: 17).

En relación a lo pornográfico, es preciso señalar que la relación entre la pornografía y la prostitución ha sido desde siempre bastante cercana; no olvidemos que el porno “tuvo su

cuna en los prostíbulos [a inicios del siglo XX] para excitar la libido masculina, y esta función apenas ha cambiado [...] el cine porno está gobernado por un punto de vista predominantemente masculino, que exhibe con profusión fantasmas viriles característicos, incluso cuando pone en escena actuaciones lesbianas” (Gubern, 2005: 20). En ese sentido, la autora Rosa Cobos (y otras feministas abolicionistas) argumentan que la educación sexual en las sociedades contemporáneas tiene sus bases en el imperio de la pornografía; de ahí en buena medida la incapacidad de hombres y mujeres por conectar íntimamente, de alcanzar satisfacción plena, pues lo que se espera de los encuentros sexuales es vivir aquellas experiencias que traducen directamente de las películas pornográficas, en las que los actores gozan intensamente, ejecutan maniobras sexuales dignas de los mejores contorsionistas, tienen cuerpos extremadamente atléticos, sin imperfecciones, con genitales de dimensiones irreales que interiorizan en los espectadores el Imperio de la Genitalidad.

¡Incluso los [clientes] que te pedían humildemente que les enseñaras a hacer el amor “bien” contigo! A la hora de ponerse a la acción, iban a su bola. Como si funcionaran con un piloto automático y fueran incapaces de desconectarlo. Mi conclusión: casi todos los hombres están programados y la culpa, en parte, es de la pornografía. Toda esa imaginaria, tan exagerada y antinatural, hace mucho daño. Muchos hombres viven tan enganchados a todo ese mundo de imágenes que luego son incapaces de sentir deseo por algo que no esté dentro de esos parámetros. Y tampoco saben relacionarse con normalidad con una mujer, porque no tienen otra referencia mental salvo la pornográfica, y el ser humano aprende por imitación (De León, 2012: 10).

Todo lo que esté fuera del acto sexual mismo, es obsoleto. En su brillante análisis sobre la pornografía, Román Gubern (2005) da cuenta de cómo la industria del porno fue disminuyendo los diálogos, historias e interacciones entre los actores, para acelerar lo verdaderamente importante: el coito. Lo que importa en el orden (des)subjetivo es el placer urgente, instantáneo... pero al mismo tiempo precoz y fugaz. En ese sentido, las vidas sexuales de los sujetos hipersexualizados (prostitutas, actores porno, clientes adictos al sexo...) son pobres, a pesar de sus reiterados y constantes encuentros íntimos. Hemos reiterado cómo la cultura hegemónica alienta permanentemente al placer sexual, a tener relaciones sexuales a diestra y siniestra; sin embargo, los vínculos interpersonales quedan debilitados. El sexo *pornográfico*, modelo de la sexualidad contemporánea, es directo, sin

rodeos ni complicaciones; los *personajes* se limitan al coito, poco o nada dicen entre sí. El acto es ejecutado, que no vivido, como un mero sucedáneo:

Mi vida sexual se empobreció muchísimo en aquel tiempo. A pesar de ser promiscua, cada vez estaba más lejos de vivir el sexo verdadero, que en realidad se trata de una comunicación íntima en la cual se intercambia energía. Sin intercambio no hay sexo propiamente dicho, sino otra clase de acto disfrazado de sexo [...]. Aplicado a la complejidad de las relaciones humanas, el sexo real tiene que ver con abrir tu ser y dar algo de lo que eres, mientras estás con otra persona que también abre su ser y también da parte de lo que es. [...] Pero yo cada vez intercambiaba menos con lo real y mercadeaba más con productos sucedáneos” (De León, 2012: 97-98).

Imagen 8. “Garganta profunda”³¹



Fuente: imágenes retomadas de internet.

Es de llamar la atención el detrimento de la *tactilidad* en beneficio del placer visual y genital. Esto no es un tema menor en el ámbito de lo pornográfico, como también en los encuentros sexuales con *escorts*; para muestra véase el siguiente ejemplo en el cual pareciera una paradoja que, en este tipo de trabajos (*escorts*, actores porno), donde tienen lugar los

³¹ Deep Throat (1972), traducida al castellano como Garganta Profunda, es una de las películas XXX icónicas de la industria del porno. Para un análisis de esta película y género (Cfr. Gubern, 2005).

contactos corporales a nivel extremo, al mismo tiempo exista tal *distanciamiento* corpo-afectivo:

[...] la necesidad de hacer visibles los cuerpos de los fornicadores a la cámara (y así al espectador) obliga con frecuencia a hacerles adoptar posturas eróticamente afuncionales para ellos, en las que sus cuerpos no están en contacto y tan sólo lo están los genitales [...] y, además, el precio del placer del mirón ante el orgasmo masculino reside en la frustración necesaria del *coitus interruptus*, sin la cual la eyaculación no sería visible para el mirón. Esta frustración sistemática y necesaria de los actores del cine porno puede afectar a sus vidas privadas, según el testimonio de Mary Rexroth, quien cita [...] el caso de un actor que en privado buscaba desesperadamente el máximo contacto corporal porque “cuando estás jodiendo en el cine tienes que estar lo bastante apartado para que la cámara pase y obtener un plano claro y bien iluminado y todo eso” (Gubern, 2005: 19).

En el terreno que nos compete en este estudio, dichas urgencias permiten que las *escorts* aprovechen la situación para salir de la habitación con el dinero en el bolso (de marca) lo antes posible. Son verdaderas conocedoras de la *psique* y *pasiones* masculinas. Esto revierte, aunque sea momentáneamente, las relaciones asimétricas de poder, pues el objetivo de ellos es cumplir aquellas fantasías deseadas (y que les atormentan); y el de ellas echar a andar la teatralización para terminar rápido:

Te encuentras con absolutamente de todo. Hay un tipo que me dice: “A mí trátame mal, como un perro”, y le puse el cinturón y lo traía, literal, como un perro, y le gustaba que le dijera: “ahora sí perro, así te quería ver, rendido a mis pies”. Te digo, traen un rollo en la cabeza bien raro. Hay unos que de verdad no entiendo. Un tipo una vez estaba con la ropa [...] de su esposa. [O a quienes les gusta] que les metas cosas a ellos por el culo. Te pagan hasta \$5,000 porque les metas el puño completo. O güeyes que te llevan la ropa de la mujer [esposa], zapatos de la mujer, y te los tienes que poner. Entonces te digo, no entiendo ese *show*; pues si tienen a la vieja en la casa ¿para qué te quieren vestida de ella? Tenía yo un doctor, un neurólogo, una eminencia el tipo, y él tendía mucho a hacer eso, pero yo no entiendo qué rollo está su cabeza. Y ya sabes, lo típico: que vístete de conejita; porque les encanta verte con medias y ligeros, eso es lo más básico.

También tengo un cliente que es un inglés. El tipo tú lo ves en la calle y dices “jamás”; es un inglés alto, delgado, güero, con chófer. A él le gusta vestirse de mujer. La última vez él me decía, cuando estábamos en la habitación, que era “Amandita”, y que cuando estaba en la escuela la vieron enseñándole los calzones a sus compañeros, por eso habían llamado a su mamá. Y pues le tuve que pegar, porque obviamente le gustan los golpes; ya después de que se termina de vestir de Amandita, se levanta y se va como si nada, como si se rompiera el encanto.

Ellos te hacen una historia, se visten como mujer, te dicen que les pegues, que los humilles y los castigues –se llama dominación, es un *servicio de dominación*–; a estas alturas ya no me sorprende nada, sólo digo “sí le entro” o “no le entro” (Entrevista a *escort*, “Lucía”, 45 años).

Estamos frente a las manifestaciones particulares del orden (des)subjetivo, en tanto “los cuerpos son también deudores de cada civilización” (Ons, 2018: 13), de cada tiempo y espacio históricos. Como se ha reiterado, la subjetividad o (des)subjetividades se caracterizarían por la búsqueda incesante de nuevas sensaciones, de los placeres inmediatos ofertados en los mercados económicos y sus múltiples redes de difusión digital (al alcance de un simple *clic*), por el imperio de las imágenes y su bombardeo mediático e *intemperancia* reinantes:³²

Me preguntas, Lesbia, cuántos besos tuyos bastarían para saciarme. Tantos como los granos de arena que cubren en Libia el desierto de Cirene [...]; tantos como las estrellas que, en el silencio de la noche, observan los furtivos amores de los mortales: tantísimos son los besos que tendrías que dar al enloquecido Catulo para sentirse saciado. Tantos que no pueden contarlos los curiosos ni echarnos un maleficio con su lengua envidiosa (Misrahi, 2017: 25).

Y como nunca nada resulta suficiente, y los deseos jamás parecen ser satisfechos, el sistema maquinal, a través del mercado, en un intento por paliar los padecimientos contemporáneos, ordenará:

[...] expresa tus padecimientos (psicoanálisis), compra para atenuarlos (consumismo), explícalos y ordénalos (psicología social), usa las nuevas tendencias

³² Ya en el famoso *Malleus Maleficarum* o *Martillo de las brujas* se hacía mención de algo similar: “hay tres cosas insaciables: el infierno, la tumba y la vulva de la mujer” (en Sanyal, 2012: 65).

para escenificar tus dolores (moda), instala una *webcam* sobre tu cama (internet 2.0, el espacio de l@s novi@s [y de los amantes furtivos]) (Fernández-Porta, 2010: 17).

ii) Amores pragmáticos ¡al 48% de descuento!

Jueves 2 de septiembre por la noche. Al revisar la actividad en el sitio hubo 30 entradas (que abarcan del 29 de agosto al 2 de septiembre) en el Foro, se registran 2,167 pestañas que indicarían la actividad en días pasados. Algunas de estas 30 entradas tienen respuestas de diversos usuarios. Resultan muy interesantes los nombres o, mejor dicho, los *nicknames* o seudónimos que usan para interactuar de forma anónima. Estos dejan entrever los significados atribuidos a las *escorts*, los cuerpos y la sexualidad: Seraz69, Capitán Salvaputas, Galactikus, curioso 300, Kaliman, Albatros, Don Diablo, Jorgenitales, EL INGE, Viggo, Abusado, Pepe Luche, Peluchero, Anaximandro...

El tono de las publicaciones oscila entre el uso de un lenguaje explícito, hasta expresiones “literarias” verdaderamente interesantes, como la siguiente recomendación de una *escort* de nombre Rouse Mancinni, por parte de un cliente-poeta por demás satisfecho:

Después de ver varios comentarios a favor y en contra de la Srita. Rouse, decidí darme a la tarea de hacer mi propia investigación y así tener una propia opinión y comentar de ella hasta conocerla...

No voy a dar detalles íntimos de nuestro encuentro, basta comentar que la señorita es una verdadera dama y conoce su trabajo, lamento por los que han tenido una mala experiencia, a mí me pareció una mujer extraordinaria. La señorita es una joya que debemos cuidar.

Después de estar con ella me sentí inspirado y como agradecimiento a su servicio y trato le realicé un acróstico.

Reseñaré

Obtusamente

Un

Satisfactorio

Encuentro...

Mi
Alma
Nunca
Conoció
Igual
Ninfa
Ni
Infinita belleza.

Sólo me queda recordarles que... “La belleza está en los ojos de quien la mira”
(Publicación de F5 TIGER, miércoles 1 de septiembre de 2021).

También hay algunos mensajes de los administradores de la plataforma, Webmaster.³³ Parte del papel de estos actores es promocionar a las nuevas *escorts* del catálogo, dar avisos directos a los usuarios registrados, censurar y bloquear a las que no pertenecen a sus plataformas, y que así busquen promocionarse en el sitio de forma gratuita, y a los usuarios que rompan sus reglas; en definitiva, son ellos los amos del sitio. Desconozco qué beneficios haya por estar registrado, hasta ahora mi papel ha sido el de observador y no el de participante. Esto último es un problema y una paradoja puesto que, como hemos estudiado, uno de los principios de la etnografía clásica era precisamente el de observar y participar sin alterar la dinámica propia de la cultura en estudio (algo imposible. ¿Es igual en la exploración etnográfica de Internet?)

En el sitio también hay interacciones textuales (que desde luego remiten a las posibles interacciones sexuales; porque, al fin de cuentas, las invitaciones virtuales sólo sirven si culminan en los encuentros *face to face*, en el intercambio de sexo por dinero) de algunas *escorts* que promocionan sus servicios: Viktoria, Catalina, Camilah, Sandy Exit, Gia Dior y Fabiola Sexy. Evidentemente los nombres de estas mujeres son una mascarada, un artilugio que sirve para mantener el anonimato y, por supuesto, para seducir al cliente potencial mediante el despliegue, en todos los frentes (textuales, visuales, fantasiosos), del *capital erótico* femenino del que habla la autora Catherine Hakim (2014).

³³ Hasta el momento sólo se había considerado estudiar la relación cliente-escort; no se había planteado indagar sobre el papel de estos administradores (¿ciber-padrotes?).

¡Sabrá Dios si en realidad son ellas las que escriben! (tengo información de que generalmente no. Los mensajes cortos y directos sí los escriben ellas; los mensajes largos y con excesivas florituras, los escriben terceros contratados para eso). La cuestión es apelar a las fantasías de los sujetos para echar a andar la teatralización. Por ejemplo, en la entrada de Gia Dior del 30 de agosto a las 5:53 p.m. se anuncia una “Promoción por inicio de Clases”, seguido de un mensaje que inicia diciendo: “Hola mis amores lindos. Les traigo una súper promo[ción]... [especificaciones y costos de los servicios]”, rematando el mensaje con una fotografía suya sobre un sofá color café en la que luce con los senos al descubierto y un diminuto conjunto negro con detalles dorados que cuelgan por debajo de la esbelta cintura, tapando (apenas) su sexo.

O como en la publicación de Fabiola Sexy del 29 de agosto a las 6:26 p.m., en la que también llama “corazones” a los clientes potenciales. Estas palabras son las que usan con frecuencia para llegar a los clientes: “guapos”, “besitos”, “les va a encantar”, “placer al máximo”, “mis amores”... Se trata de toda una implementación de recursos publicitarios donde se venden al espectador sensaciones agradables y placenteras; incluso amor, aunado a lo pragmático del dinero, delimitando la relación cliente-escort al plano meramente contractual: “Domingo en hotel Villa de Madrid, 48% de descuento” (Viktoria, entrada del 29 de agosto del 2021).

Como ha quedado ilustrado a lo largo de este capítulo, el mercado sexual se ha diversificado y complejizado durante los últimos 30-35 años debido a los establecimientos modernos como el *table dance*, las cabinas eróticas, clubes swingers, cines XXX (de los que haría falta profundizar), y toda una oferta en materia sexual que pareciera inabarcable (y que por supuesto rebasa por mucho los límites de este estudio), así como los lugares digitales o virtuales donde millones de usuarios socializan a diario gracias al uso generalizado del Internet en prácticamente todo el mundo. Seguramente las consecuencias definitivas de estos tipos de socialización y formas de ejercer la sexualidad aún no se pueden descifrar plenamente. Lo cierto es que estamos frente al acontecer de nuevas formas de subjetivación.

Resta decir que, al explorar las entradas más antiguas del foro, fechadas desde los años 2005-2006, se obtuvo un recuento “histórico” del fenómeno *escort* en la Ciudad de

México. Entrecomillo la palabra *histórico* porque el periodo de tiempo (2005-2022), aunque significativo, resultaría –bajo ciertas perspectivas historiográficas clásicas– insuficiente para dar cuenta de un proceso “verdaderamente” histórico; sin embargo, y aunque evidentemente estamos enmarcados en los innegables procesos de *larga duración* (como los llamaría Braudel), otras propuestas defienden la necesidad de considerar lo histórico como aquellos acontecimientos del presente y de la vida cotidiana de las personas. En ese sentido, lo histórico es entendido como *acontecer* y no como aquel pasado soterrado en el tiempo, disociado de su relación con el presente.

En el siguiente capítulo se esbozan algunas pistas para la interpretación histórica de esta actividad en la capital mexicana. El análisis coloca especial énfasis en el *trabajo sexual escort no voluntario*, modalidad insoslayable al estudiar el fenómeno en sus diversas aristas. Se busca plasmar en la narración las complejas formas en que se entretejen los sinos e historias de no pocas mujeres *escorts*, las estructuras criminales que quebrantan su voluntad y actuar.

Capítulo 4. Breve historia del fenómeno escort en México³⁴

Delinear la historia del mundo escort: una propuesta de abordaje

El propósito de este capítulo es presentar un bosquejo narrativo que permita trazar la historia incipiente de lo *escort* en México, su desarrollo y momentos clave durante los últimos 20 años. Asimismo, se expone un marco de referencia que permite establecer la relación existente entre las estructuras del narcotráfico y el fenómeno *escort* en México y América Latina.

En la primera parte, se describe la proliferación de plataformas digitales dedicadas a promover *escort services* en Internet, durante los primeros años del 2000; en un segundo momento, se relata la participación de los grupos del crimen organizado en el reclutamiento de mujeres provenientes de América Latina; se rescatan experiencias de *escorts* que se vieron inmersas en la *vorágine* del trabajo sexual no voluntario, y la violencia de la cual, muchas de ellas, no pudieron escapar. En el conjunto de apartados se plantean interrogantes en torno al sistema de valores propio del mundo *escort* y otras nociones que estructuran la investigación en general.

Es importante hacer énfasis en que se busca mirar y presentar el fenómeno a partir de sus múltiples aristas y matices, del anudamiento entre aquellos aspectos singulares de la experiencia con los de carácter meso o macrosocial. Esta historicidad se vuelve necesaria para arrojar luz sobre las formas de tensión permanente entre lo social-singular, en cómo los sujetos se ven obligados a actuar en función de los determinantes estructurales (económicos, culturales, históricos).

La información vertida en este capítulo fue construida a partir del trabajo etnográfico digital, desplegado en foros de sexoservicio, y consultas de diversas fuentes periodísticas que han abordado el tema.

³⁴ Una parte sucinta de este capítulo fue publicada en Montiel, Marco (2022). “Mundo escort y trata de personas en la Ciudad de México: ‘El sueño mexicano’”, *Revista Ágora*, XIX, Núm. 33, El Colegio de México, México. https://issuu.com/agoracolmex8/docs/n_mero_33_issuu_-comprimido/122?ff

Aparición mediática de Zona Divas en el espacio público mexicano

Corría el año 2005 cuando, en el programa Otro Rollo de la cadena Televisa, conducido por el famoso comunicador Adal Ramones, quien lideraba en aquel entonces el *ranking* de programas de televisión más vistos en cadena nacional, se presentaron varios personajes que, decían, representaban a una *agencia de damas de compañía* llamada Zona Divas: se trataba de “El Sony” y tres hermosas mujeres sudamericanas; con esta denominación (*damas de compañía*), se buscaba encubrir lo que a todas luces se trataba de una agencia de prostitución, de altos vuelos quizá, pero, al fin y al cabo, prostitución. Estamos hablando de una sociedad mexicana en la que el Internet aún no se había generalizado ni mucho menos alcanzado los niveles de complejidad que en la actualidad ostenta. En esos años, la plataforma comunicativa por excelencia seguía siendo la televisión.

En ese contexto, aquella *espectacularización* de la prostitución no hizo más que poner en el radar público el submundo de la *prostitución de lujo*. Las alarmas se encendieron luego de que las autoridades gubernamentales comenzaran a preguntar quiénes eran las bellas mujeres extranjeras (venezolanas, colombianas, argentinas...), quienes afirmaban trabajar voluntariamente en dicha agencia. Esto no quiere decir que las autoridades migratorias no supieran de esas “extrañas” actividades, sino que ahora, con la aparición y exposición en la esfera pública y mediática, se veían obligados a responder de alguna manera, y justificar ante la sociedad que el gobierno mexicano, o al menos el gobierno de la Ciudad de México, no alentaba bajo ninguna circunstancia el ejercicio de la prostitución, por más sofisticada que esta pareciera. Las redadas no se hicieron esperar. Al poco tiempo se encontraban detenidas varias de aquellas *damas de compañía*.

Las autoridades emprendieron lo que algunos usuarios calificaron como una mera *cacería de brujas*, que lo mismo incluía a las agencias *escorts* como a los *table dance*, los hoteles en las zonas rojas, *sex shops*, cabinas, burdeles clandestinos o a los famosos *spas*, espacios en los que se ejercía la prostitución bajo la fachada de locales de masajes y tratamientos cosmetológicos y relajantes. Es decir, se persiguió y criminalizó todo aquello que manifestara indicios de prostitución.

Por su parte, en el terreno de los actores del mundo *escort*, se desató el pánico generalizado al día siguiente de transmitido el programa televisivo. En los hasta ese entonces

incipientes foros de Internet, los usuarios se preguntaban por qué el dueño de Zona Divas había roto dos de los códigos de la prostitución de lujo: el *anonimato* y la *discreción*. Y es que esta aparición representó no sólo la exposición de aquellas mujeres, sino también de no pocos clientes que se vieron interpelados por sus esposas y familiares, pues fulanito había llevado en alguna ocasión a la venezolana a una fiesta, o zutanito apareció en algún lugar con la colombiana... Así narró la situación un usuario quien, además de plasmar una visión “apocalíptica” del suceso, deja entrever el sistema de valores y el tipo de clientes del mundo *escort*:

Mi opinión en torno a lo de ayer en Otro Rollo (yo trabajé mucho tiempo para la gente de [Zona] Divas)

Lo de ayer fue un exceso, la promoción es básica para cualquier empresa, pero resulta ser que en esta empresa (Divas) el personal es extranjero, lo cual no sería tan grave, pero todo mundo sabe qué es lo que hace dicho personal, lo cual sí es ilegal. El exceso de confianza por estar conectado con altos niveles, creo yo que llevó a su director general a promocionar en televisión algo que no podía publicarse en un nivel de tanta difusión como la TV.

El comienzo del apocalipsis de esta “empresa”, yo creo que vendrá. Se puso en el centro para ser demolida en el foco en el que los más inteligentes abogados, otros empresarios y todos los vivales podrán lucrar con la seguridad de las chicas, de los consumidores y quién podrá detenerlo.

¿Acaso no entre los clientes hay periodistas urgidos de una noticia de impacto?
¿Acaso no hay entre los clientes diputados que podrán ser filmados con una Diva?
¿Acaso las personas comunes y corrientes como nosotros no nos veremos expuestos a salir en TV, mandándole saludos a la familiar, a la esposa, etc.? ¿Acaso la oleada de asaltos que se han venido dando a las escorts no se duplicarán? Por tanto, después de estar en el entorno yo creo que este es el principio del fin, por eso yo creo que estuvo mal, muy mal [...]

(Escrito por *NOovato ahora Conocedor*, 10 de mayo del 2006).

Sobre el mismo hecho, una *escort* menos apocalíptica, comentaba:

QUE NO CUNDA EL PÁNICO

Es cierto, la discreción es primordial en este medio, por respeto y seguridad de ustedes y nosotras. Pero nuestra conciencia es más implacable que la ley y nuestros enemigos. No entren en pánico, sigan disfrutando la vida. Besitos a todos.

(Escrito por *DIANEE*, 14 de mayo del 2006).

Y otro cliente, abiertamente, expresa la violencia a la que se atenderían todos aquellos que coloquen en riesgo los valores de la discrecionalidad y el anonimato:

¡QUE SE CUIDE EL SONY, YA QUE PUEDE TENER UN ACCIDENTE FATAL!

QUÉ POCA MADRE SONY, UNA DE LAS ESCORTS QUE ESTUVIERON CON ADAL RAMONES ME ACOMPAÑÓ A UNA CONVENCIÓN. AHORA TODOS EN EL CORPORATIVO SABEN QUIÉN ES, SÓLO UNA VULGAR PUTA. AUNADO AL DAÑO COLATERAL DE ESTA INDISCRECIÓN, Y EL DAÑO MORAL CAUSADO, SÓLO ME RESTA DECIR QUE SE CUIDE EL SONY, ESTA CIUDAD ESTÁ LLENA DE RIESGOS, Y EL DAÑO CAUSADO POR SU SOBERVIA [*sic*] E INDISCRECIÓN Y FALTA DE PROFESIONALISMO, HA LLEGADO DEMASIADO LEJOS. QUE SE CUIDE Y QUE SE CUIDE BIEN, YA ESTAMOS BOLETINANDO ESTO A GOBERNACIÓN, Y ESTO ES SÓLO EL PRINCIPIO.

ACUÉRDATE SONY... EL QUE RÍE AL ÚLTIMO, RÍE MEJOR, ASÍ QUE, AUNQUE TRAIGAS GUARROS [*guardaespaldas*], TE ESTAREMOS VIGILANDO, Y TE ROMPEREMOS LA MADRE (SI ES QUE TIENES). TÚ INICIASTE ESTO, AHORA NOS TOCA A NOSOTROS LA REVANCHA. Y A LAS ESCORTS, QUÉ POCA POR SUS COMENTARIOS, NO SE VALE LO QUE DIJERON. POR MI PARTE ESTÁN VETADAS DE AQUÍ EN ADELANTE Y VALLAN [*sic*] MUCHO A LA CHINGADA.

(Escrito por *El Gober Precioso*,³⁵ 11 de mayo del 2006).

³⁵ Como puede verse, los *nicknames* siempre expresan algo, no son nombres neutrales ni escogidos al azar. En este caso, llama la atención que el alias sea el mote con el que el empresario pedófilo de origen libanés, Kamel Nacif, llamaba al exgobernador poblano Mario Marín Torres, quien gobernara el estado de Puebla durante el periodo 2005-2011. Para ahondar acerca de estos temas, véanse los trabajos de la periodista y activista Lydia Cacho (2006; 2010).

A la luz del tiempo, resulta interesante que ese portal de internet y agencia de prostitución de lujo, llamado Zona Divas, estuviera desde esos años (principios del 2000) en el ojo del huracán, siendo desmantelado hace relativamente poco tiempo (noviembre de 2017 a abril del 2019), luego de que las autoridades capitalinas detuvieran a algunos de sus fundadores y operadores por el delito de trata de personas con fines de explotación sexual:

Ignacio Antonio “N”, alias “El Sony”, fundador de Zona Divas e imputado por el delito de trata de personas y por encabezar una red internacional que reclutaba jóvenes en Venezuela, Argentina, Brasil y Colombia, permanecerá recluso mientras su proceso continúa [...]. “El Sony” fue imputado por el delito de trata de personas en su modalidad de explotación sexual en contra de una víctima, a la que anunciaba para servicios sexuales mediante dicho portal web. A pesar de que las autoridades consideran que el traficante de mujeres reclutó en su red a más de 2 mil víctimas, sólo una se atrevió a enfrentarlo y por esa denuncia está en prisión [...] con sus recursos, hizo traer a la víctima desde Venezuela, ofreciéndole trabajo como dama de compañía [...] Una vez en México, Ignacio Antonio “N” ordenó que la mujer fuese llevada a un domicilio en la colonia Noche Buena, de la entonces delegación Benito Juárez [...], el sujeto le quitó su pasaporte, le informó que tenía un adeudo con él por los gastos del viaje y que trabajaría como *escort* [...] (Fuentes, 2019, 6 de abril).

En este punto, cabe realizar una precisión. En sus inicios (principios de los años 2000) el portal se llamaba *Divas.com*, sin embargo, “Pasó a la clandestinidad cuando otro investigador de la policía estuvo cerca de descifrar el modelo de negocios del portal y estaba listo para hacer arrestos. El investigador de la policía fue emboscado y asesinado en febrero de 2007. Tras su asesinato, el sitio web desapareció. Pero en 2011 renació, si bien para el mismo negocio, con otro nombre: *Zonadivas.com* [o simplemente, Zona Divas]” (Testimonio de *escort* colombiana, citada en Arana, 2019, 12 de mayo).

Es así que la exposición mediática de Zona Divas en el año 2005, se explicaría en buena medida por la búsqueda del monopolio del sexoservicio como mercado en expansión. Evidentemente “El Sony”, su fundador, entreveía el *boom* que los portales de Internet representarían en el futuro inmediato, por lo que habría de enfocarse en la creación y promoción de espacios digitales en aras de maximizar las ganancias económicas. Atrás

quedarían los famosos anuncios velados en las páginas secundarias de los periódicos impresos; el verdadero negocio estaría, desde entonces y hasta la fecha, en Internet.

Imagen 9. El portal Zona Divas



Fuente: (Gutiérrez, 2021, 1 de noviembre)

“Desmantelamiento” de Zona Divas, surgimiento y proliferación de nuevos portales digitales

La caída de “El Sony” trajo consigo una oleada de capturas hacia miembros de su organización, así como el surgimiento y proliferación de nuevos portales digitales que imitaron el modelo Zona Divas, para posicionarse fuertemente en el mercado sexual de servicios *escorts*. Entre 2017 y 2018 fueron detenidas las colaboradoras y administradoras del portal Yolimar Rodríguez (venezolana), Edelyn “N” (34 años de edad, representante legal y administradora), y Gabriela “N” (31 años, paraguaya).³⁶ De igual forma, en agosto de 2018 “fue detenido Julio César “N”, un ex policía judicial, acusado de ser operador de Zona Divas y reclutador de mujeres para el portal” (Gutiérrez, 2021, 1 de noviembre). A estas detenciones se sumaría la del fotógrafo del sitio de internet, Armando “N”, “cuyas imágenes eran utilizadas para ofrecer servicios sexuales de las víctimas a través de un catálogo en el mencionado portal” (*El Sol de México*, 2018, 29 de agosto).

De estos personajes, la historia de la *escort* venezolana Yolimar Rodríguez es por demás interesante porque, entre otras cosas, permite cuestionar los extremos de la dicotomía

³⁶ Además de reclutar o “enganchar” a mujeres en Sudamérica, se presume que estas operadoras también solían cobrar, ya en la Ciudad de México, hasta 8,000 pesos mensuales por anunciar a las *escorts* en la plataforma Zona Divas, sin mencionar los costos por hospedaje, alimentación, ropa, etcétera.

víctima-victimario y expresar los diversos matices que existen en este tipo de relaciones. Yolimar habría llegado a México desde Venezuela —cinco años antes de su captura— como víctima de trata de personas;³⁷ sin embargo, “después de ‘saldar su deuda’ con las personas que la trajeron a territorio nacional, se dedicó a victimizar a otras mujeres de su país, a quienes contactaba a través de redes sociales [...] les quitaba 40% de lo que cobraban por prostituirse [...]”. Se calcula que Yolimar Rodríguez “explotó a 8 mujeres venezolanas en al menos 5 ciudades [Ciudad de México, Toluca, Morelos, León, Querétaro]” (Lastiri, 2021, 1 de noviembre).

Imagen 10. Yolimar Rodríguez, *escort* venezolana ¿víctima y victimaria?



Fuente: (FGR en Pantoja, 2021, 31 de octubre).

Ahora, importante es señalar que, si bien es cierto que estos y otros personajes fueron detenidos, y en la actualidad enfrentan largas condenas en prisión, también lo es el hecho de que estas organizaciones se reconfiguran rápidamente, formando nuevos portales y sitios con características similares. De acuerdo a la Fiscal Antitrata de la Ciudad de México en 2018, este organismo no ha desmantelado a “bandas completas, sólo hemos consignado a quienes hacen el trabajo operativo aquí [no en Sudamérica]. Para que te des una idea, de todo nuestro universo de detenciones apenas un 8% son los detenidos, es mínimo” (Citada en Fuentes, 2018, 8 de enero).

³⁷ La noción de trata de personas debe entenderse como aquellas actividades realizadas por un tercero para forzar a una persona (mujer, niño, hombre, etc.) a tener relaciones sexuales con otras personas en contra de su voluntad, a cambio de dinero u otros beneficios. En ese sentido, la prostitución en sí mismo no es (o no debiera ser) perseguida, siempre y cuando se ejerza de manera voluntaria (Fiscal Antitrata en Fuentes, 2018, 8 de enero).

En ese sentido, una de las tantas organizaciones que tomaron el lugar de Zona Divas en la Ciudad de México fue “La Boutique Vip”, plataforma que rápidamente alcanzó popularidad entre el mundo *escort*, pues solía ofertar en sus catálogos digitales a varias mujeres que anteriormente se anunciaban en Zona Divas. Como se observa, estos sitios apelan casi siempre a la *exclusividad*, *glamur*, *belleza*, y otros atributos paradisiacos que ostentan en sus nombres: Zona Divas, La Boutique Vip, Evas, Seductoras, Mileróticos, Sensualonas, El Portal Vip, Geisha Academy...

En agosto de 2018 “la Policía Federal detuvo a Guillermo Hans “N”, alias “El Memo”, presunto fundador y socio de La Boutique VIP” (Gutiérrez, 2021, 1 de noviembre). Poco después de su captura, se supo que este sujeto había sido cofundador del extinto Zona Divas. Ante esta proliferación de sitios digitales en los que se ofrecen servicios *escorts*, cabe preguntarse lo siguiente: ¿cuántos portales existen en la Ciudad de México?³⁸ De acuerdo a la fuente antes referida, “En su momento [año 2018], la entonces Procuraduría General de Justicia de la Ciudad de México (PGJCDMX) aseguró que había **al menos 100 páginas** que operan de manera similar a Zona Divas. Este centenar de sitios, detallaron, tiene en sus catálogos entre **500 y 700 mujeres** cada uno”³⁹ (Gutiérrez, 2021, 1 de noviembre), muchos de los cuales, se presume, están relacionados con el delito de trata de personas con fines de explotación sexual.

Y es que no se debe perder de vista que se está hablando de un negocio con enormes ganancias económicas. Remitiéndonos exclusivamente a las tarifas de las *escorts* en la Ciudad de México, sabemos por ejemplo que “El costo de los servicios que se anunciaban iniciaba en 3 mil pesos y podía llegar hasta los 10 mil por hora. Todo dependía del cliente” (Testimonio de *ex escort* Sol, citada en Ramírez, 2018, 13 de junio). Desde luego esto varía en función de la edad de las mujeres, fenotipo, su nacionalidad, tipo de servicios sexuales

³⁸ A pesar de que estas plataformas operen mayoritariamente en la Ciudad de México, no constriñen sus actividades a la capital mexicana; sus redes se extienden a otras ciudades importantes y turísticas del país: Monterrey, Guadalajara y Puerto Vallarta, Puebla, Toluca, Cuernavaca, Cancún, entre otras.

³⁹ Las cifras serían menores de acuerdo a la Fiscal Antitrata en 2018. Según este organismo, cada sitio anunciaría entre 100 a 200 *escorts* (en Fuentes, 2018, 8 de enero). Entendemos que esta significativa disparidad en los datos oficiales, obedece a la dificultad de tener un control preciso de la actividad de estas páginas que, como se ha dicho, surgen, desaparecen y vuelven a reconfigurarse con otros nombres. No obstante, es un hecho que la oferta de estos servicios es por demás abundante.

ofrecidos (oral, anal, *fisting*, sado, *bondage*, fetiches, coprofilia, etcétera).⁴⁰ En el testimonio directo que compartió una *escort* mexicana, se señalaban tarifas menores a las antes mencionadas. Ella cobraba entre 1,200 a 2,500 pesos por hora (sin contar los servicios extras como: relaciones o fantasías sexuales específicas, cenas o viajes prolongados, los cuales elevarían los costos). En el caso de las *escorts* que *están* bajo el régimen de trata de personas, gran parte de las ganancias van a parar a manos de los tratantes. Así:

Cada mujer que trabaja como escort para un cártel puede tener un potencial de ingresos de hasta 200,000 dólares al año [4 millones 116 mil 710 pesos al 26 de enero de 2022], según la contabilidad independiente de una ex escort en Ciudad de México. Por consiguiente, desde 2010 comenzaron a aparecer noticias en los medios mexicanos detallando la presencia de mujeres venezolanas que se encontraban trabajando en bares en varios estados mexicanos (Testimonio de *ex escort* Sol, citada en Ramírez, 2018, 13 de junio).

Imagen 11. Catálogo digital de *escorts*



Fuente: (Infobae 2019, 22 de agosto).

⁴⁰ El *fisting* es una práctica sexual que consiste en la introducción de la mano en las cavidades vaginal y anal; la introducción puede ser completa o parcial. El *bondage* consiste en inmovilizar el cuerpo por medio de cuerdas, cadenas, cintas, etc. Muchos clientes contratan *escorts* para satisfacer estas y otras parafilias sexuales las cuales no pueden compartir abiertamente con sus parejas por miedo a ser juzgados y reprobados socialmente. Dichas parafilias suelen escapar de lo considerado “normal” en el espectro de la sexualidad hegemónica.

En relación al delito de trata de personas, el Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública (SESNSP), refiere que se habrían presentado **492 denuncias** en todo México durante el periodo que comprende de enero a septiembre del 2021. Es de resaltar el hecho de que únicamente cinco estados –entre ellos, la Ciudad de México–, concentran más del 70% de las denuncias por trata de personas. El panorama general es el siguiente:

1. Estado de México: 131 denuncias
2. Nuevo León: 85
3. Ciudad de México: 59
4. Baja California: 47
5. Puebla: 42
6. Resto del país: 128

Total: **492 denuncias** (Datos del SESNSP citados en Gutiérrez, 2021, 1 de noviembre).

Cabe enfatizar que los datos anteriores son apenas una punta de iceberg; se estima que las denuncias formales únicamente representan alrededor del 0.5 %. Las razones de estas escasas denuncias, son variadas: “miedo, sentirse desprotegidas, pudor, pena, temor al escarnio público o el amago que ejercen sobre ellas, entonces proceder contra ellos [los tratantes] o determinar cuántas mujeres tienen es muy complicado dar una cifra exacta, pero son muchas” (Fiscal Antitrata citada en Fuentes, 2018, 8 de enero).

Una vez llegado a este punto, es insoslayable no conectar a otros importantes actores que intervienen, directa o indirectamente, en este tipo de delitos y en buena parte del espectro *escort*. Entre estos no se puede dejar de mencionar a algunas autoridades gubernamentales y, sobre todo, a los cárteles del narcotráfico que combinan el trasiego de drogas y mujeres (sin olvidar el creciente tráfico de órganos, niños, migrantes...) desde Sudamérica y otras partes del mundo, hacia el interior del país. En el siguiente apartado, se enfoca el análisis contextual a las formas en que operan los cárteles mexicanos en relación a la prostitución y el mundo *escort*.

Narcotráfico, violencia y trata de personas asociadas al fenómeno escort en México y América Latina

A inicios del año 2022 la policía de la Ciudad de México detuvo, en la alcaldía Cuauhtémoc, a Gabriela Sánchez Castillo, ex integrante del programa televisivo “Enamorándonos” de la cadena TV Azteca. La noticia cobró cierto revuelo mediático. Al momento de su detención se encontraba con un hombre que respondía al nombre de José Hareff. En la camioneta donde viajaban (automóvil en investigación por un delito de fraude en el estado de Nuevo León) la policía halló “169 bolsitas plásticas tipo Ziploc con cocaína y 70 bolsitas con mariguana, por lo que serían trasladados a la Fiscalía General de Justicia”. Al momento de su detención, “Gabriela Sánchez refirió ‘que era artista y cantante’, mientras que José Hareff se presentó como ‘un empresario’, de quien se sabe está relacionado con diferentes actividades ligadas a bandas de defraudadores y con robos de vehículos de lujo que posteriormente son vendidos de manera ilegal y con documentos apócrifos” (Ramírez, 2022, 13 de enero).

La mujer entonces dijo ser *influencer* y *escort*, e intentó sobornar con 500 mil pesos a los policías para que los dejaran escapar. Después declararía que además de lo anterior, se dedicaba a vender droga en varios puntos de la Ciudad de México y que trabajaba directamente con “El Lunares”, su ex pareja sentimental y líder del grupo criminal La Unión Tepito (LUT). El abanico de sus funciones era variado: “cobro de piso, extorsiones y homicidios en la zona centro” (Ramírez, 2022, 13 de enero).

Imagen 12. Gabriela Sánchez y José Hareff



Fuente: (Gutiérrez, 2022, 4 de enero).

En esta trama, veremos con frecuencia el vínculo entre *escorts*, mundo del espectáculo y el cártel La Unión Tepito. Recientemente también se vinculó a otra mujer del espectáculo de nombre Manelyk con otro de los líderes de LUT llamado David García Ramírez, alias “El Pistache”, quien fuera detenido en 2018. Esta mujer goza de cierta fama en el bajo mundo de la farándula por su participación en el *reallity show* televisivo *Acapulco Shore* (*El Universal*, 2022, 20 de enero). Ante la captura de El Pistache y una foto en la que se les ve juntos como pareja sentimental, ella afirmó que efectivamente había sido novia del detenido, pero que desconocía las actividades a las que él se dedicaba.

En la actualidad, La Unión Tepito “tiene presencia en alcaldías como Gustavo A. Madero, Venustiano Carranza, Cuajimalpa, Benito Juárez, Cuauhtémoc, Miguel Hidalgo, Álvaro Obregón, principalmente en las zonas del Centro Histórico, La Merced, Condesa, Polanco y Zona Rosa” (Nieto, 2021, 20 de diciembre), siendo el principal grupo narcotraficante en la capital del país, junto con el cártel de Tláhuac.

La misma fuente periodística señala la participación de otras tres mujeres *escorts* llamadas Regina, Ixchel y Jessica, quienes secuestraban y extorsionaban a sus clientes en complicidad con La Unión Tepito. Parece ser que este tipo de actividades son cada vez más frecuentes en la Ciudad de México. A finales de agosto del 2021 fue detenida en la alcaldía Benito Juárez la *escort* colombiana Camila Tamayo de 22 años de edad. Esta mujer combinaba sus actividades como *escort* con las de robo a casa habitación y a transeúntes. Al momento de su detención, se encontraba en compañía de un hombre también de origen colombiano. Camila Tamayo utilizaba su belleza para distraer a las víctimas y a la policía. Se presume que ambos “estarían relacionados con un grupo delictivo integrado por sujetos de origen colombiano dedicados al delito de robo de casa habitación” (*24 Horas*, 2021, 2 de septiembre).

Imagen 13. Escort detenida por robo a casa habitación



Fuente: (Fotografía de Carlos Jiménez en *24 Horas*, 2021, 2 de septiembre).

Como se indicó en el apartado inicial de este capítulo, el origen de lo *escort* en la Ciudad de México data de los primeros años del 2000. Esta proliferación de portales digitales no se explica sin la participación directa de los cárteles del narcotráfico. En este contexto, sería el cártel de Sinaloa (liderado por el tristemente célebre Joaquín “El Chapo” Guzmán) quien encabezaría el nuevo modelo de negocios basado en la prostitución y la trata de personas. No obstante, otros cárteles también entraron a estos negocios y fueron consolidando toda una sofisticada estructura de reclutamiento y tráfico de mujeres provenientes, principalmente, de Sudamérica, especialmente de Venezuela, Colombia, Brasil y Argentina. Estamos hablando del Cártel Jalisco Nueva Generación (CJNG) y su socio michoacano Los Cuinis. La consigna era sencilla: a través de un fotógrafo venezolano, reclutaban “ex reinas de belleza y modelos venezolanas para su red sexual” (Arana, 2019, 12 de mayo), y mujeres provenientes de zonas marginadas.

En esta triple alianza, el cártel Jalisco Nueva Generación y Los Cuinis⁴¹ liderarían el negocio a nivel nacional, mientras que La Unión Tepito controlaría la prostitución en la capital del país y el Estado de México. El papel de Los Cuinis sería relevante en esta historia

⁴¹ “El CJNG mantiene sociedad y lazos familiares con Los Cuinis, un clan de 18 hermanos y hermanas que habían sido cultivadores de aguacates en el estado mexicano de Michoacán y luego se convirtieron en narcotraficantes. Los Cuinis tienen participación en Venezuela y otras regiones de América Latina [...]. Entre 2006 y 2010, tres de los hermanos Cuinis tenían su sede en Argentina y Uruguay. Finalmente, dos de ellos fueron arrestados en Uruguay y Brasil. El hermano mayor, Abigael González Valencia, fue capturado mientras estaba de vacaciones en un yate en Cancún” (Arana, 2019, 12 de mayo).

porque se dice que ellos fueron quienes tuvieron la idea comercial de importar mujeres sudamericanas de belleza inconmensurable y “aspecto europeo”, para así satisfacer la demanda de la clase media mexicana. Hay que recordar que, históricamente, las “mujeres mexicanas que tradicionalmente se dedican al trabajo sexual provienen de una población local, más mixta e indígena” (Arana, 2019, 12 de mayo). Sin duda esta preferencia estaría conectada con los ideales de belleza hegemónicos; de ahí también las mayores tarifas de este tipo de mujeres respecto a las *escorts* mexicanas de aspecto mestizo o indígena, relegadas casi exclusivamente a la prostitución callejera de las zonas rojas de la capital (Tlalpan, La Merced, San Pablo, Sullivan).

La siguiente narración detalla el proceso y formas de operar de estos grupos criminales. Representa una valiosa muestra de la trayectoria y vicisitudes de decenas de mujeres que atraviesan por situaciones similares en la actualidad:

Primero, [los cárteles mexicanos] les piden a los cazatalentos que identifiquen a las mujeres que cumplen con ciertos requisitos en los países-objetivo.⁴² Luego, las seducen con comidas de lujo, regalos y promesas de hermosos apartamentos y choferes privados en México. Cuando las mujeres llegan a México, reciben una factura. Cada centavo que los traficantes gastan en ellas figura como deuda. En el caso de la *escort* colombiana, su cuenta llegó a varios miles de dólares en pasajes aéreos, ropa y otros gastos. Le habían prometido que trabajaría en telenovelas y como modelo, pero fue empujada al trabajo sexual. Compartió una habitación con otras seis mujeres de Venezuela y Argentina en un barrio de clase media baja. Sus movimientos fueron controlados por mujeres con vínculos a Zona Divas y relacionadas con el cártel de la droga de Tepito (Arana, 2019, 12 de mayo).

El testimonio de otra *escort* sudamericana ilustra también estas formas de operar:

Por medio de una página de internet, Sol encontró un trabajo de *hostess* en un restaurante de la capital del país, pero a su llegada la gente que contactó le quitó su pasaporte y le dijeron que las vacantes en los restaurantes ya se encontraban ocupadas. Lo único que quedaba disponible era trabajar como “modelo” para el portal

⁴² Para el caso colombiano, el reclutamiento de mujeres hermosas por los cárteles mexicanos se centraría “esencialmente en Bogotá, en el parque de la 93, en el Eje Cafetero, en Medellín, en el parque Lleras, y tenemos unas zonas del país que son predilectas para que estas bandas lleguen a conquistar a nuestras mujeres”, de acuerdo al Cónsul de Colombia en Ciudad de México (citado en *Semana*, 2021, 4 de octubre).

ZonaDivas.com. Sol llegó al país en 2015. Con 22 años de edad y una silueta bien definida, la convencieron de dedicarse al sexoservicio, pues le comentaron que con “todo eso que se cargaba podía sacar buena lana” para pagar la deuda que, sin saberlo, ya había adquirido. “En mi primer servicio, un tipo entró al cuarto donde había tres chicas además de mí, me aventó ropa interior y me gritó ‘vámonos, hay que chingarle’” (Testimonio de *ex escort* Sol, 25 años, citada en Ramírez, 2018, 13 de junio).

Asimismo, una vez en México, además de los servicios sexuales que deben realizar de manera forzada, también suelen ser utilizadas para participar activamente en los diversos negocios de La Unión Tepito: “Llegábamos a vecindades que eran horribles, nos daban dinero para entregar a otras personas y ellos nos daban paquetes que contenían armas y drogas” (Testimonio de *ex escort* Sol, 25 años, citada en Ramírez, 2018, 13 de junio). A menudo ocurre que son obligadas a consumir drogas duras para engancharlas para siempre y perpetuar el ciclo de la dependencia. El consumo de drogas les ayuda al mismo tiempo para soportar las inclemencias de sus actividades como *escorts*, pues desde que llegan deben cumplir con jornadas extenuantes, y, si deseas “mantenerte activa tienes que meterte algo [droga], acá no hay de que ‘estoy cansada o tengo sueño’” (Testimonio de *ex escort* Sol, 25 años, citada en Ramírez, 2018, 13 de junio). El ritmo es tal que la misma Sol cuenta cómo no podía gozar de descanso, incluso aunque estuviera delicada de salud:

Una vez tenía un dolor muy fuerte a la altura del vientre, me llevaron al médico y me dijeron que tenía los ovarios inflamados, me pidieron parar al menos un mes. Al volver al cuarto me advirtieron que no había tanto tiempo para reposar y que en una semana tenía que estar de vuelta en el negocio (Testimonio de *ex escort* Sol, 25 años, citada en Ramírez, 2018, 13 de junio).

En su narración, Sol también recuerda a algunas compañeras que fueron asesinadas y de quienes se hablará más adelante. Afortunadamente ella logró salir de ese negocio. La forma en que lo consiguió es bastante interesante, entre otras cosas porque muestra un punto en el que se insiste a lo largo de esta investigación: la complejidad del fenómeno es tal que es necesario considerar las múltiples aristas que lo componen, mostrar no sólo las tonalidades extremas del problema, sino también los matices existentes. En ese sentido, coexisten elementos tan contradictorios como el caso de la *escort* víctima-victimaria del apartado

anterior, o relaciones sentimentales *escort*-tratante, *escort*-cliente, o momentos de camaradería entre estos actores, etcétera. Para dar cuenta de esto, veamos la peculiar relación de Sol con un cliente *sui generis*, y cómo es que consiguió liberarse de sus tratantes:

Una mañana de agosto, un hombre entró al cuarto donde Sol dormía con otras chicas extranjeras, le aventó una mochila, ropa cómoda y le dijo: “Agarra tus cosas, ya te vas a largar”.

Al bajar las escaleras del edificio, ella no sabía de qué se trataba, la subieron a una camioneta, la llevaron a un hotel de avenida Revolución y al entrar a la habitación reconoció un rostro “familiar”, un hombre “muy pudiente” le dijo que todo había terminado, que era libre.

“No tengo idea de cuánto pagó por mi rescate, lo único que sé es que fue una suma en dólares. Muchas ocasiones contrató mis servicios, pero nunca tuvimos sexo, luego platicábamos. En otras citas me habló para contar dinero, pero nunca me tocó, nunca me faltó al respeto”, añadió (Testimonio de ex *escort* Sol, 25 años, citada en Ramírez, 2018, 13 de junio).

De este modo, cada historia representa una experiencia singular, diferente e irrepetible, a pesar de que existan elementos en común o “estructuras” que operan en diversos niveles. En el testimonio anterior Sol logró abandonar el mundo *escort*, sin embargo, no todas las mujeres consiguen hacerlo; incluso quienes se liberan de sus tratantes, no necesariamente abandonan después el trabajo sexual. En ese tenor, revisemos el caso de otra *escort* colombiana quien, después de dos años de trabajo (siete días a la semana), recuperó su libertad con un desenlace que hace pensar nuevamente en la relación intrínseca de lo singular-estructural. Tras alcanzar su libertad:

[...] Hoy sigue siendo *escort*, pero independiente, y aún vive en Ciudad de México. Su tiempo con Zona Divas le enseñó cómo evitar problemas y protegerse. Ella le dijo a una amiga periodista que puede recaudar hasta 10,000 dólares al mes. “Es un trabajo duro y hemos aprendido a soportar el miedo y el disgusto, pero ¿en qué otro lugar podría ganar tanto dinero?”, le dijo a la periodista. La mujer ahora está lista para introducir a otras en el negocio (Testimonio de *escort* colombiana, citada en Arana, 2019, 12 de mayo).

Parece ser que mientras exista tal demanda de servicios sexuales bien remunerados, la prostitución de lujo continuará. Pero no sólo se trata de la demanda de clientes individuales, sino también de una condición económico-estructural que ha resquebrajado a la institución trabajo, precarizando los sueldos y salarios formales; de ahí que la expresión “más vale cinco años como rey, que cincuenta como *buey*”, expresada por los jóvenes del narcotráfico, cobre relevancia. Es decir, en la medida en que la precarización laboral sea dominante, surgirán opciones alternas que generan ganancias considerables en el marco de la economía criminal *versus* la formal. Y en este sistema productor de ganancias, que pone en marcha la maquinaria seductora del dinero y el derroche, de los lujos y bienes materiales en abundancia, coexiste la putrefacción, la violencia y la muerte.

El sueño mexicano, pasarelas de muerte

Las escorts de alto nivel están siendo asesinadas mientras la seguridad pública de México ha caído a su punto más bajo en una década: 25 personas por cada 100,000 habitantes fueron asesinadas en la primera mitad del 2018. En Ciudad de México, donde vive y trabaja la mayoría de las escorts venezolanas, hubo 3.3 asesinatos por día en ese periodo.

Ana Arana, 2019, 12 de mayo.

El portal de internet *6enPunto.mx* invita a sus lectores a vivir “una aventura en la Ciudad de México” tras contratar “*escorts* de lujo”. En la amplia descripción de los servicios, establecen una marcada diferencia con las prostitutas que trabajan en calle, haciendo énfasis en que la experiencia va más allá de las relaciones sexuales; apelan al deseo y a la posibilidad de su satisfacción. La nota invita al lector, parece decirle, con gran sonrisa: *¡No lo pienses más! ¡Anímate! El feo mundo de la sucia prostitución aquí brilla por su ausencia. Lo de hoy es tener una experiencia dionisiaca con una hermosa, refinada e inteligente chica escort. Y todo este paquete de encanto al alcance de la mano:*

Las características que debe reunir la persona a la cual contratamos como escort puede variar respecto a las de una prostituta convencional. Por lo general se busca

una chica que tenga una muy buena presencia y un nivel de estudios elevado o al menos un nivel aceptable. Se trata de que sean elegantes, guapas, divertidas, inteligentes y simpáticas, ya que como mencionamos te van a acompañar a fiestas, viajes, etc. Estas son mujeres sumamente hermosas, bellas y con cuerpos escandalosos, básicamente son todo lo que muchos hombres desean. Pero, también, son chicas con un carácter amable y educado, ya que están muy implicadas en sus relaciones. [...] contratar una escort en Ciudad de México tiene otras ventajas y es mejor servicio del que piensas. Debido a que no es lo mismo buscar a una chica que ejerce la prostitución en la calle, que una que realiza una labor mucho más profesional (6enPunto.mx, 2021, 28 de junio).

Los datos duros contrastan significativamente con aquella realidad glamurosa y color rosa que se muestra en los portales digitales. Desde 2010 a la fecha, se han registrado múltiples desapariciones y asesinatos de *escorts* y mujeres asociadas a la trata de personas en México, sin mencionar aquellos previos al 2010 de los que nada o poco se sabe. Para tener una idea de la magnitud del problema, el cónsul de Colombia en Ciudad de México, afirmaba que en 2021 habría:

Más de 107 personas [desaparecidas de origen colombiano en México], entre hombres y mujeres. Pero fácilmente el 60% de esta cifra pertenece a mujeres vinculadas con temas de trata. Otra modalidad utilizada es la de mujeres que se dedican a ser *escorts*, saben a qué vienen, pero las bandas las reclutan con una deuda, diciéndoles: “Nosotros les vamos a pagar el pasaje aéreo desde Colombia a México. Van a tener la residencia, van a tener los papeles legales para que trabajen, van a tener un lugar digno y muy adecuado con su comida”, y les pintan un sueño mexicano que no existe. Cuando llegan acá les quitan los papeles, las amenazan, están en lugares y en casas de lenocinio donde están cuidadas por escoltas, armas de alto calibre, son humilladas, esclavizadas, no les pagan jamás lo que les prometen, son maltratadas, les quitan sus documentos [...] (Parada, citado en *Semana*, 2021, 4 de octubre).

Así, cientos de mujeres llegan a México desde Sudamérica esperando acceder a una vida de lujos, pasarelas, éxito, trabajo en televisión, popularidad, dinero a manos llenas. El sueño se torna pesadilla cuando están encerradas en casas de seguridad, rodeadas de otras mujeres que, como ellas, creyeron en aquel sueño mexicano. Su belleza es puesta al servicio de la maquinaria económico-sexual; ellas mismas se convierten en la máquina. Las

enganchan a las drogas duras: cocaína y metanfetamina, la también llamada “droga del amor”. Y entonces deben adaptarse para sobrevivir, deben aprender a no sentir, a simular que disfrutan estar corporalmente con cientos de clientes que suelen ser “políticos, pero también integrantes de los grupos criminales y de narcomenudeo que operan en la zona de Tepito”, y de todo tipo (Testimonio de ex escort Sol citada en Ramírez, 2018, 13 de junio).

Y luego, cuando ya no sirven, cuando se resisten a trabajar para ellos a pesar de haber saldado su deuda, cuando dejan de ser las novias de los sicarios, o cuando simplemente les da la gana a estos, en medio de un *pasón* de coca o de rabia, las matan. Al final de cuentas son mujeres desarraigadas de sus núcleos familiares, que no pueden acudir a las autoridades mexicanas por miedo a ser detenidas o deportadas hacia el otro sueño, el *sueño latinoamericano*. Desaparecen, muchas veces nadie reclama sus cuerpos. Terminan en la fosa común o en algún páramo de este sueño mexicano tapizado de cadáveres y desaparecidos:

Seis de cada diez trabajadoras sexuales venezolanas asesinadas en el exterior desde 2012 estaban en México. En ese país se trata con frecuencia de chicas atractivas que trabajan como damas de compañía de alto nivel o mesoneras de sitios nocturnos, negocios manejados directamente por el crimen organizado. Son muchas las pistas que conducen al Cártel Jalisco Nueva Generación en la cúspide de este comercio de personas, con complicidad de otros como Los Cuinis y [La Unión] Tepito. A menudo la mercancía humana pasa a ser propiedad de capos y sicarios, con quienes conocen el infierno de los femicidios (Arana, 2019, 12 de mayo).

Para el caso de la Ciudad de México, una revisión hemerográfica permitió establecer que, entre 2015 y 2019 hubo al menos 10 asesinatos de *escorts* y modelos, casi todas asociadas a Zona Divas y La Unión Tepito, tal como se muestra en el siguiente cuadro.

Cuadro 1. *Escorts y modelos asesinadas en el periodo 2015 a 2019 en la Ciudad de México*

Núm.	Nombre	Edad	Nacionalidad	Fecha	Lugar donde se encontró	Portal
1	Mile Virgina Martín	31 años	Colombiana	31 de julio de 2015	Departamento en la Narvarte, Ciudad de México	Zona Divas
2	Yesenia Quiroz	18 años	Mexicana	31 de julio de 2015	Departamento en la Narvarte, Ciudad de México	Zona Divas
3	Stephanie Magón	23 años	Colombiana	30 de julio de 2016	Calle en la colonia Nápoles, Ciudad de México	Sin dato
4	Wendy Vaneska	Menor de 30	Venezolana	4 de febrero de 2017	Hotel Príncipe, colonia Escandón, Miguel Hidalgo	Zona Divas
5	Katya	Menor de 30	Mexicana	13 de abril de 2017	Hotel Estadio, colonia Roma, Cuauhtémoc	Sin dato
6	Génesis	Menor de 30	Venezolana	17 de noviembre de 2017	Hotel, colonia Felipe Ángeles, Venustiano Carranza	Zona Divas
7	Karen Ailen	Sin dato	Argentina	28 de diciembre de 2017	Hotel y Villas Pasadena, Avenida Revolución, Benito Juárez	Zona Divas
8	Kenni Finol	26 años	Venezolana	25 de febrero de 2018	Calle en Ecatepec, Estado de México	Zona Divas
9	Fatimih Dávila	31 años	Uruguay	2 de mayo de 2019	Habitación de un hotel ubicado en la calle de Altadena, colonia Nápoles, en la alcaldía Benito Juárez	Sin dato
10	Laura Cristina	31 años	Colombiana	20 de agosto de 2019	Complejo Grand Tower, en la colonia Ampliación Granada, alcaldía Miguel Hidalgo.	Zona Divas

Fuente: elaboración propia con datos hemerográficos.

Mile Virgina Martín, Yesenia Quiroz y el multihomicidio de la Narvarte

A principios de agosto de 2015 una noticia periodística informaba que al interior de un departamento ubicado en la colonia Narvarte, se habían encontrado cinco cuerpos con evidentes signos de tortura. El caso desde el principio cobró revuelo mediático debido a los personajes involucrados. Dos de estas personas eran el fotoperiodista Rubén Espinosa y Nadia Vera, antropóloga social y activista mexicana. Ambos habían huido de Veracruz luego de que, tiempo atrás, recibieran amenazas por parte del gobierno encabezado por Javier Duarte (hoy en prisión) en aquella entidad federativa. Las otras tres personas eran Mile Virgina Martín, de 31 años y nacionalidad colombiana; Yesenia Quiroz, mexicana de 18

años, y Alejandra Negrete, quien al parecer se encargaba de la limpieza en el domicilio. Todos los cuerpos presentaban signos de tortura y un tiro de gracia en la cabeza. Mile Virginia Martín y Yesenia Quiroz eran *escorts* y solían promocionarse en Zona Divas.

La noche del 31 de julio, acompañaban al grupo tres hombres más: Daniel Pacheco, Omar “N” y Abraham “N”. El primero de estos declararía después de su detención que habían ido al departamento para tener relaciones sexuales con las mujeres que ahí vivían (Mile y Yesenia), y que él acudió por invitación expresa de Abraham quien, dijo, era pareja de la colombiana Mile Virginia Martín o “Nicole”, como solía anunciarse. Afirmó también que “Abraham, Omar, la colombiana y el sujeto de barba [Rubén Espinosa] y la femenina que estaban con él [Nadia Vera], estuvieron consumiendo cocaína” (*El Universal*, 2015, 20 de agosto). Según su declaración, en algún momento Daniel abandona el departamento y camina hacia la calle; allí espera a los otros dos hombres quienes, tiempo después, salen del conjunto residencial en dos automóviles, uno de estos era un flamante Mustang rojo propiedad de la *escort* colombiana:

Un mechón de 20 centímetros de su cabello le fue arrancado mientras los asesinos le apagaban colillas de cigarrillo en su cuerpo, la maniataban con cinta industrial, abusaban de ella y la empalaban, han narrado medios locales, como *El Universal*. Según su autopsia, luego de morir estrangulada y con la ropa interior en su boca, recibió un disparo con una pistola 9 milímetros (*El Tiempo*, 2015, 15 de agosto).

A la mañana siguiente, supuestamente, Daniel se enteraría a través de los medios de comunicación del *multihomicidio de la Narvarte*. Daniel Pacheco contaba con antecedentes penales “por robo y violación” (*El Tiempo*, 2015, 15 de agosto).

Imagen 14. Mile Virginia Martín o “Nicole” en su Mustang rojo



Fuente: (*El Tiempo*, 2015, 15 de agosto).

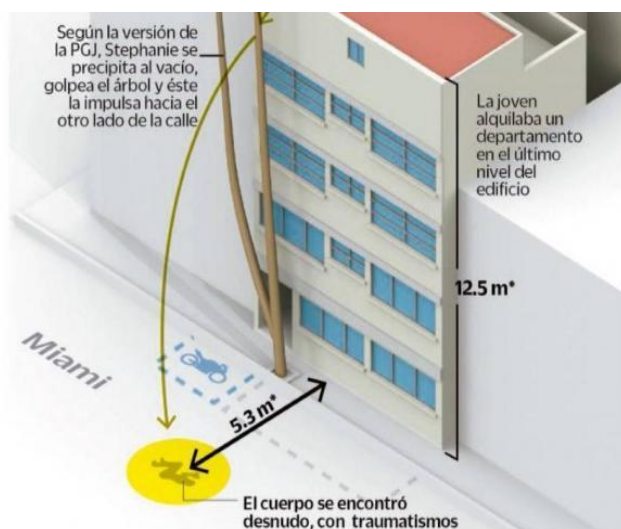
Stephanie Magón, caída del sueño

Cuando la encontraron yaciendo sobre el asfalto, frente al departamento que alquilaba, “su mandíbula estaba desencajada y el cuerpo fue encontrado con traumatismo craneoencefálico [...] con signos de tortura, haciendo sospechar que quizá pudo ser víctima de un ataque violento” (Bohórquez, 2020, 19 de diciembre). Tenía 23 años, era modelo. Llegó a México procedente de Cali, Colombia, a principios de 2016 para triunfar en el mundo de las pasarelas.

En un inicio las autoridades mexicanas sugirieron que se trató de un suicidio, que Stephanie Magón tenía rastros de metanfetamina en el cuerpo y que eso tuvo influencia en el supuesto suicidio; sin embargo, la distancia a la que encontraron el cuerpo, así como los signos de extrema violencia, hacen cuestionar la tesis oficial.

La noche antes de su muerte, había celebrado una reunión en su casa después de asistir a un club nocturno de la ciudad. Meses atrás, muy cerca de ahí, en el World Trade Center, la policía había encontrado “a 10 venezolanas, 7 colombianas y una paraguaya que, al parecer, habrían sido víctimas de una red de trata de personas para comercio sexual” (Bohórquez, 2020, 19 de diciembre). Stephanie Magón tenía esposo y un hijo pequeño en Colombia. Hasta la fecha no se ha esclarecido su caso.

Imagen 15. Edificio del que caería Stephanie Magón



Fuente: (Bohórquez, 2020, 19 de diciembre)

Wendy Vaneska y Génesis

Wendy Vaneska fue asesinada el 4 de febrero de 2017 por Daniel “N”, integrante de La Unión Tepito. Al día siguiente del servicio, empleados del Hotel Príncipe en la colonia Escandón, la encontraron muerta. Nadie reclamó su cuerpo.

El asesinato de la venezolana precedería al de su compatriota Génesis, a quien el mismo hombre “agredió físicamente, la amarró, lesionó con un arma punzocortante y la asfixió”; esto ocurrió el 17 de noviembre de 2017 en un hotel de la colonia Felipe Ángeles, alcaldía Venustiano Carranza. Ambas mujeres eran menores de 30 años y se anunciaban en Zona Divas (Ahedo, 2019, 12 de abril).

Sobre el asesinato de Génesis, comenta una *ex escort*:

Con ella trabajé muchas veces con clientes en común, nos contactaban para ir al hotel Aranjuez, en Tlalpan. Tuvimos una relación de amigas, vivimos mucho tiempo en un edificio en la calle de Liverpool, en la Zona Rosa. Su muerte me dolió mucho, fue una cubetada de agua fría; en este negocio es muy difícil encontrar amigas, ella fue más que eso. Vi las fotos de su cadáver, se pasaron de cabrones (Testimonio de *ex escort* Sol, 25 años, citada en Ramírez, 2018, 13 de junio).

Imagen 16. Hotel Príncipe, lugar donde asesinaron a Wendy Vaneska



Fuente: (*El Universal*, 2018, 28 de febrero)

Katya, el retorno al mundo escort

A Katya la encontraron muerta en el Hotel Estadio de la colonia Roma, alcaldía Cuauhtémoc. Era mexicana y tenía menos de 30 años. De ella no hay demasiados datos. Una fuente relata que “Se dedicó al acompañamiento de hombres durante algunos años, trató de retirarse y tener un horario ‘godín’ en una oficina de *call center*, pero no le alcanzaba para mantener a su familia. Entonces regresó a ser ‘escort’” (*El Universal*, 2018, 28 de febrero).

El pasaje anterior es interesante porque justamente expresa la precarización del trabajo, como sucede, por ejemplo, con los *call centers* que han ido ganando terreno como opciones laborales de miles de jóvenes en la capital mexicana (Montiel *et al*, 2021). Líneas arriba se señaló que, mientras los empleos ofertados por el mercado laboral sean precarios, las grandes grietas estructurales seguirían siendo abarcadas por otro tipo de trabajos relacionados, en mayor o menor medida, con la ilegalidad y criminalidad, en los cuales los individuos aspiran a tener una mejor calidad de vida, en términos materiales, a costa de jugarse la vida, tal y como ocurrió con la joven Katya.

Karen Ailen y Kenni Finol, “La Muñequita de Vitrina”

El asesinato de la argentina Karen Ailen fue bastante mediático. Como a otras *escorts*, la encontraron muerta en un hotel, en este caso en el famoso entre el mundo *escort*, Villas Pasadena, el 28 de diciembre de 2017. Se adjudica su homicidio a “El Brayan” (también apodado “El Pozole”), integrante de La Unión Tepito. Cuando la encontraron tenía “una herida de bala en la cabeza” y cortes en el cuerpo (Flores, 2018, 20 de marzo; *El Universal*, 2018, 28 de febrero).

La historia de Karen Ailen se entrecruza con la de Kenni Finol, mujer con la que había tenido problemas. A decir de la propia Kenni Finol, Karen Ailen era amiga de la novia de “El Brayan”; las dos mujeres solían vigilarla para que no anunciara sus servicios en internet porque el hombre en cuestión la quería fuera del negocio.

En 2018, Kenni Finol, de origen venezolana y a quien llamaban “La Muñequita de Vitrina”, por “sus ojos verdes y sus delicadas facciones”, fue asesinada brutalmente por este miembro de La Unión Tepito, quien fue detenido por la policía en 2019.

Sus posibilidades económicas eran limitadas; dejó sus estudios universitarios en comunicación social y la necesidad la llevó a emigrar de un barrio de Maracaibo, Venezuela, a la Ciudad de México [...]. En 2015 llegó a México y comenzó a anunciarse en la página zonadivas.com; se convirtió en escort. Se puso implantes de seno y en fotos mostraba su cuerpo (*El Universal*, 2022, 20 de enero).

Cuando Kenni ya había terminado la relación, él le ordenó que dejara el sexoservicio o que se fuera del país; de lo contrario la mataría:

El Pozoles hizo que su nueva novia, y una de las amigas de ésta, Karen Ailen, vigilara los pasos de la joven venezolana [Kenni]. “Ellas se mantienen pendientes de si yo me publico, para decírselo al tipo, porque el tipo está saliendo con la rubia y cualquier cosa, el tipo viene y me azota” (Testimonio de Kenni M. Finol, citado en Flores, 2018, 20 de marzo).

Previó a su asesinato, Kenni grabó un video que compartió en redes sociales en el que se le mira brutalmente golpeada. En el video le pide a su agresor que le dé tiempo de recuperarse para después marcharse del país como él le exigía. Sus heridas sanaron, se dio de baja del portal Zona Divas y, un mes después de aquella paliza, asistió a un concierto de música electrónica. Al día siguiente “La hallaron tirada en una calle, frente a una escuela. Su cuerpo presentaba golpes y signos de tortura. Le echaron ácido a su rostro. Le cubrieron la cabeza con una bolsa plástica y cinta adhesiva” (*El Universal*, 2022, 20 de enero).

Los conocidos de Kenni en Venezuela narraron que “[...] había crecido en un barrio marcado por la pobreza y la delincuencia. A ella le gustaban ‘los malandros, los raterillos’, pero los sicarios no, esos le daban miedo” (Flores, 2018, 20 de marzo).

Imagen 17. Génesis, Kenni y Karen, escorts asesinadas en la Ciudad de México 2017-2018



Fuente: (*El Universal*, 2018, 28 de febrero)

Fatimih Dávila, la Miss Uruguay

De nacionalidad uruguaya, Fatimih Dávila llegó a la ciudad de México a la edad de 31 años para trabajar como modelo. A los diez días de su estadía en la ciudad, la mataron. El 2 de mayo de 2019 la ex reina de belleza, o Miss Uruguay, “fue encontrada suspendida del cuello, en el cuarto de baño de una de las habitaciones” de un hotel ubicado en la calle de Altadena, colonia Nápoles de la alcaldía Benito Juárez (*El Universal*, 2019, 21 de agosto).

Laura Cristina

Laura Cristina llevaba dos años viviendo en México al momento de su muerte; tenía 31 años y era colombiana. Una empleada doméstica del complejo residencia Grand Tower, en la alcaldía Miguel Hidalgo, la encontró al interior del departamento “tirada en el piso, inconsciente, con sangrado en la cabeza” (*El Universal*, 2019, 21 de agosto). Esto ocurrió el 20 de agosto de 2019. Se desconoce si se trató de un asesinato a manos de un novio, algún cliente o a cargo de un grupo delincuencia.

Capítulo 5. Lo escort como acto performativo

Ejecutar performances, resguardar la subjetividad

[...] alzó la mirada y me soltó: *¿Ha pensado en las putas? [...]*
Bueno, ahora las llaman escorts, pero viene a ser lo mismo [...]
algunas no están mal, ya sabe. En fin, hay que ser honesto, son la
excepción, la mayoría son cajeros automáticos en estado puro,
además se sienten obligadas al teatro de fingir deseo, placer y
amor y lo que haga falta, pueden engañar a gente muy joven y
muy estúpida, pero no a la gente como nosotros [...]. En resumen,
en nuestro caso para lo único que sirve es para aumentar la
desesperación. Pero se coge, lo cual no es poco, y mejor si
puedes coger con chicas que lo hacen bien, en fin, supongo que
ya lo sabe. [...] *No hace falta que diga que llama de mi parte.*
Bueno, sí, mire, quizá sea mejor decirlo, son chicas que
desconfían, hay que entenderlas, no tienen un oficio fácil

Emmanuel Carrère, *Una novela rusa*, p. 155.

Convertirse en *escort* implica desplegar un *performance*, una actuación y teatralización donde el cuerpo adquiere un papel central. En este acto performativo, el sujeto debe crear un *personaje* con su propio nombre, máscara (personalidad), movimientos, expresiones; ataviarlo con sensuales atuendos y toda una serie de atributos que le permitan, por un lado, desempeñar el papel asignado por los imperativos culturales dominantes (económicos, sociales, de género), por ejemplo, de extrema sensualidad, belleza e hipersexualización expresada en su imagen pornográfica, que le aseguren complacer el deseo y las urgentes exigencias de cientos de clientes; así como seducir e inquietar a aquellos que están ahí, en algún lugar, en calidad de *potenciales* y que, quizás, tarde o temprano, sucumban a sus encantos tras el permanente bombardeo mediático de imágenes y fantasmagorías de lo sexual. Por otro lado, y esto es de vital importancia, encarnar o *incorporar* dicho personaje a partir de su *performance*, ayuda a mantener para sí el resguardo (parcial y momentáneo) de su propia intimidad y subjetividad.

Esta actuación performativa no quiere decir que lo experienciado en y por sus cuerpos sea falso, fútil, inocuo e irreal. Todo lo contrario. Las experiencias vividas son radicales, al límite; porque en cada encuentro, literalmente, se juegan la vida; en cada relación sexual pierden algo de sí, estando cada día más cerca de ser devoradas por aquel personaje. Se trata de experiencias donde *van quedando* despersonalizadas, a partir de los procesos de des-subjetivación vivenciados en sus tensos cuerpos, psiques y almas.

Las analogías de *performance*, *teatralidad*, *actuación*, *personaje*, *máscara social*... de las que aquí nos servimos, no son nuevas. Tienen tras de sí una relativamente larga tradición dentro de las ciencias sociales en general. Esto está directamente relacionado con el llamado *giro lingüístico* y los cambios acaecidos desde el año real y simbólico de 1968, momento histórico en el cual se cuestionará absolutamente todo: el orden social, económico, cultural, genérico... En ese contexto, en el seno de las ciencias sociales se empiezan también a interrogar las *clásicas* formas de hacer ciencia (incluso se discute si las ciencias sociales son en verdad ciencias o disciplinas), los métodos y categorías usadas. Como recuerda Clifford Geertz (2008), los conceptos clásicos de *estructura y organismo social*, *función*, *máquina*, *equilibrio*, y otros tantos que fueron retomados de las ciencias naturales y biológicas, comienzan a perder terreno luego de que los científicos sociales voltearan a ver y reconsiderar a las otrora desdeñadas artes y humanidades.⁴³ Para entonces, se importan a las disciplinas nuevas analogías que servirán ya no para buscar y explicar las *leyes y funcionamientos sociales*, sino para *interpretar* y registrar el caos y complejidad de la realidad social (Morin, 2001); se usarán así las nociones de *drama social*, *conflicto*, *teatralidad*, *performance* (Turner, 2002; Taylor, 2011); *máscara*, *juego* (Goffman, 2012; Caillois, 1997; Huizinga, 2007 [1954]); *actores sociales*, *interpretación de interpretaciones* (Geertz, 1983), y otras referencias tales como *complejos* –de Edipo– (Freud; aunque en este caso, sus analogías se remontan a años más lejanos del contexto aquí referido)⁴⁴ que nos

⁴³ “El campo de los estudios del performance, producto de los cuestionamientos que convulsionaron a la academia a fines de los sesenta, buscó trascender las separaciones disciplinarias entre antropología, teatro, lingüística, sociología y artes visuales, enfocándose en el estudio del comportamiento humano, prácticas corporales, actos, rituales, juegos y enunciaciones” (Taylor, 2011: 13).

⁴⁴ En ese sentido, el movimiento del pensamiento freudiano es sumamente valioso porque, además de adelantarse a las perspectivas post 1968, en él es posible apreciar claramente el proceso de usar el lenguaje duro de las ciencias naturales de la época (*dinámica*) expresado en sus primeros escritos, y el viraje hacia otro tipo de conceptos y analogías (*complejos*) a partir de la gran influencia que el teatro y la literatura (sobre todo por

sitúan ahora más en los terrenos del “teatro” o la dramaturgia que de los “organismos” entendidos como un todo autorregulado y un sistema estructural (Kroeber, 2007 [1952]; Radcliffe-Brown, 2007 [1952]).

Este texto tiene la influencia de estos autores en mayor o menor medida, sin por ello dejar de mencionar las clásicas (y potentes) concepciones (estructura social; determinantes, máquina...), lo cual sería casi imposible, porque su autoridad ha sido tan extendida que se encuentra presente en el argot de las disciplinas sociales inevitablemente. Dichos conceptos y analogías para explicar la realidad resultan, por un lado, sumamente ricos en tanto no son conceptos rígidos e inamovibles; todo lo contrario, apuestan por la plasticidad y polisemia:

Traducido de manera simple, pero ambigua a la vez como *performance* o la *performance* [...], el término está empezando a ser usado para hablar de dramas sociales y prácticas corporales. [...] Lucía A. Golluscio entiende *performance* como ejecución o actuación. [...] Para otros, los *performances* también surgen de la vida cotidiana, iluminando sistemas sociales normativos y a veces represivos (por ejemplo, la noción de género sexual) [...] (Taylor, 2011: 7 y 10).

Por otro lado, reconocer que lo anterior representa su fortaleza en tanto categorías interpretativas y, al mismo tiempo, quizás cierta “debilidad” por su ubicuidad. Al respecto, Geertz (2008) y Reynoso (2008) argumentan que el movimiento resumido líneas arriba ha desembocado en terrenos fértiles para el pensamiento y la *imaginación antropológica*, pero así mismo en mescolanzas calificadas negativamente como “posmodernas”, caracterizadas por no poseer demasiado rigor científico (algo que, en contraparte, debe siempre reconocerse a los clásicos de las ciencias sociales).

Al servirnos de estas “herramientas” o analogías para reflexionar sobre el problema de estudio en cuestión, es factible ampliar la producción de sentidos debido a esa plasticidad y polisemia que *apertura* (debates, preguntas, reflexiones, intuiciones...) más que *clausura* (respuestas definitivas y absolutas, totalizantes, posicionamientos –políticos e ideológicos– inquisitoriales...).

su afición y estudio de los Románticos alemanes y el retorno a los clásicos griegos) tuvieron en su pensamiento y vida.

Aclarado lo anterior, y a riesgo de ser esquemáticos y “lineales”, se propone considerar la carrera *escort* como un proceso performativo (*en el caso de las mujeres que lo ejercen de forma voluntaria*), bajo las siguientes coordenadas que, aunque aquí podrían lucir estáticas y jerárquicas, pretenden ser dinámicas y entendidas a partir de su relación con las historias y experiencias de vida; buscando también los nexos entre los aspectos generalizables, comunes, y las singularidades (un verdadero problema en sí mismo). Y reiterar que la carrera *escort* no es lineal. Es muy probable que quien trabaja como *escort*, previa o paralelamente, ha trabajado en otras facetas relacionadas al mundo de la prostitución en general y a la industria del entretenimiento: fichera, *stripper* o bailarina exótica, en *spa's* como “masajistas”, edecanes o modelos, actrices de shows televisivos, prostituta en casa de citas bajo un padrote o madrota, y/o también en trabajos formales que nada tienen que ver con la industria del sexo.

En términos generales, este proceso performativo tendría los siguientes momentos cruciales:

- 1) ***Toma de decisión:*** por causas diversas, desde pobreza o limitaciones materiales, hasta ambición, necesidad de amor familiar, adicción al sexo y a experiencias límites o extremas.
- 2) ***Iniciación en el mundo escort, adaptación y normalización del desagrado:*** abarca las primeras experiencias, frecuentemente de carácter traumático; se trata de un momento clave donde las iniciadas del mundo *escort* experimentan sentimientos y sensaciones de miedo, suciedad, vejación, infravaloración, vergüenza, asco... Paulatinamente, tendrá lugar un proceso de desvanecimiento de aquellos primeros sentimientos al transcurrir más experiencias. Es un momento de habituación.
- 3) ***La creación del personaje:*** se despliegan una transfiguración y creación del personaje, protección subjetiva, estrategias de sobrevivencia e “insensibilización”.
- 4) ***El disfrute generalizado:*** momentos de diversión, emociones y sensaciones placenteras en general, dinero y glamur; en este largo momento se alcanzan los umbrales más elevados de belleza y vitalidad física; suele haber modificaciones corporales importantes para atraer mayores clientes.

- 5) ***Crisis corporal y costo subjetivo***: momentos de agotamiento físico y subjetivo; se intensifican la desvalorización del yo, los sentimientos de “asco”, “impureza”, “rechazo a los clientes”, “odio”, “vaciamiento”, “máquina sexual”.
- 6) ***Decadencia, retiro y... retorno***: disminución y dificultad para encontrar clientes, pérdida de ingresos económicos, cansancio y agotamiento extremos (*Burnout sexual*), momentos “finales” de la carrera de *escort*. En varios casos, puede haber un retorno al trabajo sexual por diversas razones: desempleo, precariedad laboral, ahorros económicos insuficientes, amores y negocios fallidos...

Interpretar lo *escort* como un proceso performativo permite considerar el problema en su carácter *diacrónico* y no sólo en sus cortes o momentos *sincrónicos*. Lo anterior es relevante entre otras cosas porque si, como investigadores (o activistas según sea el caso) sólo hacemos eco, por ejemplo, de los aspectos enmarcados en el punto 4 (llamado aquí *disfrute generalizado*), podría pensarse, y aseverarse, que lo *escort* es algo meramente glamuroso, excitante, divertido, etcétera; o viceversa, si únicamente nos enfocamos en los puntos 5 (*crisis corporal y costo subjetivo*) y 6 (*decadencia, retiro y retorno*), las generalizaciones tenderían a rechazar y condenar todo lo relacionado con el fenómeno *escort*, en razón de que los momentos más crudos se expresan en estas coordenadas.

Intentar vislumbrar el conjunto de los diversos momentos de la carrera *escort* quizás ayude a comprender a mayor cabalidad el fenómeno, sus contradicciones inherentes, los puntos de tensión y conflicto; además de los aspectos lúdicos y placenteros que también tienen lugar, aunque en las perspectivas abolicionistas esta posibilidad resulte impensable. Esto es crucial porque muchas veces, al escuchar estos tipos de historias y experiencias de vida, uno termina sumamente confundido y contrariado: “¿Por qué esta mujer primero dijo que le gusta su trabajo y más adelante que lo odia?”, “¿por qué dice que se trata de un trabajo como cualquiera y que a todo se acostumbra el ser humano, y luego que está ‘vacía por dentro’?”, y otras interrogantes que surgen al encarar los vericuetos de la investigación. La clave entonces estaría en reconocer que, en tanto seres humanos, las contradicciones, los claroscuros y sinsentidos, son parte inherente de las siempre complejas vidas de las personas (Morin, 2001), además de las “incoherencias” lógicas de los discursos, las confusiones y variaciones de fechas, edades, lugares, tiempo ejerciendo el trabajo sexual, etcétera.

Ciertamente podrían ubicarse otros puntos o momentos claves y subcapas entre cada una de estas coordenadas; aquí proponemos esta síntesis en relación al material etnográfico y testimonial con el que se trabajó. Asimismo, tal vez existan casos en los que en la carrera o proceso performativo no se cumplan con todos los puntos aquí expuestos; las razones: mujeres que entraron al mundo *escort* sólo para ganar cierta cantidad de dinero y bienes materiales que les permitieron alcanzar otras metas (terminar una carrera profesional, montar un negocio o empresa propia, etc.); quienes simplemente probaron y después decidieron que ese trabajo simplemente no era lo suyo; o existen también las que encuentran una pareja sentimental con la cual forjan otro camino; o quienes terminan asesinadas cuando las cosas parecían marchar viento en popa, como se expuso en el Capítulo 4 de este texto.

Este proceso performativo acaso debiera interpretarse como una *aventura*; la aventura a la que se arrojan –o son arrojadas– aquellas (*anti*)*heroínas*. Las metáforas de *aventura* y *heroicidad* (y en buena medida el *esquema procesual*) se retoman de Joseph Campbell, quien a su vez las usara en su obra *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito*, para analizar la figura del héroe en las mitologías universales. De acuerdo al sugerente planteamiento de este autor, el viaje del héroe estará marcado por ciertas etapas cruciales y dificultades que deberá sortear, para cumplir a cabalidad su misión. El proceso no se trata de una aventura necesariamente con un desenlace “feliz”. Con frecuencia ocurre que los héroes fracasan en el cumplimiento de su misión y propósitos; incluso, no pocos de ellos perecen en el intento. Quienes consiguen librar aquellos imponderables de la vida, retornan al lugar inicial llevando consigo la llama sagrada o la verdad; sin embargo, vuelven a su pueblo y morada transfigurados: ya no son, para nada, los mismos que fueron cuando partieron. Y qué decir de la tremenda aventura, llena de bestias e infiernos, a la que se embarcan las mujeres cuando deciden ejercer el trabajo sexual:

Era como agarrarse a una misión trascendental que diera sentido a mi situación y me ayudara a no perderme, a no agotarme, pues me recordaba que mi destino era dejar la prostitución algún día. Me convertiría en una heroína de mi propia historia, y esa heroicidad sería un bien para los demás. [...] Empecé a visualizarme como las figuras míticas que viajan a los infiernos y logran regresar. [...]. Soy como Inanna saliendo del infierno. No voy a compararme con Orfeo porque él entró en los infiernos por amor. Pero sí con Inanna. Sé que su mito es complicado y que en realidad no se parece

mucho a mi vida, pero durante un tiempo existieron prostitutas consagradas a esta diosa, lo cual la acerca al tema. Inanna descendió a los infiernos para enfrentarse a su hermana sombría, murió allí, y después resucitó. Eso es lo que me vale del mito. Eso sí lo he vivido (De León, 2012: 41-42).

Aquí nos valemos de dichas metáforas y analogías, sin embargo, para nada quiere decir que las *escorts* sean heroínas, al menos no en el sentido *liberador* que Campbell otorga a los héroes mitológicos. Otro concepto en entredicho es el de *agencia*, tan en boga desde algunos marcos teóricos y militantes. Es verdad que, como se ha expresado en reiteradas ocasiones, las *escorts* no son simples víctimas inertes o pasivas de sus circunstancias; tampoco controlan a voluntad todo lo que acontece en sus vidas –esa es una falsa idea, por cierto, bastante común en la actualidad, a partir de las modas ideológicas relacionadas al *coaching*, el *voluntarismo* (que no la voluntad en sí misma), el *mentalismo*, o el “*piensapositivismo*”, entre otras charlatanerías–, lo cual sería negar los determinantes económicos, culturales e históricos. Sin embargo, aunque la llamada *capacidad de agencia* es sumamente atrayente, debe ser cuestionada al menos en lo que atañe al fenómeno del mundo *escort* de carácter voluntario, porque remite a una acción gloriosa, que se traduce en “*términos de heroísmo, logro o victoria*” (Rivera-Garza, 2022: 283). ¿Y qué mejor que pensar en las *víctimas* quienes, al final de la historia, logran *liberarse y empoderarse*? No obstante, el sobrevivir, llegar a la meta (cual sea), implica un gran precio a pagar, donde como se dice coloquialmente: hasta ganando se termina perdiendo.

Por eso parece más pertinente interpretar a las *escorts* en términos de *antiheroínas* que no pretenden ser salvadas ni redimidas, quienes, a pesar de moverse también en los círculos socialmente aceptados y altamente valorados, no buscan congraciarse o equipararse con los personajes principales de las “verdaderas” historias (sean estas las *mujeres decentes* o las *revolucionarias empedernidas*); son aquellas las que, desde su oscuridad y marginalidad resplandeciente, ataviadas con brillantes atuendos y sensualidad desmedida, aprovechan lo único que el sistema puede brindarles: dinero a raudales y fugacidad; las que también, irremediablemente, caen en la trampa de su propio personaje; son las mujeres seguras de sí mismas que caminan con altivez y, al mismo tiempo, las que de a poco, o de golpe, se van *vaciando*; las que a partir de las cansadas, impostadas y repetitivas maniobras erótico-fricciones, terminan por sentirse y percibirse como frías *máquinas sexuales*; son las

maestras del engaño y las que no se pueden engañar a sí mismas; son las *escorts*, las damas que acompañan aunque terminen solas, las poseedoras de esa deliciosa “personalidad canallesca y a la vez seductora” (Serna, 2022: 21); quienes quedan atrapadas en el “disfraz del sueño erótico [o pornográfico]” de la subjetividad contemporánea (Fuentes en Cortázar, 2019: L).

1) Cruzar los límites: la toma de decisión, las razones para trabajar como escort

...su auténtica elegancia, su grado de cultura limitado pero suficiente podían convertirla en una verdadera escort, una mujer a la que llevarías tranquilamente a una comida y hasta a un importante almuerzo de negocios, por no hablar de sus funciones artísticas, fuente de conversaciones apreciables, pues en los ambientes empresariales son muy aficionados a las conversaciones artísticas... Había frecuentado a muchas [...] y ella carecía de la cualidad esencial de ese maravilloso oficio: la generosidad. Una puta no elige a sus clientes, ese es el principio, el axioma, proporciona placer a todos sin distinción, es la vía por la que llega a la grandeza.

Michel Houellebecq, *Serotonina*, p.56.

La prostitución es un ejercicio; también es una palabra, un concepto que genera incomodidad, tensión y, a las personas más sensibles, aversión. Y si la prostitución representa algo sumamente conflictivo, la noción de *trabajo sexual* no resuelve lo anterior. Por el contrario, profundiza y complejiza estas aristas al introducir la relación de lo sexual con el trabajo. En nuestra sociedad las palabras: *prostituta*, *puta*, *escort*, tienen múltiples connotaciones peyorativas; socialmente son juzgadas de forma negativa, porque “la sociedad tiene que estar protegida [...] de malas mujeres, de hetairas sin dignidad [...]” (Mora, 1972: 139). Y ocurre que en estos enjuiciamientos poco figuran los otros actores que en conjunto esbozarían el cuadro general de la prostitución: clientes, empresarios, hoteleros, (ciber)padrotes, autoridades gubernamentales, policías, plataformas de comunicación... Por eso, cuando una mujer decide ejercer el trabajo sexual, está cruzando los límites establecidos, se convierte en un ser que será señalado, sobre el que se colocarán estigmas sociales, mismos que reconfigurarán su identidad (Goffman, 2006). En sus cuerpos y psiques se interiorizará la vergüenza.

[...] prostitución equivale a sombra. Es algo que se vive en la sombra, y desde la sombra, y para la sombra. Es el otro lado del espejo de una sociedad que se mira y se cree que es el no va más, aunque está podrida en sus raíces. [...] al mundo de la prostitución va a parar toda la porquería psíquica que la sociedad no quiere ni ver, ni dejar que se manifieste libremente, en su rostro visible. Entonces, envía todo eso a un cuarto trasero, a un lienzo que sí va a absorber esa sucia realidad y a manifestar su aspecto monstruoso. Eso es el mundo de las putas. El mundo puteril deja vivir las sombras sociales e individuales en su seno. Las absorbe, las alimenta, y aquello se convierte en... un infierno. Eso sí, desde fuera es tan glamouroso... Todas las diablesas, cómo no, pintadas y sexys como diosas (de revista porno, claro), y todos los diablos... Ah, esos son feos y peludos, oliendo mal y aliviándose sin recato. Porque los diablos ¿quiénes son, sino los clientes? Y claro, van al infierno a descansar, a distenderse, a relajarse, a hacer lo que el otro mundo, tan asfixiante para sus apetencias, no les permite realizar. El mundo puteril es un infierno que se viste de manera sexy para ayudar a los pobres diablos a soportar la vida en el mundo. Así es la cosa. De paso, las diablesas se llevan un buen puñado de oro, y todos tan contentos. Por lo menos en principio” (De León, 2012: 18).

Para lograr salir adelante, deberán fabricarse una coraza subjetiva que las resguarde; su actuar frente al mundo será contestatario. Se afianzarán desde ese resquicio al que fueron proscritas. Sin embargo, al cruzar los límites, ya no habrá vuelta atrás:

[...] si hay algo peor que ser diablesa para acoger los eructos psíquicos de los diablos que andan por el mundo, es ser diablesa que intenta abrirse camino en el “otro mundo”, el mundo luminoso y aceptado por el resto de la sociedad. Siendo puta te has convertido en una cosa extraña que nadie reconoce, ya no encajas en ninguna parte (De León, 2012: 18).

Este cambio en su carácter y actuar quizás las vuelva cínicas e insumisas. Algunas tendrán el apoyo de sus familiares y seres cercanos, pero la gran mayoría serán marginadas, rechazadas, quedarán aisladas. Disponer de un núcleo de apoyo resulta fundamental para no caer, por ejemplo, en las redes de trata de personas.

[...] cuando me meto a Twitter [ahora X] dije “algo va a pasar”; porque obviamente tengo mi página con videos, se me ve la cara, ¡totalmente explícito! O sea, ni cómo ocultarlo. Las senté y les dije [a mis hijas]: “Quería hablar con ustedes” –la grande

era la que me daba mucho miedo. La otra es súper noble, pero pensé que la grande me iba a linchar—. “Pues resulta que soy *esto*. Me da muchísima pena, pero es la verdad. Me pueden decir lo que quieran”. Y la menor me dijo: “No te sientas avergonzada de nada. Al contrario, de verdad gracias. Porque si tuve zapatos, escuela y todo fue por ti. Gracias mamita. Ahora me doy cuenta de todo lo que has vivido, que no ha estado nada fácil”. Mi otra hija me dijo: “¡Tú eres muy valiosa! Nunca se te olvide que eres muy valiosa”, “Pero es que sus amigos...”, “Por eso ni te angusties. El día que uno de mis amigos se atreva a hablar de ti, ese día se termina la relación. Yo nunca me voy a avergonzar de ti”. Y no sabes, en ese momento fue como dejar mi piedra. No les doy santo y seña. Simplemente voy a trabajar y regreso; pero ya desde hace dos años ellas saben qué *show* (Entrevista a *escort* Lucía, 45 años).

Este apartado tiene por finalidad ahondar en las razones por las cuales las mujeres *escorts* deciden ejercer este tipo de actividad. El inicio de la carrera *escort*, en su modalidad voluntaria, parte de una toma de decisión por demás difícil. Para cuando esto sucede, en las vidas de estas mujeres habrán convergido diversas razones, mismas que pueden ser plenamente racionales, conscientes, o incluso pasionales e inconscientes. Sencillo es afirmar que estas mujeres únicamente son motivadas por la búsqueda incesante del dinero (“¿fácil?”) y otros satisfactores materiales. Y aunque siempre hay una buena dosis de esto, entre otras cosas porque lo *escort* expresa a la perfección los valores de la subjetividad de nuestro tiempo, basada en el dinero como medida de todas las cosas, así mismo es un hecho que existen otras razones (directas e indirectas) que influyen en esa toma de decisión *final* (que al mismo tiempo representa el *inicio* de la aventura y carrera *escort*): desde padecer pobreza en la infancia, desempleo y precariedad laboral en la vida adulta, el anhelo obsesivo por poseer riquezas a raudales, fama, vacíos emocionales, importantes tensiones familiares de larga data (“tuve muchos problemas con mi mamá [...] toda la vida. Haz de cuenta que a mi mamá lo que le frustró desde un principio fue, empezando, que no fui niño. Entonces ahí le jodí la vida, ¿no? Porque era la manera de retener a mi papá y que mi papá estuviera feliz de la vida”, *escort* Lucía); o hasta adicción a las actividades de alto riesgo (“¡Putá! A mí no me pongas un cabrón armado, porque ahí estoy... Me llama la atención toda esa pinche adrenalina, tristemente. Es atractivo, siempre me han gustado culeros, la neta [verdad]”, *escort* Lucía), sin dejar de mencionar la adicción al sexo, entre muchas razones a añadirse:

[...] yo pensaba: ¿Cuántas veces me vine? Me entraban remordimientos y rabia por no controlarme, pero eso lo tengo desde niña. Allá en mi barrio, por las noches, cuando mi madre vendía quesadillas, me iba con los niños a coger –uno, dos, tres, seis, y repetía; primero uno, luego otro y vuelta otra vez, y lo seguí haciendo hasta que me salieron los senos. Los senos, me gustaba que me los mamaran hasta que sangraran. [...] Me casé.] Pero yo nací así, y cuando él se iba al trabajo, me salía a caminar. Bastaba con que alguno me dijera cualquier palabra y en seguida me entraba el calor [...]; me iba con cualquiera. Hasta que él descubrió el engaño y rompimos. Por eso no vivo con nadie. Prefiero gozar con cualquiera, al fin eso es lo que me gusta (Prostituta Sonia citada en Mora, 1972: 109).

Mi historia trata sobre la ambigüedad moral. [...] Trata de la cantidad de mujeres que llevan una vida aparentemente normal y “buena”, y sin embargo... ¿Qué pasaba conmigo, pues? ¿Dónde estaba el truco? ¿Es posible decir simplemente que me hice puta porque me dio la gana, ya que en aquel tiempo no fui víctima de nada “suficientemente” destructivo como para incentivar mi comportamiento y mi afición, reconocida y confesa al principio, por ese modo de vida? [...] no encuentras modo de excusarte, de justificar tu adicción a la prostitución, aunque ya te empiezas a dar cuenta de que te puede pasar factura. Entonces te autoflagelas: “Soy un desastre. Tengo adicción a la intensidad, a las conductas de riesgo. No sé sentirme viva si no me la juego. No tengo fuerza de voluntad para perseverar en otras actitudes, otras búsquedas. Cualquier actividad rutinaria me aburre, me hastía” (De León, 2012: 82-83).

En relación a la adicción al sexo y el disfrute en el mundo *escort*, fue interesante descubrir en el foro de internet etnografiado cómo varias *escorts* abiertamente planteaban esta condición. En una de las publicaciones registradas, una *escort* de nombre Baireana manifestaba su preocupación tras padecer una severa insatisfacción sexual fuera del medio, en relaciones que ella define como “normales”. Su preocupación estribaba en no conseguir los anhelados orgasmos que únicamente le propiciaban los encuentros con los clientes, lo que entonces la obligaba a regresar al trabajo sexual. En su extensa narración, también se percibe cierta fascinación por revivir, una y otra vez, la fantasía de tener sexo por dinero, de desempeñar ese papel. El dinero vendría así a *llenar algo*; sin él, sólo queda un *vacío* donde no hay disfrute ni placer:

[...] ya es la tercera vez que me pasa que salgo con un hombre común, total y absolutamente fuera de este ambiente, y resulta que en la intimidad no siento NADA!!!!!!! Así tal cual como lo leen. Las dos primeras veces no presté mucha atención, pero ya con esta tercera vez ¡me preocupé!

[...] es rico estar con ustedes, los clientes, disfrutarlos y tener diferentes orgasmos. ¿Pero y luego? ¿Será que ya nunca más tendré orgasmos con hombres fuera del ambiente, con un novio o alguien que me guste? Cabe acotar que estos chicos que les comento me gustaban mucho, ya luego de lo sucedido obviamente perdí interés. ¿A ustedes les ha pasado algo igual? ¿Es normal? ¡Obviamente *al estar con alguien que no te pague una siente que le falta algo*, clarooooo, el pago! Jejeje ese quizás fue el detonante de una de esas tres veces, pero con los otros el detalle no fue por falta de dinero. El dinero estuvo, pero igual ni cosquillitas sentí jejejeje [...] orgasmos no me faltan, afortunadamente ustedes me los dan, pero esa parte me falta [...] no ha sido agradable para mí estar con personas que me gustan y tener que fingir porque ¡no siento nada! Y ellos encantados y yo: “ajá, sí, ok, está bien, yupi”. Yo en algún momento creo que volveré a tener una vida normal (tampoco muero de ganas), pero la cuestión está en que, ¿tendré que fingir para siempre, como los clientes con sus esposas? Yo no estoy segura de querer eso para mí, a mí me gusta sentir y disfrutar y no he podido fuera del ambiente. [...] he pensado que mi placer con los clientes se basa en que no los tengo que volver a ver, al menos no a diario, no sé si me explico. O sea, cada vez que los veo es como una primera vez, pero con los novios no, a esos se supone tengo que verlos seguido y toda la tontería que incluye un noviazgo. A mí como que me gusta más el “hola mi amor, me pagas por favor”, la pasamos rico y chao, nos vemos pronto [...] con los novios una no se desinhibe así a la primera, una empieza a pensar, y ese es el gran detalle en la cama, una no debería pensar, solo actuar, pero eso es fácil hacerlo con los clientes, con los novios no [...] Yo necesito tener orgasmos fuera del trabajo, y no entiendo por qué no puedo :([...] Por el momento lo único que me ha hecho sentir satisfecha son los clientes jajajajaja. O sea, sigo trabajando de escort jajajajaja, no me queda de otra porque de resto ¡no tengo orgasmooooossss! Jajajajaja” (Escrito por Baireana, 6 de mayo de 2018).

La preponderancia de una u otra razón dependerá de cada caso, de cada historia de vida; en el complejo juego convergen las generalidades y, por supuesto, lo irreductible y propio de cada experiencia humana, los sentires y afectos más íntimos:

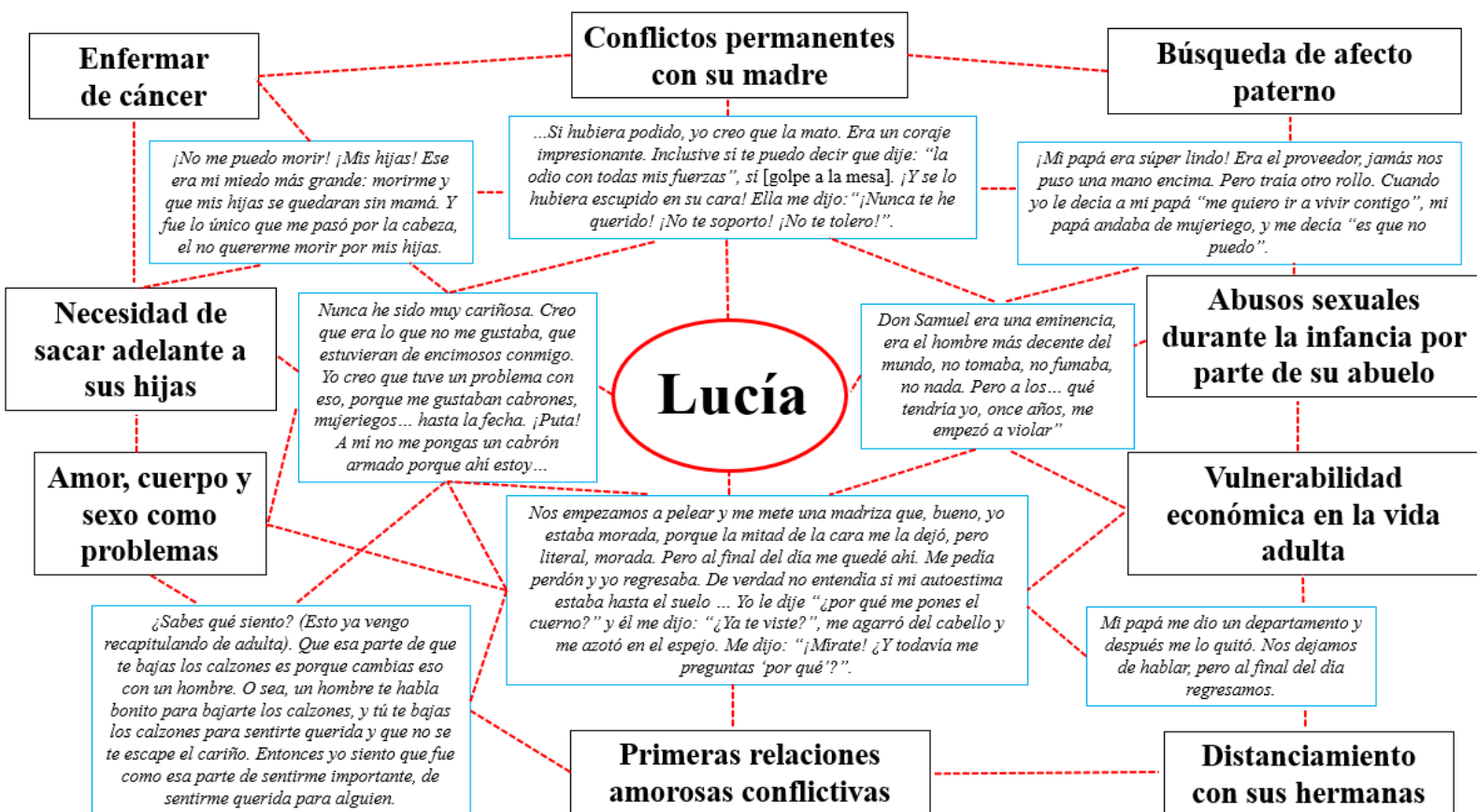
Pepe ya vivía de planta con mi madre. A veces lo odiaba, otras deseaba que me quisiera como a ella. En esos momentos me encerraba en la cocina. Mis dedos recorrían desde el ombligo hasta la escasa nubecilla. Manipulaba, frotándome al mismo tiempo que pedía un hijo. El balbuciente espasmo llegaba. Quedaba feliz [...] (Mora, 1972: 49).

La *comprensión* de las historias de vida permite, quizás, el esbozo de un cuadro interpretativo más completo. De tal suerte que el punto de inicio de la carrera *escort* es en realidad la síntesis de los complejos capítulos en la historia de vida en su conjunto. “Somos lo que hemos vivido”, sentencia un adagio popular, el cúmulo de experiencias dolorosas, siniestras, que se encarnan en uno a través de la dinámica de los sistemas sociales: “[...] el sufrimiento es una acción, una experiencia social y cultural que implica los más ominosos aspectos de los procesos de modernización y globalización” (Rivera-Garza, 2022: 40-41); que además implica la “naturalidad de lo más horrible” (Mendoza citada en Mora, 1972: 10); pero también hay que señalar las experiencias amorosas, eróticas, fantasiosas, de amistad entre compañeras *escorts* y con clientes, momentos en que “A veces se crean relaciones muy intensas en poco tiempo, porque compartes vivencias extremas. Es como haber sobrevivido juntos a algo. [Aunque] después... difícilmente estas relaciones sobreviven al tiempo y a la agitada vida de las putas” (De León, 2012: 35); así como el engarce de las historias de esos muchos otros: “porque traigo, obviamente... rencores, el rechazo, la violencia mental y sentimental las he traído toda la vida” (*escort* Lucía).

Sobre esto último, Lucía refiere la figura de una especie de *monstruo* que fue creado por esos otros: “le dije [a mi papá]: ‘este monstruito no se hizo sola, eh. Hubo un Geppetto que talló el Pinocho y fueron ustedes’”. Y es más directa aún: “[tengo] pedos [problemas] por todas partes [...] ese ha sido mi mayor problema; que me he venido cargando con mierda que no me correspondía; ya bastante tengo con la mía, como para todavía venir a cargar con las de ustedes”. Porque al final de cuentas, “Cada chica tiene su historia, y dependiendo de ella describe el mundo a su manera” (De León, 2012: 38).

En la siguiente figura se esquematizan y sintetizan algunos acontecimientos significativos en la historia de vida de Lucía, mismos que, sin lugar a dudas, influyeron sobremanera para que en alguna etapa de la vida ella *decidiera* ejercer el trabajo sexual, cruzar los límites y convertirse en *escort*.

Figura 2. Aspectos de influencia significativa en la elección de la carrera *escort* de Lucía



Fuente: elaboración propia a partir de la historia de vida de "Lucía".

2) Iniciación en el mundo *escort*, adaptación y normalización del desagrado

Obviamente al principio hay alguien que te explica cómo está el asunto. Todos los principios son difíciles, pero después ya te vas empapando del tema.

Escort Lucía, 45 años.

Lucía tenía una vecina que no era fea pero tampoco demasiado guapa, era normal, una mujer común. Solía vestir de acuerdo a los mandatos impuestos por la decencia y las buenas costumbres. No cruzaba los límites. La describe como una "mujer mocha" que siempre iba a todos lados en compañía de su madre. Juraba que se quedaría solterona.

Un día se encontró a esta vecina en la calle y la vio *distinta*, muy cambiada en su apariencia. Y no sólo eso: en su actuar también había algo *diferente*, una especie de seguridad y altivez hasta ese momento inexplicable. Llevaba las uñas de las manos largas y pintadas con colores llamativos, su cabello estaba teñido de rubio; el maquillaje cargado en extremo; su ropa era ajustada y a la moda, acompañada de un bolso y accesorios que le daban a su figura el toque preciso de coquetería y sensualidad. Los hombres que pasaban volteaban a verla con interés, clavaban en su cuerpo miradas-dagas que ruborizarían a más de una.

Pasó el tiempo y Lucía volvió a encontrarse con aquella vecina. Estaba aún más cambiada que la vez anterior. Ahora no sólo se trataba de la ropa, el maquillaje, el color de cabello o los accesorios, sino de su cuerpo: la vecina se había realizado una operación estética para aumentar, considerablemente, los senos. Poco o nada quedaba de aquella imagen de muchachita tímida y escasamente agraciada que solía estar siempre acompañada de su madre: había cruzado los límites.

Lucía le preguntó a qué se dedicaba, a lo que ella respondió, nerviosamente, que trabajaba como extra; “no, se me hace que tú eres puta”, reviró Lucía a manera de broma. Pero como bien dice la sabiduría popular, “entre broma y broma, la verdad se asoma”: “...no le vayas a decir a mi mamá”, respondió finalmente la vecina para sorpresa de Lucía, quien se limitó a un simple “no, cómo crees”. Y una vez que las máscaras comenzaban a caerse, se animó a lanzarle una petición: “no seas mala onda, méteme”.

Fue entonces que aquella vecina,

Me invitó como cuatro veces, pero a la mera hora dije: “No, ni madres”. Me daba miedo y pena. Además, yo creí que para esto tenías que ser Maribel Guardia y estar así súper producida y toda operada. Mi idea de la prostitución era estar parada en una esquina. Jamás me imaginé que alguien te contactara por internet, y que había de todos sabores y colores de putas, nunca. Me invitó varias veces, ella trabajaba en un *spa* en Polanco y yo fui, pero a mí no me gusta estar encerrada, y dije: “No es lo mío”.

Por aquella época Lucía no vivía su mejor racha económica. Hacía poco que había peleado con su padre, antiguo piloto de una importante aerolínea comercial en el país, quien había dado a su esposa y tres hijas una vida por demás cómoda: “mi papá fue proveedor

siempre. O sea, mi mamá jamás trabajó. Mi papá literalmente nos mantuvo. De hecho, a mí la primera hija que tuve me la mantuvo. Si tuve casa, coche y todo, fue gracias a mi papá”. Las peleas y discusiones desembocaron en la pérdida del trabajo en la próspera “comercializadora por internet”, negocio familiar administrado y manejado por el padre. La precariedad laboral, aunado a su nivel de escolaridad (preparatoria), a la azarosa “suerte” y escasos contactos, la tenían intranquila en demasía. Porque además estaban sus dos hijas pequeñas a quienes ha sacado adelante sola.

[...] llegó un momento en el que yo ya no podía con los gastos, porque mi papá me dejó sin nada. Y ella [mi vecina] me dice: “Son cinco horas”, y yo dije: “Putita, ¿cinco horas?, no me voy a poder sentar”. Pero no era este *show*, llegamos a un restaurante; ya sabes: que la copita, que la comida, y después te vas al servicio.

Entonces *terminó por animarse*, como ella misma dice. Expresa bastante emoción por la cantidad de dinero que veía pasar por sus manos, el cual abría ante sus ojos un futuro mejor para ella y sus dos hijas, a quienes “no les va a volver a faltar nada”:

Yo empecé a trabajar con T*****, con J***, entonces me hice súper amiga de ellos... Estuve trabajando con T***** dos años. Porque ellos vinieron a una gira, entonces pasé por todos, ya sabes: los técnicos, los músicos... ¡Yo me vine *rayada*! ¡Rayada! Porque cada fin de semana [...] no dormía, te juro que no dormía en toda esa noche. Pero llegaba, ¡imagínate!, me pagaban 2,000 pesos por cada servicio. Y entonces pues así fue como empecé.

No obstante, también reconoce que las primeras experiencias fueron muy difíciles; en varios momentos se recriminaba por haber cruzado los límites: “Putita, ¿en dónde paré?”. Cuenta que la primera vez que estuvo con un cliente fue una experiencia bastante desagradable que la hizo sentirse sumamente *sucia*, corporal, pero, sobre todo, afectivamente. Cuando terminó el servicio donde permaneció *petrificada*, en el cual no sintió otra cosa más que *asco*, se dirigió a su casa y, al llegar, comenzó a llorar desconsoladamente: *algo había cambiado*. La sensación de *suciedad* la invadía por completo. Lucía narra cómo se metió a bañar con urgencia, enjabonando su cuerpo desesperadamente, tratando de quitarse esa suciedad que la envolvía; sin embargo, por más esfuerzos que hacía, no lograba hacerla desaparecer: la suciedad se había alojado más allá de la carne, penetrando en lo más profundo de su subjetividad mancillada. En otra ocasión le ocurrió algo similar:

La primera vez que sí quedé en *shock*, y de verdad, no dormí como en cinco días, fue cuando le hice servicio a una mujer. Una madrota me dijo: “Oye *güey*, ¿das servicio a parejas?”, “Sí”; ya sabes, yo bien chingona [*ríe*]. Llego y pues era un matrimonio de extranjeros. [...] Yo salí así mira [pálida], no hablaba, nada más pensaba, y pensaba, y pensaba: “¡Putá! ¿A dónde fui a parar por dinero? ¿A dónde llegué?” Pero a todo se acostumbra uno, mi vida. Ahorita me pones una vieja y ya me da lo mismo. No me gusta, pero ya no me *frikea* (*sic*), ya sé que no pasa nada, que al final del día es mi chamba [trabajo]. Y pues sí, a todo se acostumbra uno.

Experiencias similares se encuentran en otros testimonios. Así, por ejemplo, Salazar y Curiel (2019), al estudiar el fenómeno del trabajo sexual en la ciudad fronteriza de Ciudad Juárez, Chihuahua, presentan el caso de una prostituta callejera que expresa sensaciones semejantes a las descritas líneas arriba:

Yo inicié ya hace tres años. Fui la primera vez [...] con una amiga que me dijo que podía sacar dinero. Fue difícil, *me sentí bastante sucia*, sobre todo porque era la primera vez y no sabía qué hacer. Las otras compañeras tratan de guiarte, pero cuando estás ahí tienes que ser muy cabrona porque si no abusan de [ti...] (Testimonio de Joven I, citado en Salazar y Curiel, 2019: 101. Cursivas mías).

El cuerpo y la sexualidad propia se reconfiguran mercantilizándose; se desdibuja lo deseado por ellas, para ceder al deseo del cliente; “el *cuerpo como autoafirmación* va desapareciendo para dar lugar al *cuerpo como desecho*, residuo que cumple con dar placer a un ser ajeno” (Salazar y Curiel, 2019: 105). Y aunque cambian los contextos, los escenarios, las denominaciones de quienes ejercen el llamado oficio más antiguo del mundo, es interesante observar, más allá de las marcadas diferencias y singularidades, las experiencias compartidas de la prostitución callejera, de establecimiento o de mayores niveles económicos. En todos los casos habrá ciertas regularidades, vividas, eso sí, de manera diferenciada, única:

El salón de baile estaba oscuro. Apeataba a semen y vino. Llegó la hora de presentarnos. Mi amiga abrió el número. Cantó y bailó. Le seguí yo. En realidad, nunca me había fijado cómo miraba un hombre; al darme cuenta me sentí como un gorila. En medio de tantos ojos, exhibiéndome sin más ropa que un bikini y las tetas al aire [...]. Se reían de mí al mismo tiempo que decían palabras hirientes. Sentí una rebeldía asfixiante. [...]. Después de terminado el número, lo mejorcito de la ciudad

me invitó a su mesa [...]. Me sentí rastrera por divertirlos. Además, era el movimiento de nalgas al que invitaban, y no a mí. Todas las noches era lo mismo (Mora, 1972: 89-90).

Como se ha mostrado, los inicios en el trabajo sexual frecuentemente son posibles a partir de la invitación de alguna amiga o conocida: “estaba terminando el primer año de la carrera cuando una amiga, también de la universidad, pero de otra carrera y más avanzada, me invitó a entrar a este negocio...” (Entrevista a *escort* Tania, 23 años). Estas amigas se encargan de orientar a las iniciadas, insertándolas de lleno a toda una red de contactos y establecimientos que abarcan desde choferes (frecuentemente taxistas), clientes, madrotas y padrotes, fotógrafos, hasta administradores de páginas de internet relacionadas a la industria del sexo, organizadores de eventos y fiestas, agencias de modelaje y *escorts services*, etcétera:

[...] yo trabajaba con un padrote. Así fue como empecé a trabajar. Haz de cuenta que ellos tienen sus anuncios por internet. Ellos te sacan el servicio. Ellos te hablan por teléfono. Eso sí: no te hablan hasta que el cliente no se instale. Cuando les consta que el cliente está instalado, que no es broma, te hablan por teléfono: “De 30 a 40 minutos llegas”. Entonces me habla el padrote y me dice: “¿Estás disponible? Porque tengo un servicio”. Le dices “sí” o “no”, o “estoy ocupada”. Llegas al servicio y cobras; le tienes que hablar al padrote, obviamente, para decirle “todo está bien”. *Todo está bien* es “tengo tu *lana*” [dinero]. A ellos no les importa si te ahorcan o no. Saliendo, [...] les depositas. Obviamente te quitan la mitad de cada servicio [...] (Entrevista a *escort* Lucía, 45 años).

Una vez dentro del mundo *escort*, cada quien irá creando su propio historial, estableciendo o ensanchando nuevos límites, definiendo si conviene más trabajar con alguna madrota por porcentaje, en una agencia, establecimiento, de manera independiente o en una combinación de varias de las opciones anteriores, dependiendo las circunstancias:

También trabajé en una casita, pero ahí solamente era en las noches. Estaba bien porque ahí no se trabajaba sábado y domingo, nada más era de lunes a viernes; y si tú no ibas pues no pasaba nada, llegabas al otro día, entrabas y era exactamente lo mismo que en el *spa*; nada más que ahí había cantina, salitas, y tú veías quién entraba a la casa, cómo entraban los clientes. Y pues ya, te ibas igual a una sala; te presentaban y si le gustabas al cliente, pues te elegían. Era en una casa [...] por el

metro Chilpancingo. Los *spas* estaban por Polanco, no sé si todavía existan o no, han cerrado muchos. [Actualmente] soy independiente. Tengo yo solita mi anuncio en *Twitter* [ahora *X*] y ya no le doy dinero a nadie... (Entrevista a *escort* Lucía, 45 años).

Estas primeras experiencias, representan una prueba crucial que definirá si continúan en la carrera *escort*, o claudican. Cada vez se ensanchan más los límites, se normaliza el desagrado y la aversión, la desvalorización del yo, hasta *acostumbrarse* y terminar por *adaptarse* a aquellas “rarezas” que solicitan los clientes: “Me seguía chingando estar en cueros en medio de la pista. No molestar a los gordos y hacer como si aceptara sus caricias mientras por dentro sentía asco” (Mora, 1972: 90). Como se verá más adelante, para ello será crucial crear estratagemas que permitan engañar al cliente ávido de *vivir aquellas experiencias*, de hacer realidad sus fantasías eróticas, resguardando, en la medida de lo posible, la propia intimidad.

3) La creación del personaje: “La mujer de las mil caras” o, simplemente, la más-cara

...ya tienes un speech: ya sabes lo que vas a decir, ya sabes con qué se van a venir rápido, lo que les gusta... todo. Te vuelves una súper actriz.

Escort Lucía, 45 años.

Desarrollé muy pronto la intuición para saber, sin que el cliente necesitara verbalizarlo, qué tipo de trato quería, qué mujer deseaba. Me convertí en una puta adivina, o casi. Luego fingía como una bellaca (como casi todas las putas, aunque a algunas les sale peor). Era la mujer de las mil caras.

María de León, *Las ocultas*, p.10.

La creación del personaje es una de las etapas cruciales en la carrera *escort*. Para estos momentos, la mujer ha logrado adaptarse y, en cierta medida, superar las severas dificultades que entrañan las primeras experiencias cargadas de máxima tensión, miedo y una serie de sentimientos encontrados: vergüenza, asco, culpa, desvalorización del yo... Ha normalizado todo lo anterior. Durante este tiempo ha venido configurando su personaje, su máscara y coraza, los atributos que le permitirán resguardar, para sí misma, los aspectos más

íntimos de su persona. Los múltiples hombres que acceden a su cuerpo, que disfrutan y gozan de él, son mantenidos al margen, conocen sólo lo que ella decide y acepta mostrarles; lo demás, acaso “el oro” de su persona, les estará vedado. Esto representa el despliegue de estrategias de supervivencia, de resguardo de aquellas fibras íntimas y subjetivas.

Cuando estaba con un cliente, era incapaz de abrirme a lo que él pudiera darme de su ser, porque en realidad no me interesaba. Estaba con él por dinero, no por empatía, ni por cariño, ni en definitiva por interés genuino. Físicamente me abría de piernas mientras internamente me cerraba a su persona, que a veces hasta me daba repugnancia. Recibía, eso sí, dinero a cambio. Pero quedaba cerrada al “oro” de su ser, a una energía diferente que tal vez sí me hubiera enriquecido... pero que no podía hacerlo porque las condiciones del intercambio real no existían (De León, 2012: 98).⁴⁵

El personaje *escort* tendrá un nombre propio, entre más exótico, mejor aún. Este nombre suele fijar en ella ciertos atributos que la caracterizarán durante su trayectoria: “Cielo”, “Fuego”, “Canela”, “Atena la Diosa”, “Poesía Gallardo”, “Kari Extreme”, “Sabrina Teen”... Estas cualidades frecuentemente irán acorde a su belleza, representando, conjuntamente, aquel *talismán* tan codiciado. Porque de lo que se trata es de ser *otra*, de desarrollar la capacidad de ejercer un poder hipnótico sobre aquellos hombres aturridos por sus propias fantasías eróticas... o pornográficas. El nombre elegido debe ser sugerente, la promesa de un lugar de placer a raudales, interminable, debe ser *profano*. Los nombres ordinarios y comunes, aquellos impuestos por la institución familiar con los que quizás se pretendía acercar al ser a lo sagrado y la pureza (“María”, “Guadalupe”, “Belén”, “Blanca”...), son frecuentemente rechazados, o al menos reconfigurados en su sentido original:

⁴⁵ Ocurre con las escorts algo similar a lo acontecido a las mujeres adúlteras que Enrique Serna llama prostitutas ‘de la cintura para abajo’: “que no se dejan tocar los senos en el momento del coito, con el argumento de que ‘ahí nomás mi viejo’, [quienes] necesitan inventarse un reducto de castidad para mitigar sus conflictos de culpa. Lo que en las libertinas de Versalles era una transacción cínica, en ellas es una compensación psicológica. El abad de Brantome observó un comportamiento similar en las damas galantes del Renacimiento: ‘Las mujeres adúlteras son más escrupulosas de lo que se piensa –escribió–. Conocí a una bella señora que no permitía a su amante besarla en la boca, alegando que su boca había hecho un juramento de fidelidad al marido, pero como, en cambio, la boca de la entrepierna no había hablado ni prometido nada, con ella podía cobrar a gusto’” (Serna, 2022: 42-43).

- ¿Otra nueva? –preguntó una, haciendo un gesto de enojo. [...]
- ¿Cómo te llamas? –preguntó otra.
- Antonia –le dije todos mis generales. [...] la misma que me preguntó mi nombre dijo que Antonia no me quedaba, que era vulgar. Y en fin, estuvieron busca y busca un nombre.
- ¿Sonia? No. ¿Pati? No. ¿Blanca? Tampoco, ni Yanira... (Mora, 1972: 71).

El precioso personaje será ataviado con prendas y accesorios llamativos, los cuales escandalizarían a las mujeres decentes y, sin temor a equivocarnos, ofenderían sobremanera a las intransigentes feministas abolicionistas, quienes sólo verían en ellos los símbolos de la Opresión y Cosificación Femenina: “Zapatos de tacón cristal, medias de tela de araña, vestido negro con lentejuelas...” (Mora, 1972: 48). Tela de araña que evoca, precisamente, a la figura de la *viuda negra*, la mujer-araña que devora a los hombres, que los hace caer en sus encantos-redes para exprimirles lo único que les interesa de ellos: el dinero con el cual se pretende comprar lo incomprable; el dinero donde –parafraseando a Robert Graves–, no hay, ni puede haber, poesía. El personaje *escort* está revestido de “mi maquillaje, mis zapatos de tacón, pero sobre todo [de] aquella aura de sensualidad que me ponía por encima, como quien se coloca un velo que, en lugar de cubrir y disimular, acentúa” (De León, 2012: 94). Y si los clientes únicamente las valoran como un mero *objeto sexual*, ellas entonces también los cosifican y despersonalizan, haciendo de la relación asimétrica, de poder, una lucha y relación interpersonal “desigual [,] aunque dinámica” (Rivera-Garza, 2022: 290), donde las posiciones de uno y otra se intercalan constantemente:

[...] Todo lo que quieren los hombres es sexo y que mantengas la boca cerrada [...]. Si lo único que querían los hombres era follar, follaría, pero controlando el partido que sacaba de ello. Así nadie más se aprovecharía de mí. Habiendo asumido que yo era una cosa para ellos, ahora ellos también serían una cosa para mí, y punto (De León, 2012: 77).

De esta manera, el personaje deberá hacerse de ademanes, gesticulaciones, tonalidades en la voz y movimientos corporales que resalten su belleza y el toque perfecto “[d]el aire cargado de sensualidad con el que deliberadamente me envolvía” (De León, 2012: 92), verdaderas balas de coquetería femenina. Puede tratarse de un ligero cambio en el tono

de voz que, acompañado de una palabra-mágica (“*cariño*”, “*mi amor*”, “*guapo*”, “*papi*”), termine por deslizarse en los oídos del cliente potencial al otro lado del teléfono, convenciéndolo, finalmente, de que vivirá una experiencia única e irrepetible, el Orgasmo de su vida al alcance de su bolsillo; o quizá se trate de un bamboleo de las caderas, una manera y ritmo en el caminar, un *pisar* fuerte, con decisión y aplomo, con la seguridad y confianza que su otra yo difícilmente se permitiría: “Siendo puta perdí casi toda mi timidez: me convertí en extrovertida, comunicativa, arriesgada, astuta. Aprendí muchísimo. Desde entonces me sentí capaz de ponerme a trabajar de cara al público donde fuera” (De León, 2012: 44).

Desde luego deberá ensayar y practicar como si de cualquier otro *performance* se tratase. Al inicio tal vez las cosas no marchen de la mejor manera, a lo mejor su actuar resulte inverosímil, una ridícula pantomima más que una convincente e infalible invitación al Reino del Placer:

Esa noche al entrar al cabaret, las mujeres estaban sentadas y otras parecían mariposas que flotaban sobre un cuadro que había en medio del salón. Sus vestidos eran como una flor de varios colores, una mezcla suave de perfumes me hacía aspirar hondamente [...] Había jóvenes guapos y mujeres hermosas [...] Elena se acercó y poniéndome en orden el pelo me dijo que iba a presentarme con el dueño. Me levanté y *con mucho trabajo procuré caminar, ya que no estaba acostumbrada a andar con tacón alto*. Sería el escote del vestido o la manera de caminar, pero varias gentes se quedaron mirándome, y al sentir las miradas me dio vergüenza y me encogí, me encogí de tal manera que Elena me dio un manazo en la espalda. *Sentí vergüenza de mi cuerpo, aún ahora tengo vergüenza de él*. Por fin llegamos a donde el dueño (Mora, 1972: 70. *Cursivas mías*).

Del practicar, desarrollar e incorporar los nuevos atributos dependerá gran parte de su éxito o fracaso como *escort*, la *dama de compañía* que siempre debe saber cómo hacer sentir congraciados, hasta la saciedad (algo imposible, por cierto), a sus clientes. “Tienes, pues, que controlar también tu relación con todas estas personas, cuidar tus actos y tus gestos si quieres prosperar y no sólo ganarte clientela” (De León, 2012: 17). Debe siempre cuidar y mantener el personaje, la teatralización y el *performance*, fingir y sostener aquella *mentira verdadera* que es lo *escort*:

[muchos clientes no] se podían imaginar que yo estuviera fingiendo “en serio”. Creían que me lo pasaba bien. O sea, más o menos bien. Hay muchos modos de fingir que te lubricas, desde el salivazo a tiempo tapando la maniobra con la melena de medio metro, hasta llevar dentro del coño una esponjita llena de lubricante. Pero la mejor tapadera es la propia vanidad y ceguera masculina. Si estás predispuesto a creer que follas como Dios, y que esa puta que está contigo en realidad es una viciosa, te va a costar “ver” la cruda realidad de su fingimiento o de tu ineptitud. O de ambas cosas juntas (De León, 2012: 10-11).

Y este proceso performativo tiene lugar en su privacidad –“Las pocas horas que pasaba en mi departamento no hacía más que pararme frente al espejo a ensayar muecas y a esperar la llamada del cantinero” (Mora, 1972: 113)– o directamente en la teatralidad del actuar mismo:

[...Al inicio] pensaba cómo le iba a hacer para dejar contentos a los clientes. Me acostaba y movía la cadera de un lado a otro y luego, como las mujeres [de más experiencia] decían que había que hacerle creer al cliente que uno sentía bonito, pues al mismo tiempo de mover las caderas pegaba gritos y jadeaba. A veces me ganaba la risa y ya no practicaba. [...] No era bonita ni tenía mucha carne como la gitana, aquella morena amiga de mi madre. Lo único bonito que yo tenía era mi pelo largo y los ojos verdes (Mora, 1972: 69).

Decíamos que entre la mujer *escort* y el cliente hay (casi) siempre tensión, seducción y sospecha mutua; en sus relaciones despersonalizadas tienen lugar todo un conjunto de emociones a los que quizás los clientes sean “adictos”, o cuando menos proclives a sostener esas formas de placer sexual. Estas emociones tienen que ver con poder *estar* con mujeres exóticas y voluptuosas, ¡candela pura!; por eso las *escorts* caribeñas y sudamericanas cobran más por sus servicios que las nacionales. Una vez en la habitación, tendrá lugar un juego de relaciones de poder, la convención teatral donde las mentiras de ambos se harán realidad:

A mí se me daba bien fingir, lo descubrí allí. Y me gustaba todo ese forcejeo sutil con palabras, ese tira y afloja. Lo veía como un reto y *me sentía poderosa logrando que los hombres hicieran lo que yo quería*. O sea: pagar, pagar y pagar. Naturalmente, trabajar así también tenía sus problemas: intelectualmente resultaba agotador [...]. Tú, como puta, finges esto o aquello. Eres simpática, cariñosa, paciente, servicial, pero

sólo por profesionalidad. Estás con montones de hombres, pero sólo os rozáis en lo más superficial. Tu ser profundo permanece cerrado, y el del otro generalmente también. Ni das verdaderamente, ni te dan. Sólo se mueve, ya lo digo, algo en la superficie: buena cara, buenos modos, abrir las piernas, teatro y movimiento de dinero. También muchos clientes fingen. Son educados y te ponen buena cara, pero por detrás, cuando hablan con la jefa o la encargada, te ponen de vuelta y media. Aquel, ya lo digo, es un mundo mentiroso (De León, 2012: 63 y 98-99).

Habría que profundizar más en este carácter de fingimiento absoluto de lo *escort* como tal, en cómo los personajes principales de la teatralización, mujeres y hombres, terminan seducidos ante las placenteras posibilidades que entraña el poder ser otro, escapando de los moldes y constreñimientos sociales del *deber ser*. El *fingimiento* y *mentira* se erigen aquí como valores altamente productivos que expresan no sólo cualidades de sujetos en específico, sino quizás también de la sociedad actual en general, algo propio de la subjetividad contemporánea:

[...] la ambigüedad [moral] forma parte de los valores internos del mundo de la prostitución. La ambigüedad y lo artificial, la pose, el fingimiento. Sin mentira y sin ambigüedad la prostitución no existiría. No podría surgir en una sociedad realmente amante de la verdad. [...] Yo descubrí siendo puta que era experta en fingir, pero es obvio que ya lo era antes de entrar en ese mundo. Digamos que siendo puta me di cuenta de esa “cualidad” mía y, como la sentí tan útil, me perfeccioné en ella. Pero la semilla de saber fingir procedía de antes (De León, 2012: 84).

Uno de los peligros del personaje es que, poco a poco, irá devorando al yo verdadero; la máscara se irá apropiando de ella, volviendo cada vez más difícil separarse de aquella creación (¿suya o cultural?). Y esto porque, en algún momento de la carrera *escort*, y como vimos en el testimonio anterior, se produce demasiado placer en el fingir, en el lograr que el otro sucumba a los encantos y artimañas desplegados, que actúe a merced de la voluntad ajena. También habrá un costo subjetivo por pagar.

El papel hegemónico de la *pornografía* en la sexualidad es crucial para que la teatralización se sostenga. Se ha mencionado cómo los hombres que contratan servicios *escorts* buscan estar sexualmente con mujeres que cumplan las características de las *pornstars*: rubias de ojos azules y medidas voluptuosas siempre ardientes y dispuestas al

placer. Pero como la fantasía siempre supera a la realidad, para bien o para mal, entonces las *escorts* deberán desarrollar estrategias corporales que, una vez más, terminen por engañar a los clientes, haciéndoles creer que todo ello es verdad, que están viviendo aquel sueño que antes sólo ocurría en los filmes pornográficos o en las fantasías que los atormentan durante las noches. Mientras dura la escenificación, tensión al máximo; después de eso, relajación corporal y afectiva; y así hasta repetir nuevamente el ciclo:

En aquella casa de putas donde me inicié en tantas cosas, a veces bromeábamos entre nosotras acerca de cómo fingíamos ante el cliente tener un cuerpo estupendo, a base de aguantar la respiración (metiendo tripa) hasta límites imposibles, poniendo cara de actriz porno (la boca siempre entreabierta y los labios haciendo morritos), contoneándote con los taconazos, sacando culo y pecho, etcétera. Y nos reíamos del gran cambio que podíamos experimentar al salir de la habitación y llegar al cuarto de las chicas. Sueltas barriga, relajas la expresión, te sacas el sujetador y los pechos cuelgan hasta el ombligo, te dejas caer en el sofá y ahí se desparrama la celulitis. Te pones a arrancarte los pelillos del bigote, o de la ingle, te quitas las medias de ligero y asoman los pelos de las piernas que no pudiste depilarte porque aún no eran suficientemente largos... qué tontos eran los hombres. Éramos siempre las mismas, pero sólo por fingir ser otra cosa adoptando poses forzadas, vistiéndonos con unos trapos provocativos, nos veían de manera diferente y babeaban por nuestro cuerpo. Y pagaban por eso (De León, 2012: 95).

Quienes logren equiparar su imagen y máscara a esas imagerías erótico-sexuales dominantes, tendrán garantizado el éxito material. Por eso no es casual que muchas mujeres *escorts* modifiquen quirúrgicamente sus cuerpos, intentando así equipararse a las estrellas porno.

Hay una página que se llama Zonadivas y ahí muchas son extranjeras. Están todas *producidas* [operadas], y ellas te cobran hasta \$3,000 por hora. Ellas te cobran por hora, si quieres cinco horas, pues haz la cuenta; o sea cobran el doble que yo, más o menos. Son colombianas, venezolanas... ¡El pinche mexicano está obsesionado con las extranjeras! Pero son viejas que te dicen: “Sí, pero no me toques. No besos, no nada” [...]. Entonces muchos sí las alquilan, pero después dicen: “¡No, no chingues! ¡Pura estafa!” Es dependiendo. Hay gente que nunca, por nada de este mundo quiere una operada, hay gente que no le gusta y hay gente que sí, que es su fascinación. [...]

Pero generalmente el mexicano es muy malinchista, la verdad. Entonces dicen: “¿Una extranjera? Pues adelante”, aunque los trate de la fregada, porque no son accesibles. [...] “Para eso mejor pago la de \$500, si nada más vas a estar así como muñeca”. Pero sí, ellas tienen otra tarifa; y pues andan entre políticos, narcotraficantes también, a otro nivel, por eso cobran mucho más (entrevista a *escort* Lucía, 45 años).

Otro de los atributos esenciales, el cual ya hemos esbozado someramente a lo largo de este apartado, es la capacidad que deben desarrollar para saber exactamente quién es y qué querrá aquel hombre con sólo escucharlo o verlo cruzar el umbral de la puerta en una habitación de hotel iluminada tenuemente, o estrambóticamente, con coloridas luces neón. Aquellas astutas mujeres tienen en sus habilidades una especie de “radar” erótico con el cual *desnudan* los pensamientos y fantasías de aquellos desesperados hombres que buscan aplacar el fuego insaciable de sus pulsiones y mandatos culturales: “Obviamente tienes un sexto sentido y vas conociendo a la gente de verdad. Tú cruzas esa puerta y ya sabes qué tipo de persona es; se les nota luego, luego cuando son narcos, no sé si en la vestimenta o en lo físico, pero no hay pierde, te das cuenta” (entrevista a *escort* Lucía, 45 años).

Entretanto, aquel personaje *escort* disfrutará su capacidad de controlarlo todo, de excitar hasta la perdición a los viciosos “putañeros” que las llaman una y otra vez. Sin embargo, el precio corporal y subjetivo a pagar también llega a ser muy elevado, porque te vuelve “cínica, mordaz y desapegada. O enferma y destruida como mujer” (De León, 2012: 13). Este afán de *control* finalmente hará estragos y se expresará en

[...] un estrés constante, todo el puto tiempo controlando: controlando al cliente, para que no se pase de la raya y al mismo tiempo no se cabree, controlándote a ti misma para dar la imagen que desees y que todo fluya, y quede bien la función, y al mismo tiempo no te hagas daño. Controlando el tiempo, controlando la situación. Controlándolo todo (De León, 2012: 17).

En ese sentido, para las fingidoras y calculadoras, su perdición será *perder el control*. Y esto frecuentemente ocurre cuando ellas y ellos se permiten cruzar las fronteras de su relación erótico-mercantil, cuando se enamoran y caen presas de “[...] uno de los principios básicos de la condición humana: la imposibilidad de separar la carne y el espíritu. [Porque] Ni la prostituta más insensible tiene tan embotadas las emociones para estar a salvo de un

enamoramiento” (Serna, 2022: 67). El permitirse *sentir* con los clientes le hará perder aquellas cualidades de cálculo y control extremo:

[...] para la puta, nada es más peligroso que [...] perder el control. La puta controla. La puta calcula. Por eso, rara vez se entrega a nadie. Y también por eso, tan sólo logra el orgasmo si es capaz de sentirse suficientemente segura. Por ejemplo, a solas consigo misma. O con alguna persona concreta. Pero aun así... (De León, 2012: 97).

Curioso y significativo para el análisis resulta el hecho de que, a pesar de su intensa actividad, del uso del cuerpo y la sexualidad en su trabajo, estas mujeres bloqueen a menudo sus sentires, y que, al permitirse sentir realmente, terminen por quedar descolocadas de aquel lugar seguro erigido desde la artificialidad y el fingimiento. De ahí en buena medida la imposibilidad que tienen para encontrar amores verdaderos (lo que signifique esto); ya sea porque ellas no creen más en los hombres en general o porque ellos, que las conocieron en *el oficio*, saldrán huyendo en cuanto exista esa posibilidad de *algo más que los (des)complicados encuentros sexuales*: “En cuanto yo empezaba a hablar fuera del ‘personaje’ que era como puta, en cuanto empezaba a mostrar quién era yo de verdad, salían espantados, o simplemente no registraban lo que yo decía” (De León, 2012: 9).

El fingimiento constante, produce un costo subjetivo, conlleva la pérdida de “un montón de mi energía personal”. Al final de cuentas, ellas saben, o al menos intuyen, que el amor en esas circunstancias únicamente se trata de “[...] mantener atado a mis falsos encantos a un hombre al que, a fin de cuentas, no podría querer como compañero real, porque él no estaría amando mi realidad, sino mi pose, mi magia barata” (De León, 2012: 94).

En síntesis, lo *escort* representa aquel personaje y mascarada con los que se pretende maquillar los aspectos más duros del trabajo sexual, que “intentan suavizarla o adecentarla, para ocultar sus llagas y sus infiernos” (Serna, 2022: 196), a pesar de que durante este proceso exista la percepción de que todo está controlado, de que el disfrute y placer por el sexo y lo material podrán ser, si no eternos, cuando menos bastante duraderos. Las prostitutas y *escorts* son, en definitiva, las *más-caras*.

4) El disfrute y sus trampas

...he visto casos en los que la familia, y hasta el marido (si lo tenían) sabían que estas mujeres se puteaban, pero a pesar de todo hacían la vista gorda. Y es que el dinerito es muy rico y, si todos sacaban partido, tragaban el sapo y amén.

María De León, *Las ocultas*, p. 7.

Llegado el momento, el personaje *escort* habrá sorteado las dificultades propias del trabajo sexual; estará más que adaptada; más aún, llegará a disfrutar los frutos cosechados de su trabajo: hermosas casas, automóviles del año, viajes a otros países, vacaciones en la playa, cenas en exclusivos restaurantes, ropa y accesorios de moda, el último teléfono inteligente, relojes Rolex... La cantidad de satisfactores materiales le parecerán ilimitados. Aquellos sueños que antaño le resultaban utópicos, ahora, en este punto de su carrera, se convierten en una realidad tangible.

No obstante, tal disfrute por el dinero y bienes materiales pueden a la vez significar una gran trampa, pues a ellos se añadirán otros elementos que, aunque sean experimentados como sumamente placenteros, entrañarán severos problemas: fiesta, alcohol y drogas le serán ofrecidos a raudales, debido a sus estrechas relaciones interpersonales con narcotraficantes, personas del mundillo del espectáculo (“yo empecé a trabajar [...] ¡con un chingo de narcotraficantes! ¡Estaba yo súper bien!”), *escort* Lucía), políticos, policías...

Y quienes pierdan su objetivo central porque les *encanta la fiesta*, pueden fácilmente quedar enganchadas en las trampas de las *drogas del amor*, en el disfrute (“Ese fue el problema, que me gustó. No exactamente el sexo en sí, sino estar en el relajo, en el desmadre. ¡Y aparte de todo nos pagaron! –Entrevista con *escort* “Tania”, 23 años), atrapadas en las adicciones, golpeadas y apuñaladas, sin un ojo, desaparecidas o asesinadas.

[...En el mundo *escort*] menores de edad jamás he visto, pero sí chavitas de 20 o de 21 años que ya están en esto. En ellas la verdad sí es puro desmadre. Les encanta porque se ven a los 20 años ganando dinero, y pues se les va en puro desmoche [*sic*], porque así que digan: “Ay, tengo 21 años, pero estoy estudiando”, o “me acabo de comprar un libro”, jamás en la vida. Son escuinclas que les encanta la fiesta, les

encanta estar echando desmadre, les encanta la lana [dinero], porque saben que sí van a ganar muchísimo más que en otros lados (Entrevista a *escort* Lucía, 45 años).

En ese sentido, el proceso por el cual una persona pasa de no tener nada en la vida, o de tener lo necesario y quizás un poco más, a poseer bienes a raudales, sin lugar a dudas terminará por transfigurar al sujeto, haciéndole amar el dinero, obsesionarse con él, o, como refiere la entrevistada Lucía: *se te hace adicción al dinero*; y como en toda adicción, el sujeto experimentará inmenso placer, aunque también dolor y dependencia.

[...] son tantos gastos, y todos van sumando... Porque luego, la ropa. [...] necesitas verte a la moda [...]. Hoy una camiseta, una falda, mañana un traje, o de repente ves unos pantalones que... Y total, por treinta, sesenta, cien euros... ¿No me lo voy a poder permitir? A fin de cuentas, con lo que curro, solo faltaría que no pudiera permitirme un caprichito. Conocí a una puta que, cuando le entraba la depre, necesitaba salir de compras y gastarse [...] unos seiscientos euros en ropa. Con eso su ansiedad se aliviaba, pero, si no llegaba a esa cantidad, no. Y eso, irse a comprar para tranquilizar los nervios, es una realidad muy extendida. Yo nunca llegué a esos niveles de gasto, pero probé lo que es “sentir” que necesitas comprar ropa para encontrarte, ya no digo bien, sino tranquila, sedada, apaciguada [...]. Todo ese frenesí de gastos y vicios, de afición al lujo, es bastante común en la mayoría de las putas voluntarias. Al principio no te das cuenta de ello, y te justificas: “Solo es esta vez”. O: “Solo es porque tengo un bajón, ando un poco depre por esto o aquello. Enseguida me recuperaré y entonces, con fuerza de voluntad, ahorraré más, etc.” En realidad, te estás autoengañando. Nunca logras dejar de gastar menos, y al final la única opción que se te ocurre es... ¡ganar más aún! De ese modo te sobrára más, o eso piensas, ilusa de ti. Sea como sea, al final sientes que necesitas trabajar mucho, de otro modo te deprimes. Es un círculo vicioso infernal (De León, 2012: 24-25).

El *dinero* muchas veces significa una de las pocas cosas que han otorgado cierta “felicidad” en las difíciles vidas de estas mujeres. Es decir, que su posesión y disfrute vienen a suplir otras carencias afectivas en las esferas familiares, eróticas y sociales. La misma Lucía así lo plantea: “...porque traigo rencores, el rechazo, la violencia mental y sentimental las he traído toda la vida [...]. Una vez le dije a mi mamá: ‘¿Sabes qué mamá? Es que me prostituyo contigo. Porque te doy dinero a cambio de tantito cariño’”.

Paralelo a los aspectos afectivos, se encuentran los procesos socioeconómicos en los que los sujetos se encuentran inmersos. Al interior del Sistema, en la carrera social, o, mejor dicho, en la férrea y despiadada lucha por el ascenso, es “fácil”, y hasta deseable, *subir*; pero resultará intolerable, incluso doloroso, *descender*. Entonces, el sistema económico-subjetivo ofrece a los sujetos un sinfín de mercancías y promesas sustentadas en anhelos fantasiosos que terminan por engancharlos. El sujeto destapará, entonces, *cajas de ansia en mi interior*. Para aliviar o al menos mitigar la ansiedad generalizada, el sujeto recurre a comprar: sexo, compañía, ropa, viajes, cenas, automóviles, alcohol, más sexo, más ropa... más de todo, ¡y la ansiedad nunca se termina!:

Yo me volví adicta a los pequeños lujos. Nunca a los grandes, porque tampoco era una puta de las más cotizadas, ni tampoco accedí nunca a lo que llaman “alto nivel”, donde se mueven cifras millonarias. Pero sí, me volví adicta a estar cómoda, a ponérmelo fácil [...]. Olvidé lo que era coger el metro o el bus, no podía con ello, tiraba siempre de taxi. Me daba cuenta de que me gastaba medio sueldo en cosas que no eran imprescindibles, y que sería mejor ahorrar más, pero... no podía. Es que no podía concederme menos caprichos de los que me daba. Había destapado no sé qué caja de ansia en mi interior y no sabía cerrarla de nuevo, volver a la estrechez y hacer como si nada hubiera pasado (De León, 2012: 23).

En los tiempos de la flexibilidad laboral (que bien podrían ubicarse a partir de finales de la década de 1980 al presente), la institución *trabajo* ha dejado de otorgar seguridad y bienestar a los miembros de buena parte de la sociedad; además, los sujetos han sido atomizados para ser concebidos como individuos-empresa (Laval y Dardot, 2013) que deben ser altamente productivos y adaptables a las casi siempre desfavorables condiciones materiales. En este proceso, su carácter será corroído (Sennett, 2017) bajo la consigna de que *el fin justifica los medios*. La frustración, el cansancio extremo, el *burn out* (Chul-Han, 2010), el miedo al fracaso y la desesperación por el éxito que los individuos ven en las películas de Hollywood, las telenovelas y en las vidas de los *influencers* a través de las pantallas e internet, serán los comunes denominadores en las sociedades del subdesarrollo globalizado. Y es que el mercado y la formalidad laboral ofrecen condiciones realmente favorables únicamente a un reducido porcentaje de la población. Por el contrario, el grueso de empleos y trabajos se caracterizan por su precariedad, tales como los llamados *call centers* (Montiel *et al*, 2021) y

otros empleos similares donde no son infrecuentes los salarios de hambre, las subcontrataciones (*outsourcing*), los contratos indefinidos que no generan derecho a antigüedad, y por ende a pensiones durante el retiro, nula o escasa seguridad social, etcétera.

Durante las últimas cuatro décadas la llamada economía informal, el narcotráfico, y la delincuencia en sus formas más sofisticadas y diversas, han terminado por afianzarse en el seno de las relaciones sociales, resultando serias opciones a considerar por aquellos jóvenes desempleados o subempleados que encuentran en estas actividades la oportunidad de salir adelante; de ahí el tristemente famoso dicho popular de los jóvenes del narcotráfico: *prefiero vivir cinco años como rey que cincuenta como buey* (entiéndase asalariados, subcontratados, desempleados, trabajadores temporales e informales...).

Es en estos escenarios en que podría ubicarse lo *escort*, donde impera una lógica del exceso en términos de: dinero, placer (y su búsqueda incesante), seducción y parafernalia sexual, diversión y “pasiones desenfrenadas” que transgreden constantemente “las reglas sexuales aceptadas en la sociedad” (Rivera-Garza, 2022: 200). Porque ante tales condiciones sociales, estas mujeres descubren en el submundo liminal una vía rápida de ascenso material. Ellas en cambio ofrecen lo único –pero al mismo tiempo lo máspreciado– que poseen: juventud, belleza y placer sexual. Se conjugan las exigencias propias del sistema y las necesidades reales de cientos de mujeres, muchas de las cuales se ven en la imperiosa necesidad de *sacar adelante* a sus familias:

O sea, yo no me veo en una recepción ganando 4,000 pesos. No es que no me guste trabajar, es que pues el nivel... Hubiera sido muy complicado que yo pudiera sacar los gastos de mis hijas, la casa, escuelas; entonces este es un trabajo muy noble, tú sabes qué hacer con tu tiempo, tú lo manejas, *se te hace adicción al dinero* porque en un ratito te ganas 1,200 [pesos]; entonces es un trabajo muy noble, porque ¿en qué otro trabajo podrías ganar eso? En un buen día te puedes sacar 3,500 o 4,000, y dime ¿en dónde? Tendría yo que [...] tener un buen negocio; pero al final del día, ¿cuántas horas le tienes que invertir? Entonces aquí haces de tu tiempo lo que quieres, tú lo manejas, tú sabes que sales de tu casa, pero en dos horas ya regresas (*escort* Lucía, 45 años).

El estado de disfrute puede llevar a cruzar nuevos límites y umbrales que pongan en riesgo la integridad física de las trabajadoras sexuales. Al preguntarle a Lucía sobre si ella

había tenido alguna experiencia de violencia durante su carrera, respondió negativamente; pero sí le había tocado presenciar una escena en la cual una compañera de oficio sufrió terribles agresiones por parte de un cliente narcotraficante con quien tenía una relación sentimental:

[...] tenía una amiga, pero te digo que les encanta la fiesta. [...] les pagan 2,000 pesos, y con tal de salir con una pinche botella de whisky, ya perdieron y se quedaron. Al rato terminan sin dinero, pagando la peda [borrachera] y las drogas...

Había una chava que le encantaba andar [ser pareja] con los clientes, pero eran de *los de verdad*. Y un día estábamos en un hotel y se oían gritos en el pasillo; un tipo ya la traía del cabello y decía: “¡Es que es el diablo! ¡Mírala cómo se me queda viendo! ¡Es el diablo!”. Su amigo, que estaba con nosotros, le dijo: “¡Ya cálmate güey, ya cálmate, suéltala!”.

Hay unos clientes que se cruzan y otros que se meten y se meten droga y se ven normales, no hay broncas y están súper tranquilos. Eso sí, se meten un montón de viagra porque si no, no se les para.

Y entonces vuelve a regresar esta vieja, ya le habíamos dicho: “¡Ya estuvo! De verdad, un día ese güey te va a matar”; y ella decía: “¡Ay, cómo crees! No pasa nada”. Y en ese mismo hotel –inclusive todavía está cerrado–, le metió 25 puñaladas. No la mató, pero le sacó un ojo; y obviamente ya no pudo regresar a trabajar.

5) Crisis corporal y costo subjetivo

Este trabajo no está nada padre porque, aunque te están pagando, muy en el fondo te deja hecha pedazos, te quedas vacía, te deja mal; no es un trabajo nada fácil, porque imagínate aguantar borrachos, el que a veces te contratan dos horas y ellos creen que son dos horas dándote, y tú dices “ya estuvo”. Hay veces que quieres salir corriendo porque estás incómoda, no es algo agradable; hay gente que puede estar muy guapa pero no te gusta. A mí me choca que me estén besando, abrazando, que me chupen, no soporto eso. Hay gente que huele muy mal, y sin embargo tienes que hacer como

que te gusta. Entonces no está nada fácil. Obviamente después de esto, le pierdes el gusto al sexo, por supuesto. Pero bueno, a todo se acostumbra uno, tristemente.

Entrevista a *escort* Lucía, 45 años.

Yo había cambiado. El llanto [...] se me metió hasta quién sabe dónde. Pero ya no me sentía orgullosa de trabajar en la vida.

Antonia Mora, *Del oficio*, p. 73.

Convertirse en un personaje *escort*, en un cuerpo concebido como *máquina sexual*, resulta extremadamente agotador para aquellas mujeres. Haber generado estrategias de sobrevivencia y resguardo de los aspectos más íntimos de la persona, irá aparejado de un costo físico y subjetivo que, irremediabilmente, terminarán por pagar. Si en la etapa de normalización y adaptación el personaje había conseguido protegerse en alguna medida, ahora no consigue ocultar los estragos del trabajo sexual en su cuerpo, mente y alma, “porque, aunque te están pagando, muy en el fondo te deja hecha pedazos, te quedas vacía, te deja mal; no es un trabajo nada fácil” (Entrevista a *escort* Lucía, 45 años).

Este tipo de expresiones para referirse a los estragos del trabajo sexual son recurrentes en otras experiencias que, a pesar de tratarse de diferentes modalidades de trabajo sexual (prostitución callejera, por ejemplo), son similares en cuanto a lo vivenciado subjetivamente. Lo anterior es interesante también porque implicaría una coincidencia que sugeriría cierta generalidad:

Era la segunda vez que me decían rota. Algo se me rompió por dentro [...] Esas palabras que se enterraban: “Putas, mala, coger”. Ya los golpes ni me dolían [...] yo ya no valgo nada [...] “Las noches que siguieron fueron como si en el momento en que él me utilizaba me pusiera hielo. Ya no sentía calor (Mora, 1972: 64 y 66).

Esta es una etapa crucial en la carrera *escort*, porque vuelven aquellos sentimientos de desvalorización del yo experimentados en los primeros momentos de la aventura, aunque esta vez con mayor intensidad:

No había noche en la que no pasara por cosas desagradables, juntando odio, sintiendo latigazos, juntando cada noche más y más [...] En verdadapestaba. Me desnudé frente

al espejo; mi cuerpo estaba tan delgado... los cabellos me llegaban a la cadera y los senos antes erguidos empezaban a mirar al suelo, avergonzados como yo. También ellos dudaban. ¿Sería miedo o vergüenza? (Mora, 1972: 99 y 114).

Asco, dolor de cabeza y depresión. Las tres cosas fueron aumentando [...] (De León, 2012: 37).

Y aquella mercancía-dinero que anteriormente se concebía exquisita, y que permitía solventar los dilemas corpo-afectivos, en estos eternos momentos no alcanza para resarcir tales malestares corporales y emocionales:

En mis inicios de puta era escéptica total, no tanto como atea, pero sí doña sarcasmos. En los tiempos finales rezaba a lo invisible, o sin saber muy bien a qué o a quién: “Ayudadme”. Era tan insufrible estar atrapada ahí... Recuerdo cómo en mi peor desesperación me miraba al espejo, mientras estaba con el cliente en la habitación, y me prometía a mí misma salir de ahí: “Lo conseguiremos” (De León, 2012: 15).

Si anteriormente el ego había sido elevado de forma superlativa, ya sea por despertar deseo sexual en demasiados hombres, por ganar dinero en cantidades jamás soñadas, o por desplegar ante el mundo ese capital erótico que *abre puertas* (“...encuentro muchas ventajas en ser mujer, muchas. Una por ejemplo es que siempre consigo lo que quiero, siempre me termino saliendo con la mía y consigo lo que quiero; sí, yo siento que como mujer la tienes más fácil, se te abren más puertas si sabes tocarlas [*rie*]). Entonces eso creo que ayuda mucho. No seré una Barbie, pero tengo algo que siempre me ha abierto las puertas, no sé si es suerte o qué), ahora el yo se encuentra en un estado de vacío y desazón: “En este trabajo se te puede subir el ego bien cabrón, porque dices: ‘No mames, me están pagando. Alguien me paga’. Pero la verdad es que muy en el fondo te deja hecha pedazos, te quedas vacía. Entonces pierdes la credibilidad, la confianza, la fe [...]” (Entrevista a *escort* Lucía, 45 años).

La angustia se apoderará del cuerpo y mente de las antiheroínas; su subjetividad estará trastocada, mancillada. Aquellos clientes que tanto asco les producen las perseguirán más allá de la hora en la que están juntos, se les aparecerán simbólicamente en los retorcidos sueños que suelen experimentar, en los cuales les devoran los cuerpos:

Quieren mi sangre, no quieren dejarme una sola gota. Y más me repugnan porque sé que son seductores y una noche dejé que uno de ellos se prendiera de mi cuello. Lo

deseaba tanto que sentí cómo mi cuerpo temblaba y los pezones se me ponían duros. Ya me estaba haciendo el amor, arañándome con los colmillos [...] (Mora, 1972: 148).

Las crisis físicas y subjetivas pueden agudizarse a tal grado que algunas, incluso, llegan a la locura o incluso la muerte: “[...] ella no quería hablar, se negaba a caminar y si se asomaba un poquito a la calle y veía a algún hombre, en seguida vomitaba y empezaba a gritar. [...] su mal estaba muy dentro de ella. La madre se negó a llevarla al manicomio. Después no supe más de Sonia” (Mora, 1972: 109). Y es que el trabajo sexual implica la maquinación de los cuerpos, agotados en la repetición y fricción corpo-genital que termina, como se ha dicho, por vaciarlos. En estos escenarios, aquella guardia que en alguna medida las resguardaba, ahora se torna frágil en extremo, al punto de poner en riesgo la propia vida al agudizar las experiencias-límite:

[...] muchas putas, con el tiempo de oficio, terminan descontrolando más [...] y eso es muy peligroso. Es cuando empiezan a hacer la vista gorda dentro de la habitación, y si el cliente se quita el condón ya no dicen nada. O empiezan a participar en las juergas de sexo con cocaína para ganar más dinero [...]. O se dejan follar por detrás, aunque sea solo “un poquito”, arriesgando su salud, todo porque supone más dinero y empiezan a no ser tan jóvenes y apetecibles como antes. Están cansadas de luchar y terminan contagiadas, heridas, rotas, violadas. O embarazadas y abortando cada dos por tres. Y todo eso destruye (De León, 2012: 20).

Quedan atrapadas o devoradas por un personaje que ha perdido ya mucho de su brillo original, de su juventud y belleza por lo que, otrora, era altamente valorado y deseado. Aquellas viejas “recompensas” o paliativos que alimentaban la vanidad no bastan para soportar el alto costo a pagar. Por si fuera poco, habrá que esforzarse el doble para medianamente igualar los ingresos económicos de antaño; el problema es que, justamente, el cuerpo no responde porque ha dado todo de sí, o sencillamente el espejo les recuerda el implacable paso del tiempo, agudizando la angustia y los sentimientos de extravío:

[...] si la ropa te quedaba mal... Si de repente te probabas prenda tras prenda y nada te sentaba bien... Entonces ¡qué angustia! De repente ese vacío otra vez: no me querrán, nadie va a pagar por mí, me quedará fuera del mercado, tengo que cuidarme más. Dios mío, ya no soy deseable, estoy perdida (De León, 2012: 25-26).

Habría que añadir, como parte de estos costos físicos y subjetivos, la insatisfacción sexual de las trabajadoras sexuales y su extrema desconfianza en los otros, en los seres intrusos que las han despersonalizado desde mucho antes del encuentro sexual:

Al principio sí me encantaba el sexo, pero ya después dices: “¡Putra madre!” Si tú me dices: “[...] qué trabajo tan fácil”, yo te digo: “¡A ver güey, aguántalo!”, o sea, ¡imagínate! No soporto ya que me besen, te lo juro. ¡No tolero que me estén chupando! Entonces imagínate tener que aguantar eso, que te estén besando, no, la neta es horrible, ¡horrible! No es cierto que lo disfrutas, no es cierto. Tal vez habrá viejas que sí, pero yo no. Lo que yo quiero es pelarme de ahí. ¡Eres un pinche robot sexual, de verdad, no sientes, no nada! (Entrevista a *escort* Lucía, 45 años).

Habría que preguntarse si acaso estos problemas tienen orígenes más profundos. Vale la pena colocar la siguiente narración *in extenso*, porque ilustra perfectamente todo este proceso y otorga pistas, problemas y nuevos derroteros epistemológicos:

Toda mi estructura mental relativa a la supervivencia material estaba dañada o distorsionada desde su raíz, desde mi infancia. Por eso, aunque veía que mi vida iba mal por ese camino, no sabía cambiar. Para remate, ya no obtenía ninguna satisfacción de mi “oficio”. A esas alturas de mi historia, hasta el dinero que ganaba me daba asco. Pero no ganarlo era aún peor. [...]. Tenía síntomas raros, médicamente no explicables, porque en las analíticas no veían nada. Cistitis crónica no infecciosa, inflamación en los ovarios, vaginitis inespecífica, vértigos, contracturas aquí y allá sin razón aparente. O sensaciones extrañas, como por ejemplo notar un frío gélido que me envolvía la cintura, el vientre, las lumbares. Y no se aliviaba con nada: ni con baños calientes, ni envolviéndome telas de lana alrededor del cuerpo, ni metiéndome en la cama. Me dolía todo el cuerpo, casi no podía follar, porque cada penetración me dolía como si me golpearan el cuello del útero con una barra de hierro. Sentía que perdía energía, que mi cuerpo era como un vaso rajado desde el que se escapaba el agua. A veces me sentía vieja y agotada, y andaba como zombi.

Me medicaba constantemente para los espasmos musculares, las contracturas, las migrañas, las anginas crónicas, los resfriados, los hongos, qué sé yo. Estaba harta de recurrir al ginecanestén o a los óvulos de blastoestimulina en el coño para poder trabajar. [...]. El colmo fue cuando empecé a tener pequeños sangrados rectales, unidos a dolores internos extraños. Sentía como si tuviera púas metálicas

atravesándome el colon y me acojoné. ¿Qué cuernos me estaba pasando? Tuve miedo, no de morirme, que casi hubiera sido un alivio, sino de mal morirme. Porque los médicos no veían nada superficial. Debía de ser algo escondido, profundo” (De León, 2012: 49-50).

Bajo este difícil panorama, pensar en un futuro fuera del trabajo sexual podría parecer algo cada vez más lejano, por no decir imposible. Seguramente habrá quienes consiguen labrarse caminos más allá de la prostitución y el trabajo sexual; quizás aquellas que supieron poner un alto a tiempo, o quienes contaron con algún tipo de red de seguridad afectiva conformada por familiares y amistades. Sin embargo, también existen muchas otras que no lo consiguen, ya sea porque se vieron enganchadas a las drogas, la criminalidad o la muerte, pensando en los casos extremos; o porque simplemente no conocen algo diferente que, además, les reditúe económicamente. Como se verá en el siguiente apartado, grande es la frustración cuando, intentando por otras vías de trabajo socialmente aceptables, no se logran los ingresos a los que estaban acostumbradas, lo cual expresaría, entre otras cosas, la precariedad laboral imperante en las economías de los países subdesarrollados como el nuestro.

6) Decadencia, retiro y... retorno

*Para tener lo que una quiere primero hay que
abrir las piernas, después ahorrar, poner tu
casita y luego que otra las abra por ti.*

Antonia Mora, *Del oficio*, p. 103.

*...Pero cuidado muñeca / que algún día tu reflejo en el
espejo se hará viejo / y eso no se podrá evitar*

Muñeca, Paté de Fua

*...acaba dañado el mismísimo dinero. Mis compañeras y
yo lo decíamos: “Dinero maldito, ganas tanto y se
pierde no sabes cómo. Al final nunca te sirve para lo que
más deseas, que es retirarte”*

María De León, *Las ocultas*, p. 12.

En la carrera *escort* tarde o temprano llegará el momento del retiro. Difícil será aceptar que aquellos buenos tiempos de dinero y bienes materiales a manos llenas, están terminando. En este proceso, serán los mismos valores sociales altamente codiciados de la *belleza* y *juventud* los que, en buena medida, cobrarán factura a las mujeres *escorts*. Y es que el envejecimiento corporal natural, biológico, son vistos como un signo de decadencia en las sociedades tardomodernas; con mayor razón en este tipo de trabajos donde la vitalidad del cuerpo, su juventud y belleza resultan esenciales. Lo anterior se traducirá en la disminución del número de clientes y los costos de las tarifas por sus servicios sexuales.

El retiro se convierte en un fantasma que constantemente ronda los pensamientos y proyectos de aquellas mujeres. A lo largo de la carrera *escort* tienen lugar *retiros temporales* y *definitivos*. Los primeros sirven a las mujeres para tomar largas vacaciones de descanso, lo cual ayuda a paliar lo que aquí se ha denominado como el *costo corporal y subjetivo*. Algunas *escorts* tienen como estrategia trabajar intensamente durante buena parte del año, permitiéndose temporadas en viajes de recreación y descanso que, además de fungir como distractores, les sirven para retomar energías y no sucumbir ante las durezas del oficio; o al menos no sucumbir tan pronto. En la etnografía digital realizada, fue interesante ver cómo muchas *escorts* solían permanecer “inactivas” durante varios días o meses, anunciando siempre a los clientes que se encontraban “de vacaciones” pero que volverían.

Cuando dejaba el puterío estaba tan mal, tan agotada, que me gastaba parte del dinero en darme unas vacaciones “de respiro” [...]. Pero claro, pasarse quince días o un mes andando por ahí cuesta dinero... y eso acortaba mi descanso, porque sin dinero no hay vacaciones posibles (las putas no cobran paro, y si se van de vacaciones dejan de ingresar). Al final siempre volvía con el rabo entre las piernas a la casa de putas, con las demás (De León, 2012: 15).

Los otros tipos de retiros, los “definitivos”, acontecen cuando estas mujeres emprenden otros negocios, o cuando se enamoran y deciden comenzar alguna relación sentimental. Frecuentemente se trata de un antiguo cliente que “las saca de trabajar”, (“Tengo una relación desde hace un año y tres meses con alguien, y pues la verdad es que sí quiero dejar este *show* por él. Por tener una vida diferente. Por mucho que sea muy *open mind* y todo, no está padre...”, Entrevista a *escort* Lucía, 45 años), de algún exitoso cirujano plástico

o empresario que las convierte, si bien les va, en esposas, o de un amante narcotraficante que reclama exclusividad:

Yo lo conocí trabajando, fue mi cliente. Yo no quería; ya tuve una relación con un cliente. El otro me sacó de trabajar, literal, pero pues era narcotraficante. No me faltaba absolutamente nada, ¿verdad?... Este... [*se le quiebra la voz*] hace cuatro años lo matan... lo ejecutaron y pues tuve que volver [al trabajo sexual] (Entrevista a *escort* Lucía, 45 años).

El retiro definitivo se visualiza más tangible cuando aquellos objetivos centrales se han cumplido; estos pueden ser, por ejemplo: tener una casa propia, estabilidad financiera, haber viajado por el mundo, o al lograr *sacar adelante* a los hijos y familiares cercanos. Quien ha transitado todo el camino con el alma y cuerpo todavía en condiciones de seguir adelante, a quien no le ganó *la fiesta*, o quien, literal, consiguió no perecer en el intento (como vimos fueron los casos de no pocas mujeres *escorts*), puede llegar a ese punto donde se entrevisté un futuro alejadas de esos clientes alcoholizados y drogados *in extremis*, con los que constantemente se encuentran durante el desempeño de su trabajo:

A mí nunca me ha pasado nada, aunque no sea un ambiente nada padre [agradable]. Te lo juro, porque te topas con narcotraficantes, con borrachos, con drogadictos, o sea no sabes quién va a estar del otro lado de la recámara ni qué intenciones tenga. Entonces, gracias a Dios la he librado, [...] mi principal objetivo creo que ya lo logré. Y ya mira, si como una lata de frijoles diario no pasa nada, pero quiero una vida bien con este *wey* [novio actual] (Entrevista a *escort* Lucía, 45 años).

Esto no resulta una tarea sencilla, porque a menudo los negocios emprendidos no funcionan como se espera, las ganancias económicas en poco o nada se comparan con los altos ingresos a los que ellas están acostumbradas. En estos escenarios de azarosos y múltiples imponderables, también entran a escena los factores emocionales y motivacionales. En el caso de Lucía, por ejemplo, un momento que marcó su vida fue la relación sentimental que tuvo con M., cliente del sexoservicio quien, antes de entrar al narcotráfico, fue un exitoso productor en una de las más importantes cadenas televisivas del país.

La historia entre Lucía y M. bien podría ser la de una de aquellas telenovelas mexicanas: Lo conoció durante un *servicio de trío* al cual acudió con otra mujer con la que

se llevaba bien. La cita fue en un lujoso departamento donde él “se encerraba” durante varios días para beber, consumir drogas y tener amoríos fugaces de una o dos noches.

[Él] fue mi cliente. Obviamente fue un buen cliente. Yo lo conozco porque una amiga me lleva a su casa [...] a las dos de la mañana. Yo llego normal, pero esta chava estaba súper enamorada de él, enamoradísima. Entonces yo me tengo que salir a las 10 de la mañana, y él me dice: “por favor regresa en la tarde”, y yo le digo: “claro”, y me dice: “ya se apagó mi teléfono, pero apúntame tu número en un papelito”.

Esa noche estuvimos plática y plática, y mi amiga se paraba y le daba besos en la boca y él se quitaba, y yo decía “es un patán”; entonces una vez estábamos platicando de un libro. En una de esas, ella se levanta y comenta algo, y él le dice: “Tú cállate, eres muy ignorante”. Entonces yo pensaba que era muy patán, pero sabía que era un buen cliente porque te podías quedar ahí 10 horas y te las pagaba, te aventaba [*sic*] \$10,000 pesos sin problemas. A los 15 días me llama mi amiga súper enojada, me dijo que me iba a hablar su cliente el productor.

Al final de cuentas la relación escort-cliente sigue siendo una relación entre seres humanos, a pesar de la despersonalización con la que ambos encaran la situación, y, quizás en algún momento en que las caretas y corazas se caen, ocurren otras cosas más allá de lo puramente carnal, como por ejemplo compartir sentimientos, emociones genuinas, conversaciones interesantes sobre la vida, el amor... Aquellos son momentos de *apertura del ser* en los que verdaderamente se consigue conectar con el otro, el cual deja de ser extraño y desconocido.

Él fue productor [...] pero se metió donde no debía. [...] me habló para decirme que iba ir a Europa, y me dijo: “Yo no quiero que trabajes de aquí en lo que yo me voy. Dime cuánto pagas de renta, a cuánto ascienden tus gastos mensuales, pero vas a estar conmigo”; y él me iba diciendo: “¿No quieres algo diferente para tus hijas?”, pero yo le dije que no. Hasta que un día me propuso sacarme de trabajar y yo le dije que sí. Y así fue como empezamos.

Entonces ambos dejaron aquellos mundos de la prostitución y el narcotráfico, iniciando una breve pero intensa relación amorosa, con momentos buenos y otros sumamente problemáticos: “ese tiempo que vivimos juntos fue la peor etapa que viví con él, porque hubo un momento en el que me juraba que iba a cambiar, pero él agarraba la fiesta viernes, sábado

y domingo; y ya al final desde los miércoles. O sea, fue la peor etapa porque ya estaba muy mal con la droga”. Durante este tiempo viajaron a Europa, y a su regreso decidieron vivir juntos. Para salir adelante con los gastos económicos compraron un camión que acondicionaron para despachar comida en la calle. Aunque con esta nueva actividad no se estaban enriqueciendo, ni mucho menos, poco importaba debido a la compensación afectiva. Sin embargo, en los azarosos y peligrosos mundos de la prostitución y el narcotráfico, la factura a pagar tarde o temprano llega:

A los dos meses que estábamos viviendo juntos fue cuando lo mataron. [...] creo que él ya estaba muy metido y tenía que pagar un dinero que había tomado y no le correspondía. Fue entonces cuando le dieron cuello [*sic*], y pues ya. Sí fue importante porque me sacó de trabajar y viví cosas muy bonitas que no había vivido con nadie.

[...] era un tipo muy inteligente a pesar de que fue alguien que nada más terminó hasta la primaria, porque él ya no quiso seguir; era un tipo de lo más culto, hablaba cinco idiomas; entonces fue cuando me di cuenta que no se necesitaba ser demasiado estudiado para ser exitoso en la vida; pero se le fueron las cabras, literal, y pues así fue. [...] A mí me medicaron, me mandaron antidepresivos... cuando muere [*se le quiebra la voz*], ahí sí me mandaron antidepresivos (Entrevista a *escort* Lucía, 45 años).

Después de la muerte de M., Lucía se vio en la necesidad de regresar al trabajo que tanto le había costado dejar. Buscó a un antiguo padrote que anteriormente le conseguía servicios para pedirle ayuda y volver al negocio:

Cuando se muere M., regresé a trabajar: “¡Putal! ¿Qué hago? ¿Qué hago?”; ya había vaciado mi agenda, mi celular ya ni existía. Me acuerdo que tenía una *Black Berry* y ahí encontré el teléfono de R. [Padrote]. Porque cuando me fui con M., yo le dije: “Me voy a ir a vivir con alguien, dejo este *tema*”, “No te preocupes manita, cualquier cosa aquí estamos”. Pero cuando M. muere, le hablo: “La neta es que se me murió [*voz entrecortada*]. Necesito volver a trabajar”; “Sí, sí, sí flaca, ahí estamos” (Entrevista a *escort* Lucía, 45 años).

De tal forma que en estos trabajos el retiro es algo incierto, dependerá de las fortuitas circunstancias. El retiro también implicará abandonar aquel personaje construido durante el tiempo que dure la trayectoria *escort*. Y este nuevo proceso de desprendimiento no es para

nada una tarea sencilla. Porque el personaje representa vivir permanentemente en el juego fantasioso, en el enmascaramiento creado. Dejar de lado ese enmascaramiento conlleva aceptar la realidad: “[...] una vez que abandoné el puterío, decidí volverme real otra vez y abandonar lo fantasioso” (De León, 2012: 94).

Ocurre que algunas mujeres *escorts* se ven obligadas, por las circunstancias de la vida misma, a regresar a trabajar en el sexoservicio una vez que aquellos otros planes y proyectos no rindieron los frutos deseados.

[...] son minoría las putas que invierten en su futuro, o que cuando lo hacen se emplean en sacar adelante proyectos racionales y bien pensados. ¿Por qué? Porque eso exige pensar más, controlar más, y es de lo que la puta acaba siendo incapaz. Porque está siempre tan agotada. Cansada de estar pendiente de esto o aquello, cansada de estar estresada, cansada de medir, controlar, calcular [...] me temo que tal vez solo un cinco por ciento de ellas, o tal vez aún menos, son las que realmente logran utilizar lo que ganan labrándose un futuro mejor. Ah, y de estas, muchas lo hacen volviéndose ellas mismas empresarias del ramo, o sea: montando su propio negocio, volviéndose jefas de otras cuando la edad ya amenaza con dejarlas fuera de lugar” (De León, 2012: 20, 21 y 22).

Entonces, a su retorno deberán enfrentar las nuevas y complicadas condiciones del mercado sexual. Si el regreso se da cuando el tiempo biológico ha hecho estragos en sus cuerpos, se enfrentarán a las dificultades de competir en un mercado en extremo desigual, contra mujeres jóvenes altamente codiciadas por los clientes. Ante ello, y en tanto cuerpo-mercancía, deberán aminorar sus pretensiones económicas para, medianamente, competir. Bajo estas circunstancias, cada vez les resultará más difícil encontrar clientes regulares.

Esta situación quizás las obligue a aceptar clientes y condiciones que anteriormente, cuando se encontraban en el cenit de belleza y juventud, no permitirían, poniendo en riesgo su integridad física y anímica: consumir alcohol y drogas durante los encuentros, tener sexo sin protección, realizar fantasías sexuales que les desagraden en extremo, acudir a lugares peligrosos para brindar sus servicios...

[...] puede que las putas esporádicas no se sientan tan mal al principio. Yo tampoco vi mal prostituirme en los primeros tiempos. Pero cuando descubres que es un camino

sin salida, que es como la droga, que destruye y se come el resto de tu vida, que vuelves una y otra vez, aunque hayas pasado años “limpia”, y que todo lo demás que intentas realizar no te sale... mierda, mierda y mierda. Entonces el dinero y el glamour de sentirte deseada o de poder permitirte lujos no valen nada. No eres libre, aunque sea “solo” internamente, y eso es lo que cuenta [...] Estaba encaminándome hacia la somatización física de mi dolor, la enfermedad y la muerte, y lo intuía, pero no lo quería ver (De León, 2012: 13 y 15).

El conjunto de esta aventura, no debiera pensarse como un camino lineal; quizás la idea de círculo (vicioso) se adecue mejor a lo acontecido en la realidad. Se trata de un arduo proceso en el cual quedan inmersas aquellas que entran a ese (sub)mundo de lo *escort*, quienes vieron en él la oportunidad de un ascenso social rápido, quienes actuaron en búsqueda de representar un papel activo ante los escenarios totalizantes y desiguales que enmarcan a todos los personajes de la realidad social, aun a sabiendas de saberse portadoras, por y para siempre, del estigma social:

...cuando intentas dejarlo, ya no estás ni en el infierno... ni en el Cielo [...] eres para siempre una puta, y por lo tanto una mentirosa. Mientes como una puta. O sea, nadie te va a creer. Nadie va a pensar que intentaste (en serio) hacer otra cosa, pero no te salió. La sentencia es que eres puta por dejadez, por pereza, por vicio o por cortedad mental (De León, 2012: 19).

Capítulo 6. La racionalidad pasional de los clientes del mundo escort: ¿Por qué se contratan servicios sexuales?

El necesario abordaje de la perspectiva de los clientes

Para mí la principal razón es para sacar todo lo perverso que uno lleva. Las viejas luego dicen que los que contratan putas son porque no tienen con quién coger, pero no mames, esas viejas creen que una puta es lo mismo que coger con una mujer normal y ahí está su error. Las putas se dejan hacer las cochinas que otras viejas nunca se dejarían

Escrito por Godin, 20 de junio del 2020.

Son mucho más leves mis delitos: no incito asolamientos, destrucciones ni muertes horribles, sólo facilitar las deleitosas complacencias de amor inexcusables por modos a ninguno imaginables solicito, y del arte meretricio pretendo por mi astucia y mi desvelo ser nuevo Tiphis y otro Maquiavelo. Y no defenderé que bueno sea, mas sólo sé que los insignes hombres que fueron inclinados lo siguieron y los que fueron fríos no lo hicieron [...]

Fernández de Moratín, Arte de las putas, pp. 25-26).

En el caso de las trabajadoras sexuales, nos preguntábamos: ¿tienen cabida el placer y goce en el ejercicio del trabajo sexual? “¿Cuáles son los significados acerca de la corporalidad, los intercambios sexuales con los clientes, la experiencia del amor y la identidad, contruidos por mujeres que practicaron la prostitución?” (Betancur *et al*, 2011: 32). Interrogantes similares son pertinentes respecto a los clientes: ¿Cuáles son las razones por las que contratan *escorts*? ¿Quiénes son y qué buscan? ¿Qué acontece a nivel subjetivo y cuáles son los significados otorgados al cuerpo (propio y ajeno)? ¿Cuáles son los códigos y reglas que los movilizan como consumidores de sexoservicio? ¿Qué piensan de las *escorts* en particular y de las mujeres en general?

Desde este espacio, se ha planteado que no debiera soslayarse el abordaje académico de la perspectiva del cliente; más aún cuando en los estudios referentes al trabajo sexual, son escasas las investigaciones, como bien refieren Gómez *et al* (2015) en su estudio del caso español: “Sólo el 1% de los estudios e investigaciones se centran en el cliente, pero en ninguno de los estudios realizados se ha profundizado sobre los motivos de la demanda del sexo de pago [...]” (2015: 152).

Este último capítulo tiene como propósito arrojar luz en estos tópicos. Para intentar responder, se ha recurrido a diversas fuentes: i) lo que ellos mismos han escrito y reflexionado en un foro digital; ii) testimonios recabados directamente en entrevista; iii) la interpretación que de ellos hacen las trabajadoras sexuales, a partir de sus diversas experiencias; iv) algunos pasajes literarios. El lector conocerá las formas en que interactúan, sus nociones del trabajo sexual, el cuerpo, la sexualidad, el amor, las mujeres, entre otros interesantes temas.

El ánimo que ha guiado la escritura de esta investigación ha sido el de no enjuiciar moralmente a los actores principales: *escorts* y clientes. Importante es mencionar que, aunque la invitación a conversar se planteó a varios clientes del mundo *escort*, la gran mayoría decidió no hacerlo por temor a ser reprobados moralmente. Un hombre a quien se le contactó para una posible entrevista, explicaba así su negativa: “¿Quién va a querer meterse un balazo en el pie?” Desde luego esto tiene que ver con la poca o nula confianza para con el extraño-investigador, pero incluso hubo quien, aun teniendo una relación más o menos cercana con quien escribe, desistió ante el riesgo de ser descubierto por su familia y círculos cercanos: “Uno nunca sabe, amigo”. Existiría acaso una censura generalizada para hablar de estos temas, miedo al escarnio social que obliga a sus actores a mantenerse alejados de los reflectores públicos. De ahí entonces que el foro digital en el cual se realizó una inmersión etnográfica, cobre mayor relevancia. Al ser espacios de anonimato, ellos deciden cuándo y cómo expresarse libremente, valiéndose de personalidades paralelas, *nicknames*, alias y apodos.

En cuanto a los que accedieron a hablar a través de la plataforma de videoconferencias Zoom, es de llamar la atención, por ejemplo, su solicitud de no activar la cámara. Evidentemente buscaban proteger todas aquellas referencias que pudiesen revelar su

identidad, quedando expuestos. Uno de ellos se limitaba a ofrecer respuestas breves y cortantes. Esto contrasta significativamente con las cientos de publicaciones en el foro de internet etnografiado, donde, como se apreciará a lo largo del texto, las narraciones frecuentemente son detalladas y prolíficas.

El capítulo se estructura en cuatro apartados. En la primera parte se establece una clasificación general de los clientes. Posteriormente, se profundiza en la pregunta angular del capítulo: ¿Quiénes son y por qué contratan *escorts*? En la tercera y cuarta partes, se analizan los mandatos culturales de la hiper-masculinidad y lo *escort* vivido como un “deporte extremo”, en el que los clientes participan ansiando potenciar las elevadas cuotas de placer que los esclavizan; placeres insaciables productores de severas angustias y malestares.

Clasificación general de los clientes

Las características aquí enunciadas son generales y no definitivas; existen clientes que reúnen en su persona varios de estos aspectos (discapacidad y parafilia). Esta clasificación, ubicaría a los clientes de la siguiente manera:

i. Los de una sola vez: Aquellos que, animados por el deseo de experimentar eróticamente con mujeres poseedoras de intrínseca fogosidad y exuberancia –según los imaginarios sociales–, contratan servicios sexuales una sola vez o en escasas ocasiones.

Mi conclusión después de esos diez años, en los que además de putear ejercí una observación lo más lúcida posible de ese mundillo, fue que el ochenta por ciento de los hombres de España va de putas al menos alguna vez. Aún hoy pienso igual, y eso que he conocido a hombres que forman parte de ese escaso veinte por ciento restante. Incluso mi pareja, que nunca ha ido de putas, reconoció que, cuando era muy joven y estaba solo y sexualmente ansioso, más de una vez lo pensó. Su fuego sexual lo volvía loco [...] (De León, 2012: 11-12).

ii. Los casados o con novias: Buscan acostarse con prostitutas para “salir de la monotonía” (Entrevista con Roberto, 32 años) de sus relaciones estables, o también

para cumplir alguna fantasía sexual que de antemano sus esposas o novias no aceptarían:

El noventa por ciento de los clientes son casados. El resto, si no están casados, tienen novia. Por eso te digo, a mí este trabajo me quitó la confianza en los cabrones. ¿Cómo voy a confiar? Los clientes luego te dicen: “Ando con mi vieja, te hablo en un ratito”, o “sabes qué, mi vieja me bajó a hacer la cena, ¿qué onda, nos vemos mañana?”; Y yo: “¡Qué poca madre, cabrón! Tu vieja te está haciendo de tragar”. Entonces me dije, “¿cómo puedes confiar en un cabrón?” [...] (Entrevista a *escort* Lucía, 45 años).

iii. Los “Putañeros”: Expresión popular de larga data que hace referencia a aquellos hombres que contratan servicios sexuales reiteradamente, en grados en los que es factible hablar de una especie de “adicción”. Experimentan lo *escort* como algo necesario y como un “deporte extremo” que *deben* practicar. Son erotómanos voraces e insaciables, “buscadores de placer enardecidos” (Serna, 2022: 18) que ansían estar sexualmente con el mayor número posible de mujeres. Los putañeros buscan vivir en el “deleite dionisiaco” (Rivera-Garza, 2022: 303-304), en el “deslumbramiento erótico (real o imaginario)” (Serna, 2022: 35) producido por la belleza femenina: “[...] hay unos [clientes] que son putañeros, que no se les quita nunca, desde que empiezan a los 20 años. No sé, no sé, ¡pero son unos culeros malditos! [*ríe*]” (Entrevista a *escort* Lucía, 45 años).

Para algunos putañeros casados, tener sexo con *escorts* equivale también a evitarse muchos problemas amorosos, pues estas mujeres representan aventuras “casuales”, “canitas al aire”, que no comprometen tanto como otro tipo de relaciones en las que se inmiscuyen sentimientos y celos amorosos. Esto es, acaso,

un subterfugio moral para manchar el cuerpo sin comprometer la pureza del alma.
[...] una tabla de salvación para limpiar reputaciones o aplacar los remordimientos
[...] pues el alma siempre va a la zaga de las audacias corporales y trata de suplir las cadenas físicas con grilletes imaginarios (Serna, 2022: 42-43).

iv. Los enamoradizos redentores: Generalmente, aunque no siempre, se trata de hombres jóvenes atraídos, corporal y afectivamente, por las prostitutas. Se enamoran de ellas y, si tienen éxito, las convierten en sus novias o esposas; son clientes

redentores: “Yo tuve muchos clientes de esos que llamaban ‘enamorados’. Se encaprichaban contigo, venían con regalos, te invitaban a cenar, te preguntaban acerca de tu vida, te querían ‘rescatar’ y... bueno, acabé harta” (De León, 2012: 9). En la mayoría de estos casos, exigen de ellas exclusividad y fidelidad, algo que resulta por demás curioso.

— Yo no puedo ser como las demás. Tú sabes, mi trabajo...

— Me doy cuenta, y así te quiero.

— [...] ¿Tú crees que no te arrepentirás?

— Tengo conciencia de lo que quiero y de lo que hago.

— No te entiendo nada (Mora, 1972: 76).

v. Los *fetichistas*: Representan un segmento importante dentro del terreno de las llamadas perversiones (concepción clásica) o parafilias sexuales (denominación contemporánea). Este tipo de clientes obligan a preguntarnos si la prostitución tiene acaso una “función” social, permitiendo dar “desahogo” a aquellas manifestaciones que, de otra forma, resultarían insoportables y, quizás, hasta peligrosas socialmente.

Una vez uno de la banda [musical] ***** me contactó y me dijo que me iba a dar 10,000 [pesos], pero lo que quería era que yo me cagara en él, y le dije: “¡Ay no, no puedo! Aparte no soy una máquina de caca” [...]; y él me dijo: “No, de verdad, te doy 15,000”, y le dije que no; él insistió: “Bueno, vamos a hacer un trato: tú me la dejas ahí en el baño y yo me la como”. Imagínate qué filias traen. Eso me lo dijo por teléfono. Entonces sí he visto a gente que dices “¡no manches, qué asco!” [...]. hay gente con filas bien locas (Entrevista con *escort* Lucía, 45 años).

vi. Los *violentos*: Normalmente son sujetos asociados a las fuerzas policiacas o al crimen organizado, consumidores de alcohol y drogas en exceso. A menudo pretenden que las *escorts* consuman y se *enfiesten* con ellos. En estos casos, ellas deben ser muy inteligentes para no enfadarlos demasiado, de lo contrario se exponen a los peligros desmedidos de la violencia física.

Conozco [policías] federales y jamás los he visto armados, no van con la pistola *ahí*... Toman su servicio y ya. Luego me dicen: “Ah, yo trabajo en la [policía] federal”, o

“Soy comandante de la Judicial” [...]. Pero a los narcos luego luego (*sic*), se les nota. Además, empiezan a meterse un chingo de *perico* [cocaína] y traen la *fiesta*. Nada más les digo: “Ay, pero guarda la pistola, ¿para qué la quieres acá afuera? Yo no te voy a matar, ¡bájale!” Sólo estás atenta a que no se le empiece a ir la onda. Porque cuando se meten piedra [*crack*] empiezan a alucinar bien cabrón. Empiezan con el pinche delirio de persecución y después con *el mal del pollo*⁴⁶... Ahí es cuando dices: “Bye. Salte antes de que pase cualquier otra cosa”.

Había una chava que le encantaba andar con los clientes, pero eran de los *de verdad*. Y un día estábamos en un hotel y se oían gritos en el pasillo; un tipo ya la traía del cabello, y decía: “¡Es que es el diablo! ¡Mírala cómo se me queda viendo! ¡Es el diablo!”. Su amigo, que estaba con nosotros, le dijo: “¡Ya cálmate güey, ya cálmate, suéltala!” [...] Y entonces vuelve a regresar esta vieja, ya le habíamos dicho: “¡Ya estuvo! De verdad, un día ese güey te va a matar”; y ella decía: “¡Ay! ¡Cómo crees! No pasa nada”. Y en ese mismo hotel –inclusive todavía está cerrado–, le metió 25 puñaladas. No la mató, pero le sacó un ojo; y obviamente ya no pudo regresar a trabajar (Entrevista a *escort* Lucía, 45 años).

vii. Los sucios y feos: Se trata de hombres desaliñados y sucios en su aspecto físico, que también pueden llegar a ser violentos y peligrosos con las mujeres, de las que frecuentemente exigen, por ejemplo, tener sexo sin protección.

[...] Aquellos clientes estaban todos viciados. No se querían duchar antes del servicio, como los educados hombres a los que yo estaba acostumbrada, que se iban sin rechistar al cuarto de baño a enjabonarse bien enteros, o por lo menos sus partes. No, estos venían sudados y malolientes, pero peleaban como bellacos ante la mención de la fatídica palabra “ducha” [...]. Para remate, la mayoría intentaba hacerlo sin condón (De León, 2012: 37).

[...] en algunas ocasiones sí me negué a atender a algún cliente. Es más, de hecho, había clientes tan temibles que todas las chicas [de la casa de citas] se terminaban negando tarde o temprano a acostarse con ellos. Hay que imaginarse qué clase de hombre puede suscitar un rechazo tan radical por parte de todo un grupo de putas

⁴⁶ “Le llaman *el mal del pollo* porque se ponen en la alfombra a recoger lo que, según ellos creen que van a salvar de su droga. Pero no hay nada [*ríe*]. Le llaman así porque están pique y pique en el piso” (Entrevista a *escort* Lucía).

que, a fin de cuentas, suelen tener un aguante fuera de lo normal, porque reciben un dinero a cambio. Estamos hablando de un hombre sucio, es decir físicamente sucio, del tipo vomitivo. O de un sádico. O de un obseso desequilibrado que diera hasta miedo solo de verlo (De León, 2012: 77-78).

viii. Los tranquilos: Hombres de modales cordiales con los que no suele haber incidentes negativos entre ellos y las *escorts*.

Tengo un cliente que es contador, a veces lo veo cada mes, a veces cada tres meses, dependiendo [...]. Él tiene compañía en Brasil y en México, no me da nada de lata [problemas], te juro, en hora y media ya estoy afuera, y me da \$3,500 o \$4,000 [pesos] [...] (Entrevista a *escort* Lucía, 45 años).

Hubo muchos clientes que me trataron bien, pero este buen trato sólo era efectivo si yo continuaba en mi rol de puta y realizaba sus fantasías, las que fueran (De León, 2012: 10).

ix. Los discapacitados: Sobre este tipo de clientes se conoce muy poco; bien valdría la pena ahondar en cómo las personas discapacitadas, muchas veces por medio de sus familiares, contratan servicios sexuales para paliar las urgencias humanas del sexo. En México, la antropóloga Marta Lamas ha colocado en el debate lo que ocurre con ellos al respecto.

La cara del paralítico daba la impresión de bondad. Llegando a su casa nos sirvió coñac, puso discos, para demostrarnos que podía hacer cosas sin su ayudante. Después [...] nos pidió que nos descubriéramos las espaldas.

— Sí, nada más las espaldas —dijo temblando—. Tengo delirio por las espaldas.

Se acercó con su mano temblorosa, sudada, acariciando a cada una.

— ¡Hum! ¡Qué tersa! Parece una madera lisita, lisita [...]

Tocaba el turno del manoseo a Sonia. El hombre la acariciaba con una sonrisa de imbécil. De sus labios colgaban gruesos hilos de baba que él volvía a sorber.

Sonia gritó, trató de zafarse y él no la dejó. Volvió a gritar [...]

— ¡Me quemaste con tu cigarro!

— No le hagas caso, güerita. Acércate tú, las dos o la que quiera.

— ¡No! –gritó Sonia–. ¡Las vas a quemar!

— ¡Déjese quemar alguna, por el amor de Dios! ¡Les doy lo que me pidan, lo que quieran! [...] (Mora, 1972: 101-102).

¿Quiénes son los clientes y por qué contratan escorts?

«¿Sabes lo que eres?», me contestó; «un putaño, lo que se llama un putaño. ¿Te has gastado toda la plata en los burdeles?». Yo le dije que sí.

Mario Vargas Llosa, *La ciudad y los perros*, p. 392.

Los clientes del mundo *escort* son, generalmente, hombres de clase media (“Le he dado servicio al bombero, al literario, al maestro, de todo... ¿Quién se salva? Me cae de madre que nadie se salva”, *escort* Lucía), o pertenecientes a las altas esferas de la sociedad ([Un productor de televisión] “pagaba hasta 50 mil pesos ¡por un fin de semana! ¡En un fin de semana se mamaba [gastaba] eso! Y no salía del cuarto de hotel en dos días”, *escort* Lucía).

Asimismo, estar con *escorts* les imprime una marcada diferencia respecto a los hombres de menores recursos materiales, quienes, por ende, no logran acceder a los placeres a los que ellos sí tienen acceso de forma ilimitada, debido a su posición privilegiada en la estructura social: “Generalmente no te va a hablar un jodido. Porque, por ejemplo, yo cobro 1,200 pesos una hora; 1,500 una hora y media, o 2,000 dos horas. Por toda una noche cobro 6,000. No tan fácil te encuentras alguien que pueda pagar” (Entrevista a *escort* Lucía, 45 años). Esto forma parte de una particular manera de pensar, sentir y actuar, de una idea de hiper-masculinidad interiorizada, donde “[...] en ese ambiente competitivo, [...] cualquier ventaja sobre los demás debe quedar a la vista del mundo, la ostentación de hazañas sexuales tiene igual o mayor importancia que los signos de estatus” (Serna, 2022: 45).

Las razones por las que se contratan *escorts*, como ya se ha apuntado, son diversas. Aquí nos centraremos en las de mayor relevancia, partiendo de que “todos tienen su historia, sus manías, sus maneras, que allí además, por las características del ambiente en sí, salen sin tapujos, sin filtros, a lo bestia” (De León, 2012: 17). En ese sentido, ellos buscan acceder a

los placeres femeninos que, en la cultura occidental, generan tal “fascinación [...] la juventud y la belleza” (Houellebecq, 2019: 271), elementos que, de no ser por el poder del dinero, continuamente les estarían imposibilitados, como ellos mismos lo plantean:

Mi visión de la sexualidad y el cuerpo femenino cambiaron por completo desde que empecé a contratar escorts. He estado con mujeres de una belleza incomparable, mujeres con cuerpos esculturales y rostros hermosos. Escorts que combinan el deseo de coger con el negocio del sexo por dinero. Mujeres que en el mundo de las relaciones humanas “normales” jamás podría haber conocido y con las que mucho menos podría haber tenido sexo (Escrito por @comomefuecon, 7 de septiembre del 2021).

Aunado al imperativo cultural que exige de los hombres estar sexualmente con el mayor número posible de mujeres, pareciera existir cierta insatisfacción sexual masculina. Contribuye a esto la *cultura de la pornografía*: “Es increíble la cantidad de hombres que van a las putas sintiendo que las hacen gozar, pidiendo hacerlas gozar [...]. Se eternizaban, pero es que además su prepotencia era enorme. Estaban tan convencidos de su verdad, tan programados [...]” (De León, 2012:11). Esta *programación cultural* los disocia de la realidad, pues consideran que los cuerpos femeninos deben lucir y actuar como lo hacen las *pornstars* en las pantallas. Ante semejantes exigencias, sus parejas les terminan aburriendo: ellas no hacen “cosas de putas”.

Buscan equipararse a aquellos machos alfa que envidian-admiran; desean ser como ellos, estar dotados de sus atributos físicos con los que hacen gozar, hasta la saciedad, a las paradisiacas mujeres en las películas porno de las cuales son adeptos. No es de extrañar que un insulto intolerable para muchos hombres, sea escuchar, de voz de alguna mujer, que son pésimos amantes. En el imaginario masculino se colocan en las prostitutas atributos tales como: seducción sin límites, fogosidad en extremo, lujuria, capacidad multiorgásmica, en cualquier momento y sin los tapujos engorrosos de la moralidad.

Qué alejados de la realidad están muchos hombres. Después no es de extrañar que vivan la frustración en sus vidas. ¿Cómo no va a ser así, si ante lo natural sienten rechazo, y en cambio se vuelven adictos a algo que solo con gran esfuerzo puede una mujer sostener? Su día a día queda, pues, desprovisto de magia, chispa e ilusión. Porque lo cotidiano se les antoja feo, pesado y vulgar. Ya solo pueden sentirse

excitados y expectantes ante lo ilusorio, lo extraordinario, lo irreal (De León, 2012: 95).

Los clientes se encuentran atrapados en la *vorágine* de la urgencia sexual, inmersos en esa subjetividad masculina dominante definida por la hipersexualidad. Sus placeres se tornan insaciables, sin importar cuánta pornografía consuman, o con cuántas mujeres se acuesten, si éstas son hermosas o feas, rubias, morenas o pelirrojas, delgadas, gordas, con senos y caderas descomunales, altas o bajas...: “[...] la gran falacia en la que viven muchos hombres. Son incapaces de desear lo real. Van siempre en pos de fantasías [pornográficas] que además resultan insostenibles para las mujeres” (De León, 2012: 94). El deseo sexual masculino, el cual, “[...] no persigue fines altruistas: [sino] sólo busca satisfacer un anhelo de posesión” (Serna, 2022: 121), se encuentra en la espiral de la adicción corporal, buscando *algo* que nunca terminan por encontrar, comprando y consumiendo meros sucedáneos orgásmicos en el inmenso mercado sexual:

Paradójicamente, tal vez los clientes también buscan, en lo profundo, un sexo diferente, pero la puta no se lo da. Les da un sucedáneo. Ellos creen que reciben lo que venían a buscar, pero siguen hambrientos porque en realidad no han conseguido lo que verdaderamente necesitaban. Así se generan los vicios, las adicciones, las eternas ansias y búsquedas (De León, 2012: 98).

El siguiente testimonio deja entrever buena parte de lo hasta aquí expuesto. Se trata de un planteamiento en el foro de internet etnografiado, en el cual un hombre, además de preguntarse por qué se contratan servicios sexuales, solicitaba consejos tras la problemática en cuestión:

Vivo con mi pareja actual, una bella mujer de 35 años, bonito cuerpo (todos los días va al *gym*), de busto generoso y un trasero hermoso, exquisito y antojable. La paso bien con ella, peerooooo [*sic*] no es el tipo de mujer que haga cosas de “putas” a la hora de coger. Le gusta el sexo tierno, romántico y un poco duro cuando está caliente, pero hasta allí. No coge de perrito porque eso no tiene nada de romántico. Yo disfruto mucho con ella, pero también me gustan las “cochinadas” [...] coger como bestia salvaje, que se traguen mis mecos [*sic*], etc., pero nunca haría eso con mi mujer. ¿A ustedes les pasa algo similar? ¿Una de las razones para contratar servicio consideran que sería [para] poder sacar todo lo pervertido que uno lleva y que no se puede con

la pareja formal? Disfruto mucho estar con una puta y tratarla como tal, que me coma rico la verga, coger como animales, penetrarla en todas las posturas, pero me crea conflicto por las razones que he expuesto [estar casado y engañar a la esposa] (Escrito por *CRITER*, 20 de junio del 2020).

Sobre este mismo dilema, otro hombre refiere:

[...] muchos compañeros de aquí tienen a su esposa, su novia o una amante, y si contratan es porque buscan variedad para no caer en la monotonía o hacer cosas que su pareja no quiere hacer [...] nos gusta la variedad [...] preferimos invertir nuestros centavos en tener *sexo directamente y sin complicaciones*, en lugar de estar de arrastrados tras una “amiga” con la esperanza de cogérsela algún día, algunos perdiendo hasta su dignidad con tal de complacerla en todos sus caprichos, y la mayoría de las veces sin conseguir nada a cambio más que un pasaje de ida sin regreso a la *friendzone*. [...] al contratar *escorts* no se miente a nadie, las cosas son claras desde el principio para ambas partes, no tiene que mediar una falsa amistad para tener sexo con la mujer que queramos (Escrito por *El Diablo*, 2 de enero del 2022. Cursivas mías).

Es interesante cómo esta idea de tener *sexo directo y sin complicaciones* es frecuente entre los anhelos de los hombres que contratan servicios sexuales, o que tienen la intención de hacerlo en algún momento. Establecen sin tapujos la separación entre *cuerpo y alma*, entre el simple y llano sexo *sin complicaciones* y el campo de lo sentimental, el cual estaría reservado para las novias o esposas. Las “complicaciones” serían, entonces, el enamoramiento, el compromiso férreo de la monogamia y la fidelidad, el cortejo previo, y todo aquello que tenga tintes melodramáticos.⁴⁷

¿Por qué tantos emparejados van de putas? Pues en parte porque es cómodo. Porque el deseo masculino a veces resulta muy apremiante y muchos hombres no ven nada

⁴⁷ En la actualidad, las relaciones interpersonales entre hombres y mujeres se encuentran en un punto de tensión, debido al contexto social signado por los extremos recalcitrantes del machismo y el feminismo radical (es necesario decirlo, si bien esto es debatible y políticamente incorrecto). En ese sentido, por un lado, de parte de muchas mujeres persiste el miedo hacia lo masculino, en razón de los feminicidios registrados en México; por otro lado, la desconfianza de los hombres para acercarse a las mujeres y ser señalados como acosadores y agresores sexuales. Sin embargo, con las trabajadoras sexuales voluntarias se simplificaría la relación: sexo consensuado a cambio de dinero; poco o “nada” de sentimientos, malos entendidos o “complicaciones”. Aunque como hemos visto, en la práctica, y como parte de la imposibilidad de disociar aquello que precisamente caracteriza a los seres humanos, con frecuencia las relaciones escort-cliente, también se complican.

malo en buscar una mujer para follar, sin complicaciones emocionales. Una novia, un ligue o una pareja siempre exigen algo a cambio, pero una puta solo pide dinero. También porque muchas mujeres están inapetentes y algunos hombres no soportan bien la abstinencia, o les parece mal aguantarse (De León, 2012: 11).

Esta característica de disociación del cuerpo y alma se torna un justificante para discernir claramente entre lo que, consideran, refiere exclusivamente a las urgencias de los placeres de la carne y los afectos genuinos del amor que sólo encuentran en el seno del hogar institucionalizado. Así lo plantea un usuario en el foro de internet etnografiado:

[...] he llegado a la conclusión de que somos cuerpo y alma, las cosas que satisfacen el cuerpo no tienen nada que ver con las que satisfacen el alma, y viceversa; cuando quiero satisfacer el cuerpo simplemente me contrato una puta y le doy gusto al cuerpo.

Efectivamente cuando termina el servicio de la puti escort (*sic*), y el cuerpo está satisfecho, entonces viene la necesidad del alma; me voy a mi casa a convivir con mi familia y con los seres que amo, y el alma se satisface.

[...] Pero después de cierto tiempo el cuerpo y la carne exigen su necesidad, y volvemos a empezar (Escrito por *T-Rex*, 28 de agosto de 2017).

Otras de las poderosas razones por las que muchos hombres contratan servicios sexuales, tienen relación directa con las parafilias sexuales. Estas representarían un abanico inabarcable de posibilidades. Suelen no plantearse a las parejas por temor a ser juzgados y rechazados. Así, serán las *escorts* y otras trabajadoras sexuales aquellas que den escape a las semejantes tensiones que producen. Las prostitutas voluntarias que están dispuestas a hacer *aquellas rarezas*, fingirán incluso sentir placer con ellas, desempeñando roles y actos performativos (Goffman, 2012) que otorguen validez a la representación, tal como se analizó en el Capítulo 5.

A manera de ejemplo, en el foro analizado alguien desató el debate al preguntar si estaría bien mantener relaciones sexuales con una *escort* cuando ésta se encuentra en su periodo de menstruación; muchos no lo recomendaban, otros sí, y algunos más hasta lo deseaban, exponiendo una serie de razones que, además de engrandecer la figura masculina del *gran y verdadero amante*, también lo hacen de la mujer en turno, al asignarle atributos

de lujuria insaciable y ninfomanía. Un experimentado cliente del mundo *escort* recomienda a los novatos del “deporte extremo”:

La mujer menstruando es un verdadero manjar de reyes, de entrada, no hay peligro alguno de embarazo así que si se tienen suficiente confianza se pueden coger a gusto, a capela, y venirse adentro todas las veces que puedan. Luego, si no quieren manchar sábanas, nada como coger como perros en la regadera, porque además son esos días donde la mujer es más cachonda que nunca [...]. No hay mujer que en sus días no sea multiorgásmica, por no decir una auténtica ninfómana, hembra en celo en su máxima expresión.

Finalmente, la cereza del pastel es darle una buena refriega con la punta de la lengua a toda su vulva, sobre todo ese pequeño demonio llamado clítoris, que en ese momento está más sensible que nunca, y mirarse en el espejo, en esas fachas que los putañeros de antaño llamamos “el beso del payaso”. En resumen: no conocen a una mujer sino hasta que se la cogen en sus días. Más de 25 años de encerrones de experiencia me respaldan. Negarse esa experiencia es negarse una de las grandes experiencias de este otrora honorable deporte (Escrito por *Mezco*, 13 de agosto del 2020).

En síntesis, existe todo un abanico de razones –y, sobre todo, pasiones– por las cuales un número elevado, pero indeterminado de hombres contratan servicios sexuales *escorts*. Hay clientes de una o pocas ocasiones, que buscan experimentar algo diferente; otros más que son clientes frecuentes y asiduos, “putañeros”. O aquellos que buscan satisfacer alguna parafilia específica que difícilmente realizarían con una pareja “normal”, debido a las “extrañezas” propias de cada una de ellas, y al miedo y rechazo que suelen recibir por parte de la norma social. Muchos desarrollan la capacidad de separar cuerpo y espíritu, carne y sentimientos, concibiendo el sexo como algo ajeno de lo intersubjetivo. En estos casos, la desvinculación corpo-afectiva se vuelve peligrosa, precisamente porque anula al otro ser humano, a las mujeres y quizás también a ellos mismos, quedando entrampados en el Imperio del Placer:

[...] a las putas las eligen como quien pasa las páginas de una revista: me gusta, no me gusta. Qué fea. Qué guapa. Es muy mona, pero no tiene tetas. Me gusta, pero ya es algo mayor, ¿no? Etcétera. El día en que una encargada (deprimida y en trance de

dejar su oficio) me confesó qué clase de comentarios le hacían muchos clientes acerca de las chicas, mientras deliberaban con cuál quedarse, se me cayó el alma a los pies. Porque dentro de la habitación y en tu cara a lo mejor disimulaban, pero fuera, a la hora de elegir... no eras más que carne, o casi. Y ver sus reacciones, oír sus frías disecciones acerca del aspecto de una mujer, a veces resulta muy fuerte hasta para la encargada [de la casa de citas] (De León, 2012: 26-27).

El “deporte extremo” de los placeres insaciables y la angustia erótica

Se me reprochará quizá que concedo excesiva importancia al sexo; no lo creo. Aunque no ignoro que otras alegrías ocupan poco a poco su lugar, en el curso del desarrollo normal de una vida el sexo sigue siendo el único momento en que involucras personal y directamente tus órganos, por lo cual el paso por el sexo, y por un sexo intenso, sigue siendo obligado para que se produzca la fusión amorosa, nada puede realizarse sin él, y todo lo demás, normalmente, dimana de él suavemente. Hay algo más, por añadidura, y es que el sexo constituye un momento peligroso, el momento peligroso en que uno se la juega.

Houellebecq, *Serotonina*, p.61.

Lo *escort* es vivido por muchos de los clientes asiduos como un “deporte extremo” que *deben* practicar; es decir, se despliega un mandato social. Tiene como reglas generales mantener el anonimato y la discrecionalidad, además: “Este deporte es para quien tiene dinero y está dispuesto a gastarlo en sus placeres” (Escrito por *Sugar Daddy*, 12 de diciembre del 2021). En tanto deporte, se compite por acceder a las mujeres más jóvenes y bellas, a las encarecidamente exclusivas o VIP, todo ello en términos cuantitativos. El imperativo es ese: poseer a las mujeres de atributos sensuales y voluptuosos, porque “la voluptuosidad es un narcótico que aguza los sentidos a cambio de nublar la memoria” (Serna, 2021: 139), en una carrera que establece jerarquías y diferencias entre los clientes experimentados y los neófitos.

En una publicación en el foro de internet explorado, un usuario con el *nickname* “Hércules”, preguntaba abiertamente: “¿Con cuántas escorts han estado a lo largo de toda su carrera?” Una de las respuestas enlistaba un total de 109 *escorts*, todas ellas con sus “nombres” o, en los casos en que estos se habían olvidado, se colocaba su nacionalidad u otra referencia geográfica para ubicarlas: “uruguaya”, “culichi”, “veracruzana”, “italiana”, etcétera; y las veces en que se habían repetido los encuentros, marcados con uno o más asteriscos. La gran mayoría de los usuarios ofrecía números similares, aunque también hubo quien dijo haber estado únicamente con 20 escorts, seguido de un emoticón que expresaba tristeza. En el terreno de las estadísticas, otro usuario respondía con números increíblemente superiores:

Hace dos o tres años alguien preguntó eso mismo y hubo quienes contaron 300, 400, y los más 700 u 800 [*escorts*]. Yo por ese tiempo todavía pensaba que podía llevar la cuenta y suponía que eran arriba de las 500, pero ya hoy es imposible seguir el número, deben ser como 700, desde el 2003 [al 2019], y pues ya más bien pienso en infinito, pues *es realmente algo adictivo*. Eso sí, de todas ellas las 3/4 partes han sido maravillosas, pues cada vez afinas más tus criterios de búsqueda... (Escrito por *Prendido*, 25 de abril de 2019. *Cursivas mías*).

Y ya entrados de lleno en la competencia, alguien afirmaba: “He estado con aproximadamente 2,000 mujeres del medio a nivel mundial en un periodo de 6 años”. Esta afirmación suscitó la incredulidad de otro participante, por lo que aquel usuario se vio interpelado para ampliar su respuesta, la cual guarda relación con aquellos placeres que parecieran insaciables, volviéndolos erotómanos voraces que, aun estando sexualmente con tal cantidad mujeres, nunca resulta suficiente porque, como se lee en el testimonio anterior, “es realmente algo adictivo”. Como cualquier adicción, conlleva además de la adrenalina y el placer del momento, ansiedad y angustia constantes, implicando al mismo tiempo un considerable gasto económico. Veamos la respuesta de aquel usuario que afirmó haber estado con más de 2,000 *escorts* en tan sólo seis años, ante el descrédito del otro sujeto:

Te explico: yo era un enfermo [sexual], tenía en promedio 8 o 9 chicas distintas por semana, gasté lo que no te imaginas, más o menos unos 2 millones de pesos, obvio el dinero no me falta. Hoy estoy en tratamiento, desde hace 4 años sólo he estado con una mujer (Escrito por *Arthur*, 4 de septiembre 2018).

Esto es similar a lo expresado por uno de los entrevistados para esta investigación, quien, al preguntarle expresamente las razones que lo motivarían a contratar *escorts*, refiere lo siguiente:

[...] la verdad soy bien pinche caliente. Todo el tiempo estoy pensando en mujeres, mi vida gira en torno a las mujeres. Yo cuando llego a cualquier lugar lo primero que hago es buscar a las mujeres guapas. Me encantan todas las mujeres, pero de verdad que a veces siento que no es algo normal que me gusten de tal manera. Tal vez exagero un poco, pero sí llega a ser una tortura mirar tanta hermosura y no poder poseerlas a todas. ¿Y qué busco? Pues probarlas [*ríe*]. Para serte sincero, probar esas mieles es uno de los placeres más chingones de la vida. No hay más. Los que no lo hacen es, o porque no tienen dinero, no se animan o no les gustan [*ríe*].

[...] todo el tiempo quiero ver mujeres: en la calle, en la televisión, en Internet, ver pornografía... hasta los pinches catálogos de lencería me prenden. Y hay un punto del día en el que no aguanto más... y la verdad sí tengo que masturbarme bien cabrón o salir con alguna chava, o de plano contratar algún servicio. Es una urgencia que no puedo evitar. A veces sí me da miedo porque puedo desvelarme toda la noche viendo porno y masturbándome, he llegado hasta a sangrar; o también he gastado todo mi sueldo en *escorts* en un fin de semana [...] No tengo llenadera [*sic*] (Entrevista a “Ernesto”, 35 años).

El placer desmedido será una bandera que guíe sus acciones. Son “personas altamente intensas o adictas a la adrenalina, a los riesgos, a las aventuras y, por qué no decirlo, a la promiscuidad” (Escrito por *Picasso*, lunes, 13 de febrero de 2017). Estos sentimientos de urgencia e insatisfacción permanente, no serán apaciguado ni con 100, 200, 1,000, 2,000, o más mujeres, dejando a uno que otro sumergido en el vacío y la soledad. Esta “Excitación por todas partes, una envoltura de libidinosa excitación” (Coetzee, 2017: 34) a la que se es *adicto*, instaura en el sujeto “...la posibilidad de desarrollo sin fin en el reino de lo erótico” (Coetzee, 2017: 46). Predisposición a vivir permanentemente en ese reino hedonista, al filo siempre de la adrenalina y la emoción producidas por el encuentro con una mujer distinta cada día, como si lo único que importara fuese el deleite sexual por sí mismo: “el mayor placer consiste en estar en todo instante al borde del placer” (Carrère, 2020: 132):

Quienes han contratado a escorts saben que el momento que sigue a la llamada para autorizar el acceso de nuestra acompañante es un instante *sui generis*. A uno lo invaden un cúmulo de sensaciones encontradas: el placer, el nerviosismo, la emoción, la calentura, el pulso del corazón comienza a latir estrepitosamente. Uno se mira al espejo; roba el aire de la habitación con un profundo suspiro; vuelve a contar el dinero que ha puesto sobre el tocador (Escrito por @comomefuecon, 6 de marzo del 2020).

Quienes categóricamente afirman ser una especie de “adictos” a la adrenalina, la aventura, e incluso a la “promiscuidad” que conllevan este tipo de encuentros, se oponen a la monotonía de una relación “normal” o socialmente aceptada: “A mí me gustan las putas, las novias me aburren” (Escrito por *Fidelius*, 13 de febrero de 2017). En un sentido similar, otro usuario señala que “Un gran porcentaje de hombres que acuden con prostitutas lo hacen precisamente por eso: no se animan a llevar prácticas sexuales que sus parejas estables (novias o esposas) no aprueban...” (Escrito por *Lince*, 21 de junio del 2020). Como vemos, aparece una y otra vez el complejo enigma de las parafilias y la incompatibilidad de *resolverlo* desde la institución de la sexualidad:

Te encuentras con absolutamente de todo. Por ejemplo, que les metas cosas por el culo. Te pagan hasta 5,000 pesos porque les metas el puño completo. Y mientras no me lo metan a mí, yo no tengo problemas. También hay un tipo que me dice: “A mí trátame mal, como un perro”, y le puse el cinturón y lo traía, literal, como un perro; le gustaba que le dijera: “ahora sí perro, así te quería ver, rendido a mis pies”. Te digo, traen un rollo bien raro en la cabeza. Hay unos que de verdad no entiendo. Un tipo una vez estaba con la ropa de su esposa. O *giieyes* que te llevan la ropa de la esposa, zapatos de la mujer, y te los tienes que poner. Entonces no entiendo ese *show*; pues si tienen a la vieja en la casa ¿para qué te quieren vestida de ella? Tenía yo un [cliente] doctor, un neurólogo, una eminencia el tipo, y él tendía mucho a hacer eso [...]. Y ya sabes, lo típico: que vístete de conejita, que si traes disfraces –porque les encanta verte con medias y ligeros, eso es lo más básico.

También tengo un cliente que es inglés. [...] A él le gusta vestirse de mujer. La última vez él me decía, cuando estábamos en la habitación, que era “Laurita”, y que cuando estaba en la escuela la vieron enseñándole los calzones a sus compañeros, por eso habían llamado a su mamá. Y pues le tuve que pegar, porque obviamente le gustan

los golpes; ya después de que se termina de vestir de Laurita, se levanta y se va como si nada, como si se rompiera el encanto.

Ellos te hacen una historia, se visten como mujer, te dicen que les pegues, que los humilles y los castigues –se llama *servicio de dominación*–; a estas alturas ya no me sorprende nada, sólo digo “sí le entro” o “no le entro” (Entrevista a *escort* Lucía, 45 años).

En este “deporte extremo” a veces también se apuntan –con poca frecuencia, hay que decirlo– otros riesgos a los que se exponen sus participantes, quienes, al ser “hermanos de leche” por compartir los placeres de más o menos las mismas mujeres, corren el riesgo de contagiarse de enfermedades de transmisión sexual. A la pregunta inicial de “¿Con cuántas *escorts* han estado a lo largo de toda su carrera?”, un usuario con el *nickname* “Buena Leche”, responde con otra pregunta: “¿Y cuantas enfermedades has contraído? (la pregunta es en buen plan, sin mala leche)”, pregunta que no recibe respuesta por el iniciador de la conversación, pero que responde alguien más, colocando el acento, o la responsabilidad, no en él como practicante de ese “deporte extremo”, sino en una *escort* en particular: “Shaina me contagió condilomas, tengo las pruebas médicas y los registros del hospital, recibos de honorarios médicos” (Escrito por *Sincero*, 26 de abril de 2019). Las *escorts* que reciben este tipo de acusaciones en el foro a menudo son señaladas y estigmatizadas, lo cual se traduce en pérdida de clientes e ingresos económicos.

Muchos clientes están casados. De hecho, la mayoría de mis clientes lo estaban o tenían pareja. Ninguno se planteaba que le estuviera haciendo daño a su mujer (¡aunque muchos pedían hacerlo sin condón!) (De León, 2012 :10).

En el mundo *escort*, se valora y exige que ellas sean extraordinariamente limpias y saludables, sin considerar los riesgos a la salud ya descritos. La Revolución Sexual iniciada en 1968 y posteriormente la instauración de la cultura pornográfica, han contribuido en buena medida a esta ignorancia, pretendiendo esconder la peligrosidad de los vínculos promiscuos. Los jipis clamaban por desaparecer la monogamia y el conjunto de valores en torno al sexo entendidos como diques represores de la libertad (más bien libertinaje). En el porno difícilmente se encuentran escenas en las que los actores, por ejemplo, usen condón, porque:

Lo real no entra en la pornografía, un mundo mentiroso [...]. No debes hacer pensar al cliente acerca de cosas feas como contagios o posibles enfermedades, [...] posibilidades muy reales. Debes hacerle entrar en la fantasía de que realmente está asistiendo a un espectáculo de deseo entre dos mujeres que, además, son íntimas y eternas como diosas. Nunca van a enfermar ni a morir. No son vulnerables a infecciones, ni a contagios. La vejez no las tocará, ni tampoco la tristeza, la desgracia o la miseria (De León, 2012: 87).

El sistema de valores en el mundo *escort* se sostendría en gran medida por los códigos y reglas hasta aquí descritos. Desde luego tendrían cabida otros más que quizás aquí no fueron retomados. De igual manera, es importante mencionar que no quiere decir que no se quebranten de vez en cuando. En este sentido, deberían considerarse dichas relaciones en su justa dimensión humana; que son bastante complicadas, desde luego; tóxicas en muchos casos; que escapan a menudo del *deber ser* socialmente establecido, ni dudarlo. No obstante, debemos tener siempre presente que al final de cuentas se trata de personas que establecen vínculos entre sí, a pesar de que estén mediados por el dinero y el intercambio sexual.

En esta línea, es interesante observar, por ejemplo, cómo no pocos clientes se enamoran de las *escorts* con las que establecen regularidad y constancia en los encuentros. Veamos la reflexión de un usuario a propósito de un largo e intenso debate en el foro, provocado justamente por la publicación de otro usuario quien pedía consejos luego de aceptar que se había enamorado perdidamente de una *escort* con la que había establecido una relación amorosa, pero que ahora no toleraba que ella ejerciera su trabajo, pues esto significaba no tener exclusividad sobre su cuerpo. La reflexión es relevante además porque ilustra buena parte de los imaginarios de los clientes, lo que ellos consideran *debe ser* una *escort*:

Una máxima de este [ambiente es] “clavar, sin clavarse” [enamorarse]. ¿Será un enamoramiento real o solo es parte de la fantasía de poseer a una hermosa cortesana?

En estos días se ha tocado este tema el cual podría jurar que ha pasado por la mente de casi todos los que estamos inmersos en el mundo de las *escort* de alto nivel. Y si alguno de nosotros en su momento hemos dicho que de esa agua no beberemos, estamos totalmente equivocados porque tal cual dice el dicho: “A cada santo le llega

su día”, en algún momento de esta vida puteril [*sic*] nos topamos con personas que hacen cuestionar esa frase tan legendaria.

¿Cuál es el problema de sentir amor por una escort o clavarse con ella? En mi punto de vista ninguno, honestamente debemos de aceptar que es algo normal sentir una atracción por una mujer que juega un rol de amante, de amiga, de terapeuta y hasta de confidente porque muchas de estas chicas tienen que fletarse los líos emocionales de una gran cantidad de clientes que ven en ellas el desahogo, el sentirse queridos y amados en los 60 minutos que compra su dinero.

Es una mujer que siempre va a llegar a verte muy arreglada, cumple tus fantasías de vestuarios, de lencería, de trato y de formas de tener sexo con ella, incluso hasta de cambios de rol. Es una mujer que ha invertido gran parte de su tiempo y ganancias en verse bella, tener un cuerpo altamente atractivo y estético [...]. Es una mujer que no te va a dejar de dar buen trato si estas feo, gordo, calvo, cacarizo o apestoso, pero tampoco te va a dejar de cobrar por estar guapo, tener una figura de 10 o una verga de rey. Es una mujer diseñada para cautivar a primera vista, un arma perfecta de seducción la cual hasta sabe psicológicamente cómo tratar al cliente en turno tan solo de verlo o de escucharlo en la llamada de rigor.

Contratar una vez, dos veces, tres veces y en una de esas, si es que la famosa química se da entre ambas partes, la relación de escort-cliente pasa a un siguiente nivel. Es obvio, ellas también necesitan tener una contraparte como cualquier persona, fuera de su profesión son personas que tienen las mismas necesidades afectivas que nosotros. Pero la misma forma en que pensamos como hombres que todas las que ejercen el oficio de cortesanas son mercenarias, tramposas, infieles, que sólo buscan sacar provecho... así muchas de ellas piensan de nosotros los clientes que somos todo eso y mucho peor.

[...] en el transcurso del servicio, si es que existe la química mutua, se van derrumbando las barreras y es en ese punto cuando la mente comienza a superar a la razón y comienzan las fantasías mentales, que bien aplicadas, y perdiendo la máxima ordenanza de *no clavarse*, se inicia un vínculo especial en el que el juego se torna con nuevas emociones y fantasías. Del gusto se pasa a un enamoramiento fugaz, los mensajes, las llamadas, las salidas juntos, los regalos, whatsapearse [*sic*] a toda hora y traerla en la mente todo y absolutamente todo el día esperando la hora o el día de

poderla ver para sentir que te pertenece y que si las estrellas se alinean va a dejar de ser una cortesana para convertirse en tu mujer por la cual puedes poner tu mundo de cabeza y dejarlo todo creyendo que esta vez serás el tipo más afortunado del universo y las cosas serán diferentes y serán felices para siempre.

Tristemente, amigos, el que haya llegado hasta ese punto quiere decir que ya valió madre y está completamente clavado, y más aún, enamorado de la ilusión que comenzó en un cuarto de hotel pagando una hora de 2000 pesos. Y sí, claro que se puede vivir el momento... ¿qué sería de la vida sin correr los riesgos y jugársela? El que quiera que pruebe, no es un crimen ni lo peor del mundo; tal vez una que otra vez se haga la magia y resulte que ambos eran almas gemelas destinadas a encontrarse y vivir felices para siempre.

Se puede vivir un momento increíble porque, aunque parezca menos posible, sí existen chicas maravillosas que tienen como mujeres mucho que ofrecer, que desean ser tratadas de una manera diferente y con amor, mucho amor para dar a quien esté dispuesto a recibirlo sin juzgar ni cuestionar. Pero la realidad existe y tenemos que estar plenamente conscientes que: siempre existirá un pasado en ambos y se necesita tener mucha salud mental y mucha seguridad como individuo para que una vez que termine la fase de enamoramiento y todos esos días donde solo esperas llevarla a la cama para hacerla tuya sea realmente tu pareja y la trates como tal llegando a olvidar que alguna vez le pagaste por estar contigo, que alguna vez fue cortesana y que pudo conocer a gente que conoces y que incluso pudo haber estado con tus amigos más cercanos del mundo putero o de la vida real.

También ellas deben de estar seguras que siempre serán tratadas con respeto y que una vez terminando la etapa de la pasión seguirán siendo queridas y respetadas, que no te vas a referir a ella nunca como puta en tono despectivo ni vas a montar una escena de celos cuando otro hombre la salude en la calle o cuando escuches mensajes en su celular y no precisamente de su familia [...]

Es mentira decir que se puede tener una mentalidad liberal donde puedas aguantar que tu amor esté con otros, cuando a una mujer se le ama de verdad no se presta ni con la mirada [...]

[...] No hay que satanizar ni hacer parecer que enamorarse de una hermosa mujer de profesión cortesana está mal o indebido, claro que no, de que se puede, se puede, pero

una vez más insisto en que se deben tener claros los objetivos, saber en dónde se está parado y estar consciente tanto de las partes buenas como las no tan buenas que en todas las relaciones se dan, y más en *personas altamente intensas o adictas a la adrenalina, a los riesgos, a las aventuras y por qué no decirlo a la promiscuidad*.

La mente es tan poderosa o tan jodidamente cruel que pueden hacer que una relación con la modelo de tus sueños pueda ser el momento más maravilloso de tu vida o una eterna pesadilla.

Queridos foristas y amigos, esto no es curso o instrucciones de lo que se debe o no se debe de hacer, es un texto donde se dice la verdad de las cosas y que cada quien saque sus propias conclusiones en base a sus necesidades afectivas, pero recordando que ellas no son “trofeos”, son mujeres que aman y disfrutan la vida a su manera y así como tú eres abogado, doctor, ingeniero, policía o panadero, ellas tomaron esta profesión para ganarse la vida “con el sudor de sus nalguitas”, como dice una querida amiga del medio y excelente escritora, por cierto.

Clavar sin clavarse sólo se logra no formando vínculos de ninguna especie. Si ya te clavaste o lo estás haciendo, te invito a que hagas una reflexión del tipo de hombre que eres y de lo que puedes llegar a soportar. Si eres un hombre celoso, controlador e inseguro es muy probable que termines suicidándote por un amor [...]. Tú decides si te clavas o no a sabiendas de que puedes morir en el intento, perder hasta lo que no tienes y, sobre todo, perder la paz y salud mental [...]. Elige cuál de las dos opciones deseas ser, porque una vez adentro, estimados amigos, es un camino sin retorno [...] *(Escrito por Picasso, 13 de febrero de 2017)*.

El “bombardeo” de la cultura pornográfica y su relación con lo escort

En “El Orgasmógrafo”, cuento de Enrique Serna, se narran los entresijos de una sociedad futurista extremadamente hedonista que funciona, literalmente, a partir de los orgasmos producidos por sus integrantes. Esta sociedad ha experimentado ya diversas *revoluciones sexuales* y liberado aquellas fuerzas libidinosas que serían su propio motor, cual si de una especie de parodia del *Eros y civilización* del freudomarxista Herbert Marcuse se tratase. Al romper todos los diques represivos, los individuos estarían sujetos y obligados a producir dicha energía, la cual se contabiliza y registra en sofisticadas máquinas contadoras

de orgasmos, determinando de esta manera quiénes debían ser, o no, perseguidos, encarcelados y/o asesinados. El relato lo protagoniza una joven mujer a quien no le interesa el sexo *per se*, y un joven enamorado; ella, idealista, busca el amor verdadero y permanecer casta, virgen, ¡contra toda lógica posible! Por tales incomprensibles razones,

Sigüenza mandó encadenarla a la cama y le asestó un maratón de videos pornográficos: tríos, cuartetos, felaciones, escenas lésbicas, zoofilia, sadomasoquismo. Ni con los ojos cerrados podía dejar de ver el trasiego incesante de órganos genitales, pues un microcircuito conectado a su sistema nervioso le trasmitía las imágenes al cerebro (Serna, 2021: 78).

Si bien lo anterior es una exageración producto de la ficción literaria, en cierta medida es acorde con muchas características de la cultura pornográfica imperante y sus valores de maximización hedonista, tal como ha quedado patente en diversos pasajes de esta investigación. Y a pesar de que no se trataría de criminalizar lo pornográfico *per se*, en el entendido de que representa un elemento recreativo para el disfrute sensual de las sociedades contemporáneas y una conquista de las libertades en Occidente, parece ser que la cultura pornográfica, llevada al extremo, coadyuva sobremanera en la agudización de los grandes problemas sexuales de la actualidad, incidiendo negativamente en cómo hombres y mujeres se vinculan eróticamente, produciendo cuadros patológicos en un número considerable de individuos:

Cuánto daño hace la pornografía, al invadir los medios de comunicación y mostrar a los hombres una imagen irreal de cómo es el sexo y cómo es la mujer. Cuánto daño hace la presión psíquica por parecerse a los héroes o heroínas de esas películas o de otras que, ya sin ser pornográficas, giran únicamente en torno a pose, pose y pose. El glamour de lo vacío, de la fachada (De León, 2012: 96).

Resulta casi imposible escapar a los artilugios e imperativos del Orden Sexual que pareciera abarcar todas las esferas sociales, penetrando así mismo en los ámbitos privados, de intimidad, tras la porosidad de las fronteras entre lo público y lo privado durante los últimos 50 años. Así, se colocan en los sujetos severas exigencias a las que se ven impelidos de responder, buscando saciarlas, abarcarlas en su totalidad, produciendo enormes ganancias para esas máquinas registradoras de orgasmos (como en el cuento de Serna). Esto es

experimentado por los sujetos como un “bombardeo” a los sentidos, el alma, la psique, y el cuerpo:

Es que como te decía: sales a la calle y ves mujeres jóvenes y hermosas, con vestiditos luciendo sus preciosos cuerpos [“...piezas tan reducidas cuya función no era esconder nada sino exclusivamente catapultar la imaginación hacia extremos viciosos” (Vargas Llosa, 2016:194)], luego prendes la televisión y más mujeres hermosas, no puedes ni ver los pronósticos del clima porque te meten a una jovencita con putivestido [*sic*] diciéndote lo caluroso que estará el clima, ¡mientras tú ya estás más caliente que el mismísimo sol! [*ríe*]. Lo mismo si ves una película o serie: puras mujeres preciosas, o si ves un video en YouTube, ni se diga. Mujeres bailando y contorsionándose, que cuando acaba el video lo único que quieres es tocarlo... Y así, en el Internet todo el tiempo hay mujeres en tanga, haciendo ejercicio, yoga, bailando, y así no se puede [*ríe*]. Súmale además el Tik Tok, el Only Fans... Ya para cuando abres el porno tienes muchas horas de haber sido bombardeado, y como se dice: “el cuerpo no es de palo”. La tortura sería eso, querer más y más, querer probarlas y gozar [“...la tentación de morder todas las frutas prohibidas” (Serna, 2022: 21)], no hay más (Entrevista a “Ernesto”, 35 años).

¿Habría entonces algún límite? El mismo entrevistado, respondió:

En el placer nunca hay límites. Entre más pruebas, más quieres. Haz de cuenta que es como una droga que necesitas para vivir. Es más, es peor que una droga porque en las drogas sí tienes un límite de sustancias disponibles, pero con las mujeres no. ¡Hay tantas mujeres en el mundo! [...] me pueden gustar de todo tipo: altas, chaparritas, delgadas, un poco llenitas (aunque las gordas de plano no, salvo que tengan grandes pechos), rubias, morenas, pelirrojas, caderonas, nalgonas, con pocas chichis, con muchas... Es que, por ejemplo, puede ser que una mujer no tenga las grandes medidas, pero puede estar muy bonita de la cara, o sólo tener unos ojazos o unos labios sabrosos, ya con eso es razón suficiente para que quiera estar con ella, para que muera por besarla, por acariciarla... Cuando veo una mujer que me gusta inmediatamente empiezo a imaginar cómo gemirá en la cama, la empiezo a imaginar en esta o aquella posición, imagino cómo se verán sus ojos cuando está caliente [“Me

gusta que al mirar la cara de una mujer puedas imaginarla gozando” (Carrère, 2020: 130)]... Te digo que está cabrón” (Entrevista a “Ernesto”, 35 años).

En medio de toda esta *vorágine* de placer, hay clientes que en algún momento llegan a reconocer su insatisfacción y soledad, mismos que no consiguen saciar a pesar de estar con una y otra mujer. Sin embargo, la gran mayoría de los clientes coincide en que es prácticamente imposible cambiar:

No te engañes compa, así como las putas nunca se retiran, igual los putañeros, este vicio de coger con perfectas desconocidas nunca se quita, ni aunque te cases (Escrito por *Bruno Díaz*, 8 de febrero del 2019).

Porque estos mandatos se les presentan de forma *natural, cristalizados, inmutables*. Los “obliga” a ser hombres “alfa” o “beta”, al final de cuentas, erotómanos voraces:

[...] Si eres *alfa* siempre vas a preferir a las mujeres sumisas, con las que puedes dar rienda suelta a tu macho cabrío, por lo regular suelen ser jóvenes con poca experiencia, con las que pones en práctica todo tu repertorio, el mayor placer es hacerlas gozar, sentir cómo cada caricia las lleva a otro nivel de excitación, sus orgasmos son el mayor triunfo que puedes obtener, difícilmente te enculas [enamoras], ya que la variedad y conocer nuevas posibilidades siempre es tu prioridad. Los *betas*, por el contrario, son románticos empedernidos que se clavan por años con la misma *escort*, normalmente disfrutan de los placeres que les proporciona ser dominados por mujeres que por lo regular ya tienen un buen camino recorrido y se las saben de todas, todas; creen que por ser clientes frecuentes, “de cabecera”, los consideran sus novios, parejas o algo así, y eso los hace felices. Es casi un hecho que pueden estar muchos años consumiendo lo mismo. ¿Ustedes de qué tipo son? (Escrito por *Sugar Daddy*, 12 de diciembre del 2021).

Esta característica de inmutabilidad expresaría ese supuesto *deber ser* masculino. Como se ha observado, consideran que su condición es irremediable y, por lo mismo, el único camino posible para vivir de acuerdo a las legítimas instituciones de la sociedad (matrimonio, monogamia, fidelidad), es manteniendo las “apariencias”, la fachada social, mientras en secreto, ejerciendo los valores del “deporte extremo” de anonimato y discrecionalidad, consumen servicios sexuales con la mayor cantidad de mujeres como su bolsillo se los permita:

[...] es algo inevitable. Puede ser que haya hombres que no tengan tanta urgencia por coger o por ver y estar con las mujeres, pero al menos en mi experiencia sé que todos somos iguales. Te lo juro, yo tengo muchos amigos que están casados y todo, que son señores respetables y la mamada, que te dicen que ellos nunca traicionarían a sus esposas y te juzgan, pero esos mismos cabrones luego son los más enfermitos [*ríe*]. Son los que tienen perversiones que hasta uno dice “estás cabrón, güey”. O sea, un hombre no puede resistirse a una mujer. Las mujeres sí pueden. No es que ellas no sean tan calientes, sino que son más cuidadosas o, digamos, selectivas. Pero los hombres nos cogemos a la que se puede, porque como te decía, siempre habrá algo que nos guste de las damas (Entrevista a “Ernesto”, 35 años).

Finalmente, reiterar que, paralelamente al disfrute sexual sin medida, habría un malestar y sufrimientos subyacentes en los clientes del mundo *escort*, anudado a los imperativos culturales y económicos del “nunca es suficiente”. De tal suerte que se encuentran en un constante estado de placer, angustia y sufrimiento subjetivos pocas veces admitido:

[...] es lo que tiene el infierno, que por dentro existe la tortura, aunque sea tan íntima, tan moral, que pocos la lleguen a admitir. Y, además, ni al diablo [al cliente] le gusta admitir que sufre. Tiene que estar muy apurado para dejar a un lado su vanidosa imagen de triunfador. ¿Sufrir, yo? Jamás (De León, 2012: 18).

Conclusiones

Principales hallazgos de la investigación

Esta investigación se propuso como objetivo general analizar las configuraciones subjetivas y prácticas performativas que se manifiestan en las experiencias de trabajadoras sexuales y clientes del mundo escort en la Ciudad de México, durante el periodo 2000 y 2022. Para ello, se plantearon tres preguntas que guiaron la investigación:

- 1) ¿Cómo se configura la subjetividad de escorts en la Ciudad de México?
- 2) ¿Cuáles son las motivaciones y racionalidades que movilizan a los clientes para contratar servicios sexuales en el mundo escort?
- 3) ¿Qué papel desempeñan los medios digitales en la forma en que se construyen y representan el cuerpo, el placer y el trabajo sexual en el fenómeno social de estudio?

En relación con la primera pregunta, se argumentó que la subjetividad de las trabajadoras sexuales se configura mediante complejos procesos performativos que las llevan a crear personajes capaces de afrontar anímicamente el desgaste que implica desempeñar a cabalidad el papel. Estos personajes, contruidos en función del cuerpo y del dinero, actúan como corazas que les permiten sondear las hostilidades de los encuentros. El análisis permitió constatar cómo la repetición de prácticas, el control emocional y la adaptación corporal son centrales en la consolidación de estas identidades fragmentadas.

Respecto a la segunda pregunta, referente a las motivaciones de los clientes, se puso especial énfasis en cómo muestran una diversidad de motivaciones que incluyen la búsqueda de placer inmediato y la capacidad para desvincularse afectivamente (cuerpo *versus* alma). A través de la inmersión etnográfica en un foro digitales, y por los relatos recabados mediante entrevistas, se constató que dichas motivaciones están profundamente influidas por los modelos y “bombardeos” mediáticos provenientes de la cultura pornográfica, lo cual también configura su percepción sobre las mujeres escorts.

En ambos casos se observa la incidencia de lo que se llamó como *procesos de des-subjetivación*, en los cuales el sujeto queda fragmentado, escindido.

La tercera pregunta hace referencia al papel que sobre el tema desempeñan los medios digitales. El despliegue de la etnografía virtual evidenció que las plataformas digitales no sólo son espacios de contacto y consumo, sino verdaderos entornos de producción simbólica donde circulan significados sobre el cuerpo, el deseo, el trabajo y el género. Esto sugiere la necesidad de considerar la virtualidad como una dimensión central de la experiencia subjetiva en el mundo escort.

Los hallazgos de esta investigación permiten afirmar que el fenómeno del trabajo sexual escort no puede ser comprendido únicamente como un intercambio económico, sino como una experiencia compleja atravesada por procesos de des-subjetivación, tensiones performativas y constreñimientos estructurales que inciden tanto en las mujeres escorts como en los clientes varones. Así, el mundo escort es un espacio relacional, social, donde se condensan muchas de las contradicciones contemporáneas en torno al cuerpo, el deseo y el placer.

Aportes teóricos-metodológicos

Desde el punto de vista teórico, la tesis articuló categorías como cuerpo, subjetividad, des-subjetivación y placeres insaciables para comprender fenómenos complejos en el trabajo sexual escort. Esto en aras de evitar dicotomías estériles (como explotación/autonomía), ofreciendo en cambio un marco para analizar cómo se construyen, sostienen y fragmentan las identidades y vínculos afectivos y económicos. La noción de *placeres insaciables* fue particularmente útil para entender la lógica de consumo de los clientes y las consecuencias psíquicas de este régimen de insatisfacción permanente.

Metodológicamente, la estrategia multirreferencial resultó adecuada para abordar un universo social marcado por el anonimato y el estigma. Las entrevistas, la historia de

vida, la etnografía digital y el análisis de fuentes secundarias, principalmente periodísticas, ofrecieron una visión más amplia del fenómeno.

El estudio mostró que tanto las trabajadoras sexuales como los clientes del mundo escort construyen sus subjetividades en un entorno marcado por la individualización, la competencia y el consumo. Las mujeres que ejercen este trabajo modifican su cuerpo para ajustarse a estándares de belleza específicos. Esta necesidad de cumplimiento de los mandatos culturales, puede derivar en procesos de des-subjetivación donde el personaje creado frecuentemente termina por “devorar” a la persona.

Del lado de los clientes, se observa una contradicción similar: si bien se encuentran en una mejor posición en la relación de poder, lo que les permite acceder a diversas experiencias sexuales, muchos de ellos terminan atrapados bajo la lógica de insatisfacción permanente, alimentada por la cultura pornográfica. La categoría de placeres insaciables resultó útil para dar cuenta de esta compulsión a repetir el consumo erótico sin alcanzar saciedad, lo que refleja un modelo de subjetividad signado por el exceso y el deseo sin límite.

Tensiones y contradicciones

El análisis de las relaciones entre trabajadoras sexuales y clientes del mundo escort permitió identificar un entramado de tensiones que complejizan cualquier intento de categorización simplista. Entre ellas, destaca la paradoja entre el deseo de libertad individual y la reproducción de esquemas económicos y simbólicos que limitan esa autonomía. Las mujeres entrevistadas expresan, por un lado, haber encontrado en el trabajo sexual de lujo una fuente de ingresos, pero por otro, relatan con crudeza el agotamiento físico, la pérdida de deseo y la desvalorización subjetiva que experimentan al pasar el tiempo. Estas vivencias dialogan directamente con la pregunta de investigación sobre cómo se configuran sus subjetividades, revelando un proceso dinámico de transformación corporal y emocional. Las escorts no solo adaptan su imagen a las exigencias del mercado, sino que reorganizan su percepción del sí mismo, transitando entre el bienestar material y el desgaste psíquico.

En cuanto a los clientes, se observan contradicciones similares. Al responder a la pregunta sobre sus motivaciones y racionalidades, los hallazgos muestran que buscan experiencias sensuales, afectivas, incluso amorosas, que difícilmente alcanzan. Muchos

manifiestan sentimientos de vacío o frustración, lo que alimenta un ciclo de consumo reiterado. Esto permite entender cómo es que el consumo sexual también produce insatisfacción y desconexión, más que placer a plenitud. En este sentido, los vínculos entre cuerpos y dinero están mediados por una lógica afectiva sin garantía de satisfacción.

Futuras líneas de investigación

Esta investigación abre múltiples posibilidades para ampliar la reflexión sobre el mundo escort y sus actores. En primer lugar, podría explorarse con mayor profundidad el papel de las plataformas digitales, tanto en la configuración del deseo como en la mediación de las experiencias afectivas. Las redes sociales, foros y sitios relacionados no sólo sirven para concertar encuentros, sino que también configuran los imaginarios de éxito, belleza, sensualidad exacerbada y la exclusividad de vivir un “trato de novios”.

El estudio del trabajo sexual posibilita comprender fenómenos sociales más amplios asociados con la sexualidad, las relaciones de poder, las asimetrías genéricas, las reconfiguraciones de los sistemas de valores en las sociedades contemporáneas, entre otros aspectos. Aunado a ello, al indagar sobre el trabajo sexual se abren interrogantes significativas acerca de la precarización laboral y de explotación que un sinnúmero de trabajadoras sexuales padece.

Otro campo de especial interés lo constituye el abordaje de las nuevas formas de socialización digital y cómo estos espacios virtuales están reconfigurando las prácticas de consumo sexual. El acercamiento a estas nuevas maneras de socialización erótica, plantea desafíos teórico-metodológicos para las disciplinas sociales. En esa tesitura, hacer hincapié en que el trabajo sexual debe ser comprendido a partir de considerar la complejidad de sus diversas dimensiones, tratando de no caer en simplificaciones o condenas morales. En suma, esta tesis contribuye a abrir una conversación más amplia sobre el deseo, el cuerpo y las emociones en un mundo marcado por la hiperconectividad, la individualización y el mandato constante del disfrute.

Asimismo, se ha buscado establecer la relación existente entre aquello vivenciado desde la singularidad, con los aspectos culturales y contextuales de mayor espectro. Por tal razón, se dedicaron algunos capítulos que describen los procesos mediante los cuales la

prostitución se desarrolló en la Ciudad de México, desde la época posrevolucionaria de inicios del siglo XX hasta el presente, bosquejando los cambios en los lugares (espacios físicos y, ahora también, virtuales), las concepciones del llamado “oficio más antiguo del mundo”, las representaciones sociales de prostitutas y clientes plasmadas en la música, el cine y la literatura, desembocando en los virajes contemporáneos devenidos con la entrada del capitalismo tardomoderno en México (Cfr. capítulos 2 y 3).

Otro de los temas imposibles de soslayar, ha sido la relación de lo *escort* con las estructuras de los grupos del narcotráfico que imprimen un marco contextual de violencia; esto fue abordado especialmente en el Capítulo 4. En estos pasajes se plasmó cómo es que muchas mujeres, en busca de un sueño —acaso el “sueño mexicano”— lleno de glamur, fama y dinero, quedaron atrapadas en las ominosas redes de trata de personas, los mecanismos de enganche a las drogas duras y “del amor”, y a los fatídicos desenlaces que les costaron la vida a no pocas de ellas.

A nivel de la discusión teórico-política, se centró el análisis en el debate actual que están librando diversas posturas teóricas, en su mayoría feministas: prohibicionistas, abolicionistas, laboristas, regulacionistas (Capítulo 1). Asimismo, se indagaron las categorías de *prostitución*, *trabajo sexual* y *voluntariedad*, y otras. En el mejor de los casos, estas categorías permitieron arrojar luces sobre el problema en cuestión. Como los lectores habrán podido entrever (y reclamar), estos tópicos merecerían, por sí mismos, un espacio y discusión que rebasarían en demasía los límites y propósitos de este texto. Quien esto escribe se ha ceñido únicamente a describirlos, enunciarlos o siquiera sugerirlos, lo que quizás sea interpretado como una debilidad epistemológica, aunque preferiría concebirlo, más bien, como nuevos campos problemáticos para una agenda futura.

Sería interesante acceder a una cantidad mayor de testimonios recabados de forma directa, tanto de escorts como de clientes. La perspectiva de los estudios de caso podría representar una línea de trabajo que permita comparar las regularidades y particularidades del fenómeno en diversas latitudes socioespaciales.

Finalmente, insistir en que el trabajo aquí expuesto no pretende agotar la discusión sobre el tema. Por el contrario, busca suscitar nuevos cuestionamientos y comentarios críticos que enriquezcan la discusión; la relevancia del fenómeno así lo amerita.

Referencias

- Agamben, Giorgio (2011). *Desnudez*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo editora.
- Arizpe, Lourdes (1975). *Indígenas en la Ciudad de México: el caso de las Marías*, México, SEP Setentas.
- Ávalos, Gerardo (2022). “Cuerpo y poder. Hacia una filosofía política de las somatizaciones sociales posmodernas”, en Gerardo Ávalos (Coord.), *Cuerpo y poder*, Ciudad de México, Universidad Autónoma Metropolitana.
- Bárceñas, K. y Preza, N. (2019). “Desafíos de la etnografía digital en el trabajo de campo onlife”, *Virtualis*, 10 (18). <https://www.revistavirtualis.mx/index.php/virtualis/article/view/287>
- Baz, Margarita (2003). “La dimensión de lo colectivo: reflexiones en torno a la noción de subjetividad en la psicología social”, en Jáidar, Isabel (Coord.), *Tras las huellas de la subjetividad*, México, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco.
- Bedacarratx, Valeria (2002). “Implicación e intervención en la investigación social”, en Pensar la intervención, *Revista Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, N° 18-19, México, DEyC–UAM-X.
- Betancur, Catalina et al (2011). “Cuerpo, comercio sexual, amor e identidad. Significados construidos por mujeres que practicaron la prostitución”, *Revista CES Psicología*, 4 (2), Colombia.
- Cacho, Lydia (2006). *Los demonios del Edén. El poder que protege a la pornografía infantil*, México, Editorial Grijalbo-Random House Mondadori.
- _____ (2010). *Esclavas del poder. Un viaje al corazón de la trata sexual de mujeres y niñas en el mundo*, México, Editorial Grijalbo.
- Caillois, Roger (1997). *Los juegos y los hombres. La máscara y el vértigo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Campbell, Joseph (2013) [1949]. *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Camus, Albert (2015). *La caída*, México, Grupo Editorial Tomo.
- Carrère, Emmanuel (2020). *Una novela rusa*, Barcelona, Editorial Anagrama.

Castro, E. (2010). “Cómo desarrollar el estudio de casos”, en *El estudio de casos como metodología de investigación y su importancia en la dirección y administración de empresas*, Revista Nacional de administración, 1 (2).

Cercas, Javier (2018). “La pregunta de Vargas Llosa”, en Mario Vargas Llosa, *La ciudad y los perros*, Barcelona, Penguin Random House-Real Academia de la Lengua Española-Asociación de Academias de la Lengua Española-Alfaguara.

Chul Han, Byung (2010). *La sociedad de cansancio*, Alemania, Herder Editorial.

Coetzee, J.M. (2017). *Verano*, México, Random House.

Coffey, Amanda y Atkinson Paul (2003) “Narrativas y relatos”, en *Encontrar sentido a los datos cualitativos. Estrategias complementarias de investigación*, Universidad de Antioquia. Medellín, C.

Coppa, Lucía (2019). “Enfoques analíticos en torno al comercio sexual de las mujeres: coordenadas contemporáneas e indagaciones en perspectiva histórica”, en *Revista de Ciencias Sociales*, 1 (163). Universidad de Costa Rica.

Daich, Deborah (2012). “¿Abolicionismo o reglamentarismo? Aportes de la antropología feminista para el debate local sobre la prostitución”, en *Runa*, XXXIII (1), Buenos Aires, UBA.

De León, María Elisa (2012). *Las ocultas. Una experiencia de prostitución*, Madrid, Turner Publicaciones.

De Miguel, Ana (2015). *Neoliberalismo sexual. El mito de la libre elección*, Madrid, Ediciones Cátedra-Universidad de Valencia.

Del Fresno, Miguel (2011). *Netnografía. Investigación, análisis e intervención social online*, Barcelona, Editorial UOC.

Devereux, George (1989). *De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento*, México, Siglo XXI Editores.

Fernández, Ana María (2008). *Las lógicas colectivas. Imaginarios, cuerpos y multiplicidades*, Argentina, Biblos.

_____ (1999). *Instituciones estalladas*, Buenos Aires, Eudeba.

Fernández de Moratín, Nicolás (2002) [1769]. *Arte de las putas*, Madrid, Mestas Ediciones.

Fernández-Porta, Eloy (2010). *La superproducción de los afectos*, Barcelona, Editorial Anagrama.

Foucault, Michel (2001), “El sujeto y el poder” en Dreyfus, Hubert y Rabinow Paul, *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, Nueva Visión, Buenos Aires.

_____ (1998). *Historia de la sexualidad*, Siglo XXI Editores, México.

Freud, Sigmund (2012) [1900], *La interpretación de los sueños*, (Primera parte), Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Fuentes, Carlos (2019), “Julio Cortázar y la sonrisa de Erasmo”, en Julio Cortázar, *Rayuela*, Barcelona, Real Academia Española.

Geertz, Clifford (1983). “Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura social”, en *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa.

_____ (2008) [1980]. “Géneros confusos. La refiguración del pensamiento social”, en Carlos Reynoso (Comp.), *El surgimiento de la antropología posmoderna*, Barcelona, Editorial Gedisa.

Goffman, Erving (2012). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.

_____ (2006). *Estigma. La identidad deteriorada*, Buenos Aires, Amorrortu.

Gómez, Águeda et al (2015). *El putero español. Quiénes son y qué buscan los clientes de la prostitución*, Catarata, Madrid.

Guber, Rosana (2015). *Etnografía. Método, campo y reflexividad*, Siglo XXI Editores, México.

Gubern, Román (2005). *La imagen pornográfica y otras perversiones ópticas*, Barcelona, Editorial Anagrama.

Hakim, Catherine (2014). *Capital erótico. El poder de fascinar a los demás*, España, Editorial Debolsillo.

Hine, Christine (2004). *Etnografía virtual*, Editorial UOC, Barcelona.

Houellebecq, Michel (2019). *Serotonina*, Barcelona, Editorial Anagrama.

Huizinga, Johan (2007) [1954]. *Homo ludens*, Madrid, Alianza Editorial.

- Huxley, Aldous (2010). *Un mundo feliz*, México, EMU.
- Kroeber, Alfred (2007) [1952]. “El concepto de cultura en la ciencia”, en Paul Bohannon y Mark Glazer (Edits.), *Lecturas Antropología*, Madrid, McGraw Hill.
- Lamas, Marta (2014). “¿Prostitución, trabajo o trata? Por un debate sin prejuicios”, *Debate feminista*, México, PUEG–UNAM.
- Laval, Christian y Dardot, Pierre (2013). *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*, Barcelona, Gedisa.
- Laverde, Carlos (2013). “Mercado del sexo: Reflexiones desde la economía al comercio sexual”, *Via Inveniendi Et ludicandi*, 8 (1), enero–junio, Colombia, Universidad Santo Tomás.
- _____ (2015). *Prostitución y trabajo. Condiciones sociales y laborales de mujeres trabajadoras sexuales en la ciudad de Bogotá*, Colombia, ILAE.
- _____ (2017). “Perspectiva de los mercados laborales en un trabajo socialmente devaluado: el caso del trabajo sexual”, *Revista CIFE: Lecturas en Economía Social*, 18 (29), Colombia. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5848877>
- Laverde, Carlos y Tirado, Misael (2020). “Carrera moral y significados del dinero en el trabajo sexual: el caso de Bogotá”, *Revista CIFE: Lecturas en Economía Social*, 22 (36), Colombia. <https://revistas.usantotomas.edu.co/index.php/cife/article/view/5437>
- Lipovetsky, Gilles (2006). *La felicidad paradójica: Ensayo sobre la sociedad del hiperconsumo*, Barcelona, Anagrama.
- López, Álvaro y Carmona, Rosaura (2008). “Turismo sexual masculino-masculino en la Ciudad de México”, *Teoría y Praxis*, Núm. 5, Universidad de Quintana Roo, México. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=456145110008>
- Manero, Roberto (1995). “El análisis de las implicaciones”, en *Tercer Foro del Departamento de Educación y Comunicación*, México, UAM-X.
- Marcuse, Herbert (1983). *Eros y civilización*, Madrid, Editorial SARPE.
- Merleau-Ponty, Maurice (2005). *Fenomenología de la percepción*, Barcelona, Península.
- Misrahi, Alicia (2017). *Los poderes de Venus. De Catalina la Grande a Grace Kelly: la historia de las mujeres que se atrevieron a disponer de su sexo*, Epub, Editor digital Titivillus.

Monsiváis, Carlos (1991). “Prólogo” en Vargas, Ava (Comp.) *La casa de citas en el barrio galante. Fotografías mexicanas de la Bella Época*, México, Editorial Grijalbo.

Montiel, Marco (2021, junio). “Experiencias en luz neón: narrativas de una mujer *escort*”, en *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, Núm. 55, Procesos de subjetivación y resistencia, México, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco. <https://tramas.xoc.uam.mx/index.php/tramas/article/view/931/918>

_____ (2022). “Mundo escort y trata de personas en la Ciudad de México: ‘El sueño mexicano’”, *Revista Ágora*, XIX, Núm. 33, El Colegio de México, México. https://issuu.com/agoracolmex8/docs/n_mero_33_issuu_-comprimido/122?ff

Montiel, Marco *et al* (2021). “Trabajo precario en *call centers* de la Ciudad de México”, *Veredas. Revista del pensamiento sociológico*, N°40, Pensar el Siglo XXI, México, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco. <https://veredas.xoc.uam.mx/index.php/2020/12/07/trabajo-precario-en-call-centers-de-la-ciudad-de-mexico/>

Mora, Antonia (1972). *Del oficio*, México, Editorial Samo.

Morcillo, Santiago (2016). “Derivas sociológicas y de las ciencias sociales sobre la prostitución”, *Espacio abierto*, 25 (4), Venezuela, Universidad del Zulia. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=122/12249087003>

Morin, Edgar (2001). *Introducción al pensamiento complejo*, España, Gedisa.

Moriña, Anabel (2017). *Investigar con Historias de Vida. Metodología biográfico-narrativa*, Madrid, Narcea Ediciones.

Neiman, G. y Quaranta, G. (2006). “Los estudios de caso en la investigación sociológica”, en Vasilachis, I. (coord.). *Estrategias de Investigación Cualitativa*, Buenos Aires, Editorial Gedisa.

Ons, Silvia (2018). *El cuerpo pornográfico. Marcas y adicciones*, Buenos Aires, Paidós.

Pachajoa, Alejandro y Figueroa, Jhonny (2008). “¿Es la prostitución un trabajo?”, *Tesis Psicológica*, 3, Colombia, Fundación Universitaria Los Libertadores. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=139012667007>

Pérez-Henao, Horacio (2011). “*Reality show cambio extremo*: El cuerpo como mercancía en la sociedad globalizada”, en *Cuadernos de Información*, núm. 29, julio-diciembre, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, Chile.

Pink, Sarah *et al* (2016). “La etnografía en un mundo digital”, *Etnografía digital. Principios y prácticas*, España, Ediciones Morata.

Piscitelli, Adriana (2014). “‘Turismo sexual’, movilidades a través de las fronteras y trata de personas”, *Revista Sexología y Sociedad*, 20 (1).
<http://revsexologiaysociedad.sld.cu/index.php/sexologiaysociedad/article/view/466/510>

Radcliffe-Brown, A.R. (2007) [1952]. “Sobre el concepto de función en la ciencia social”, en Paul Bohannan y Mark Glazer (Edits.), *Lecturas Antropología*, Madrid, McGraw Hill.

Ramírez y Anzaldúa (2014). “Subjetividad y socialización en la era digital”, *Argumentos*, Año 27, Núm. 76, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco, México.

Reynoso, Carlos (2008). “Presentación”, en Carlos Reynoso (Comp.), *El surgimiento de la antropología posmoderna*, Barcelona, Editorial Gedisa.

Rivera Garza, Cristina (2022) [2010]. *La Castañeda. Narrativas dolientes desde el Manicomio General México, 1910-1930*, México, Debolsillo.

Roumagnac, Carlos (1904). *Por los mundos del delito. Los criminales en México. Ensayo de psicología criminal*, México, Editorial Tipografía El Fénix.

Ruíz, María y Aguirre, Genaro (2015). “Etnografía virtual, un acercamiento al método y sus aplicaciones”, *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, época III, vol. XXI, núm. 41.
https://www.researchgate.net/profile/Maria_del_Ruiz_Mendez/publication/282118842_Etnografia_Virtual_un_acercamiento_al_metodo_y_sus_aplicaciones/links/5602e89808ae596d2591bc3f/Etnografia-Virtual-un-acercamiento-al-metodo-y-sus-aplicaciones.pdf

Salazar, Salvador y Curiel, Martha (2019), “El cuerpo negociado, el cuerpo mercancía. Trabajo sexual y precarización de la vida en Ciudad Juárez, México”, *Espiral* (Guadalajara), vol. XXVI, núm. 75, Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades.
https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1665-05652019000200089&lang=es

Sanyal, Mithu (2012). *Vulva. La revelación del sexo invisible*, Barcelona, Editorial Anagrama.

Sennett, Richard (2017). *La corrosión del carácter*, Barcelona, Editorial Anagrama.

Serna, Enrique (2022). *Giros negros*, México, Editorial Debolsillo.

_____ (2021). *El orgasmógrafo*, México, Booket.

- Stake, R. (1998). *Investigación con estudios de casos*, Madrid, Morata.
- Taylor, Diana (2011). “Introducción”, en Diana Taylor y Marcela Fuentes (Edits.), *Estudios avanzados de performance*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Turner, Víctor (2002). “Dramas sociales y metáforas rituales”, “Del ritual al teatro” y “La antropología del performance”, en Ingrid Geist (Comp.), Ciudad de México, Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH).
- Uribe, Felipe et al (2007). “Heterogeneidad en la expresión del comercio sexual femenino en la Ciudad de México”, en *Salud Pública de México*, 49, Núm.1, Instituto Nacional de Salud Pública Cuernavaca, México. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10649104>
- Vargas Llosa, Mario (2018). *La ciudad y los perros*, Barcelona, Penguin Random House-Real Academia de la Lengua Española-Asociación de Academias de la Lengua Española-Alfaguara.
- _____ (2016). *La tía Julia y el escribidor*, Barcelona, Alfaguara.
- _____ (2004). *Pantaleón y las visitadoras*, España, Editorial Debolsillo.
- Villalva, Patricio (2011). “Él y él: la convivencia y los sentimientos en la prostitución masculina en la ciudad de México”, *Trayectorias*, 14, Núm. 33-34, UANL, México. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=60724509006>
- Yoshiaki, Yoshimi (2010). *Esclavas sexuales. La esclavitud sexual durante el imperio japonés*, Barcelona, Ediciones B.

Hemerografía

- Ahedo, Andrea (2019, 12 de abril). “Dan 80 años de cárcel a hombre por matar a Wendy Vaneska y Génesis”, *El Universal*, México. <https://www.eluniversal.com.mx/metropoli/cdmx/dan-80-anos-de-carcel-hombre-por-matar-wendy-vaneska-y-genesis-dos-modelos>
- Álvarez, Belén (2019, 14 de octubre). “Así operan sexoservidoras dentro de las instalaciones del metro”, *Starmedia*, México. <https://www.starmedia.com/noticias/video-asi-operan-sexoservidoras-dentro-de-las-instalaciones-del-metro-hidalgo/>
- AMECAP (2022, 14 de junio). “¿Cuánto se gana en OnlyFans?”, *AMECAP*, México. <https://amecap.com.mx/cuanto-se-gana-en-onlyfans/>

Arana, Ana (2019, 12 de mayo), “Los cárteles mexicanos controlan la caravana de ‘escorts’ venezolanas camino a la muerte”, *Armando.info*, Venezuela. <https://armando.info/los-carteles-mexicanos-controlan-la-caravana-de-escorts-venezolanas-camino-a-la-muerte/>

Bohórquez, Carolina (2020, 19 de diciembre). “El misterio sin resolver de la muerte en México de modelo caleña”, *El Tiempo*, Colombia. <https://www.eltiempo.com/colombia/cali/cali-stephanie-magon-victima-de-red-de-trata-en-ciudad-de-mexico-554839>

Cortés, Andrés (2017, 18 de octubre). “¿Quiénes son “Las ficheras”? Imágenes para entender la alocada vida nocturna de México”, *Upsocl.com*, México. <https://www.upsocl.com/mundo/quienes-son-las-ficheras-imagenes-para-entender-la-alocada-vida-nocturna-de-mexico/>

De Mauleón, Héctor (2013, 1 de julio). “Esclavas de la calle Sullivan”, *Nexos*, México. <https://www.nexos.com.mx/?p=15377>

Domínguez, Pedro (2016, 11 de octubre). “En la CdMx ejercen prostitución 70 mil”, *Milenio*, México. <https://www.milenio.com/estados/en-la-cdmx-ejercen-prostitucion-70-mil>

El Sol de México (2018, 29 de agosto). “Cae presunto fotógrafo de mujeres para el portal Zona Divas”, *El Sol de México*, México. <https://www.elsoldemexico.com.mx/metropoli/policia/cae-presunto-fotografo-de-mujeres-para-el-portal-zona-divas-1953514.html>

El Tiempo (2015, 15 de agosto). “La historia de Mile, la colombiana clave en masacre de México”, *El Tiempo*, Colombia. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-16240756>

El Universal (2023, 23 de enero). “La precarización del trabajo sexual”, *El Universal*, México. <https://www.eluniversal.com.mx/metropoli/la-precarizacion-del-trabajo-sexual/>

_____ (2022, 20 de enero). “Kenni Finol: Una historia de escorts de Zona Divas y la Unión Tepito”, *El Universal*, México. <https://www.eluniversal.com.mx/metropoli/una-historia-de-escorts-de-zona-divas-y-la-union-tepito>

_____ (2022, 20 de enero). “Reviven noviazgo de líder de la Unión Tepito con Manelyk, de Acapulco Shore”, *El Universal*, México. <https://www.eluniversal.com.mx/metropoli/publican-foto-de-manelyk-de-acapulco-shore-con-lider-de-la-union-tepito>

_____ (2021, 19 de diciembre). “Así era la prostitución en la Ciudad de México, hace 100 años”, *El Universal*, México. <https://www.eluniversal.com.mx/cultura/asi-era-la-prostitucion-en-la-ciudad-de-mexico-hace-100-anos>

_____ (2021, 7 de abril). “Dan golpe a finanzas de Zona Divas, Luz del Mundo y otros por trata”, *El Universal*, México. <https://www.eluniversal.com.mx/tag/zona-divas>

_____ (2019, 21 de agosto). “Laura, Kenny, Génesis... Ellas son las 7 modelos extranjeras asesinadas”, *El Universal*, México. <https://www.eluniversal.com.mx/metropoli/cdmx/laura-kenny-genesisellas-son-las-7-modelos-extranjeras-asesinadas-en-la-cdmx>

_____ (2018, 28 de febrero). “Génesis, Karen, Kenni... Así eran las 6 modelos asesinadas”, *El Universal*, México. <https://www.eluniversal.com.mx/metropoli/cdmx/genesis-karen-kenny-asi-eran-las-6-modelos-asesinadas>

_____ (2015, 20 de agosto). “Fuimos por sexo a Narvarte”, *El Universal*, México. <https://www.eluniversal.com.mx/articulo/metropoli/df/2015/08/20/fuimos-por-sexo-narvarte-asegura-consignado>

Forbes (2021, 10 de febrero). “Número de trabajadoras sexuales en CDMX se duplica por pandemia”, *Forbes*, México. <https://www.forbes.com.mx/noticias-numero-trabajadoras-sexuales-cdmx-se-duplica-tras-estrados-pandemia/>

Fuentes, David (2021, 19 de mayo). “Ligan caso Narvarte a una red de trata”, *El Universal*, México. <https://www.eluniversal.com.mx/metropoli/ligan-caso-narvarte-una-red-de-trata>

_____ (2019, 6 de abril). “Dan prisión Preventiva a “El Sony”, fundador de Zona Divas”, en *El Universal*, México. <https://www.eluniversal.com.mx/metropoli/cdmx/dan-prision-preventiva-el-sony-fundador-de-zonadivas>

_____ (2018, 8 de enero). “Vamos contra páginas de trata por internet”, *El Universal*, México. <https://www.eluniversal.com.mx/metropoli/cdmx/vamos-contra-paginas-de-trata-por-internet-fiscal-antitrata-cdmx>

Gutiérrez, Nohemi (2022, 4 de enero). “Por narcomenudeo detienen a Gabriela Sánchez Castillo, quien participó en el programa ‘Enamorándonos’”, *Capital*, México. <https://www.capitalmexico.com.mx/cdmx/por-narcomenudeo-detienen-a-gabriela-sanchez-castillo-quien-participo-en-el-programa-enamorandonos/>

Gutiérrez, Rodrigo (2021, 1 de noviembre). “Caso Zona Divas: ¿Qué pasó con el sitio de Internet?”, *SDP Noticias*, México. <https://www.sdpnoticias.com/mexico/caso-zona-divas-que-paso-con-el-sitio-de-internet/>

Lastiri, Diana (2021, 1 de noviembre). “Dan 30 años de cárcel a tratante en Zona Divas”, *El Universal Puebla*, México. <https://www.eluniversalpuebla.com.mx/nacional/dan-30-anos-de-carcel-tratante-en-zona-divas>

Letra Roja (2018, 6 de noviembre). “Detectan red de prostitución en el metro de la CDMX”, *Página Negra*, México. <https://www.periodicocentral.mx/2018/pagina-negra/delincuencia/item/25125-detectan-red-de-prostitucion-en-el-metro-de-la-cdmx>

Nieto, Antonio (2021, 20 de diciembre). “Investigan a escorts que secuestraban a clientes en CDMX; tienen nexos con La Unión de Tepito”, *Reporte Índigo*, México. <https://www.reporteindigo.com/reporte/investigan-a-escorts-que-secuestraban-a-clientes-en-cdmx-tienen-nexos-con-la-union-de-tepito/>

Palmero, María (2017, 11 de diciembre). “Las mujeres que pagan por sexo”, *El Confidencial*, España. https://www.elconfidencial.com/alma-corazon-vida/2017-11-27/las-mujeres-que-pagan-por-el-sexo_1482879/

Pantoja, Sara (2021, 31 de octubre). “Caso Zona Divas: dan 30 años de cárcel a Yolimar, la venezolana que prostituyó mujeres en internet”, *Proceso*, México. <https://www.proceso.com.mx/nacional/2021/10/31/caso-zona-divas-dan-30-anos-de-carcel-yolimar-la-venezolana-que-prostituyo-mujeres-en-internet-274997.html>

Plana Mayor (2015, 30 de noviembre). “Van más de mil 300 antros clausurados en Edomex; los table dance están prohibidos”, *Plana Mayor*, México. <https://www.planamayor.com.mx/lo-nuevo/van-mas-de-mil-300-antros-clausurados-en-edomex-los-tables-dance-estan-prohibidos/>

Ramírez, Ivan (2022, 13 de enero). “Dijo que era artista y ofreció medio mdp para escapar; así fue capturada ex participante de ‘Enamorándonos’”, *Milenio*, México. <https://www.milenio.com/policia/union-tepito-ex-concursante-enamorandonos-detenido-gaby-sanchez>

Ramírez, Luis (2018, 13 de junio). “Infierno. Escorts viven entre la trata y el narcomenudeo”, *El Universal*, México. <https://www.eluniversal.com.mx/metropoli/cdmx/escorts-viven-entre-la-trata-y-narcomenudeo>

Reyez, Juan (2011, 1 de mayo). “Ahora se ofrece amor en los andenes del Metro”, *Excélsior*, México. <https://www.excelsior.com.mx/2011/05/01/comunidad/733316>

Semana (2021, 4 de octubre). “Colombianas muertas o desaparecidas en México: la lucha del consul Oswaldo Parada para evitar la impunidad”, *Semana*, Colombia. <https://www.semana.com/nacion/articulo/colombianas-muertas-o-desaparecidas-en-mexico-la-lucha-del-consul-oswaldo-parada-para-evitar-la-impunidad/202154/>

Talavera, Cynthia (2018, 1 de junio). “Rostros de la prostitución en el siglo XIX”, *El Universal*, México. <https://www.eluniversal.com.mx/cultura/patrimonio/los-rostros-de-la-prostitucion-en-la-epoca-de-maximiliano>

Uno Tv (2018, 7 de noviembre). “Sexoservidores trabajan a todas horas en el Metro Hidalgo”, *Uno Tv*, México. <https://www.unotv.com/noticias/portal/investigaciones-especiales/detalle/sexoservidores-trabajan-todas-horas-metro-hidalgo-183150/>

24 Horas (2022, 18 de enero), “Exescort revela secretos de cómo triunfar siendo Sugar Baby”, *24 Horas*, México. <https://www.24-horas.mx/2022/01/18/exescort-revela-secretos-de-como-triunfar-siendo-sugar-baby/>

_____ (2021, 2 de septiembre). “Cae escort colombiana dedicada a robar casas en la CDMX”, *24 Horas*, México. <https://www.24-horas.mx/2021/09/02/cae-escort-colombiana-dedicada-robar-casas-en-la-cdmx/>

6enPunto.mx (2021, 28 de junio). “Vive una aventura en la Ciudad de México”, *6enPunto.mx*, México. <https://6enpunto.mx/entretenimiento/vive-una-aventura-en-la-ciudad-de-mexico/>

Videodocumentales

Flores, Ana (2018, 20 de marzo). “Las maté a todas, sigues tú”, *El Universal*, México. <https://www.eluniversal.com.mx/nacion/sociedad/las-mate-todas-ahora-sigues-tu>

Fuentes, David (2018, 8 de enero). “Vamos contra páginas de trata por internet”, *El Universal*, México. <https://www.eluniversal.com.mx/metropoli/cdmx/vamos-contra-paginas-de-trata-por-internet-fiscal-antitrata-cdmx>

Kreimer, Roxana (2021, 18 de julio). “Pornografía: feministas liberales vs radicales desde la perspectiva de la filosofía del derecho”, en YouTube.: <https://www.youtube.com/watch?v=nxHQIcarCM4>

Ramírez, Luis (2018, 13 de junio). “Infierno. Escorts viven entre la trata y el narcomenudeo”, *El Universal*, México. <https://www.eluniversal.com.mx/metropoli/cdmx/escorts-viven-entre-la-trata-y-narcomenudeo>

Semana (2021, 2 de octubre). “Semana (2021, 4 de octubre). “Colombianas muertas o desaparecidas en México: la lucha del cónsul Oswaldo Parada para evitar la impunidad”, *Semana*, Colombia. <https://www.semana.com/nacion/articulo/colombianas-muertas-o-desaparecidas-en-mexico-la-lucha-del-consul-oswaldo-parada-para-evitar-la-impunidad/202154/>

Woldenberg, Laura; Valadez, Fernanda y Rondero, Astrid (2024). “El Portal. La historia oculta de Zona Divas”, México. Disponible en *Netflix*.